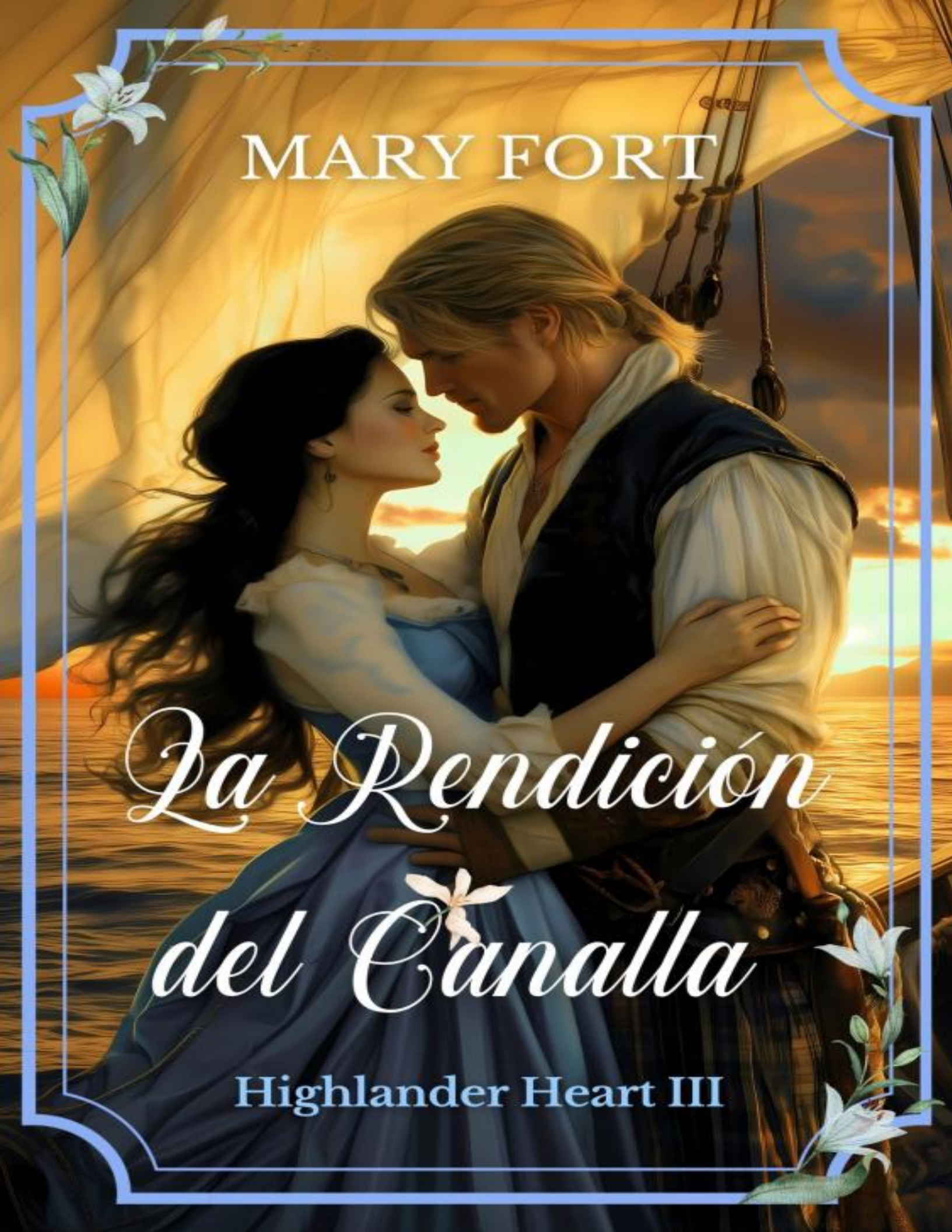




MARY FORT

*La Rendición
del Canalla*

Highlander Heart III

MARY FORT

*La Rendición
del Canalla*

Highlander Heart III

ISBN: 9798304862387

Sello: Independently published

Título: LA RENDICIÓN DEL CANALLA

Mary Fort © 2024

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para ti, cuya alma romántica ilumina las palabras de esta historia de amor.

PRÓLOGO



Luchar. Luchar. Luchar. Ese era su único pensamiento mientras, a pesar de que ya no sentía los golpes, intentaba zafarse de esa garra desvergonzada que exploraba con avidez su cuerpo contra la dura pared. La luz de la luna dejaba entrever la expresión salvaje de ese demonio que la tenía a su merced. Una de sus manos le tapaba la boca, silenciaba sus gritos de pánico y su desesperado afán por pedir socorro. Su risa impúdica le arañaba el alma, sabía que, en pocos instantes, haría con ella lo que deseara. Le faltaban fuerzas para rechazarlo, la debilidad dejaba su ser laxo y pronto no podría más. Notó la mano adentrarse bajo su falda. Violenta, desgarraba la tela en busca de su piel virgen. Sollozó, desesperada, bajo ese garfio que casi la ahogaba por su presión. La sal de sus lágrimas penetró los dedos opresivos y los hizo resbalar, dejando que el aire entrara en sus pulmones. Era un aliento que le daría la oportunidad de gritar con todas sus fuerzas.

—¡Noooo!

Quiso acallarla de nuevo, pero ya era tarde. Había rechazado ese maltrato con un brío capaz de inundar de terror todo el jardín y traspasar el sonido de los violines del fondo.

¡Morder, luchar, gritar!

Fue entonces que su cuerpo no obtuvo sostén y cayó al suelo. Oyó la carrera del demonio alejándose, dejándola libre. Gritos y zarandeos pretendían despertarla de esa oscuridad en la que caía sin remedio. No le quedaban fuerzas, sin embargo, estaba a salvo. El alivio se mezclaba con el agotamiento, en tanto su mente procesaba lo que acababa de suceder.

La noche, antes llena de terror, era su refugio seguro, mas su cuerpo temblaba y su corazón latía frenético. Sabía que había sobrevivido impune, no obstante, las cicatrices de ese encuentro permanecerían en ella para siempre.

I



*Banchory, Escocia
Año 1690*

¿Qué podía pedir un libertino como Ian Kelly a la vida? Nada. Era feliz con su día a día, lleno de apasionados momentos bajo las sábanas.

Había nacido con un rostro agraciado y se cuidaba bastante de tener una buena presencia, aunque ya por herencia su porte era gallardo, semejante al de su abuelo. Contaba con una gran familia de hermanas mayores que lo mimaban en exceso y, gracias a ello, nadie podía decir que no conocía los intrincados pensamientos de las mujeres a la perfección. Sin embargo, comenzaba a salirle pelo en la barba, cuando aprendió la faceta más íntima de estas de la mano de una de las sirvientas de su hogar.

—A ver, deme su mano, voy a leer su futuro —dijo April, traviesa, con las piernas cruzadas a su lado. Estaba desnuda y las vistas que le brindaba lo rendían a cualquier petición por extravagante que fuera—. Bien, el destino me dice que será muy afortunado en el amor...

—No me digas, eso me encanta —interrumpió queriendo soltarse para atraerla de la cintura contra sí, mas esta lo retuvo con firmeza, empecinada.

—Quédese quieto, he visto algunas huellas que me intrigan. —Ella se concentró de nuevo y prosiguió con los supuestos presagios—. Como le decía, conocerá a muchas y será amado, ahora bien, además veo espadas y parece que se convertirá en un valeroso soldado... Umm, eso me enciende, señorito Ian.

Ian sonrió y respondió tirando de ella, acostándola al fin sobre su pecho. Juguetona, rio y no se resistió.

—Querida, podríamos practicar de inmediato una lucha cuerpo a cuerpo si lo deseas.

La muy cabezota volvió a sujetarle la mano con la palma hacia arriba. Él resopló, impaciente. Entonces, la expresión de April se tornó muy seria e ignoró las exigentes intenciones.

—¿Qué ves? ¿Tengo que preocuparme por esa arruga en tu frente? —bromeó entretanto la examinaba.

Su piel canela era tersa y disfrutaba acariciándole la espalda. No era muy bonita, pero eso no impedía que la deseara. En realidad, todavía no era hombre de tener un prototipo particular de

mujer. Para él todas eran bellas mientras desearan regalarle su cariño.

Estiró un poco más sus dedos hacia afuera y señaló una de las líneas que surcaban la palma. Ian puso atención.

—Aquí. —Clavó una mirada de sorpresa en la suya y prosiguió—. Veo un compromiso. Es un afecto más importante que los demás. Es... ¡un amor muy profundo!

Ian rio divertido, lo que provocó el roce suave de los senos tentadores sobre su torso. La reacción de su entrepierna fue rápida al erigirse la verga cual bandera izada.

—Umm, eso sí que no lo esperaba. ¿Me propones casamiento? Ahora solo pienso en ti, y si hablamos de profundidades te aseguro que mi imaginación no tiene límites.

—Oh, no me cree, lo veo en sus ojos. —Cerró sus dedos formándole un puño y luego besó su dorso—. El amor es otra cosa diferente a lo que tiene en mente, bribón.

—No estoy de acuerdo con eso, y te demostraré cuál es el verdadero amor para que no te quepan dudas, hermosura. —Ella rio al notar que una de sus manos apretaba su nalga y la otra capturaba su pezón erguido. Gimió encendida, reclamando esa promesa—. Disfrutemos el presente que es lo que nos atañe.

Ella sostuvo el miembro entre sus dedos con firmeza y él contuvo el aliento. Era una experta en hacerse desear. Su cabeza anhelaba llenar su interior, asaltarlo con frenesí hasta saciar su deseo. Si bien, se contuvo, quería también hacerla disfrutar entre sus brazos y que le suplicara de goce.

Entre sus recién implantadas reglas de oro existían normas inquebrantables y esa era esencial: Nunca satisfacerse sin antes complacer a la pareja. La estrechó entre sus brazos y la hizo rodar de espaldas, colocándose encima. Ella abrió sus piernas para él, solícita, húmeda y preparada para recibir su boca.

—Convénzame de que su amor es el verdadero. Hágame suya una y mil veces esta noche, Kelly —insistió paseando la lengua lujuriosa y juguetona por sus labios.

Él se puso aún más duro. Esa mujer era ardiente y su piel morena lo hacía enloquecer. Con una mirada lobuna se relamió antes de bajar entre sus rizos oscuros. Murió de placer al verla arquearse para él. Seducido, aprisionaba entre sus labios ese lugar tan especial e íntimo. Lamió y succionó con agilidad, con una languidez sobrecogedora. Sus jadeos lo incitaban a continuar. No pararía, aquel clandestino lugar era su favorito en el mundo. Moraría allí para siempre, entre las piernas de cada mujer. Anhelaba conocerlas, serían maravillosas, apasionadas y deseosas de su amor.

—¡Sí! ¡Síííí! ¡Más, más! ¡No pare! ¡¡Señoritoooooo!!

El grito se ahogó entre fuertes espasmos, en tanto sus manos empujaban su cabeza contra el sensible centro, logrando llevarla al mayor éxtasis.

Flácida, le regaló una enorme sonrisa.

—Usted es el mejor y jamás lo olvidaré, ni cuando parta lejos de aquí.

—Lo sé, cariño, yo tampoco a ti —respondió, vanidoso—. Muero por amarte.

Una hora más tarde, April y él se sacudían entre risas la paja atrapada en sus cabellos. Al

abrir la puerta del granero, Ian notó una urgente resistencia. Sorprendido, forcejeó hasta que se dio cuenta de que eran sus dos hermanas mayores desde el otro lado. Vio la angustia reflejada en sus miradas y las dejó entrar atropelladamente.

—¿Qué ocurre, Anne? —Su hermana mayor no contestó y fijó la vista en el suelo.

Parecía muerta de miedo. En cambio, Julie habló, decidida.

—Es padre, ha vuelto otra vez borracho y lo está pagando con madre.

El pánico lo devastó al no ver a Audrey con ellas. De las dos que quedaban por casarse, Audrey, su melliza, era la más imprudente. No había una vez que no contrariara a su padre y, si se trataba de defender a su madre, podía llegar a ser muy impertinente y arriesgada. El corazón comenzó a latirle fuerte en el pecho.

Estaba harto de las continuas peleas con su progenitor, agravadas en las últimas semanas por el exceso de alcohol en la taberna de Hippey. El ataque sufrido por mercenarios unos meses atrás, había dejado a muchas familias desamparadas en el pueblo, entre ellos a la suya. Esto, sumado a otros sucesos con anterioridad hacía pocos meses, los estaba arrastrando a la desesperación por llevarse un mendrugo a la boca cada día. El clan al que pertenecían había perdido a su *laird* de forma inesperada y no conseguían llegar a un acuerdo para nombrar sucesor. El desconcierto era general y muchos soldados que se encargaban de guardar a sus gentes habían partido a tierras con más sustento. La inseguridad era la orden del día y, para más frustración, John Kelly se gastaba lo poco que tenían en borracheras que lo volvían muy agresivo.

—Supongo que Audrey se ha enfrentado a él. —Las dos muchachas asintieron con rapidez. La congoja que las atenazaba era evidente, se retorcían las manos frente a su regazo con desasosiego—. Entrad en el túnel con April y esperad allí. Si oís a padre cerca, cierra el cerrojo. Luego, adentraos en él hasta llegar al río.

Anne ya corría junto a April al fondo del granero, en cambio, Julie lo agarró fuerte de la mano.

—Ten cuidado, hermano. Hoy lo he visto mucho peor. Nos amenazó con un garrote.

—¡Mierda! Si les pegó con él no respondo, Julie —gritó apretando los puños—. Cierra tras de mí y ve con Anne, está tan aterrada que apenas puede articular palabra.

—Te quiero, hermano.

—Y yo a vosotras. No te apures, lo tranquilizaré.

Salió disparado hacia la casa. Con cada paso dado aumentaba su ira, la cual ni sabía que poseía desde esos ruinosos meses atrás. Era injusto haberlo perdido todo, y eso no excusaba el comportamiento de su progenitor. Había sido un granjero ejemplar, producían lo suficiente para vivir con una comodidad austera, con lo justo para ser felices... hasta que esos bandidos robaron la mayoría del ganado. Por suerte consiguieron salir ilesos, gracias al túnel secreto que había construido su abuelo y terminado su padre hacía poco menos de medio siglo. «Este es mi castillo y, por ello, debe tener sus propios pasadizos», le había dicho como en muchos episodios, orgulloso de sí mismo por la ingeniosa idea. Su abuelo fue un soldado muy leal del antiguo *laird* y gracias a haberlo salvado de ataques en varias ocasiones, lo nombró uno de sus capitanes. Luego, en agradecimiento a tantos años de servicio, le cedió esa extensa porción de tierra, cerca

del poblado. Con gran esfuerzo construyó esa villa para asentarse y casarse al fin. Al tener que retirarse debido a una grave lesión en la cadera que le impedía montar, acabó allí sus días, relatándole, junto a sus hermanas, sus batallas disfrutadas.

Cuando llegaron por primera vez esos mercenarios, su padre los instó a permanecer en el pasadizo hasta que pasara el peligro. Era irónico que, justo en ese momento, fuera de él de quien huyera su propia familia.

Subió los escalones de la escalinata de la entrada de dos en dos. Oyó las fuertes voces amenazadoras que rompían la quietud del lugar y un lastimero lamento resonaba detrás, logrando ponerle el vello de punta.

Al abrir la puerta escudriñó la estancia, sin embargo, se hallaba vacía. Aguzó el oído y se percató de que los gritos provenían del dormitorio marital. Corrió e interrumpió en este con una pregunta amenazadora.

—¿Qué ocurre aquí, padre? ¿Otra vez ha bebido? —soltó con una voz tan grave que lo hizo temblar.

Ian no era todavía un adulto, pero su constitución siempre había sido grande y recia. El trabajo duro en la granja lo había dotado de una fuerza superior a la de cualquiera de su edad y la enorme estatura de la que presumía ante sus hermanas mayores, lo hacían, si no temible, alguien al que guardarse de provocar.

Sostenía en su mano el garrote que le había comentado Julie, lo que lo hizo enfurecer. Su madre y Audrey se hallaban en un rincón en el suelo, justo tras él y no podía comprobar si habían sido agredidas.

—¿Bebido yo? Si fuera ese el único problema...

Ian dio un paso a un lado y constató que a simple vista estaban bien.

—¿Por qué no suelta ese palo y se tranquiliza? ¿No ve que las está asustando?

—Tu hermana... Ella me desafía, aunque esta vez, emplearé la fuerza si es necesario para conseguir lo que me propongo —amenazó levantando el garrote. Un leve titubeo en su tono le indicó que la advertencia no era tan firme como pretendía aparentar.

Se acercó a él, agarró el arma y no opuso resistencia. Su temperamento se había desinflado rápidamente y, con gran pesar, lo abrazó. John Kelly, el fuerte granjero al que nadie se atrevería a enfrentar por su temible y rudo aspecto, se deshizo en llanto entre sus brazos. Cada sacudida era un puñal en su corazón, su dolor era difícil de digerir. Se había rendido y todavía no sabía cuál era el plan que urdía.

Con un gesto de la mano les indicó que salieran de la habitación. Ellas se levantaron con rapidez y, justo cuando iban a salir, con una velocidad asombrosa, su padre se separó de él y agarró del brazo a su hermana.

—¿Dónde vas? No hemos terminado de hablar, pequeña.

—No tengo más que hablar con usted. Si mete la cabeza debajo de agua helada tal vez lo escuche, pero puedo asegurarle que no cederé a ser ultrajada por ese bruto guerrero —bramó tratando de soltarse de su agarre sin éxito.

Ian, todavía asombrado por tan horrible declaración, aferró a su padre de la pechera para que

pusiera toda su atención en él. Eran de la misma estatura y se amedrentó al cogerlo por sorpresa. John soltó a su hija, la cual se resistía a largarse sin él.

—Hija, vámonos, el tiempo que esté ebrio es un peligro para nosotras. Tu hermano lo hará entrar en razón —suplicó su madre volviendo a tirar de ella.

Audrey negó con la cabeza e Ian la atisbó impaciente. Entre ellos nunca habían hecho falta palabras, con un vistazo o el simple tono de su voz, conocían lo que fraguaba en sus cabezas. Tras la última ojeada apaciguadora de sus marinos iris, se dejó guiar fuera de la casa.

—Se va a tranquilizar de una vez, padre —ordenó Ian con voz firme y lo guio hasta el lecho.

Con un inflexible gesto lo obligó a sentarse. Este, al estar tan ebrio, no se resistió. El llanto acabó de nuevo con el poco ímpetu que lo había asaltado. Absorto, se pasó la mano por el rostro con energía, desechando alguna absurda idea.

John no era un mal hombre, se hallaba perdido en su horrible pena y necesitaba que alguien lo apoyara.

—Ahora que parece más calmado, ¿puede contarme qué ha sucedido para que quiera dejar a Audrey en manos de un guerrero?

—Hijo, he sido un necio, creí poder ganarle. Yo era bueno en el juego hace muchos años, aun así, me embaucó invitándome a beber una copa tras otra. Fui un estúpido y me dejé ganar con facilidad.

—Ya le dije que jugar no era la solución a nuestros males.

—No lo es, pero vi la oportunidad de salir de este infierno en el que os tengo sin poder ni alimentaros, Ian.

—Dígame que no se jugó la virtud de Audrey, si es así me veré obligado a matarlo. —Su padre ahogó un sollozo, incapaz de articular palabra por la vergüenza. Incrédulo, prosiguió con urgencia—. ¿Apostó a su hija?

—No es así del todo, ese McLeod ya tiene muchas mujeres en su cama para pensar en una jovencita con aspecto de niña. Solo deseaba que ella actuara para él. Ya sabes que su fama de excelente trovadora se ha extendido por el poblado y no existe nadie que no desee oírla. Si me niego, tendré que pagarle con esta casa.

—Eso es lo más estúpido que he oído jamás, padre.

—Lo es, ese hombre no necesita este caserón, tiene tierras y una gran fortaleza. Quiso asegurarse de obtener su pago. En cuanto tu hermana actúe para él...

—Eso no ocurrirá. No dejaré que ella se exponga ante ese guerrero del cual no conozco sus verdaderas intenciones.

—Hijo, perderemos nuestro techo, el que tu abuelo construyó con tanto esfuerzo —indicó con ojos vidriosos y brillantes.

Sabía que su ansiedad iba en aumento, y pronto lo invadiría el pánico. Estaba seguro de que iría tras Audrey y la llevaría a rastras ante ese McLeod, jugándose lo que hiciera falta por no perder sus posesiones.

—¿De cuánto es la deuda?

—Cincuenta libras.

—No puede ser. ¿Cómo se juega lo que no tiene?

—La casa...

—La casa es de su familia, era del abuelo, luego la heredó usted y al casarse se convirtió en nuestro hogar. No tenía derecho a jugársela y a dejarnos sin techo.

—Lo sé, hijo, y lo siento tanto...

Los lamentos acabaron en un desconsolado llanto.

Su mente trabajaba a un ritmo frenético, buscando una solución posible que no pusiera en riesgo la virtud de su hermana. Sin esperarlo, una idea lo cruzó igual que un relámpago.

—Déjemelo a mí. Iré a hablar con él.

Su padre se colocó en pie frente a él y lo agarró por los hombros con decisión.

—No, no irás. Es temible, si lo retas conseguirás que te maten.

—¡Haberlo pensado antes de ceder a su petición! —soltó sin contemplaciones.

Su error era imperdonable al creer que ese hombre solo querría una actuación sin acabar gozándose en su lecho. Audrey era demasiado bonita para arriesgarse a exponerla ante un guerrero con poder. Andaría acostumbrado a obtener lo que siempre deseaba, y más si había usado esa artimaña para ganar a un pobre miserable como su padre. No era de fiar, de eso estaba seguro.

Ella era todavía una niña a sus catorce años, pero ya había visto a algunos repasarla con cierta lujuria, la misma de él ante cualquier mujer que se le insinuara. No permitiría que se saliera con la suya. En definitiva, no permitiría que la conociera.

Con paciencia, se deshizo del desesperado abrazo para retenerlo.

—Confíe en mí, tengo una solución. Estoy seguro de que la aceptará.

John vio su determinación y aguardó a que le contara su plan, a cambio, Ian indicó que fuera paciente.

—Dejaré que venga conmigo si me dice dónde encontrarlo, sino me las bastaré solo.

Su padre asintió, temeroso. Estaba tan inseguro que no protestó. En silencio, prepararon la carreta con las mulas. La intranquilidad en su padre era palpable mientras lo ayudaba a colocar los arneses a las bestias. No paraba de estudiarlo, queriendo dilucidar su plan por él mismo.

Nada más obtener el permiso del vigía y oír tras ellos la señal audible de su llegada con un canto de pájaro muy peculiar, se adentraron en el claro. Los soldados los esperaban enfundados en colores azules, amarillos y blancos. Sus espadas lucían amenazantes y el brillo constante de sus hojas indicaban la impaciencia por teñirse de rojo con cualquier afrenta.

Se detuvieron ante la señal de uno de ellos, bastante más corpulento que los demás. La desconfiada fijeza del soldado se intensificó al reconocer a su padre.

—No veo a su hija.

John iba a contestarle, tan pronto, Ian lo cortó.

—Mi hermana no vendrá a ver a su señor. Le agradecería que me lleve ante él. Tengo una

propuesta que hacerle y con la cual acabará más beneficiado.

El hombre lo escrutó suspicaz durante unos tensos segundos, luego, accedió al advertir su coraje. Con un gruñido, les señaló que lo siguieran.

Bajaron de la carreta ante la vigilancia continua de los demás. Dos de ellos se acercaron para inspeccionarlos y, una vez estuvieron seguros de que no iban armados, los soltaron. Por muy asombroso que fuera, Ian no tenía miedo. En cambio, su padre temblaba como una hoja ante el examen. John no había sido un hombre valeroso, y tampoco un cobarde, simplemente era un granjero temeroso. Con todo, el alcohol parecía tenerlo bastante desorientado y confundido.

Los condujeron ante la entrada de una tienda grande y, tras esperar su autorización, ingresaron.

II



Aguardaron en un pequeño vestíbulo a darles la señal para pasar. El fuerte guerrero que los condujo desapareció tras una segunda entrada y, pronto, regresó con gran frialdad. Era semejante a un toro. Su mandíbula cuadrada y bien apretada mostraba su contención. Ian había oído el gruñido de la airada respuesta de su *laird* por la interrupción.

Al poco tiempo, se abrió la tela que los separaba de la sala y salió una mujer semidesnuda y muy voluptuosa. Se notaba en su expresión de pocos amigos que tampoco estaba muy contenta por la intromisión. El guerrero la agarró del brazo y le susurró algo al oído, luego ella le regaló una pícara sonrisa.

—No me tardes mucho, mi señor.

Este no contestó, pero le dio tal tortazo en el trasero que la hizo salir a trompicones de la tienda.

—¿Aquí querías traer a Audrey? —murmuró a su padre, quien parecía arrepentido tras ver la libertina escena.

—¡Eh!, nada de secretos. Aquí se habla cara a cara. Y os advierto que, si veo que suponéis una ínfima amenaza, rogaréis que os cuelgue de un árbol antes de que salga el sol.

—Solo comentaba lo bonita que era esa dama.

—¿Dama? Eres ingenioso, chico. —El pelirrojo se carcajeó, aunque pronto adoptó su común seriedad y señaló la abertura que había cruzado la fulana—. Vamos, el *laird* McLeod os aguarda.

Ian avanzó el primero y John lo siguió de cerca, casi pegado a su espalda. Tener a ese guerrero apuntándolos con una espada corta en su mano, no ayudaba a relajarlos. En la sala se detuvieron a un paso del umbral, cohibidos y fascinados al descubrir una estancia con tan buen gusto decorada.

No esperaban tal ostentuosidad en una tienda que suponían que permanecería poco tiempo alzada. A menos que ese hombre fuera muy vanidoso y acostumbrara a rodearse de esa ostentosa majestuosidad. La luminosidad de las cuantiosas velas los recibió, cegándolos por unos instantes. Ni en su casa antes de pasar carencias, encendían tantas luces.

El espacio era amplio, decorado con tapices ricos en colores cálidos. El reflejo dorado de las diminutas llamas transmitía una extraña sensación de abrigo. El frío de la noche azotaba hacía

rato, por lo que lo agradecieron. El olor a cuero y cera se mezclaba en un dulzón aroma que los embriagó. En frente, no vio al *laird* en la enorme silla como esperaba y ladeó la cabeza en su búsqueda. Tras un dosel preparado a modo de separación de un lecho, pudo vislumbrar la gran figura de un hombre que se ponía en pie para recibirlos. La cortina se abrió al fin, descubriendo su impresionante mirada oscura como la noche. Su expresión era desdeñosa. Anudándose un batín azul, los escudriñaba con descaro, deteniéndose por un momento en él y mostrando una leve sorpresa. Con seguridad, no esperaba que fuera Ian quien acudiera a verlo en lugar de su hermana.

Sus pupilas se clavaron interrogadoras en su padre y notó que este temblaba.

—Es bueno volver a verte, si bien, creo que no entendiste muy bien en qué consistía nuestro trato. Te confundiste de trovador, por lo que veo, John.

—Yo... No puedo traer a Audrey, ella está... enferma, mi señor.

Él chasqueó la lengua con fastidio y adelantó unos pasos hacia él en actitud sobrada.

Ian, con rapidez, se interpuso entre los dos. El guerrero lo contempló con desconcierto y el soldado grandullón se adelantó para sujetarlo, también estupefacto.

—No voy a intentar nada, hombre. ¿Acaso crees que podría hacerle algo solo con mis manos? —soltó Ian al verse aprisionado.

—Un mínimo rasguño con la uña y te mato, chaval.

Asintió. Nunca había enfrentado una situación tan arriesgada, así y todo, no vaciló en convertirse en escudo de su progenitor.

—Te honra proteger a tu padre, mas comprenderás que todavía no sé cuál es la excusa para no pagar su deuda —dijo el *laird*, impresionado.

—Yo seré su pago. Me llamo Ian Kelly y soy su hijo.

Lo dejó aún más atónito, sin haberse todavía recuperado de la primera impresión.

—Explícate, muchacho, espero que no quieras decir lo que se me está pasando por la cabeza o saldrás mal parado.

Ian arrugó el ceño, disgustado. Si lo había entendido bien, pensaba que se le estaba ofreciendo en su cama.

—Señor, hasta hoy nada me gusta más que las mujeres y así será siempre. No piense algo tan descabellado, por favor, me ofende. Se supone que mi hermana iba a recitarle unos simples sonetos.

—¡Le ofendo, dice, Khan! —El hombre se carcajeó un buen rato y su esbirro lo imitó. Ian no se inmutó a pesar de que su padre no paraba de sollozar a su espalda. De repente, se hizo el silencio. Tan rápido como las carcajadas habían surgido, el *laird* lo agarró de la pechera, examinándolo de manera intimidante durante unos segundos interminables. Ian aguardó sin siquiera parpadear—. Ya veo que tienes cojones, Ian Kelly. No te pareces en nada a tu padre, que se asemeja más a una florecilla a pesar de su gran tamaño.

—Tampoco lo ofenda a él, señor. Solo se dejó llevar por la mala ingesta.

En realidad, quería decirle que lo había engatusado para emborracharlo y sacarle lo que

pudiera en esa partida de cartas, pero se contuvo.

El noble lo escudriñó sin dar crédito y pronto prorrumpió con nuevas carcajadas. Khan esta vez no lo siguió. Conocía a su jefe y sabía que era peligroso hablarle con tal descaro.

—Bien, Kelly. Porque lo defiendes con tanto coraje, no te mataré. Voy a hacer una excepción contigo y te escucharé. ¿Cómo se supone que me pagarás? ¿Cuál es tu propuesta, entonces?

—Me ofrezco a ser su fiel soldado lo que dure el pago de la deuda. Si le parece bien, cobraré una quinta parte de lo que me pertenece y esta será cedida a mi familia para su supervivencia hasta que se recuperen de la masacre. Le prometo ser lo que usted quiera, seré su perro.

Su padre lo agarró del abrigo de lana y tiró de él con un lamento, aun así, Ian no se movió del lugar. Se mantuvo firme ante la penetrante mirada del terrateniente.

Este dio media vuelta y se dirigió a su silla al fondo de la tienda. Sabía que había vuelto a sorprenderlo y no deseaba que lo apreciaran. Demostrar emociones frente a desconocidos era un símbolo de debilidad y no debía exteriorizarlas. Ian sonrió, le había hecho una buena oferta. Tras la división entre escoceses partidarios a la corona inglesa, cada vez era más difícil conseguir vasallos fieles que no renunciaran a las antiguas tradiciones. Lograr de esa forma un seguidor, era una espada más a su favor en esa batalla sin fin.

Se sentó en la butaca de madera maciza, ostentosa como él mismo, y llamó al toro Kham.

Desde allí no podía escucharlos, si bien, oía algunas respuestas del vasallo a su señor. Su tono era tan grave que podía apreciarlo. Una de las palabras que lo hizo sonreír para sus adentros fue: «servirá».

Creía haber jugado una buena mano en esa partida, sin embargo, no esperaba lo que vino a continuación.

Kham se acercó unos pasos y lo invitó a aproximarse al *laird*. Este lo esperaba sin quitarle ojo. Lo evaluaba sin misericordia e Ian sabía que al mostrar la mínima debilidad fracasaría. El guerrero, con expresión hosca y resignada, entregó un gran mandoble a su señor.

El terrateniente lo evaluó unos segundos con agudeza y al fin habló.

—Ian Kelly. Desde hoy jurarás lealtad a mi familia. Renunciarás a la que hasta ahora te dio sustento y defenderás mi honor y el de tus hermanos. Ellos son a partir de hoy tuyos, como tú de igual manera les perteneces. Júralo ante Dios y ante tu *laird* que soy yo, su excelencia Douglas McLeod de las Tierras Altas de Escocia, Guardián del Valle Pedregoso y Protector de los Antiguos Bosques de Dunkeld, exijo.

El noble le ofreció la espada para que la agarrara en señal de plena confianza.

Ian tragó saliva y se arrodilló, decidido, recordando cómo su abuelo le había relatado no una, sino cien veces el juramento de lealtad a su antiguo señor cuando entró a formar parte de las filas militares. Con la espada entre las manos y sujetándola del puño, la hincó en el suelo y apoyó su frente en su hoja. Cerró los ojos y contestó con voz firme y el corazón a toda velocidad:

—Mi señor, con humildad y honor, acepto este juramento de fidelidad. Juro servirle con lealtad inquebrantable y defender nuestro clan con mi vida. Que mi corazón y mi espada estén siempre al servicio de nuestro ilustre clan McLeod. Por la gloria de nuestras tierras y la protección de nuestro pueblo, ante mi *laird* y ante Dios, así lo juro.

Ian besó la fría hoja de acero, luego se puso en pie y se lo devolvió con la cabeza todavía gacha.

—Que nuestra alianza sea fuerte y duradera. Juntos, protegeremos y honraremos nuestro clan. Acepto tu juramento con gratitud y orgullo.

No se atrevía a levantar la mirada, su abuelo nunca llegó a detallárselo, así que aguardó, solícito.

—Mírame, Ian Kelly. —Él obedeció—. Desde esta hora eres un McLeod y, a cambio de ello, ya que no podré gozar de tu casa por el pago de la deuda, te pido que me la cedas los días que nos quedan por pernoctar en estas tierras.

Ian no simpatizaba con la idea, pero interpretaba que estaba poniendo a prueba su lealtad y confianza. Sin remedio, no le quedó otra que honrarlo y confiar en que sus hermanas no corrieran ningún peligro con la presencia de esos hombres. No dudaría en romper el juramento para cortar el cuello a quien las atentara.

—Bien, muchacho, mañana mismo nos instalaremos. Hoy dormirás con nosotros y nos llevarás allí al alba. Tu padre tiene mi permiso para partir. —Antes de que saliera de la tienda, lo llamó—. No temas por tu familia que es igualmente mía, muchacho. Estará a salvo. Khan te presentará esta noche como uno más de nosotros.

Sonrió para sus adentros. Adivinando su inquietud, lo había tranquilizado y, nada más por ese detalle tan honorable, se concibió vinculado a él. Su protección a cambio de su servicio le agradaba, a pesar de que no fuera del todo consciente de esa nueva situación.

Acompañó a su padre a por la carreta, quien avanzaba pesaroso. Una vez llegaron, lo abrazó con cariño.

—Eres igual de valiente y leal que tu abuelo, hijo mío. Ese McLeod no sabe la suerte que tiene de tenerte. Siento perderte para siempre y haber sido la forzosa causa de tu nuevo destino.

—No me perderás, vendré a visitaros en cuanto me lo permitan. Espero que mi sacrificio sirva para replantearte el no volver a la taberna. Mis hermanas y mi madre necesitan a John Kelly, no al borracho fantasma que adoptas últimamente. Además, aunque ellos sean mi familia ahora, tú no dejarás nunca de ser mi padre.

Volvieron a darse un concluyente abrazo sellando el vínculo fraternal y se despidieron hasta el día siguiente.

El alba inundó con su brillante luz el rostro de Ian, haciéndolo entreabrir los párpados con sorpresa. Era la primera vez que despertaba a la intemperie. Tras la larga presentación de Khal a los demás acabó tan cansado que apenas notó el frío y duro suelo bajo él.

Por el contrario, al incorporarse, creyó haberse roto algún hueso. Le dolía el cuerpo igual que si le hubiera atropellado una carreta.

—Muchacho, mastica esto un buen rato y verás que te aliviará —soltó el grandullón con una fuerte palmada en su espalda antes de largarse.

—¿La palmada es también parte del remedio?

El toro gruñó, pero no se giró, prosiguió su marcha hasta que lo perdió de vista entre los

hombres.

Ian masticó las hojas y aguantó lo que pudo con ellas en la boca. Nunca había probado nada tan amargo y rezó para que no le estuviera tomando el pelo; ni escondido en el pico más alto de las Highlands conseguiría salvarse de su escarmiento.

Un rato después notó mejoría; el dolor había mitigado bastante y podía moverse sin quejarse. Presto, se dirigió junto a los demás que recogían y preparaban los caballos. El *laird* todavía seguía en la tienda, seguramente retozando con la fulana de la noche anterior. Sonrió ante la idea. Era el jefe y, como tal, podía retozar día y noche si le apetecía.

Además, esa mujer parecía muy solícita tras el manotazo en las nalgas, lo que indicaba que sería una buena fiera. Imaginando cómo llevársela a la vez a su catre, llegó hasta Khal, quien daba órdenes sin ton ni son.

—No tengo caballo.

Este calló ante su petición, iracundo. Luego, tras sopesarlo, señaló un grupo de caballos sin ensillar atados a un árbol.

—Escoge el que quieras de esos y ten cuidado.

—¿Por qué?

Este le sonrió con malicia y guardó silencio. Ian alzó los ojos al cielo al comprobar que no le sacaría más información y se encaminó hacia los animales.

Al acercarse, los oyó relinchar con temor y entendió la advertencia del grandullón. Eran salvajes, y habrían sido capturados en su travesía hasta allí. Estaban sin ensillar y tenían colocadas solo unas cuerdas alrededor de su hocico a modo de riendas.

¿Cómo pretendía que esa misma mañana montara en uno de ellos?

Sin pensárselo dos veces, se acercó a acariciarlos y estos retrocedieron aún más inquietos. Desde allí, veía de reojo al bruto guerrero, que se lo estaba pasando en grande observando la escena a sus expensas. Lo que no sabía este era que a cabezonería no le ganaba ni el más indómito de esos equinos.

Los contempló con paciencia y por fin encontró lo que buscaba. Gracias a pasar toda su vida junto a los animales de granja, le sobraba afinidad con ellos. Solía adivinar mejor sus intenciones que las de las personas. Y, si su instinto no lo engañaba, en una yegua más oscura que las demás, advirtió una leve curiosidad hacia él. Sus brillantes ojos lo miraban con fijeza y las puntiagudas orejas se movieron simpáticas y, a la vez, vergonzosas. Esa atracción era el comienzo de una amistad.

Con un suave susurro, tal si se tratara de una mujer en su lecho, alargó su mano. Esta no retrocedió como los demás y abrió sus fosas nasales con intriga. Ian le sonrió, satisfecho. No se había equivocado; aquello afianzaba su intuición. Con la yema de sus dedos rozó su frente tintada por una fina línea blanca y el leve contacto la hizo cabecear con brío. Habían establecido un acercamiento singular. Ella lo había aceptado, aunque todavía desconfiara. Con paciencia, probó a hablarle con calma, mostrándole su afecto. Ese animal era sensible y debía enseñarle a confiar en él.

—Tranquila, amiga —murmuró, según volvía a permitir acariciarle el cuello—. No voy a

dañarte.

El animal relinchó, igual que si lo entendiera. Poco a poco, relajó su actitud alerta, rindiéndose a sus mimos.

—Estás asustada, ¿verdad? —dijo palmeando su lomo y la acariciaba hasta la grupa y vuelta—. Prometo protegerte, Oidhche.¹ ¿Te gusta ese nombre? Eres tan bella como el crepúsculo, pero tan inalcanzable como la oscuridad.

La yegua respondió con un leve movimiento de aprobación de su cabeza, y supo que había logrado avanzar un paso más en su seducción. Por su puesto que no la montaría ese día. Debía obtener su permiso y, después de que ella decidiera, consolidarían sus almas entre jinete y bestia.

Tal vez en unos días consiguiera atravesar ese muro de pánico. Volvería a pie el camino hasta su casa, al lado de Oidhche y la acostumbraría a su compañía. Esa decisión le costaría más de una risotada, lo sabía. La verdad era que él se reiría de sí mismo, pero su instinto le prevenía que debía ir con paciencia.

Efectivamente, logró divertirlos a lo largo del trayecto, incluso a su nuevo *laird*, quien lo curioseaba desde su cabalgadura, muy desconcertado. Los chistes sobre caballos se sucedían hasta el hartazgo, si bien, no le importaban. Estaba feliz porque su amiga, a su lado, conducida por el bocado, lo provocaba con su hocico a lo que se hallaba distraído. Cuando eso sucedía, sus dudas se disipaban y su espíritu se llenaba de dicha.

Sin esperarlo, en un punto del camino, tropezó a causa del cansancio y cayó de bruces sobre el suelo. Era duro seguirles ese ritmo, y tosió para escupir el polvo tragado, a lo que notó que Oidhche lo zarandeaba con su nariz y relinchaba, alterada. Ian permaneció tumbado de lado, avistando qué se traía con su inesperada inquietud y, sin más, aproximó su pezuña contra su costado. Luego, el animal se arrodilló a su lado. El grupo había cesado la marcha, atónitos por la insólita escena; otros mandaban callar a los más despistados.

—¿Me estás invitando, amiga? —preguntó Ian en un susurro solo audible para el animal. Este cabeceó y relinchó en respuesta, instándolo a levantarse—. Gracias, compañera, eres muy generosa por querer llevarme. No deseo que te asustes y, pese a que sé que mi peso te será extraño en un principio, estoy seguro de que te acostumbrarás rápido. Voy a subirme en tu lomo.

El animal no llevaba silla, pero eso a él no le importaba, habituaba a montar las mulas de esa manera, y no creía que fuera muy distinto.

Con cautela y calma, se colocó de pie frente al animal y pasó una pierna por encima, quedándose sentado en su lomo. Enseguida, este se enderezó y se levantó. Ian se sujetó con firmeza, hincando los pies en sus costados y aferrándose a las crines. Al fin se había establecido la conexión. Su euforia era tal que, ni por asomo, creyó lograrlo tan pronto. Era una satisfacción enorme y más al oír algunos aplausos entre los guerreros. Por suerte, a ninguno se le ocurrió silbar para ponerla más nerviosa.

Palmeó su cuello, mientras Oidhche adelantaba y retrocedía coceando, temerosa.

—Tranquila, amiga, estoy muy feliz por permitirme conocerte.

Con maestría, dominó su impaciencia, consiguiendo que se serenara y avanzara como uno más de los caballos del grupo.

Justo echó la vista atrás y logró ver a su *laird*, quien le dedicó una gran sonrisa de

complacencia.

III



Cómo podía imaginar que, tras esa breve estancia en su casa, su hermana Julie, con solo diecinueve años, quedaría atrapada por la atracción de su nuevo *laird*. Lo que había empezado con unas simples sonrisas acabó en una proposición seria, muy a su pesar. No es que no deseara que su hermana se rodeara de los lujos de una gran dama, pero le pareció insólito. No entendía esa desesperada necesidad de ambos de estar unidos para siempre sin apenas conocerse. Para él era importantísimo mantener la libertad de elegir según le apeteciera. No se ataría a nadie, pues disponer del libre albedrío era muy gozoso.

El enlace permitió perdonar la deuda impuesta a su padre. En cierto modo, podía considerarse que Julie había ocupado de forma muy dichosa el lugar de Audrey con ese romance imprevisto. Fue irónico presenciar cómo ese terrateniente, quien había humillado a John Kelly, suplicaba la mano de su hija. Hasta Audrey tuvo que disimular su regocijo al verlo tan arrepentido por el agravio. Y es que, a veces, en las manos más insospechadas se tejían los hilos del destino, recordándonos que el éxito no era la clave de la verdadera felicidad, sino que lograr ser felices era lo que nos hacía triunfadores.

Entonces, ¿qué lo ataba a ese clan? Podía seguir cuidando la granja, pues su *laird* le permitió resarcirse de su promesa. Además de hacer resurgir sus tierras gracias a la ayuda económica dotada por ese duque, podrían al fin sacarles beneficio con una buena producción. No obstante, durante esos días disfrutó en exceso el espíritu aventurero de esos soldados, y lo sedujo mucho la idea de emplearse en esa nueva vida.

Justo cuando iba a espolpear a Oidhche para partir lejos de su familia, la voz de la preciosa April lo detuvo.

—¡Señorito Kelly! ¡Espere, por favor! —Al ver que reparaba por fin en ella, sonrió ilusionada—. ¿No se despide de mí?

Ian se inclinó sobre el lomo de su caballo para llegar hasta la mujer y, con una suave caricia en su mejilla, le contestó:

—Una de mis reglas inquebrantables es nunca decir adiós. Volveremos a vernos, mi querida flor.

Tras brindarle una seductora sonrisa a esa diosa del amor, quiso partir, pero esta le sostuvo de la muñeca y abrió su palma con firmeza. Luego, escrutó sus líneas como hacía unos días.

—Recuerde que la constancia es igual a una roca en el río, a pesar de la fuerza insistente del agua, permanece firme y, con el tiempo, moldea su camino hasta crear uno propio. —Luego, levantó su misteriosa mirada clavándola en él—. El amor verdadero, con tenacidad, siempre encuentra el camino de regreso. Sea perseverante y no renuncie él, pues arribará su corazón y lo hará libre.

Notó que el vello de la piel se le erizaba e inquieto ante la extraña expresión de la criada, espoleó su yegua sin dirigirle una palabra más. Con prisa, salió en busca del grupo que ya partía lejos de allí.

Después de aquello, disfrutó de aventuras que jamás pensó vivir. Todo cambió desde que se fue: visitó lugares que ni imaginaba, conoció a personas singulares que lo hicieron creer que en este mundo había lugar para cualquiera y gozó de mujeres hasta conocer el éxtasis más dispar.

Se formó como un buen y fiel soldado y, con los años, tras la retirada de un maltrecho Khal, llegó a ser elegido capitán de la guardia del clan McLeod. Se hallaba satisfecho de sus andanzas, orgulloso de su éxito y saboreaba una libertad suficiente para sonreír a diario.

Era mordaz que una mala jugada de naipes, fuera la causante de que la buena fortuna los visitara en el peor momento de sus vidas. Después de tantos años, su familia gozaba de felicidad, o por lo menos, eso pensaba él a lomos de Oidhche, mientras conducía a sus hombres en cada expedición, ignorante de una realidad distinta a la percibida.

Por ello, el día que su hermana Julie, la esposa de su *laird*, fue a visitarlo a los barracones, supo que algo no marchaba bien.

—Julie, ¿qué haces tú aquí? ¿Por qué no me mandaste llamar?

Ian mantenía la puerta entreabierta, y no podía dejarla pasar. En su lecho dormía plácidamente una de sus sirvientas personales y no traería nada bueno que lo supiera.

—Ni siquiera lo pensé, hermano. Es tanta mi pena... ¿No me dejas pasar? —preguntó y sus párpados formaron dos líneas inquisidoras directas a la pequeña abertura.

—¡No! Me avergonzaría de que vieras en qué estado tengo mis cosas. Mejor, damos un paseo. Ya sabes... Un soldado es organizado en el campo de batalla, no...

De repente, la seductora voz de la mujer que dormía dentro lo interrumpió, pidiéndole que volviera al lecho. Ian se rascó la cabeza, alzando la vista al cielo con expresión culpable.

Julia resopló y lo examinó acusadora.

—Sí, será mejor que demos un paseo. Lo que tengo que contarte no es muy agradable.

Ian dejó a un lado las bromas y le pidió que lo esperara a calzarse. Unos instantes después, la conducía del brazo a través del patio, camino del puente. Lo cruzaron con la compañía añadida de uno de los guardias de la entrada. Era disposición del *laird* que fuera acompañada por un soldado al otro lado de esos muros. Ni siquiera ir del brazo de su capitán era una excepción.

—Douglas te adora demasiado —expuso Ian ante el desaire que Julie le dedicaba al fiel guerrero.

—Lo sé, tanto que a veces es excesivo.

—No es cierto, flor...

—No me llames como a una de tus fulanas, yo no soy tu flor.

Ian guardó silencio, sopesando su réplica. Luego, rio al acordarse de cómo la llamaba cuando eran niños. Ella lo observaba patidifusa.

—¿Prefieres que te llame Ricitos?

Julia se carcajeó, aunque pronto retomó la seriedad y lo obligó a detenerse cogiéndolo de la mano.

—Necesito privacidad, por favor —pidió al soldado que los seguía, invitándolo a alejarse unos pasos. Al ver que este obedecía, hurgó en el bolsillo de su vestido—. Toma esta carta.

—No sé leer, hermana. Deberías saberlo.

—Si ocuparas tu tiempo en aprender algo de provecho y no en ir detrás de cada falda que se te cruza... —Chasqueó la lengua con fastidio y se dispuso a desplegar la carta.

Por su expresión, Julie debía estar haciendo un gran esfuerzo por mantenerse impasible ante lo que tenía que exponerle.

Querida hija,

Lamento tener que darte noticias tan tristes, pero es importante que sepas lo que ocurre. Tu padre está muy enfermo y los médicos no nos han dado un buen pronóstico. Su estado de salud ha empeorado en estos meses y temo que no le quede mucho tiempo.

La situación en la granja se ha vuelto insostenible para Audrey y para mí. No podemos seguir encargándonos de todo sin su ayuda. Yo también estoy vieja, y mi salud se debilita cada día más.

Espero que trasmitas a Ian mi deseo de que, como único beneficiario varón, es importante que tome las riendas de todo. Sé que para él supondrá una gran responsabilidad, pero confío en que estará a la altura de las circunstancias. Está en juego el futuro de la que será su residencia, la que fue la peculiar fortaleza de tu amado abuelo y que construyó con tanto mimo y esfuerzo.

Los extraño mucho y sé que tu padre también. Él necesita verlos, sentir su apoyo y amor en estos momentos tan difíciles. Les suplico que regresen a casa lo antes posible para estar junto a él antes de que sea tarde.

Con amor, tu madre.

Brianna Kelly.

Un silencio profundo los envolvió, haciéndose insoportable para Ian. Su hermana Julie se secaba con un pañuelo las lágrimas que habían asaltado sin remedio sus mejillas.

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que los visitaste?

Hacía mucho que no veía a sus padres, tal vez habían pasado tres, cuatro, diez años... No lo recordaba. Igual que una garra, la culpabilidad oprimió su corazón, comprendiendo que su propio egoísmo lo había hecho olvidar que existían. Negó con la cabeza, confundido.

—Yo voy a verlos cada año con mis hijos y siempre albergaba la esperanza de que me acompañaras, aunque nunca lo hiciste. Estabas tan ocupado jugando a la guerra. ¿Sabes al menos que tienes sobrinos que ya son padres? —Ian cerró los ojos, y fue como si, por primera vez,

apreciara su propia desvergüenza. Con un suspiro de exasperado reproche, prosiguió—. Lo suponía. Llevas tantos años sumido en esta vida libertina y dedicada a tu propio ego que olvidaste de dónde provienes realmente. Tus orígenes no son estos, hermano. Tu lugar está entre aquellos que te vieron crecer y te brindaron su amor incondicional y el primer aliento. Mi marido siempre te estará agradecido por tus servicios, sin embargo, hay más que pueden ocupar tu puesto. Nadie es imprescindible y es hora de que espabiles. Ya no eres un crío, eres un gran hombre, muy canalla, pero con el mismo corazón noble de tu infancia. Debes asentarte, formar una familia, y cuidar de la que posees y que, a pesar de que no lo creas, te aguarda con urgencia porque pronto no podrás ni despedirlos.

Ian le dio la espalda, era un cobarde. Le dolía el pecho, no podía soportar tanta verdad de golpe. Con prisa, se alejó por el camino y siguió por un sendero angosto que se adentraba en el bosque. Después de andar largo rato, maltratando con su espada cada arbusto que se le cruzaba, se detuvo, jadeante. Había procurado no pensar en esa carta. Sin éxito, a su mente volvían, una y otra vez, aquellas palabras leídas por Julie: «tu padre está muy enfermo... temo que no le quede mucho tiempo... mi salud se debilita cada día más... es importante que tome las riendas de todo». Luego se martirizaba al recordar el profundo discurso.

¡Maldición! Estaba acostumbrado a ser responsable de su grupo de soldados, de proteger a su familia...

«Mi familia es este clan, no la de antaño», pensó, confundido.

Hundió los dedos en su cabeza y tiró con fuerza de su cabello dorado, enfadado con sus pensamientos. ¿Cómo podía haberse vuelto todo tan complicado?

Entonces, sin entenderlo, abrigó una fuerte añoranza al pensar en sus parientes. Aunque había creado un gran vínculo, su familia de sangre no era el clan McLeod. En realidad, se trataba de esa mujer débil y su querido padre que rogaban por su vuelta. Su linaje eran sus hermanas, sus ignorados sobrinos y los hijos de estos.

¿Cuánto tiempo había perdido en sí mismo? La mayoría de su vida. Sí, había vivido semejante a un rey, como le había apetecido. Sin desearlo, su mundo se había vuelto del revés... ¿Y si cedía esa granja a su gemela? Era una solterona, según lo poco que sabía... No obstante, no podría encargarse sola. ¿Y si pegara fuego a esa tierra y siguiera viviendo tal cual cierto muchacho de quince años el resto de sus días? Era una tentadora posibilidad, pero absurda y egoísta. Según seguía meditando, se percataba de las inmaduras conclusiones a las que llegaba y en las que dejaba, sin piedad ninguna, desamparados a sus parientes.

No tenía escapatoria. Además, no quería ser condenado el resto de sus días por su propia conciencia, que parecía haber desplegado un gran abanico de matices en esas pocas horas.

Muy a su pesar, tomaría la decisión que más temía y que significaría cambiar su destino para siempre. En cambio, casarse... ¡Jamás lo haría!

Una semana después, partía junto a Julie y su esposo rumbo a Banchory, en el condado de Aberdeen. Como le rogó su hermana tomó las riendas del asunto y decidieron visitar a su padre lo antes posible. Temían no llegar a tiempo, esa carta hacía mucho que había sido enviada y no se imaginaban en qué estado lo encontrarían tras tanto retraso. Acordó con ella tomar ciertas medidas momentáneas hasta que pudiera consolidarse en su hogar, pues se acercaba el

veintinueve de marzo. Era año bisiesto y ya tenía organizada la larga y peligrosa expedición que capitanearía hasta Dalness, escoltando a los McLeod para asistir a la Fiesta de la Estrella. No podía dejar esa misión en manos de otro, no confiaba en nadie que no fuese él mismo. Si algo le ocurriera a Julie por no encargarse, no se lo perdonaría.

Las pautas tomadas en consenso entre ambos hermanos consistían en llevar consigo ayuda especializada a la granja para emplearla en lo más esencial hasta su vuelta. Una vez allí afincado, se responsabilizaría del trabajo y comenzaría la nueva etapa.

Con pesar, comenzaba a dudar de sus reglas de oro, en especial de una: Nunca decir adiós. Llegada la ocasión, tendría que despedirse de mucha gente.

Tras un largo viaje, acabaron por cruzar el enorme bosque de coníferas de la cordillera de Cairngorms y rodear los innumerables picos montañosos, dando paso a las llanuras de su infancia. Al fin divisó a lo lejos un paisaje que creía borroso en su memoria y estaba seguro de reconocer, sin embargo, conforme se acercaba, la extrañeza lo golpeó semejando un guantazo. Todo allí había cambiado. Al abandonar aquello, era salvaje, natural; en ese momento, vislumbraba extensas áreas de cultivo que se dispersaban a lo largo del valle en un mar verde e interminable. Continuaba con su belleza propia, pero se organizaba en perfectas zanjales sembrado. Esas tierras pertenecían a su padre y parecía haberle ido bastante bien. La impresión que pensaba llevarse al volver a ver esas tierras era muy diferente a la que tenía. Ni por asomo se atisbaba un mínimo de precariedad.

—¿Sorprendido? No esperabas encontrar esto, ¿verdad? —dijo Julie a su lado, a la vez que dirigía la vista hacia el horizonte con una gran sonrisa—. Nuestra familia ha trabajado muy duro para conseguir estos frutos.

Ian asintió sin comentar nada. Nuestra familia. Lo incluía a él cuando jamás había participado en ello y le tocaba encargarse de un trabajo del cual sabía bien poco. Había olvidado lo aprendido en su infancia y se había dedicado a otros menesteres, muy diferentes. Su vida había cabalgado entre la dureza de la batalla, la fiesta y un sinfín de noches con mujeres. Adorarlas había constituido su afán, eso sí que sabía hacerlo bien. De pronto, la situación se escapaba de su control y, con seguridad, esa nueva ocupación lo dejaría tan extenuado que apenas contaría con fuerzas para sobrellevar una dichosa noche de pasión. ¿Qué tonterías pensaba? Siempre habría lugar para meter una buena hembra en su cama.

—¡Vamos! ¡Adelantémonos! —exclamó su hermana, azuzando a su caballo en un ligero trote, dejándolos atrás.

Su marido puso los ojos en blanco ante el repentino arrebato de Julie. Luego, con un gesto resignado, le ordenó que la acompañara para su apreciada tranquilidad. Todavía estaba bajo sus órdenes y, como capitán de su milicia. Debía acatar sus deseos, aunque sintiera una garra oprimir su corazón al adelantar el temible reencuentro, después de al menos quince años.

Era muy fácil decirlo, así y todo, difícil de digerir. Después de su marcha, los visitó los primeros años, luego, desde que lo nombraron capitán de la guardia, se olvidó de que existían. Se fue con catorce años de allí y volvía para quedarse a los treinta y seis.

Hincó los flancos en Oidhche, y poco a poco, se fue aproximando al caballo de su hermana. Su yegua ya era vieja, no lucía tan garbosa, y todavía aguantaba una buena galopada, pero no quería cansarla mucho. Había sido su compañera de batallas en esos años y sufría por ella tras

ese largo viaje.

Julie le sonrió y le contagió su entusiasmo, olvidando por un instante sus miedos y trotando a su lado. Una enorme sonrisa iluminaba su rostro y, volviéndose un chiquillo, aulló feliz. Su hermana rio y lo siguió a través del prado extenso, imitándolo. Las lágrimas de felicidad descendían por las mejillas del guerrero, emocionado por volver a sentirse parte de aquello, de sus orígenes más puros.

No creía haberlo echado tanto de menos. La sensación de libertad que percibió en sus venas era tan distinta a la vivida esos años junto al clan... Era mucho más auténtica.

Desbordados de la intensa excitación llegaron hasta el camino de entrada a la hacienda principal, donde algunos empleados los recibieron con alegres saludos. Los reconocieron nada más verlos, ¿cómo sabían que eran ellos? Quizás, Julie les hubiera mandado con anticipación una urgente misiva, anunciándoles la visita.

Admiró la elegancia y solidez de la piedra gris de sus muros. En algunos puntos, la hiedra había crecido y se aferraba a sus paredes cubriéndola con encanto. No las recordaba la última vez que había venido, que fue... Le era imposible recordarlo. Las ventanas de la planta baja se encontraban abiertas de par en par, aprovechando la luz natural. Eran amplias y enmarcadas de madera oscura, de una calidad excelente... Tampoco las había apreciado nunca.

La gran puerta de la entrada les daba la bienvenida abierta despreocupadamente. En su infancia, hacer aquello supondría invitar a cualquiera a robarles. Por lo que veía, la seguridad en la zona había aumentado en bastante consideración.

La opresión en el pecho reiteró a la vez que descendía del caballo y posaba los pies sobre la grava. Se aproximó en dos zancadas a ayudar a su hermana a bajar, dando la espalda a la entrada principal.

Una voz que creía olvidada resonó tras él.

—¿Ian? ¿Eres tú? ¿No eres una visión?

Conocía esa voz que le llegó a lo más profundo de su corazón, inundándolo de una maravillosa calidez. La había añorado, y fue tan revelador que quedó paralizado.

Julie, al ver su congoja, apretó sus manos, brindándole su apoyo. Con brillo en sus ojos, lo animó a volverse.

—Madre, no soy un fantasma, aunque me haya convertido en uno durante tantos años —dijo, avanzando hacia ella con emoción contenida. La euforia por verla de nuevo era inmensa. Las arrugas de su rostro le susurraban padecimientos, pero en su mirada no había más que ternura y dicha por verlo.

Ian se acercó con lentitud, y con cada paso sintió cómo se reunía con un pasado que creía enterrado. Su madre extendió los brazos, y se dejó envolver por ellos; los había extrañado tanto, sin saberlo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, mezclándose con las de ella, en un silencioso intercambio de amor y perdón.

—Te he añorado mucho, hijo mío —susurró, con voz quebrada de emoción, acariciándole las mejillas y sin perderse detalle de sus facciones.

—Y yo a ti, madre. Más de lo que puedo expresar con palabras —respondió sincero,

sintiendo cómo el tiempo perdido por la separación se desvanecía.

Julie, conmovida por la escena, se unió al abrazo y así permanecieron varios minutos, entre sollozos y risas de felicidad. Ian recordó entonces unas palabras que había oído hacía mucho tiempo: «El amor verdadero, con tenacidad, siempre encuentra el camino de regreso».

¿Acaso podía haber un amor más profundo que ese?

El sonido del trote de caballos los avisó de que ya no se encontraban solos e Ian se enjugó las lágrimas con presteza. Se preparó para recibir a su *laird*, que, con gran asombro, ya no lo percibía tan esencial como antes. Douglas McLeod desmontó y se aproximó a su madre. Igual que un hijo, la abrazó con ternura.

—Señora, me alegra verla de nuevo, pese a que sea en unas circunstancias tan tristes.

Brianna Kelly lo miró con extrañeza unos segundos, luego su vista se paseó, poco a poco, por la de los demás que se hallaban llenas de un apenado pesar.

—¿Por qué dices que es triste este reencuentro? Soy la mujer más feliz del mundo, Douglas.

—Bueno, me refiero a la salud de su esposo, señora.

—¿Mi esposo? Él... ¿Qué ocurre con mi John?

Todos se hallaban desconcertados e Ian adelantó un paso hacia ella, algo confundido.

En contrapartida a lo que creían, John Kelly apareció bajo el umbral de la enorme puerta de madera de la entrada. Una gran sonrisa inundaba su rostro y, por lo que podían apreciar en su saludable aspecto, se hallaba muy lejos de tener un pie en la tumba.

Un fuerte codazo se hincó en sus costillas, haciéndolo reaccionar. A su lado, Audrey Kelly, su gemela, lo miraba con una mezcla de emoción y furia contenida.

—Sabía que lograría hacerte regresar, bribón.

IV



*Londres, Inglaterra
Año 1710*

Hellen probó a apartar con impaciencia un mechón oscuro de su cabello. No pudo, se le había quedado adherido al rostro, humedecido por las lágrimas que la asaltaban sin contención. Se colocó bocarriba, mirando el techo de madera maciza de su cama, luego cerró los ojos con fuerza, deseando olvidar lo que estaba sucediendo.

Claro estaba que no funcionaría, nada ni nadie podría consolarla.

—Señorita, deje de llorar, por favor. Caerá muy enferma si sigue así. Ya lleva tres días seguidos que apenas come, ni siquiera habla conmigo. Entiendo su pesar, pues es muy injusto comprometerla con...

Al oírla, Hellen prorrumpió de nuevo en un llanto atronador. Ni lo pensó; con la sábana limpió su nariz provocando un estruendo similar al de una trompeta. Su doncella resopló con disgusto.

Se incorporó en el colchón con un ímpetu inesperado y le clavó una dura mirada, como si fuera la culpable de sus males.

—¡No! ¡No puedes entenderme, Mairi! ¿Acaso has sido obligada a casarte con un viejo carcamal? No, ¿verdad? Tú has gozado de libertad para decidir, en cambio, yo debo obedecer las órdenes de un tutor injusto que nada más desea engordar sus arcas para gastárselo en apuestas.

La criada guardó silencio, aun así, no se impresionó. La conocía muy bien y sabía que lo único que le había impulsado a hablarle de esa forma era su desesperación.

Al verla caer derrotada sobre el colchón tras reprocharle eso, la agarró de la muñeca, brindándole su apoyo.

Hellen se disculpó, arrepentida.

—Siento pagarlo contigo, Mairi. Sé que estoy muy alterada. Y es todo por culpa de ese injusto y mentiroso... ¡Lo odio! Al decirme con quién quería casarme casi me desmayo del disgusto.

—No se preocupe, señorita, no voy a morir porque me hable de ninguna manera. Pero me sorprende su actitud, en la vida desobedeció las órdenes de su...

—No pronuncies esa palabra —la cortó con precipitación—. Él jamás reemplazó el papel de mi padre. ¡Ni por asomo podría comparársele!

Estrelló los puños con furia sobre el colchón hasta el cansancio.

—Tranquilícese, iba a decir padraastro, señorita. Nunca la vi tan trastornada, ni tampoco conocía esa faceta amotinada que muestra. Me sorprendió mucho que tuviera el valor de negarse en rotundo a contraer matrimonio con Reginald Harper.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Conformarme? ¡Que se case él si quiere! No puede entregarme de forma tan vil. Mi madre ya no está viva para usarla contra mí y únicamente, puede amenazarme con mandarme a ese convento clandestino en mitad de las Highlands. Cree que así conseguirá hacerme ceder a su razón. Está loco si piensa que aceptaré su propuesta. Antes que casarme con su hermano, me pudriré en la fría Escocia.

—Entonces, ¿irá a ese convento? Eso es horrible —advirtió Mairi, incrédula.

Hellen se incorporó de nuevo en el colchón y, agarrando sus manos con firmeza, asintió con vehemencia.

—Señorita, morirá de pena, de frío... Usted es tan... vivaz. No podrá soportar el silencio impuesto, ni dominar sus arrebatos...

—Lo haré, te lo juro por...

—No blasfeme, por favor. Eso es lo primero que debe corregir si va a ingresar en esa Orden.

Se tapó la boca y rio, azorada. Esa era la primera vez que reía desde hacía días y Mairi se contagió de la estupidez transitoria. Desahogada al fin, parecía haber renovado su decisión. Hellen siempre había sido muy recatada a ojos de los demás, pero en la intimidad... se podía decir que no era tan modosa. Y bien lo sabía esa mujer que se hallaba tan divertida como ella.

En esa sociedad severa donde había nacido, las reglas recaían con rigor sobre su espalda. Odiaba ese país, lleno de ridículos prejuicios, y añoraba su tierra al otro lado del océano. Norteamérica se hallaba muy lejos, demasiado para una jovencita que, con solo quince años, perdió a su madre, quedando a merced de ese miserable aristócrata de Kendrick Harper.

Nunca llegó a gustarle, ni siquiera al visitarlos cuando todavía vivían en su primera residencia de Connecticut. Era presumido y pretencioso, y le encantaba pavonearse con sobrada arrogancia delante de los colonos.

Su madre, Olivia Chamberlain tras la muerte de su marido en uno de sus viajes mercantes, había heredado una responsabilidad enorme al haber sido nombrada la benefactora de toda su fortuna. ¿Qué podía hacer sola con una flota de barcos y una niña de nueve años? Kendrick, como buen cazafortunas, aprovechó su debilidad, para acercarse a Olivia. Esta, poco a poco, fue relegando sus funciones en él, que se presentó como un perfecto amigo y consejero. Su madre viuda abandonó a sus antiguos asesores, y volcó su confianza plena en Kendrick. ¡Qué buen papel hizo, el muy cretino! Durante años la apoyó y persiguió para seducirla y lograr casarse con ella. De esa forma, se hizo con el control de su patrimonio. Tras el enlace, Harper gozó de libre albedrío para gastarse gran parte de su fortuna en apuestas, dando por fin a conocer su verdadero propósito. Después de eso, Olivia se sumió en la tristeza al comprender que se había dejado embaucar por un oportunista. Hellen, junto a ella, sufría al percatarse de dónde estaban siendo arrastradas. Los pagarés por deudas eran la orden del día y, a ese paso, temían ser repudiadas por

la sociedad inglesa. Pese a ello, las dos se refugiaban la una en la otra y solventaban los problemas, hasta que un terrible suceso ocurrió.

Sin cesar se echaría la culpa de que su madre saliera aquel nefasto día. Hellen, con diez años, fue testigo de su terrible asesinato en un lugar muy concurrido de la ciudad. Un altercado confuso y que apenas recordaba por la gran conmoción.

Debido a su muerte, Kendrick creyó hacerse con la totalidad de los bienes matrimoniales. Sin embargo, para su desesperada desdicha, no contaba con un testamento escrito por Olivia en Norteamérica y firmado ante notario antes de casarse con él e instalarse en Inglaterra. Parecía que su madre, aprovechando un lapso lúcido entre tanta tristeza, se reunió con Frederick Lennox, el abogado americano de la familia.

Según el juez, quien navegó hasta Inglaterra para leerlo, su padrastro asumiría el papel de tutor de Hellen hasta que se casara, circunstancia en que ella pasaría a ser la dueña de dos residencias en su condado natal de Connecticut.

El abogado, quien insistió en que ella se hallara presente en el momento de leer el documento, le hizo entrega de una carta escrita de puño y letra por su madre. En su vida tuvo que esforzarse tanto para no derrumbarse como aquel día. Sintiendo tan sola, conocer que en esas letras había un mensaje directo de su madre era apabullante y esperanzador a la vez.

Con gran autoridad, el letrado comunicó que, una vez fuera leída la carta por ella, tendría que serle devuelta, para destruirla delante de los presentes.

Todavía recordaba bien esas palabras. La imagen de esas letras tan elegantes le aparecía sin descanso en sus incesantes pesadillas.

Querida hija,

Si estás leyendo esta carta, significa que ya no estaré más a tu lado para protegerte. Mi corazón se rompe al pensar en ello, y quiero que sepas que estaré contigo en espíritu. Te dejo en manos de Kendrick, con la esperanza de que te cuide hasta que puedas casarte y formar tu propia familia. Cuánto desearía estar ahí contigo en esos instantes de felicidad.

Eres una niña extraordinaria y sé que estos momentos están siendo muy difíciles. Entiendo tu rechazo hacia tu padrastro, y espero que algún día llegues a apreciarlo. Sé que no comprendes por qué me casé con él, pero necesitaba asegurarme de que no quedaras completamente sola si algo me sucedía. Ojalá te hubiera dado un hermano, no te sentirías tan desamparada, como me siento yo ahora, sin un respaldo familiar que me acoja. Siempre he pensado que las muertes de mis familiares más cercanos eran una horrible casualidad, no obstante, cuando sucedió lo de tu padre, me convencí de que el destino se ensañaba conmigo de forma vil e injusta. Con todo, un día me crucé en el muelle con un antiguo marinero y amigo de tu padre, quien vino a darme su pésame a una de nuestras oficinas. Charlamos largo y tendido, me contó entrañables anécdotas de Lewis en alta mar; lo admiraba mucho. Me insistió en su gran prudencia como navegante. Por eso, no entendía cómo pudo desatarse el nudo de su cuerda atada a su cintura mientras luchaban contra la terrible tempestad. «Solo cortándolo lograría escapar de uno de ellos», dijo.

En la vida podré olvidar su persistencia y frustración al recordarlo, ni tampoco su gran preocupación por mi nuevo matrimonio. Por lo que me contó, solo él, además de Kendrick, fueron testigos de lo que cambió nuestras vidas para siempre. Esa misma tarde, tal contrariedad

con lo supuesto hasta la ocasión me llevó a comentárselo a Kendrick, y su respuesta me dejó helada al desmentir de forma tan fervorosa la declaración del marinero. «¿Dudas de lo que vi?», fue su duro reproche.

Mi niña, es tarde para hacerme un juicio erróneo de esto. Partimos en unos días hacia Inglaterra para casarnos y quiero asegurarme de que todo quede bien atado, lo mismo que hacía tu padre.

Si alguna vez te encuentras en apuros, insisto en que regreses a Connecticut y busques a Frederick Lennox; él sabrá cómo ayudarte.

Te quiero con mi absoluto corazón y deseo que nunca tengas que leer estas líneas. Me deshago en llanto al pensar que ese momento ha llegado. Confío en la justicia divina, aunque parezca haber jugado conmigo.

Te adoro y te deseo que seas tan feliz como lo fui yo junto a mi amado Lewis.

Con todo mi amor, mamá.

Olivia Chamberlain.

Adoró leer el apellido de su padre sobre el papel. Aun así, no entendería jamás cómo había confiado en Kendrick.

Siguiendo las pautas decididas, el abogado le arrebató presuroso la carta de las manos y, delante de los presentes, la quemó en una fuente de plata. Este la contemplaba con determinación, como si quisiera trasmitirle confianza y entereza, la cual le hacía mucha falta. Tras terminar la reunión, Lennox le estrechó la mano con una amable sonrisa y ya no volvió a verlo ni a saber de él.

Después de aquello, un desconfiado Kendrick, trató de sonsacarle el contenido del mensaje. Le transmitió su deseo de no dejarla sola y su absoluta voluntad para obtenerle un provechoso y futuro matrimonio. Por el contrario, tras años de excesos gastando la fortuna de su madre, se encargó de que no tuviera propuestas matrimoniales, usando viles artimañas, pues no le convenía ser despojado del mínimo patrimonio. Lo deseaba todo para él, hasta esas dos residencias en Connecticut que utilizaría para pagar sus deudas de juego.

—Señorita, con lo bonita y especial que es, me parece muy injusto que se enclaustre en esa abadía —comentó la criada a la vez que sacaba del armario un vestido de seda azul celeste con una amplia falda. El corsé ajustado se llenaba de encajes y delicados bordados en color marfil, proporcionándole un estilo muy refinado.

—¿Qué haces?

—¿No saldrá a pasear hoy tampoco? Pensé que, al verla reír y recuperarse un poco, se animaría. ¿Quién sabe si ahí fuera no se halla un futuro pretendiente que la saque de su apuro?

—Eso es muy alentador, pese a lo ridículo. ¿Quién va a querer casarse con una norteamericana de reputación dudosa?

—Señorita, todos saben que no fue ultrajada por ese hombre... Es absurdo que piensen lo contrario.

—Lo es, Mairi, si bien, esta hipócrita sociedad es la que decide mi futuro. Piénsalo bien,

tengo un tutor que a este paso no le quedará más remedio que vender sus escasos barcos para pagar los vicios, pues lo único que gana cada día es una escandalosa fama en los salones de juego londinenses. ¿Crees que tengo alguna posibilidad en esta apestosa ciudad?

—Señorita, ¿y si volviera a Norteamérica?

—Kendrick nunca lo permitiría, quiere desposarme con su hermano, a ese vejestorio le quedan dos primaveras con suerte. Lo quiere todo, ¿es que no lo ves?

—¡Es muy injusto!

—Sí, querida. Ojalá hubiera nacido en una familia igual que la tuya.

—Perdone que le diga, mi camino tampoco ha sido de rosas. Hasta que no llegué a esta casa, no tuve un buen trabajo. Es más, cuando usted se vaya a ese convento no sé qué haré.

—Por eso no te preocupes, te recomendaré a algunas casas de la zona, seguro que encontrarás un buen puesto.

—¿Haría eso por mí, señorita? —preguntó ilusionada y devolviendo el vestido floreado a su sitio.

—Claro, Mairi, no olvidaría tu apoyo en estos momentos tan difíciles que me han tocado vivir —dijo levantándose de la cama y acercándose a ella.

Sin esperararlo, la rodeó con sus brazos y la apretó fuerte contra sí. Mairi comenzó a estremecerse y Hellen se separó, extrañada. Las lágrimas asaltaron el rostro de la muchacha, lo que la emocionó. Los sollozos y la desazón las envolvió unos minutos muy conmovedores y cargados de intensidad.

—No quiero que ingrese en esa abadía y tampoco deseo separarme de usted —dijo Mairi por encima de su hombro, apretándola muy fuerte.

—Estaré bien, mi Mai, y debes alegrarte de que no tenga que verle la fea cara a ese desalmado —dijo entre risas, muy convencida. Luego, el silencio las inundó, creando una incómoda tensión entre ambas mientras se estudiaban, colmadas de pensamientos temerosos—. Te prometo que, si consigo salir de ese convento, volveré a buscarte, sea lo que sea que me depare el destino.

—Señorita, la esperaré, no lo dude. La quiero mucho —dijo volviendo a sollozar.

Tras esperar a que se calmara un poco, Hellen abrió el armario para el gran asombro de la criada.

—Vayamos a dar ese paseo. No creo que encuentre a ningún soltero interesado, pero te aseguro que nos vendrá bien despejarnos un rato. Además, por mucho que deteste esta ciudad, tengo que reconocer que Hyde Park es un lugar maravilloso.

Poco más tarde, engalanada con el vestido azul, bajaban la escalera de la mansión a paso muy ligero. Se daban prisa para evitar un desagradable encuentro con su tutor, pero, a pesar de ello, la suerte no anduvo a su favor. Justo al pisar el piso de la planta baja, una voz imperiosa proveniente del salón las detuvo.

—¿A dónde vas?

Hellen dudó si ignorarlo, aun así, no le convenía enfadarlo más de lo que estaba. Desafiarlo a

esas alturas de la mañana y tras haberse bebido media botella de ron, podría desembocar consecuencias mucho peores. Era cruel y no le temblaría la voz para prohibirle salir de esa casa en meses.

Se giró hacia la sala y lo encontró apoyado de forma fatigada sobre el marco de la puerta. La escrutaba con esos ojos azules tan engañosos. Una sonrisa superflua se dibujaba en su gesto, tan malvado que se le puso la piel de gallina. Ese hombre era un demonio de aspecto encantador, pero que, a esa edad madura y tras numerosos excesos, no podía disimular el malogrado aspecto. Las ojeras surcaban su rostro, hundidas por un cansancio de una larga noche de abusos con la bebida. En su mano sostenía una copa medio llena del líquido dorado, una perenne prueba de que no podía parar de beber.

La fijeza de Kendrick era desafiante y eso la hacía desconfiar; ella ya no era ninguna niña a la que poder manejar a su antojo. Él era su tutor y le haría la vida imposible para conseguir su objetivo, sin embargo, no admitía que la humillara en su día a día, algo que había hecho mucho con ella y con su madre tiempo atrás.

Con la espalda muy recta y las manos entrelazadas por delante, optó por mostrar su lado más inocente, aunque no pudo evitar sacar a relucir el escabroso tema.

—Mairi y yo vamos a pasear al parque. No creo que pueda hacerlo más adelante si tienes pensado mandarme a ese convento dentro de unas semanas.

—¿Unas semanas dices? —Kendrick rio.

Sus carcajadas sisearon como si una serpiente de cascabel se hallara cerca, y terminaron casi ahogadas por una tos sofocada. El desagradable silbido la hizo arrugar la nariz y contemplarlo con asco. Odiaba esa peculiaridad suya y, con asiduidad, se imaginaba pisoteando su cuello para acallarla con una de las botas que usaba en Connecticut.

Tomó lo que quedaba del vaso de un único trago y lo sostuvo en el aire, esperando con impaciencia que su pobre asistente, resguardado detrás de él, lo recogiera. Luego, se acercó a ella con paso lento y algo torpe; tenía una expresión tan siniestra que la puso alerta. Hellen levantó el mentón con soberbia, esperando una de sus crueles genialidades.

—Querida, tu barco zarpará en tres días, está todo preparado para tu partida —soltó sin un ápice de remordimiento y con su sonrisa aún más marcada. A un paso de distancia, el aliento a ron y tabaco la golpeó igual que una bofetada—. Desde luego, está en ti cambiarlo.

Sabía que estaba exteriorizando su miedo, notó cómo se crecía, en tanto la acechaba. Las manos de Hellen, antes impávidas en su regazo, mostraban los nudillos blanquecinos de tanto apretarlos. No esperaba esa maniobra sin sentido y trató de serenarse, pues notaba su respiración más irregular y había empezado a sonrojarse hasta originarle un sofoco asfixiante.

Lo que más odiaba de sí misma era su transparencia emocional. Su tez blanquecina era apabullante para cualquiera, un rasgo peculiar que le daba un aspecto de figura de porcelana. Para ella era un verdadero fastidio, ya que advertía de cualquier variación en su ánimo, tintando su rostro de un sonrojo bastante evidente en unos segundos. Tanto si era enfado o vergüenza lo que sentía, su rostro ardía de forma excesiva, lo mismo que ocurría en ese instante frente a su tutor.

—No, me parece estupendo, Kendrick. Será fantástico sentir de nuevo el aire marino sobre

mi piel, muy refrescante. ¡Añoro tanto navegar! —exclamó con mucha efusión, procurando disimular.

Decir aquello fue más o menos echarse una losa encima. Perder su juventud enclaustrada entre esas paredes le resultaba aborrecible, y asimilar que en tres días ya no sería libre de decidir su destino, era todavía más entristecedor. Hacía cinco años de la muerte de su madre y se le hacían igual que una vida entera. La necesitaba tanto...

Al principio, él arrugó la nariz, luego, seguro de hacerla cambiar de parecer en esos pocos días, expresó su regocijo con una altiva sonrisa. Saber que ese demonio disfrutaba de eso la hacía desearle el peor de los destinos, entre ellos; su preferido: imaginarlo ahogarse con uno de esos apestosos puros jamaicanos que fumaba a todas horas. Aquello era desalentador, no obstante, no permitiría que se riera más de ella.

Se giró buscando a su criada que aguardaba lo mismo que una sombra detrás, y la agarró del brazo. Esta le respondió con un fuerte apretón, infundiéndole ánimos. Con toda la entereza que pudo reunir, echó a andar hacia la entrada.

—Ahora, si me disculpas, nuestra calesa nos espera —le dijo por encima del hombro.

V



Casi cumplía doce meses en la abadía. Intentaba adaptarse a esa existencia de retiro y complacencia, si bien, en su interior se le hacían semejante a una vida entera. Levantó la vista al sol, dejándose acariciar por su calidez, algo de lo que no abusaba mucho por la extrema blancura de su piel. Aun así, necesitaba disfrutar de un poco de calor en esos días fríos y húmedos que padecía. Allí, sentada en el escalón de la entrada que llevaba al patio, pensó en los cambios tan drásticos que había sufrido a lo largo de sus veinte años.

La muerte de su padre la sumió al principio en un lamentable desconcierto. Aceptar que una de las personas que más amaba desaparecía para siempre de forma tan repentina, resultó muy frívolo. No poder despedirse de él fue lo peor. No se hacía a la idea de que jamás volvería a deslumbrarse con su sonrisa encantadora, ni con sus ojos negros, tan semejantes a los de ella. En ninguna circunstancia olvidaría su voz consoladora cuando lloraba por cualquier capricho. A pesar de ser un capitán firme con sus marineros, con ella había sido apacible y tierno, siempre dispuesto a mostrarle su cariño con un pellizco en la mejilla, un gesto singular que no olvidaría.

El segundo giro en su camino llegó a raíz de tolerar forzosamente a ese malnacido de Kendrick Harper, cosa que no fue capaz. Por mucho que diera vueltas a los motivos de su madre para aceptarlo como pareja, no conseguía entenderla. Con solo tratarlo en las primeras visitas, descubrió su hipocresía enmascarada tras una fachada de cortesía.

Lewis Chamberlain, conversando sobre sus negocios con su esposa, había comentado alguna vez: «Los borrachos y los niños dicen siempre la verdad. Por eso los tratos deben hacerse saboreando un buen vino». Y mira que Hellen probó a seducirlo, haciéndole llevar una copa en cada reunión, pero este, astuto igual que un zorro, se cuidó de probar un insulso trago. De todas formas, a ella no la engañaba con su expresión amable y, a la vez, vacía.

El cambio más radical llegó al mudarse a Inglaterra tras el casamiento de su madre con él. Ese clima frío y lúgubre que envolvía la ciudad, un día y otro también, fue desalentador para ambas y, sumado a renunciar a sus raíces, las llenó de una tristeza inevitable. En Connecticut dejaron toda una vida de nostalgias junto a gente muy bondadosa. Jamás olvidaría la voz grave de Dorothea mientras le cantaba una de sus nanas para dormirla. Su risa contagiosa y su *Binti yangu*² típico del país africano de donde provenía, la removía en ocasiones, llenándola de añoranza. Lo único que la mantuvo firme fue su madre, quien permanecía todo el tiempo a su lado.

Eso era algo que Kendrick llevó mal. Odiaba verlas juntas, apoyándose la una en la otra. Incluso trató de separarlas, mandando a Hellen a la Academia de Señoritas de Bath, la institución por antonomasia más popular entre la alta sociedad inglesa. No obstante, este no contaba con que, al ser norteamericana, sería menos considerada y adecuada para sus respetables integrantes. Por lo que fue fácil ser expulsada al mínimo incidente. A raíz de esto, Kendrick tuvo que conformarse con asignarle una institutriz particular, logrando así continuar junto a Olivia.

De repente, tembló. No sabía si serían sus ganas de ella que le pareció percibir el peso de su cabeza reposando sobre su mano izquierda. Levantó la otra deseando palpar de nuevo el sube y baja de la respiración en su pecho mientras se despedía de este mundo. Necesitaba a su madre viva, no en un mero recuerdo imposible de retener más de unos simples segundos.

El llanto de impotencia la asaltaba siempre cuando llegaba a ese punto, llenándola de desconsuelo. Cerró los ojos, procurando guardar la calma y no terminar sofocada.

—¿Está bien, sor Patricia?

Contuvo el aliento y abrió los ojos al escuchar una voz dulce a su lado. Había estado tan ensimismada que no había prestado atención a su alrededor. Con prisa, se enjugó las lágrimas y se tomó un breve respiro, evitando mirar a quien interrumpió su triste recuerdo.

Junto a ella, unas abarcas de cuero sobresalían inmóviles por debajo de un hábito blanco, uno de tantos. Podía ser cualquiera de las hermanas, todas tan semejantes en sus expresiones, con sus típicos tonos sosegados y pausado paso. Cogiendo aire con profundidad, se puso en pie y se encaró con la intrusa.

Se sorprendió al encontrarse con unos ojos tan verdes como las jóvenes olivas de los árboles del patio. Era sor Mariana, la monja que había llamado su atención alguna vez en esa monotonía diaria... y nocturna:

Aparte de recordar esos impactantes ojos, en una de sus primeras noches en el convento, el sonido estridente y metálico de la reja que las separaba de la otra zona del claustro, la hizo saltar en el lecho. Tras ello, unos terribles lamentos femeninos la dejaron petrificada. Había bufado al ver a su lado a sor Angela roncar a pierna suelta. Esa mujer caía semejándose a un tronco en cuanto cerraba los ojos, y, para añadir un castigo a su desgracia personal, su ronquido era igual al de cualquier lobo de mar que navegaban en los barcos de su padre. Se armó de valor y se asomó al largo pasillo, desde donde descubrió cómo llevaban a rastras hasta su habitación a esa mujer de mirada curiosa. Esos episodios se repitieron alguna noche más, situaciones que la tenían muy intrigada, tanto que, en una de ellas, llegó a despertar a sor Angela para preguntarle. Su réplica había sido terminante:

—¿Sabes que la curiosidad mató al ratón?

—No es un ratón, es un gato el del dicho.

Ella le regaló una expresión de sobrada clarividencia.

—Aquí solo existe un gato y ya puedes imaginar quién es; las demás somos roedores en una ratonera. Sería mejor que no te metieras donde no te llaman, sor Patricia.

—Esa mujer llora sin cesar, no es la única vez que la escucho en mitad de la noche...

—¿Tú lloras? —Hellen asintió—. ¿Y alguien te ha preguntado por qué?

—No.

—Aquí todas batallamos nuestras propias guerras y es mejor permanecer en la sombra, querida niña. Con el tiempo aprenderás que eso es fundamental para convivir en paz entre nosotras.

Tras eso, no trató de preguntarle más a sor Angela, y, después de varios meses de ojeras a causa de sus ronquidos, consiguió que la dispusieran con otra compañera de habitación. Por suerte, la nueva hermana no era tan reservada, y la nutrió de los numerosos rumores que se extendían dentro del claustro: desde ingresos forzosos, hasta escándalos de lo más variopintos, pero el que más la intrigaba era el de esa mujer de ojos hermosos y enigmáticos a quien había sorprendido en mitad de muchas madrugadas.

—Estoy bien, sor Mariana. Es solo que hay ocasiones que es muy duro sobrellevar la soledad. Echo de menos a mi madre.

Por un momento, el brillo en su verde mirada la dejó paralizada. Parecía haber tocado un tema escabroso en sus recónditos recuerdos.

—Quizá algún día podrás verla de nuevo.

—Eso, únicamente, sucederá cuando el Señor me lleve en su gloria, hermana.

—Oh, lo siento mucho, querida. Debió ser horrible su pérdida. —Hellen no agregó nada, tenía un nudo en la garganta que le impedía contestar—. Aunque más dura debe de ser la ausencia de no haberla disfrutado nunca.

Aguardó un instante en silencio, extrañada por la contestación, pues la invadía un halo de pena que no entendía.

—La verdad es que, a pesar de que fueron pocos los años que compartimos, agradezco cada instante. Haberla amado con todo mi ser es un regalo y cada recuerdo con ella quedará grabado en mi corazón eternamente.

Sor Mariana palideció al oírla y, con un puño apretando su corazón, se tambaleó. Hellen la sujetó por instinto al notar que, poco a poco, perdía el sostén de sus piernas. La abrazó con fuerza, procurando que no cayera, en tanto que ella gemía y se lamentaba.

—Debí cuidarla, tenía que protegerla... Yo era su...

El silencio las envolvió con su egoísta solemnidad hasta que logró sentarla en el escalón. Hellen no pudo reprimir su innata curiosidad.

—¿Era su madre?

Mariana clavó sus ojos húmedos en los suyos y sollozó, desconsolada. Entonces, con las manos sobre sus hombros, prosiguió su desvarío:

—Debo encontrarla, y ellas no me dejan ir... Necesito escapar de aquí para ir en su búsqueda, ¿entiendes?

—¿Quiere buscar a su hija? —indagó con un susurro.

—Ayúdame —suplicó con un gemido ahogado.

—Pero ¿cómo?

Justo iba a responderle, cuando su nombre en boca de la hermana Frederica resonó amenazante.

—Mariana. —Ambas dieron un respingo y se abrazaron con miedo—. ¿Otra vez sufres una de tus crisis?

Esa monja era la mano derecha de la superiora, y le resultaba demasiado dura e inflexible, no perdía ocasión para reprender y castigar a las hermanas por cualquier nimiedad.

Hellen respondió por Mariana en un intento de salvaguardarla de su yugo.

—Únicamente, se mareó un poco. Nos asustó un ratón, sor Frederica —mintió.

—¿Un ratón? ¿Dónde? —preguntó alarmada, haciendo aspavientos nerviosos y escudriñando el suelo dentro de la habitación.

—Escapó, hermana. Ya se fue.

—Uf, demos gracias al Señor. Sería bueno poner más trampas o este invierno nos dejarán sin trigo —dijo persignándose con rapidez. Luego, la señaló con firmeza—. Avisa a Jimena, ella entiende de esos bichos del infierno. Yo me encargaré de Mariana.

Hellen fue a levantarse, sin embargo, Mariana se resistió a su partida. El terror en sus ojos le decía que temía quedarse a solas con Frederica.

—¡Mariana! Deja ir a Hellen. Ven, yo te cuidaré, querida. —Al ver que la muchacha no se iba, le gritó con aspereza—. ¡Obedece!

Hellen se deshizo con dificultad del desesperado agarre de Mariana y se alejó al fin. Con el mayor dolor en su corazón y, tras un último vistazo a esta, el cual no la dejó más tranquila, entró en el claustro con atropello.

Después de aquello, no volvió a verla pasear por la galería. Según le había contado, se hallaba aislada en su habitación por decisión propia. Se negaba a salir a rezar. Durante algunos días indagó un poco y concluyó que su sospecha era cierta: esa mujer tenía una hija y había sido separada de ella a la fuerza.

Le daba tanta pena que fue a visitarla en contadas ocasiones en presencia de su compañera de habitación, aun así, no reaccionaba a sus palabras, con lo que volvía sobre sus pasos, cada vez más desanimada. Su vista se hallaba perdida en su pasado y nada ni nadie eran capaces de regresarla de allí. Con el tiempo, redujo sus visitas de una vez en semana a dos al mes, hasta que ya apenas la recordaba. Así avanzaron los meses, cada cual más frustrante y descorazonador. Hellen se hallaba sumida en una quietud adormecida. Para colmo, hacía unos días que su compañera de habitación, la única que le daba conversación curiosa sobre lo que ocurría entre esos muros, se hallaba recluida en cuarentena, aquejada de una posible infección.

Esa mañana, tras dos años de encierro, su calma fue interrumpida por una carta de Kendrick. Sentada a la modesta mesa de su cuarto, leyó:

Querida Hellen,

Espero que estés bien, aunque sé que no en circunstancias tan favorables como podrías disfrutar si quisieras. Con gran pesar me veo obligado a recordarte la situación en que nos encontramos. Tu estancia en el convento es una medida necesaria para asegurar tu futuro y el

de nuestra familia. Recuerda que nadie sabe que te encuentras ahí, para todos están tratando tu escasa fortaleza en unos baños termales en Escocia.

Reginald, mi querido hermano, es un hombre de poca salud y, saber que tú te empeñas en no aceptarlo, lo tiene sumido en una enorme pena. Piensa que, con él, un matrimonio te proporcionaría una vida de comodidad y seguridad. Tu situación de aislamiento podría llegar a su fin si decidieras aceptar esta unión. Él te tratará con respeto y la dignidad que mereces, créeme, es un buen hombre. Tal vez, luego puedas volver a tu querida tierra en Connecticut.

Exijo que reflexiones sobre ello y tomes una decisión que nos beneficie a todos. Estoy impaciente por verte sin ese hábito y saber que aceptas por fin la única salida, que es más que favorable, convirtiéndote en la esposa de mi hermano. Recuerda que no puedo esperar demasiado tiempo una respuesta, si esta no llega pronto, me veré obligado a personarme en la abadía para hablar directamente contigo sobre las nuevas y forzosas medidas, cosa que no es de mi agrado.

Con esperanza,

Kendrick Harper.

—¡Maldito farsante! Cree que va a asustarme con esa amenaza de tomar nuevas medidas... ¿Qué tendrá pensado hacer ahora? Me impondría la flagelación si con eso pudiera perderlo de vista para siempre. ¡Será desgraciado! —Arrugó la carta en un puño y la estrelló rabiosa contra la pared.

Justo, entraba Frederica, quien se quedó examinando rodar con ojo crítico la bola de papel hasta detenerse junto a su pie.

—No es necesario decirte que ese carácter que muestras no tiene cabida en este convento. Si vuelvo a presenciar alguna situación similar, tendré que informar a la superiora, Patricia. Por lo que sé, recibió una carta de tu padrastro donde le daba total libertad para hacerte entender cuál era tu *única* salida.

Hellen se mordió la lengua al comprender que también la había leído y decidió adoptar la actitud sumisa que Frederica deseaba ver.

—Lo siento, Frederica, me dejé llevar por la inquietud. No volverá a pasar.

La monja adelantó unos pasos hasta el centro de la pequeña habitación, inspeccionando las dos camas e ignorando el mensaje tirado en el suelo. De pronto, se giró hacia ella con un afilado escrutinio, lo que la hizo estremecer.

—¿Sabe? Su padrastro hizo una gran aportación a nuestra comunidad hace unos meses, no deseamos disgustarlo —dijo con dramatismo, algo que parecía ridículo en esa mujer fría y calculadora—. Pero no vine a hablar de su futuro, Patricia. He venido a informarle que, a partir de hoy, su nueva acompañante de cuarto será una nueva hermana, sor Jane.

—¿Y qué pasó con Berta? —preguntó con urgencia, poniéndose en pie.

—Siento comunicarle que esa pobre chica no ha superado la noche y falleció esta misma madrugada.

Su frialdad al informarle del fallecimiento la impactó en lo más hondo. Esa mujer era un témpano de hielo.

—¡No! ¿Cómo no me avisaron de su gravedad? Me hubiera despedido de ella...

—No hubieras podido, nadie podía acercarse. No sabemos bien qué la ha matado y podría ser contagioso. Siento tu dolor, hermana —soltó sin ninguna emoción. Esa estirada, más bien parecía hablar del tiempo que de la muerte de una de ellas.

Hellen no pudo contener las lágrimas por la mala noticia y cayó otra vez en la silla enterrando su rostro entre las manos.

—Esta noche, antes de la cena, dedicaremos los rezos a ayudarla a llegar a Dios. Iluminaremos su camino con nuestras oraciones. —Tras una breve pausa, continuó con calma—. Confío en que ayudará a la nueva hermana a adaptarse a la comunidad.

Hellen no le contestó, y después de que saliera, se echó sobre el lecho boca abajo, deshecha en llanto. Con rabia, se quitó el velo que cubría su cabeza y lo lanzó lejos. Tiró de sus cortos cabellos sin cuidado, le daba igual hacerse daño, por lo menos todavía sentía algo. Maldijo su suerte una y mil veces. No quería llegar a convertirse en una gélida estatua de sal igual que sor Frederica, y eso es lo que ocurriría si seguía encerrada. Se convertiría en un fantasma de ella misma, con toda una juventud de emociones perdidas en un eterno letargo.

Tras desahogarse y calmar sus sentimientos frustrados, se levantó del catre y cogió su biblia. Era la hora del rezo matinal antes del almuerzo. Pronto aparecería la monja y debía estar serena, pues no sabía si se trataba de una devota o una resignada como ella. La verdad es que ya no le apetecía conocer a nadie más. Su vida se debatía entre la servidumbre a Dios dentro de esos muros o a un matrimonio impuesto por su desalmado tutor.

Desplegó la arrugada carta entre sus dedos y la acercó a la vela que acababa de encender. Pretendía quemarla dentro de una palangana, cuando escuchó abrirse la reja del pasillo. Con prisa, sopló la llama y plegó el papel para esconderlo dentro de la biblia que se apoyaba en la repisa y que pertenecía a su fallecida compañera. Tras eso, se colocó el velo de nuevo y salió para llevar a cabo el primer rezo del día. No debía enfadar a Frederica.

VI



—Siento interrumpir tu oración, hermana —se disculpó Hellen al encontrar en su habitación a la supuesta novicia.

No le sorprendió hallársela rezando con mucho fervor un salmo en voz alta, con todo, sí que le llamó la atención que conservara el cabello largo. Era extraño, una de las cosas de las que se desprendían y simbolizaban su consagración con Dios al entrar en la Orden era el cabello, una costumbre entre los religiosos.

Hellen tenía su propia opinión al respecto de por qué se hacía. Siempre había pensado que era una buena forma de evitar la cría de piojos. Allí, a menudo los velos eran compartidos, una vez todos en el cesto de la ropa sucia nadie sabía a quién pertenecían y una gran melena rubia como la de Jane podía ser una verdadera fuente de complicaciones en la Abadía.

—Oh, no se disculpe, ya había terminado. Solo estaba un poco inquieta y hablaba con nuestro señor para calmarme.

Hellen sonrió ante su nerviosismo; le recordaba a ella en su primer día. Y le sorprendió bastante; según tenía entendido, ella ya había hecho los votos sagrados y llevaba tiempo en la Orden.

—Lo entiendo, es normal que te sientas insegura, pronto te adaptarás a la vida de nuestra comunidad. Tú debes ser la hermana Jane. Yo soy...

—Sor Patricia —cortó Jane—. Me lo dijo la hermana Frederica.

Pensar en esa mujer le erizó el vello de la nuca. ¡Cómo la desagradaba! Sin embargo, la inocencia que transmitía esa muchacha parecía sincera.

—Conociste ya a nuestra superiora y a su mano derecha, por lo que veo —dijo con cierto recelo, mordiéndose la lengua para no evidenciar lo poco que les gustaba—. Me alegra de tenerte aquí, es un bálsamo ver una cara nueva entre tanta monotonía. Me gusta tu expresión, limpia y sin maldad, serás una monja ejemplar, lo noto.

—Gracias, no estaba muy de acuerdo con ingresar en la Orden.

Hellen, circunspecta, no supo cómo tomar su respuesta. ¿Podía ser una argucia por parte de la superiora? ¿Sería en realidad Jane una infiltrada de su tutor con la intención de sonsacarle sus mayores secretos? A esas alturas, no podía fiarse de nadie. Y eso le olía mal. Frederica había

leído su carta... Podría estar confabulada con Kendrick... Ya esperaba cualquier cosa.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué lo hiciste?

—Bueno, mis padres...

Si la había mandado Kendrick, debía terminar rápido con eso.

—Entiendo —cortó entrecerrando los ojos y mirándola con dureza—. Me recuerdas un poco a mí hace dos años, yo estoy aquí por lo mismo. Al principio es muy frustrante, pero acabas resignándote. Por cierto, tienes un cabello muy largo y hermoso, me temo que no podrás conservarlo mucho tiempo, Jane. Si lo mantienes todavía es porque la madre superiora ni siquiera lo sospecha.

—Oh, lo corregiré en cuanto pueda.

Apreció cómo Jane fruncía los labios y, de forma involuntaria, los movía hacia uno y otro lado de sus mejillas. Parecía contenerse para no soltar algo que la preocupaba. Si era una espía de su tutor, lo estaba haciendo bastante mal. O tal vez, se hacía la inocente...

—Te aconsejo que te pongas el velo, cualquiera podría entrar. Aquí las puertas parecen estar de adorno, nadie avisa antes de visitarnos y estas paredes para lo único que sirven es para evitar molestarnos con los ronquidos en mitad de la noche, y a veces ni eso.

—Gracias.

Su largo suspiro la divirtió y contuvo una carcajada. Era un manojo de nervios y si estaba simulando ser una inocente florecilla, era la mejor representación que había visto en toda su vida. Aun así, decidió seguir tratándola con cautela.

—He visto que nos guardan bajo llave, no entiendo por qué —comentó con la mirada muy fija, como si esperara descubrir un gran secreto.

Hellen volvió a contener la risa. ¿Qué edad tendría? Debía ser mucho mayor que ella. Tenía aspecto de ser una mujer madura, rondaría los treinta y tantos años, mas la desconcertaba esa chispa de sencillez que mostraba. Hellen, aunque era mucho más joven que ella, se consideraba más despierta.

—Oh, eso. Nuestra superiora dice que es para evitar ciertas tentaciones —soltó.

Había lanzado el anzuelo. Tenía la certeza de que buscaba información, aun así, dudaba si tendría que ver con otra cosa que no fuera ella.

—¿Tentaciones?

—Si me guardas el secreto, prometo callarme lo de tu cabello —contestó en un susurro muy siniestro, en tanto que se sentaba a su lado para intimidarla.

—Hecho —prometió.

Se extrañó de no haberla asustado; había utilizado su tono más amenazante, y, en cambio, ella aguardaba con un brillo en los ojos y una ansiedad contenida. Hellen juraría que contendría el aliento durante horas a la espera de su contestación.

—Como ves, no todas estamos de acuerdo en un principio con esta vida de retiro —sopesó cómo proseguir, y decidió no reservarse nada. Aquello era un secreto a voces y, tarde o temprano se enteraría, era absurdo acallarlo—. Hay quien decidió escapar de ella. Tras algunos hechos en

el pasado, a nuestra venerada superiora se le ocurrió tomar duras medidas. Es experta en idear... remedios.

—Dirás castigos —prorrumpió con aspereza.

Le había contestado con claro enfado y en ningún caso fingido. Eso le convenció de que Jane era tan transparente como el agua.

—Creo que me vas entendiendo. Mientras no la provoques, no tendrás problemas, Jane.

La monja dejó escapar el aliento con pesadez y pensó que las dudas habían sido resueltas por fin, a lo que, de repente, formuló otra nueva pregunta.

—¿Todas las monjas dormitan en esta ala?

—Solo las que llevamos poco tiempo y las más conflictivas —dijo sin contemplaciones, quería acabar ya con el exhaustivo interrogatorio.

Si había metido la pata confiando en que no era nadie enviado por la superiora, ya estaba más que condenada.

—¿A qué tipo de conflictos te refieres?

—Vaya, parece que tienes prisa por ponerte al día de todo.

La ironía debía haberle servido de advertencia, sin embargo, su argumento le dejó petrificada.

—Esto... Oí una vez decir que algunas desgraciadas llegaban aquí embarazadas y les daban cobijo, a cambio de convertirse a la Orden.

Aquello olía mal, muuuy mal, y le encajaba con cierta historia de una indiscutible hermana de la abadía. Por un momento temió por esa muchacha. Se arriesgaba mucho sacando a la luz ese rumor y podía ser incluso peligroso si llegaba a oídos más selectos y fieles.

—No te equivocas, Jane. Y, por tu bien, no hables con nadie más de esto. No todas son como nosotras, muchas son religiosas por vocación y no toleran las habladurías ni rumores. En mí puedes confiar, me caes bien y no quiero que te corten el pelo, lo considero muy injusto. Ojalá, tuviera la ocasión de largarme de aquí.

—¿Puedo confiar en ti?

Hellen estaba expectante... y accedió. ¿Desde cuándo se habían intercambiado los roles?

—¡Gracias, señor, por poner en mi camino tan pronto la oportunidad de acabar con todo esto!
—susurró tirándose de rodillas frente al crucifijo.

Hellen se levantó y apartó de su lado. La nueva estaba más loca que una cabra en un campo de tréboles.

—Oh, creo que te perderé de vista pronto, Jane, lo siento tanto. No sabía que andabas como un cencerro.

—¡No! —Se giró de rodillas hacia ella y le agarró las manos con fuerza—. No estoy loca, ni soy mentirosa, a pesar de ello, he tenido que mentir por un bien mayor. Tú eres mi salvoconducto para llegar hasta una persona muy importante aquí, el señor te puso en mi camino.

—Ay, madre, que me veo durmiendo en una celda el resto de mis días por esto.

—¡No! Verás, no soy monja, soy cómplice del padre Graham, él fue quien lo planeó. Voy a

contártelo, lo comprenderás en un instante. —La soltó y se incorporó para sentarse de nuevo en el catre. Con una palmada en el lecho le indicó que tomara asiento a su lado.

Hellen parpadeó, incrédula, aquello era lo más inverosímil que podía estar sucediéndole. Jane era una descentrada infiltrada en ese convento y tenía que tocarle precisamente a ella. A pesar de eso, la escuchó.

Tras relatarle la historia de su amiga Catalina, la cual había sido abandonada al nacer en ese convento y escapó a los diez años, prosiguió contándole sus sospechas de que todavía vivía la madre de la susodicha. Jane le suplicaba con fervor su ayuda para encontrarla en el convento.

De pronto, todas las preguntas que se hizo a lo largo de esos dos años comenzaron a responderse en su cabeza. La bruma se disipó sin esfuerzo y reveló muchas incógnitas: la reja impidiendo que alguien escapara por las noches, los rumores sobre temidas amenazas y castigos... Y todo apuntaba en una misma dirección:

«Debí cuidarla, tenía que protegerla... Yo era su...».

«¿Era su madre?»

«Tengo que encontrarla, pero ellas no me dejan ir... Necesito escapar de aquí para ir en su búsqueda, ¿entiendes?».

«¿Quiere buscar a su hija?».

«Ayúdame».

—Te ayudaré, Jane, sin duda, será lo más excitante que viviré en muchos años, y me parece muy injusto que sor Mariana haya pasado por tanto.

—Según veo, ¿piensas que esa sor Mariana puede ser la persona que buscamos?

—No lo pienso, estoy convencida de ello. Ahora lo entiendo. Ella ha sido considerada la más conflictiva, se ha intentado fugar muchas veces... Bien, tenemos un problema, comparte habitación con sor Juana, esa es un hueso duro de roer. Tendremos que esperar a que salga a orar. —Hizo una pausa, conteniendo las ganas de gritar de emoción y continuó en voz muy baja —. Mariana quedó muy débil tras un mal resfriado que la aquejó hace meses y la recluyó en su habitación. Por eso y porque vive sumida en una tristeza permanente desde que la conozco, le permiten orar en su habitación en las horas de rezo. Está enferma... de pena, Jane.

—¿Cómo haremos para llegar hasta ella?

—Muy fácil. A ti pronto te obligarán a acompañarnos a rezar, pese a que todavía te dejarán descansar un par de días para que te adaptes. El próximo rezo es esta noche, antes de cenar. Podrás aprovecharlo para visitarla. Yo te diré cuál es su habitación.

—¿Cómo puedo agradecerte esto, sor Patricia?

De repente, igual que si un relámpago iluminara la habitación, lo vio claro. Se mostraba también ante ella la posibilidad de salvarse.

—El padre Graham puede llevarme con vosotros. No sé qué será de mi vida fuera del convento, sin poder volver con mis padres, en mi hogar seré una repudiada, no obstante... ¿qué es la vida sin esperanza? Para mí, cada día que paso aquí es un tiempo más que pierdo lejos de la libertad. No solo Mariana necesita una oportunidad, Jane.

—Date por seguro de que vendrás conmigo al castillo McAllen, ¿te gusta lavar la ropa?, sor...

—Lláname Hellen, es mi verdadero nombre. Desde hoy ya no soy sor —cortó cogiéndole de las manos, ansiosa—. Nunca me consideré una monja, me lo impusieron.

—¡Oh, qué injusticia! No entiendo cómo pueden suceder estas cosas en este lugar. Debería ser un sitio de recogimiento, donde las hermanas consagrarán por devoción su amor a Dios. ¡No comprendo nada!

—Yo también lo pensé, pese a ello, es así, créeme. Después de tanto sufrido en mi vida, he llegado a la conclusión de que, en cualquier lugar, el mal existe y juega con nosotros. Somos marionetas en este mundo donde la tentación es capaz de corromper cualquier corazón. Por ello, no es justo para los que somos correctos, o pensamos que seguimos el camino de forma intachable... Aquí, entre estos muros, a su vez hay mucha gente buena que respetan sus votos de castidad, pobreza y obediencia, que ayudan al pobre y lo consuelan cuando es necesario. Sin embargo, es fácil ser manipulado al antojo de otros cegados por el odio y empoderados en su propio ego. Hay muchas hermanas con miedo, sufriendo amenazas y abusos, y ellas nada más desean seguir los designios del Señor. La injusticia y el dolor de ver a inocentes sufrir es desgarrador. Aun así, ellas luchan por mantener la fe. Las hermanas que aún conservan su pureza de corazón son luces en este lugar sombrío, ellas son las verdaderas heroínas que sobreviven en esta abadía. La madre superiora y sus cómplices pueden creer que están por encima de la ley divina y humana, pero confío en que con el tiempo y la verdad brillarán. Por eso, tras tantas injurias, vuestro acto de bondad hacia esa mujer y hacia mí, es la prueba que necesito para saber que no debo perder jamás la esperanza. Mi camino no se termina en este convento ni será designado por nadie a su antojo. En este momento, Jane, me declaro dueña de mi vida.

Jane no era capaz de hablarle, balbuceaba palabras ininteligibles: recórcholis, mi ídolo, genial... Le sonrió de oreja a oreja y al fin habló:

—Amén.

Hellen soltó una carcajada enorme y la muchacha le tapó la boca enseguida para evitar que nadie la escuchara. No podía contener su entusiasmo y necesitaba reír largo y tendido. Parecía que, tras tantos años desaprovechados, necesitaba sacar de golpe toda su alegría reprimida. Estaba eufórica y la emoción llenaba tanto su corazón que casi explotaba en llanto. ¿Sería verdad que podría salir de allí? ¿Tendría una nueva oportunidad de ser feliz?

Tras unos pocos intentos de calmarse sin éxito, decidió tumbarse boca abajo con la almohada sobre su cabeza. El silencio la tranquilizaría, la paz y el sosiego...

—Y pensabas que yo estaba como un cencerro, vaya dos patas para un banco nos hemos juntado. —Jane, al ver que Hellen empezaba otra vez a reír sin control, se alarmó—. Vale, vale, me callo.

La puerta de la estancia se abrió de golpe y, como si de un fantasma se tratase, la presencia de sor Frederica llenó las cuatro paredes, sumiéndolas en una turbia sensación viciosa.

—¿Qué le ocurre a sor Patricia? —No la dejó hablar y, gracias al cielo, se respondió a sí misma, pues Jane se había quedado muda de la impresión—. Entiendo que es duro, Patricia. La pérdida de tu compañera de habitación te ha dejado trastornada. No desesperes, podrás con ello, ¿verdad, Jane?

Jane afirmó y con una mano frotó con poca sutileza el tobillo de Hellen que seguía riendo, entretanto a ojos de esa mujer parecía llorar, desconsolada.

—No, no se preocupe, yo me encargaré de calmarla. Váyase usted tranquila, hermana.

Sor Frederica, convencida de que había hecho lo correcto, salió de allí espantada y negando con la cabeza.

Hellen, al oír nombrar a la pobre fallecida, había dejado de reír, calmando por fin su excitación desmedida. Se giró hacia Jane, muy seria. Contenida, al encontrar su cara de espanto, no pudo evitar sonreír. Esa muchacha era una luz en la tormenta, una brisa en un caluroso día de verano. Ella había llenado de alegría con su expresión ingenua, su triste mundo.

Se sentó y la ojeó unos instantes.

—¿Estás bien? Pareces asustada —preguntó al ver que no reaccionaba.

—¿Crees que puedo estar bien? ¿Es en serio esa pregunta? Acaba de venir esa mujer y... —le reconoció con pesar y prosiguió—. Por cierto, siento lo de tu compañera de cuarto.

Hellen afirmó, aceptando sus condolencias, pero no dijo nada más al respecto. Era mejor olvidar ese suceso que ya no tenía solución. Otras dificultades más urgentes agolpaban su mente y requerían premura.

—La suerte está de nuestra parte. Todo saldrá bien. Ahora óyeme qué deberás hacer.

El plan salió como anillo al dedo. El tiempo durante el cual Hellen fue a rezar, Jane lo aprovechó para visitar a sor Mariana, quien resultó ser Claire Dougan, la madre de una tal Catalina, de la cual fue separada al nacer. Luego, lograron sublevarse ante Frederica, la que, gracias a la oculta impetuosidad de Jane, se lamentaría unos días de un fuerte dolor de muelas. Finalmente, reivindicaron su libertad ante la madre superiora, a la cual el padre Graham anunció que denunciaría por malas prácticas y abuso de autoridad.

En la vida olvidaría el retumbar de esa puerta tras ella. Era la señal más esperada por los integrantes del grupo que partía esa madrugada. Desvió la vista hacia atrás para verla, por última vez, desaparecer en la oscuridad de la noche y gritó:

—¡¡Soy libre!! —Alzó las manos al cielo y rio, contenta.

A su lado, el padre Graham y Jane la acompañaron con risas. La liberada Claire, sonreía de oreja a oreja, y levantó además la mano para sentir la brisa nocturna, demasiado fresca para mantenerla mucho tiempo alzada. Las demás chicas, envueltas en mantas, pese a que no decían nada, no podían evitar elevar sus comisuras con ilusión. Cada una de ellas había vivido un calvario y buscaban una solución a ese futuro incierto que se les imponía a partir de ese día.

—Padre, quédese con esto, no lo quiero —dijo Jane, dándole el tomo que había cogido del cuarto de Hellen—. Confieso que lo he usado de una forma vil y cruel.

—¿Qué hiciste con él, mujer? —preguntó, cogiendo el libro y sospechando que podía contener algo raro.

—Bueno, me da mucha vergüenza decirlo, fue inevitable...

—Jane, sea lo que sea será perdonado. —Una risita traviesa lo sacudió mientras sacaba un papel doblado del interior del tomo. Lo inspeccionó con rapidez y se lo guardó en el bolsillo de

su sotana, enseguida prosiguió—. Habla, por favor, es cierto que me tienes muy intrigado... ¿Lo has utilizado de arma?

Jane abrió los ojos muy grandes, después los cerró fuerte y se llevó las manos al rostro. No dijo nada más, estaba muy avergonzada.

—¡Se lo estrelló a sor Frederica en toda su cara! —exclamó con gran admiración una de las chicas que se sentaba al lado.

—¡Sí! Nunca lo olvidaré, ¡fue magnífico! —secundó la otra.

—¿Jane? —El tono pronunciado por el padre reflejaba incredulidad. Al ver que la muchacha lo oteaba a través de sus dedos con vergüenza, le sonrió—. Estoy orgulloso de ti.

—¿Cómo puede decir eso, padre? Golpeé a una monja, ¡no tengo perdón de Dios!

—¡Paparruchas!

—Padre, es un hecho detestable, usé la violencia contra una sierva del Señor.

—Esa no era una sierva del Señor, sino una carcelera de almas, quien obtuvo su justo merecido. —Calló sopesando algo más y no pudo contener su entusiasmo—. Le diste bien fuerte, ¿verdad?

—¡Padre! —Jane se sentía muy azorada, si bien, al ver a todas reír tras el comentario del cura, sonrió más animada.

—Jane, damas mías... —Esperó a que todas le prestaran atención, incluido las que iban en el asiento delantero de la carreta—. Tenéis a vuestra disposición toda una vida por delante. En vosotras está el ir por él buen o mal camino. El Señor os ha protegido hasta ahora y os brinda una nueva oportunidad. Sabiendo que no es fácil sobrevivir en este mundo de injusticias y pobreza, debemos aprovechar cualquier circunstancia que se nos presente. —Guiñó el ojo a Jane, quién ya se encontraba más repuesta, y sonrió ante la felicidad de las demás, animadas frente a él. Hellen lo escuchaba desde el asiento delantero junto a la conductora, que había dejado de azuzar a las mulas para prestar atención—. Si alguna tiene dónde ir, es el momento de tomar una decisión. Algún lugar donde vivieron y les esperen con buena voluntad. Si no, hablaré con el *laird* McAllen para que os otorgue cobijo. Estoy seguro de que estará de acuerdo en ofreceros un buen trabajo a cambio de abrigo...

Hellen dejó de oír la voz del sacerdote, pues en su cabeza se repetían las perdurables palabras de su madre en esa última carta. Igual que un rayo, la nostalgia de su tierra la llenó de emoción y vislumbró la luna llena en el cielo, la misma que se podía disfrutar desde esa otra parte del mundo, muy lejos, al otro lado del océano... y sonrió.

—*Binti yangu* —susurró.

VII



¿Cómo había podido mentirles de esa forma? Y lo peor era que, a pesar de haberle echado en cara su desfachatez de inventarse esa historia, seguía riéndose de su hazaña sin padecer vergüenza.

—¿Piensas que lo hice por un capricho? No deberías andar enfurruñado, tu padre está hecho un mozalbete, ¿hubieras preferido que fuese verdad?

Ian apretó el cuchillo para cortar una rebanada de la hogaza. No le faltaban ganas de usarlo con la lengua de su hermana Audrey, quien todavía se vanagloriaba de su ocurrencia.

—¡Ya está bien! —gritó John Kelly, estrellando el puño sobre la mesa y haciendo temblar los platos llenos de sopa—. Creo que quedó claro por qué lo hiciste, Audrey.

Ian se hallaba sentado frente a su progenitor, en el extremo opuesto de la mesa larga y vasta del salón. A la izquierda de este, Douglas resoplaba con hartazgo, gesto que su mujer Julie desaprobó con una mala costumbre que tenía desde pequeña, dándole un buen pisotón sin ningún disimulo. Junto a ella, su madre se persignaba, era su ademán favorito cada vez que se espantaba. Su hermana mayor, Anne, y su marido, el granjero Phil, se reían entre dientes, algo en ellos habitual cada vez que reñían los demás. Phil era un hombre amable, más bien corriente y con un sentido del humor muy desarrollado, por lo que había comprobado en esas pocas horas. Todo le parecía divertido igual que a Anne; estaban hechos el uno para el otro. Por supuesto, sus hijos, Brianna y Karl, junto a sus correspondientes parejas se carcajeaban de igual forma y disfrutaban del espectáculo. Les seguían sus sobrinos, hijos de su hermana Julie, el pequeño Douglas y las hermosas y rollizas Mariel y Johanna, quienes apenas se percataban de nada, pues parecían ensimismadas en sus repletos platos de comida. Audrey, justo a su lado, guardó silencio con el ceño arrugado como una pasa mientras contemplaba la sopa.

Su padre continuó su discurso, llenando el incómodo silencio, solo interrumpido por las risitas de la familia feliz.

—Ahora, después de tantos años, estamos por fin reunidos. Algo que hemos postergado demasiado tiempo. Por ello, correremos un tupido velo sobre cómo se ha propiciado esta situación. Disfrutemos, por favor.

—Salud, suegro —opinó Phil levantando su copa para brindar.

Anne lo auxilió acompañando el brindis, pues un gruñido general se oyó tras esa desacertada

expresión.

Enseguida, Douglas tomó la palabra, acabando con el difícil ambiente y sacó el tema de los cultivos. Los demás lo secundaron y la tensión pareció disiparse al fin.

—Tengo una razón por la cual te hice venir, pese a que pienses que no es así —le susurró Audrey, arrebatándole de su mano el trozo de pan que acababa de cortarse.

Ian bufó. Su gemela siempre sería su preferida, no obstante, le hubiera gustado tenerla muy lejos esa noche. Cada vez que abría la boca su humor se calentaba y, a esas alturas, le extrañaba no estar echando humo por las orejas como una chimenea.

—¿Puedo comer tranquilo, Audrey? Ahora mismo no estoy de humor para oír fruslerías.

—No son fruslerías, Ian. Es algo muy serio y concierne a mi futuro. ¿Acaso ha pasado tanto tiempo que ya no te importo? Soy tu hermana, no cualquier conocida. Hasta una de tus fulanas te parece más importante, por lo que veo. No puedo confiar en nadie para esto...

—¡No! Para de hablar, Audrey, eres un incordio.

Después del arrebato, Audrey le clavó su mirada afilada. La notaba tal si una daga le traspasara la sien. Era insoportable, sabía que tenía esa expresión que conocía tan bien; la había decepcionado, y sus ojos azules echarían fuego. No quería enfrentarla, aun así, ante el silencio abrumador, ladeó la cabeza hacia ella y, con gran sorpresa, comprobó que sus brillantes cristalinos se hallaban enrojecidos.

¿Qué le ocurría? Su hermana nunca lloraba. ¿Tanto había cambiado en esos años?

Se puso en pie y salió de la sala entre sollozos. Dispuesto a salir tras ella, se levantó de la silla, sin embargo, su padre lo detuvo con una firme orden.

—Siéntate, hijo. —Su mirada no escatimaba una negativa. Aquello era como haber vuelto a sus trece años y se le hizo bastante asfixiante—. Ya se le pasará. Últimamente no para de llorar, pero tampoco quiere contarnos qué le sucede. ¡Es absurdo! En vez de una adulta solterona parece una niña.

Ian se obligó a permanecer sentado, nada tranquilo con la explicación, pues conocer eso era, como decía John, muy absurdo. Aunque debía pensar que su gemela no era la de antaño, en realidad, tras tanto tiempo se había convertido en una desconocida para él. En su más hondo interior se sintió agobiado. No solo por esa incómoda situación, sino por percatarse de que ignoraba todo de su propia familia.

Oteó a su madre, la cual sabía que moría por salir tras Audrey. Lo notaba en que movía los dedos como si tocara el piano, otro de los gestos que usaba para tranquilizarse. Intuyendo su escrutinio, desvió la vista hacia él. En ella se reflejaba una ansiedad preocupante y presentía que sabía más de lo que contaba.

Lo que fuera, tendría que esperar a más tarde.

Según pudo comprobar, al contrario de lo que decía la supuesta carta de su madre, la granja había prosperado mucho y tenían mano de obra suficiente para administrarla. Por lo visto, contaban con un buen capataz que llevaba la rotación de cultivos de manera muy eficaz. Las patatas y la remolacha eran cultivadas y recogidas, para alternarlas con tréboles y guisantes, asegurando la fertilidad del suelo. Esto hacía que las tierras fueran ricas en nutrientes. Y, por

ello, la causa de ese enorme crecimiento y riqueza familiar.

Hundió la cuchara en el plato para probar una de esas patatas incorporadas hacía tan poco en las cocinas escocesas. Al principio, esas plantas, eran utilizadas para adornar, ¿quién iba a imaginar que se convertiría en una gran fuente de sustento para la población? Además de esta raíz, la remolacha también fue añadida a las sopas, dándole un toque dulce que las hacía exquisitas.

Por mucho que lo intentaba, no saboreaba esa delicia con gusto. La partida precipitada de Audrey le había amargado la cena, preocupándolo igual que a su madre.

Sin desearlo lo más mínimo, llevaba allí unas pocas horas y parecía haber atravesado una extensa tormenta de emociones. Seguía impactado por el intenso reencuentro. Luego, esa absurda mentira tramada por su hermana lo había enojado hasta crísparlo y, por último, saber que un extraño pesar hacía sufrir a su gemela lo frustraba hasta el infinito.

Tras la cena, decidieron sentarse junto a la chimenea e Ian aprovechó para ausentarse con la excusa de tomar el aire y dar un paseo por los alrededores.

Cada paso dentro de esa casa sacudía su memoria, y lo devolvía a su infancia más querida. El suelo de madera oscura vibraba ligeramente bajo su bota; sonrió al recordar las batallas compartidas con su hermana y las risas al acabar con la espalda en el piso. Audrey, claro estaba, se colocaba a horcajadas sobre él y le hacía cosquillas. Disfrutaban mucho juntos cuando eran niños, algo que se acabó al partir. Antes de salir, repasó la estancia y le pareció ver, por un instante, a su abuelo sentado junto a su padre. Sacudió la cabeza, confundido. Su muerte fue una gran desdicha para la familia, pero para él supuso algo más, Magnus Kelly había sido su verdadero mentor desde que nació. Según le contó su madre, pues apenas recordaba ese episodio, tras su muerte, Ian cayó tan enfermo por la pena que temieron por su vida. Fueron tantos los momentos vividos allí y, a la vez, olvidados con la madurez.

Se ajustó bien el abrigo y avanzó hacia la salida, asomando la cabeza para mirar a ambos lados del porche. Esa era su antigua costumbre para evitar las sorpresas que le solía preparar esa rubia traviesa. Sin remedio, la evocó con sus trenzas doradas, carcajeándose de él y escondida tras el umbral.

Justo iba a doblar la esquina hacia los establos, vio una sombra desaparecer por detrás de uno de los graneros. Arrugó la nariz, ¿quién andaría por allí a esas horas? Los empleados debían estar ya en sus albergues, arreglándose para acostarse pronto. Allí, según habían comentado en la cena, la jornada empezaba muy temprano y solo se permitían trasnochar los sábados, pues los domingos, la mayoría los dedicaban a la oración y al descanso.

Iba a caminar en esa dirección para averiguarlo, cuando una voz melodiosa detrás de él lo llamó.

—Señorito, ¿me ha oído?

Poco a poco, se giró. Recordaba quién era, jamás olvidaría su voz ni su sensual imagen. Con todo, al volverse quedó impactado. La exótica gracia de la mestiza seguía brillando en su rostro de ojos almendrados y labios generosos, en cambio, ya no mantenía una figura tan esbelta. Sus caderas lucían más anchas, igual que su cintura. Sus pechos eran más voluminosos y, si podía ser, aún más tentadores. Sin ningún esfuerzo, seguía provocándole un delicioso hormigueo en su entrepierna.

—April.

Una gran sonrisa se dibujó en su boca, lo que derritió el corazón de Ian. Aquel encuentro se le hacía de lo más especial, pues con ella había disfrutado de sus primeros avances en el amor. April había sido su maestra en muchísimos sentidos y lo había enseñado a amar con cada parte de su cuerpo desde que cumplió los trece años.

—La misma, señorito. Tenía muchas ganas de volver a verlo, ha estado mucho tiempo fuera de aquí.

Ian adelantó un paso hacia ella con la intención de acariciar su mejilla, sin embargo, esta retrocedió, temerosa. Seguidamente, desvió la vista hacia un inesperado bulto que asomaba tras su pierna. Era un niño de unos cinco años con ojos tan bonitos como los de ella y lo escudriñaba con la misma curiosidad.

April le acarició la cabeza y lo empujó hacia delante.

—Anda, saluda al señor de la forma que te he enseñado.

El niño no contestó, reticente en un principio; luego, respiró hondo y lo encaró, ofreciéndole su mano.

—Buenas noches, señor Kelly, me llamo Fraser. Es-estoy en-encantado de conocerlo.

Ian estrechó su manita y le sonrió, complaciente.

—Yo también estoy encantado y muy sorprendido de conocerte.

Esto último lo dijo dirigiéndose a April, quien soltó una risita vergonzosa. No le dio tiempo a decirle más, porque Fraser se alejó a la carrera de forma inesperada.

Ian clavó otra vez sus ojos en April, quien tampoco perdía detalle de su expresión.

—Es mi vida ahora, igual que su padre.

—Entiendo. Encontraste el amor, por lo que veo.

—¿Usted no? —preguntó extrañada y, sin pensárselo, le cogió su mano y la volteó con la palma hacia arriba.

Ian sabía qué hacía, y la dejó continuar con esa ridícula inspección. Le seguía agradando su contacto y, aun cuando esta le había dejado claro que ya entre ellos todo era imposible, disfrutó de esa ocasión. Esa mujer había significado tanto para él... Si bien, ella había seguido su camino y había caído en las garras del amor, ese que las apagaba con el tiempo y las volvía... diferentes.

—Umm... —No agregó nada más y prosiguió estirando su mano hacia afuera, aproximándola hacia la luz del porche para iluminarla mejor. Sonrió y lo contestó con gran seguridad—. No me equivoqué.

Ian se carcajeó y entonces, vio que en ella se encendía una chispa. Seguía atrayéndola, lo percibía. No es que se creyera irresistible, pero conocía la pasión que evidenciaba, se aventuraría a decir que lo deseaba mucho más que antaño. Sus sentidos desplegaron su influjo amoroso, el mismo que ella le enseñó: una mirada cargada de intensidad, un sutil ladeo en su sonrisa, y una caricia traviesa en el dorso de la mano... Ella la cerró en puño y se soltó sin más.

—Aunque desperté en usted su lado más carnal, no podrá evitar lo que está marcado en su camino, señorito. Pronto conocerá a quien derrita ese corazón hueco.

—April, ahora me lo estás rompiendo en mil pedazos, ¿por qué dices que está vacío?, yo lo tengo lleno de amor, cuanto desee una mujer.

—No del verdadero, señor.

—¿El verdadero? Eso no existe, querida.

—Existe, yo lo encontré y puedo asegurarle que no lo cambiaría por usted.

Ian acabó terriblemente desilusionado. Ella había sido su musa del amor, pensaba que era inmune a esos designios, un alma libre, un espíritu indómito... No obstante, allí estaba, delante de él, confesándole su amor por alguien que la hacía ahora mucho más feliz. Era ilógico.

El ruido de unos pasos aproximándose llamó su atención y lo sacó de la abstracción momentánea. Un hombre de estatura media y rostro corriente se acercaba de la mano de Fraser. En su expresión se reflejó sorpresa al verlo y, conforme avanzaba, una arruga se fue formando en su frente. April, al oírlo, se giró hacia él y le dedicó un gesto tan tierno que casi lo hace suspirar. ¿Suspirar? Él no suspiraba, ¡por el cielo! En cambio, el hombre rudo sí que lo hizo, suavizando al instante su ceño.

April le presentó a su esposo, Arnold Sullivan, como un incansable trabajador de su hacienda y, tras un breve saludo, se alejaron de la mano, camino de los albergues.

El vello de la nuca se le erizó, sintiendo un temor absurdo. Menos mal que él estaba curado de ese sentimiento que hacía débiles a los más temidos, y, si no que se lo dijeran a Douglas McLeod, que, desde que había conocido a su hermana Julie, se había convertido en un gatito cariñoso en vez del brutal león de su juventud. ¡Puaj! Acérrimo, se reafirmó en lo decidido: el amor no tendría un lugar en su corazón, a pesar de que esa mujer se lo asegurara ya por segunda vez.

Él disfrutaba de esa primera inocencia en sus conquistas, saboreando cada arrebató de pasión y novedad... Con el tiempo, la chispa se desvanecía y su interés por ellas también, dejándolas atrás en busca de una próxima aventura. Esa inocencia era emocionante y lo fascinaba, pues lo hacía disfrutar con su fresca intensidad. Sin dudar, aquellos primeros encuentros eran lo que llenaba su aburrimiento general. Eso no quería decir que no pudiera disfrutar de mujeres experimentadas. En su lecho cabía cualquiera, sin despreciar a ninguna, pues todas guardaban algo en común, poseían una sensibilidad especial. Las mujeres no eran iguales a los hombres. Ellas habían nacido para criar hijos, cuidarlos y gobernar la casa. Eran las administradoras del hogar y ponían orden en las obligadas tareas. Por eso, no se casó. Él no estaba hecho para esa vida, era un soldado que no poseía un hogar asentado. Sin cesar, andaba de un lugar a otro, como su abuelo, el cual solo se desposó cuando obtuvo aquellos terrenos de su señor. De esta forma, murió añorando sus batallas y creando miles de fantasías en las cabezas de sus nietos. Especialmente, en la de él, quien soñaba con viajar y conocer tierras aún más lejanas. A sus treinta y seis años, todavía codiciaba navegar en uno de esos barcos y surcar el océano hacia la libertad.

Por ello, volver a ese lugar significaba cargar una losa sobre su espalda. Que él fuera el primogénito no le suponía ninguna dicha, más bien una obligación que no deseaba.

Se encaminó de nuevo hacia los graneros del fondo y sacudió sus manos con vehemencia; tanta dulzura le había dejado un sabor muy empalagoso y había adormecido un poco sus sentidos.

A mitad de camino, reconoció a Audrey, quien, al verlo, hizo el amago de huir hacia los graneros con actitud temerosa. Por un momento, ojeó una sombra tras ella en la distancia. Fue tan rápido, que le pareció haberlo imaginado.

—Te estaba buscando, hermana.

—Lo imagino, no tomes en cuenta mi actitud de antes, estoy un poco sensible últimamente —dijo evitando su examen.

Le ofreció el brazo, que aceptó, pero al dirigirla de vuelta hacia los graneros, lo detuvo.

—Prefiero volver a casa, Ian. Me encuentro muy cansada.

—Ya veo. —Echó un último vistazo al fondo antes de hacerle caso—. ¿Desde cuándo lloras por cualquier nimiedad?

—¿Quién te dijo eso? —replicó con enfado.

A su misma edad, y a pesar de que ya no era una niña, seguía siendo muy bonita. Sus cabellos rubios, casi plateados, refulgían a la luz de la luna, dándole un aspecto mágico. Ella poseía una sensibilidad especial para la música y su voz melodiosa sonaba a canto incluso al hablar. Era una delicia y durante toda su vida los muchachos la habían pretendido, a pesar de ser una cría. Sin embargo, para asombro de la familia y pesar de sus padres, no había cedido ante ninguna propuesta. El problema residía en que era terca como una mula. Esa mujer estaba hecha para vivir en el campo, tenía un carácter fuerte y una actitud lo bastante firme para sacar adelante la hacienda. En cierto modo, era ella quien la dirigía y en su existencia no albergaba lo de tener hijos, algo que solo la apartaría del duro trabajo de toda una vida.

—Lo dijo padre, y es evidente que tiene razón, así que no inventes ninguna estúpida excusa.

De repente, Audrey comenzó a sollozar. Ian no supo cómo actuar. Odiaba ver a las mujeres llorar, era algo que nunca sabría afrontar. Apretó su brazo y le regaló una apática caricia creyendo que sería suficiente. En cambio, ella le devolvió una expresión entre perpleja y furiosa.

—Te he echado tanto de menos, hermano. Y más que nada, porque necesitaba ese estúpido e insulso consuelo por tu parte.

Avergonzado por ser tan insensible, notó cómo las mejillas le ardían. Por suerte, bajo esa penumbra no era tan evidente, o eso creía.

—Perdona, Audrey. ¿Quieres que te abrace?

Ella contrajo su cara en un horroroso ademán lastimero y asintió con vehemencia. Ian por fin lo hizo, perdiendo el miedo a tanta sensiblería. Su hermana reclamaba su consuelo y él se lo daría.

—Estoy embarazada —soltó como un cañonazo y dejándolo bloqueado—. Ian, me estás haciendo daño, suéltame, por favor.

Ian, poco a poco, fue recuperando el aplomo para hacer lo que le pedía y la liberó de su abrazo que se había convertido en una asfixiante prisión debido al sobresalto. Aferrándola con firmeza de los brazos la escrutó, confundido.

—¿Cómo puedes estar embarazada?

—Bueno, creo que no hace falta que te diga cómo lo logré, visto lo versado que siempre has

sido en esos temas —contestó con una ironía que no le satisfizo nada.

—No bromees, sabes a lo que me refiero, maldita sea. ¿Quién te ha preñado?

—Eso no importa, Ian.

—¿Cómo que no importa? Eres mi inocente hermana, te han injuriado y que yo sepa no estás casada.

—Lo dice el más famoso «desvirgador» de inocentes doncellas. Si fuera así tendrías que casarte con media Escocia, maldito hipócrita.

Ian gruñó disconforme, mas no le contestó, pues llevaba la razón. Discutir aquello sería lo más hipócrita que habría hecho jamás.

—Necesito hablar contigo como hermanos, no de hombre a mujer —respondió ella tajante.

Su espalda se hallaba tan tensa que le dolía. Podría hacerlo, por lo menos hasta descubrir quién había dejado en cinta a su hermana. Luego, ya decidiría qué actitud resolver.

—Vayamos a algún lugar apartado.

Audrey lo ojeaba con ansiedad. Primero le pidió que esperara, en tanto que iba por una lámpara encendida a la casa. No tardó mucho y, al aparecer con esta, ambos se dirigieron hacia uno de los antiguos graneros. Aquel era su lugar máspreciado de la hacienda, donde pasaron las mejores horas de su vida oyendo las historias de su abuelo y disfrutando de interminables juegos.

Al abrir la puerta, buscó la lámpara que colgaba en el interior y la encendió con ayuda de la otra. La luz de los candiles iluminó gran parte de la estancia, y el silencio los sumió en una incomodidad poco natural entre ellos.

Al fin Audrey, quien se hallaba de espaldas a él, se giró, decidida a encararlo.

—Lo amo, Ian.

Ian respiró hondo, y presintió que una ínfima parte del problema se había disipado.

—¿Y cuál es el problema, entonces? ¿Él no quiere asumir la situación?

—Sí, él quiere casarse conmigo, no esperaba su felicidad al enterarse de la noticia.

—¿Entonces? —preguntó ya impaciente ante sus continuas pausas.

—Solo quiere casarse conmigo por eso, ¿entiendes? No me quiere.

Ian alzó los ojos al cielo, aún más incrédulo.

—¿No te dijo que te amaba? ¿Ese es el problema?

—Sí, me lo dijo, él dice que me ama, aunque me propuso matrimonio al saber que esperaba un hijo suyo. ¡No me quiere!

—No, no lo entiendo, mujer. Él te dijo que te amaba y quiere casarse contigo, ¿qué me estoy perdiendo? Para mí es muy fácil de resolver. Os casáis y todos contentos.

—Él no me ama, ya te lo dije. Se siente forzado por la situación. No quiero obligar a nadie a vivir a mi lado por que espere un hijo.

—Serás repudiada, Audrey, igual que tu hijo.

—No, tengo a mi familia.

—Tus padres no vivirán eternamente, parece mentira que no lo hayas tenido en cuenta. Además, ¿cómo piensas que reaccionará padre al enterarse de esto?

—Lo sé, él se enfadará mucho, y luego me apoyará, estoy segura. No necesito relacionarme con la gente, y con trabajar esta tierra tengo suficiente, Ian. Es aquí donde soy feliz.

—¿Sabes que os condenarán? Por desgracia, las malas lenguas en el pueblo se encargarán de que vuestra mercancía sea rechazada, alegando que son de mala calidad. ¿Te arriesgarás a quedarte sola y a condenar a todos? Acabarás matando de hambre a tu hijo. Sabes que sucederá así, no seas testaruda. Parece mentira que no te lo hayas planteado ya. —Audrey cayó de rodillas al suelo y se ahogó en lamentos desesperados—. Padre lo colgará de un árbol cuando descubra quién es. No podrás ocultarlo siempre.

—¡No! ¡No lo permitiré! ¡Quiero casarme, pero él no me ama! ¿No lo entiendes? No quiero obligarlo a soportarme el resto de sus días porque solo llevo un hijo suyo en mi vientre —gritó con ardor.

Un fuerte golpe de la puerta del granero resonando tras ellos, los paralizó. Ian, al darse la vuelta, se encontró con un hombre grande y fuerte. Llevaba las mangas de la camisa de algodón arremangadas y unos pantalones largos de lana manchados de polvo. Sus botas embarradas también evidenciaban la faena del día.

—¿Por qué piensas que no te amo? ¿Cómo quieres que te lo diga ya? No te amo solo porque llevas un hijo mío dentro de ti. No soy nada sin ti. No sé cómo demostrártelo.

Por fin pareció percatarse de su presencia y se acercó a él, ofreciéndole la mano con una firmeza que lo asombró.

—Buenas noches, mi nombre es Angus Drummond. Agradezco la oportunidad de conocerlo, señor Kelly. Supe de su llegada por su hermana hace unas horas. Debí presentarle mis respetos antes, pero ella se empeñó en que no lo hiciera. La causa fue su empeño en que... Es absurdo, ¿entiende?

—Lo entiendo, señor Drummond. Por eso pienso que desposar a mi hermana es una verdadera locura y lo considero un verdadero valiente.

—¡Oh, cállate, estúpido! —bramó Audrey, ofendida, quien todavía seguía de rodillas, pasmada ante la escena.

Angus sonrió ante el comentario y apretó su mano.

—Quiero que sepa que su hermana significa todo para mí y tengo el mayor respeto por su familia. Puedo asegurarle que mis intenciones son honorables, a pesar del inoportuno contratiempo. Espero que podamos llevarnos bien y trabajar juntos por el bienestar de su querida hermana.

—Nadie tiene por qué enterarse de ese contratiempo y le pido que me acompañe a la casa. Lo acordaremos todo esta misma noche. Es un placer conocerlo, Angus.

El capataz le sonrió de oreja a oreja y ambos salieron del granero sin prestar atención a Audrey que gritaba improperios desde el interior del habitáculo.

Tras aquello, los tres se presentaron ante John Kelly y la pedida de mano fue llevada a cabo delante de la atónita familia al completo. Mas fue muy original, Angus, con voz de tenor, le

dedicó una de las canciones más empalagosas que había escuchado y que moriría el resto de sus días por borrar de su memoria. Así convenció al fin a su futura esposa de que hacer el más humillante ridículo, era la mayor prueba de amor.

—Creo que he sido muy valiente, querido futuro cuñado —dijo Angus dando un suave sorbo a la copa de whisky, apoyado junto a la chimenea.

Ian levantó una ceja, incrédulo, y no pudo reprimir lo que en realidad pensaba.

—Antes me pareciste valiente, ahora... tu canción... si no fuera porque sé que lo hiciste por la cabezota de mi hermana, hubiera pensado que eras un afeminado.

—¿En serio le he parecido un afeminado? —preguntó rascándose la cabeza y tragándose el resto del vaso de una sola vez, para demostrar su hombría.

Ian se encogió de hombros y le palmeó la espalda.

—Es Audrey. Hiciste lo que tenías que hacer.

—No volveré a cantar nunca.

—Yo creo más bien que acompañarás a Audrey bastantes años con esa cancioncita tuya, si no quieres acabar mal.

Angus, con una sonrisa forzada, tragó saliva.

VIII



—¿Es verdad que Catalina actuará en esa fiesta, padre? —preguntó Jane desde la chimenea, sacando la jarra de té del fuego y ayudándose con un palo largo para no quemarse.

—¿Qué fiesta? No me importaría ir a una. —La voz de Hellen desde el umbral de la cocina cortó la respuesta de Elliot, quien levantó una ceja.

—¡Si ni siquiera sabes de qué fiesta habla! Mira que si es una de esas religiosas... —soltó Jane muerta de risa.

Hellen puso los ojos en blanco, pero luego sonrió.

—Hace mucho que no voy a ninguna. Cuénteme, padre Graham, por favor —dijo, frotándose los brazos con energía; venía del patio y el sol todavía no calentaba en esa mañana.

El sacerdote se frotó las manos, contento de ser el centro de atención.

—No creáis que conozco mucho de esa fiesta. La llaman la Fiesta de la Estrella y en ella habrá música, espectáculos y se reunirá la mayoría de los clanes de las tierras altas. Este año no se encuentra muy lejos de Pretty Poppies, por lo que Catalina, actuará según me contó, silbando una de sus melodías preferidas.

—Tengo que ir, se lo diré a Ronald, estoy segura de que le encantará la idea. ¿Usted cree que podríamos encontrar dónde pernoctar esos días, padre?

—Podrías quedarte en Pretty Poppies, estoy seguro de que a Andrew le complacería. Catalina vive ahora con los McEwen hasta sanarse por completo, y pronto irá allí.

—Oh, ¡eso sería fantástico! Si bien... en realidad, me gustaría darle una gran sorpresa en la fiesta.

Elliot, se rascaba la frente, barajando cómo llevar a cabo ese plan.

—Podría idear alguna forma para no molestar mucho a los McEwen, sé que tienen invitados para la fecha, los McLeod, me pareció oír.

—McLeod... ¿De qué me suena ese apellido? —Jane entrecerró los ojos, se masajeó la sien, frunció sus labios moviéndolos a ambos lados de su cara y, entonces, parpadeó reiteradamente—. ¡Ya sé! Es el clan del soldado Ian Kelly.

—¿Ian Kelly? ¿Conoces a un soldado McLeod? —Jane asintió, asimilando que sería la

primera vez que lo viera desde que se despidió de Catalina hacía muchos años—. Lo mismo podría cedernos algún cuarto en los barracones.

—¿Dijo que Catalina está en ese castillo? —El tono urgente fue en aumento a medida que terminaba la pregunta.

—Solo hasta que Elizabeth disponga que es seguro para ella viajar sin que peligre la herida.

—Entiendo, ¿y Andrew también está allí? —prosiguió Jane, con más ansiedad.

—¿Sabes, Jane? Ese tono que utilizas no es el más apropiado para la tranquilidad de una mente curiosa como la mía. ¿Tengo que preocuparme por algo?

—No sería mala idea partir mañana mismo, padre —dijo mirándolo con angustia.

—Bien, te haré caso. Mañana partimos, entonces. —Dirigiéndose a Hellen, añadió—: ¿Te animas a venir?

—Bueno, déjeme pensarlo. En realidad, es un poco precipitado.

—Oh, ¿qué tienes que pensar, mujer? —preguntó Jane con uno de sus habituales aspavientos.

Tenía que pensarlo con calma. No era tan fácil como le parecía a su nueva amiga, que ignoraba la historia que ocultaba. El padre Elliot, desde su asiento y en silencio, parecía atravesarla con sus pupilas oscuras. ¿Sabría que mentía? La estúpida sospecha la inquietaba.

Había decidido callar. Pensaba que cuanta menos gente supiera de su escabrosa vida, mejor podría disimular su pena, la cual la asolaba con dolorosos recuerdos. Gracias a las interminables clases con su institutriz, su acento americano pasaba desapercibido y, solo en situaciones de extrema tensión se hacía notable. Eso le permitía no dar explicaciones sobre su verdadero origen y la ayudaba a mantener esa forjada seguridad que, a veces, decaía sin poder remediarlo en una triste desesperanza. En cuanto pudiera, compraría un billete y viajaría a Norteamérica, lejos de Kendrick. Allí tendría dónde residir y, puede que, tras vender alguna de sus residencias, pudiera mantenerse y llevar una vida más que digna. Quizás viajara a Boston, una ciudad que prometía ser un gran centro de oportunidades comerciales. Soñaba con tener su propia empresa, pero eso era algo que se hallaba muy lejos de la realidad. Con todo, la condición de solo heredar sus posesiones cuando estuviera casada, la relegaba. No pensaba que sería una mayor traba una vez hablara de ello con el señor Lennox, quien seguro encontraba una solución alternativa.

De repente, regresó junto a los demás al oír a Jane pronunciar su nombre.

—¡Hellen! Creo que está soñando despierta, padre.

—Oh, perdonad, estaba... soñando despierta, como bien dices. —Simuló reír con inocencia.

—¿Con qué soñabas, Hellen?

Carraspeó un poco nerviosa, sabiendo que de nuevo se hallaba obligada a contar más injustas mentiras.

—Oh, en lo típico... ¿Qué iba yo a aspirar tras haber escapado de un convento? Mi familia no...

—¿Sabes, muchacha? —interrumpió el cura sin nadie esperar—: En ocasiones, la vida nos pone las cosas muy difíciles. Sin embargo, siempre podemos encontrar la fuerza necesaria para seguir adelante y superar esos obstáculos. No dejes que el miedo y la duda te frenen, puede que,

en el sitio menos esperado, puedas hallar la solución que buscas y el impulso que necesitas.

Hellen albergaba una mezcla de desasosiego y emoción que apenas contenía. Esas palabras la animaban a ser valiente y a tener fe, y en realidad, no suponían nada en su difícil situación, no obstante, se sintió reconfortada. ¿Qué daño podría hacer retrasar un poco su partida para disfrutar de esos buenos amigos? Una vez cruzara el océano, ya no los volvería a ver, lo cual le dolería mucho. Esos pocos días, se habían volcado en ella con todo su cariño. Ellos le habían aportado más que Frederick en tantos años en Londres.

Accedió con una gran sonrisa:

—Iré a preparar mi bolso, entonces.

Jane saltó y chilló igual que una niña, contagiando a Hellen con su alegría. Elliot, de pie y tras esperar a que Jane acabara de manifestar su arretrato, sacó un tomo de su sotana.

—Toma, Hellen, creo que esto es tuyo. Guárdalo en tu equipaje; nunca se sabe cuándo puede sernos útil.

Hellen se extrañó al ver la biblia. Negó con la cabeza, sin embargo, el cura le insistió con una intensidad que parecía decirle algo que no entendía. En silencio, siguió abstraída mientras Jane prolongaba su alegría por el viaje.

No quería abrir ese libro. Le traía el recuerdo de cuantiosas lágrimas derramadas sobre él, de momentos ahogados entre sus páginas, rogando por una salida...

A pesar de tantas penurias, si lo pensaba bien, sus ruegos parecían haber sido concedidos y, sin pretenderlo, se hallaba labrando un nuevo futuro con la esperanza de resurgir.

Alargó la mano y lo tomó, simulando su turbación con una agradecida sonrisa. Tras excusarse para guardar el libro, fue a la habitación que compartía con Claire, a quien halló rezando sentada con un rosario entre sus dedos. Abstraída en su oración ni siquiera reparó en su presencia al entrar. Colocó el gran bolso sobre la mesa, metió en él la biblia y las pocas prendas que había usado esos días. Un vestido azul celeste con bordados en marfil destacaba en el fondo. Para ocultarlo, había colocado encima de este los trajes austeros que habituaba usar en el convento. Acarició la exquisita tela y se llenó de ilusión ante la posibilidad de usarlo una vez más en esa Fiesta de la Estrella. Chasqueó la lengua al caer en que con él puesto llamaría mucho la atención. En esa reunión escocesa, encontrarse a su tío era lo más ilógico que podría suceder, aun así, podría alimentar juicios erróneos que llevarían a preguntas muy incómodas y respuestas más odiosas todavía. Una mujer vestida con un traje de corte inglés... No, por mucho que le apeteciera, no era el mejor lugar para lucirlo.

Hasta llegar a Norteamérica convenía guardarse el secreto de su origen. En Escocia, una tierra que consideraba de paso, interpretaba el papel de pobre inglesa refugiada en un convento en las tierras altas. Ya había conocido a demasiados interesados en su vida para sumarse aún más inútiles decepciones. Allí debía comportarse como la señorita insegura y desvalida...

De pronto, una hoja doblada asomó entre las páginas del libro y un escalofrío recorrió su cuerpo. El pulso le temblaba tanto que creyó no poder sostenerlo. Cerró los párpados con fuerza y respiró hondo para serenarse. Al abrirlos todavía seguía temblando, y no pudo resistir más la sospecha que la martilleaba sin cesar. Sabía qué era ese papel, se enfrentaría con la realidad otra vez.

Era la carta de Kendrick y en ella se rebelaba su exigente deseo de casarla con Reginald, exponía su origen norteamericano, además de sus amenazas para hacerla entrar en razón. Pero lo peor de la situación era que, con seguridad, Elliot Graham la habría leído y, sabiendo que le pertenecía, se la había entregado.

¿Qué pensaría de ella? ¿Habría creído que se arrimaba a ellos para salir del paso? No obstante... ¿No era así? Exactamente sucedía de esa forma, y, además, les había mentido. Desde el principio, no había sido clara con los que de manera desinteresada la ayudaban a sobrevivir. Se sintió tan mal que temió desmayarse.

—¿Te ocurre algo, Hellen? Estás demasiado pálida —indicó Claire, quien había dejado de rezar para sostenerla.

Con rapidez, le arrimó su silla. Hellen se dejó hacer, había perdido el ánimo y todavía sostenía entre sus dedos esa maldita carta, recordándole sus sucias mentiras. No podía hablar, la culpabilidad la asolaba.

—Hellen, estabas haciendo el equipaje. ¿Te vas? —Asintió por instinto, sabiendo que lo haría a pesar del contratiempo. No había tenido en cuenta otra posibilidad—. ¿A dónde?

—El padre Graham y Jane irán a ver la representación de tu hija en la Fiesta de la Estrella. ¿Vendrás?

Claire palideció, aunque se mantuvo firme. Erguida e imaginando algo ilusorio justo en esa pared insulsa de enfrente, le regalaba una imagen onírica y magnífica. Las arrugas del dolor, las marcas del desaliento y la amargura le daban un aspecto conocedor. Si no fuera por ese brillo de tristeza en sus ojos olivas, diría que era la musa de un poema caballeresco. El cabello plateado y tan corto como el suyo marcaba una sutil, pero hermosa diferencia en la belleza de la mujer. ¿Perderían su feminidad ante los hombres al mostrarse con esa apariencia? Hellen se liaba un pañuelo alrededor de su cabeza por miedo a miradas indiscretas.

Claire se giró hacia ella y le respondió al fin.

—No, no puedo hacerlo todavía. Me siento débil, mi querida niña. No dudo en que lo haré más adelante. Necesito meditar qué voy a decirle para no provocar su rechazo. Ahora no sé si llamarla hija, Catalina o, sin más, no llamarla. No sé qué pensará cuando me vea. Si me reconocerá y averiguará que siempre estuve a su lado. Si me acusará de no sobrepasar ese límite para llegar hasta ella. Es todo tan difícil. ¿Sabes cuánto temo eso? No, Hellen, no estoy preparada todavía para ello. Tras salir del convento necesito reafirmarme y sentirme Claire... y no sor Mariana, como me creo. He pasado bastantes años representando un papel que no era el mío y me cuesta desprenderme de esa incómoda máscara. Ahora mismo no me siento su madre, sino una impostora.

—Eres su madre. Siempre lo has sido, en lo más profundo de tu ser lo has sentido así, no puedes...

—Puedo, Hellen. Lo he hecho durante muchos años por protegerla, y ahora esperaré ese momento también por ella. Lo que ella quiera darme, lo tomaré —contestó con firmeza, acercándose a su bolsa para remover de forma ausente el interior. Luego, volvió a alejarse para volcar la jarra de agua sobre uno de los vasos y bebió.

—Ella te aceptará, seguro que lo apreciará. Yo lo haría, Claire.

—Tu madre murió, ¿cierto? La historia que contaste a los demás es una mentira. Lo sé porque te vi ese día y sentí tu pérdida. La percibí muy hondo en tu alma.

—No puedo engañarte, ambas arribamos el mismo sentimiento. Ella murió hace siete largos años, y mi padre lo hizo antes. Mi destino está en manos de un ambicioso tutor y quiero luchar por mi libertad. Difícil camino, ¿verdad?

—Lo es, si bien, no es imposible. Mira lo que hemos logrado hasta ahora, ¿crees que todo sucede por casualidad? No, querida niña, nuestro viaje está trazado. Nada más necesitamos abrir los ojos y atender las señales que nos guían.

Claire le dio un tierno beso en la frente, igual que su madre hacía en vida, y salió de la habitación con una ligera sonrisa en sus labios.

Hellen contempló el papel que seguía entre sus dedos. A pesar de que intentó quemarlo o perderlo, allí estaba, abrasándola por alguna inexplicable razón.

De pie fue a guardarlo dentro del bolso, cuando el brillo de algo al fondo llamó su atención. Buscó y tocó algo que no reconoció. Al sacar la mano pendía entre sus dedos el rosario de cuentas blancas de Claire. Con su gesto de desprendimiento, entendía que daba un paso más hacia su reafirmación de libertad y, a la vez, le otorgaba su protección. Lo guardó en un puño y lo besó, enternecida. Sintió la fuerza de esa valquiria en ella misma y supo que su cometido era posible. Debía ser valiente, divisar el frente con decisión y aprender a ser ella, igual que Claire estaba dispuesta a hacer. Sin dilación, nada la detendría para lograr su meta, que no era otra que llegar a Norteamérica y proclamarse dueña de su destino.

A la mañana siguiente partieron al alba hacia tierras McEwen. Sería un viaje de varias jornadas, así que decidieron ir en carretas, para dormir en ellas. El grupo consistía en Jane y Ronald, los cuales iban en su propio carro, y Hellen y Elliot en otro. De esa forma, el mismo día de la partida, tuvo que enfrentarse a solas con ese hombre que siempre parecía ir por delante de los demás.

—Padre, quiero confesarle...

—¿Como sacerdote o como amigo? Es importante que lo decidas antes, hija.

—Aunque he notado que le gusta más un chisme que a un necio una campanilla, creo que puedo confiar en usted sin la iglesia de por medio y que tampoco irá pregonándolo a los cuatro vientos.

—¿Solo a cuatro?

—Padre...

—Es broma, hija. —Rio con ganas y luego le sujetó la mano con un breve apretón—. Si este cura abre algún día la boca te dejaré gustoso que me cortes la lengua.

Hellen lo ojeó, divertida, mientras le hacía el gesto de desprenderse de su lengua. Era un hombre recio, con bastante sentido del humor, y había demostrado ser noble y firme, confabulando contra sus propios congéneres para obrar por la justicia y la bondad. Podía confiar en él, estaba segura.

—Primero debo pedirle perdón por mentir. —Esperó su afirmación y prosiguió—. Habrá deducido que no cuento con nadie más en este mundo que mi tutor.

—Sí, un tal Kendrick Harper.

—Recuerda bien su nombre —señaló con sorpresa.

—Tengo experiencia en chismes, para algo tienen que servir tantos años en el oficio.

Hellen rio por el comentario y se sintió aún más cómoda.

—Si deja alguna vez de ser cura, estoy segura de que trabajando de espía para el rey se ganaría un buen sustento.

—No lo dudes ni un instante, chiquilla —contestó con un guiño.

—Y de comediante. —Rio y él la acompañó—. Bueno, el caso es que quiere obligarme a contraer matrimonio con su hermano Reginald, quien lleva enfermo toda la vida y que, según el doctor, no le queda mucho tiempo en este mundo. No quiero casarme con un vejestorio, y menos que Kendrick disponga de lo que me corresponde por derecho.

—Será sinvergüenza.

—Lo es, y, ¿sabe qué es lo peor? —Esperó a que él la mirara—. Que, en realidad, no desea verme morir en un convento, desea mi muerte a toda costa. Estoy segura de que pretende asesinarme para disponer de todo sin impedimentos, antes o después de ese forzoso matrimonio.

—Lo que me cuentas es muy grave, Hellen. ¿Crees que ese hombre podría atentar contra tu vida? Eres su pupila, no creo que sea tan fácil urdir un asesinato sin que la justicia sospechara algo, en especial, con una fortuna de por medio.

—¿A quién le importó que mi madre perdiera la vida en un asalto en plena avenida de Sant James? Un lugar donde apenas hay bribones ni maleantes, una calle muy segura y donde las más nobles damas de Londres pasean a sus anchas sin siquiera escolta. A nadie más que a mí le importó, padre Graham, se lo puedo asegurar.

—Siento tu pérdida, hija. Entiendo tu dolor ante esa injusticia y que conjetures posibles teorías. No deseo quitarle hierro a tu sospecha, mas, en ocasiones, las cosas suceden de la forma más inverosímil, y nadie es culpable de nada.

—No deseo convencerlo, padre. Únicamente, le expongo lo que creo y nada ni nadie me hará cambiar de opinión.

El cura optó por guardar silencio a la vez que guiaba a las mulas para virar en una curva del sendero. Como esperaba, a los pocos minutos, cargaba de nuevo con su incansable curiosidad.

—¿Y qué piensas hacer al respecto, niña?

—No soy una niña, padre. Tengo edad para decidir mi futuro. —Al comprobar que él seguía esperando una réplica concluyente, prosiguió—. Iré a mi ciudad natal. Tengo amigos allí.

Elliot alzó las cejas, sorprendido, y esperó con paciencia a que siguiera contándole. Sonrió, manteniendo que era un buen oyente y zalamero orador.

—Tengo a mi mucama Dorothea en Connecticut y... también está el abogado de mi madre, el señor Lennox —Hizo una pausa, sin saber a quién más nombrar. Su mirada inquisitiva la instó a confesar—: No tengo a nadie más, ni sé qué tiene que contarme ese hombre. Mi madre me dejó una carta pidiéndome que fuera a visitarlo si me encontraba en dificultades alguna vez —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Lo sabe Kendrick?

—No, mi madre dispuso a Lennox que quemara la carta tras yo leerla.

—Entonces está todo a tu favor, tienes que volver allí. Las madres no dan consejos porque sí, querida. Algo te aguarda en Connecticut y estoy seguro de que será con el fin de protegerte. Las madres siempre piensan en sus hijos.

—Eso creo yo, sin embargo, no se me ocurre qué será y necesito saberlo.

—¿Lo sientes? ¿No notas la carreta más ligera? —Hellen estaba confundida—. Has soltado un buen lastre, muchacha. En ocasiones, hablar de los problemas ayuda al alma a sanar, nada más hay que dejarse ayudar.

—Es usted... creo que empieza a ser alguien muy importante para mí.

—Me alegro de saberlo, porque no dejaré que te suceda nada y conseguiré llevarte sana y salva hasta tu tierra.

—¿Me ayudará? —Hellen casi no podía contener el río de lágrimas que amenazaba con desbordar sus ojos.

—Claro, será coser y cantar. Tú déjame a mí. ¿Sabes silbar? Yo he tenido una buena maestra estos días atrás y he descubierto que es muy divertido.

Jane la saludó con la mano en alto desde la carreta de delante. Hellen respondió el saludo con una energía que al partir no sentía y que ahora parecía rebosarla, mientras oía a ese cura interpretar una melodía silbada muy simpática.

Tras varias jornadas de viaje, en los que solo una vez lograron pernoctar en una de las posadas del camino, pues el auge de visitas por la reciente fiesta las mantenía completas, al fin vislumbraron el castillo McEwen a lo lejos.

Hellen, tumbada en la parte trasera de la carreta, acababa de despertar de un sueño muy esperanzador, en el cual surcaba el océano en uno de los barcos de su padre. De repente, se dio cuenta de que se hallaban parados en mitad del campo y sacó la cabeza, alarmada. El pañuelo, que con normalidad la cubría, se hallaba sobre su regazo y notó el frescor de la brisa mover el corto cabello. Se asomó un poco más para averiguar cuál era la causa de su detención, cuando se encontró con unos ojos tan azules como las aguas del mar con las que había soñado hacía un instante.

IX



¿Quién sería esa mujer que parecía más una aparición onírica que una persona de carne y hueso? Se sentía atrapado en las profundidades de esos pozos oscuros que lo miraban con extrañeza. La hinchazón de sus párpados revelaba que acababa de despertarse y, por un segundo, se imaginó contemplándolos tendido a su lado tras disfrutar de una maravillosa noche de pasión. Continuó su escrutinio para estudiar una naricita pequeña, casi imperceptible, eclipsada por una boca de labios jugosos y bien rellenos. ¿Habría comido moras? Ese rosado era tan pronunciado que casi lo juraría.

Entonces, desvió su mirada, rompiendo el apabullador hechizo. Tragó saliva al ver el ascenso de su mano hasta tocarse la cabeza. Por primera vez se percató de su falta de cabello, era corto como el de un hombre. La muchacha se enrolló con impaciencia un pañuelo sobre este y, enseguida, afloró en sus mejillas un rubor tan creciente que casi lo confundió con el rosado de su boca. Jamás había visto a nadie sonrojarse tanto. ¿Sufriría de fiebres o alguna infección desconocida? Y ese cabello negro tan insignificante...

—¿Está enferma?

Ella lo encaró otra vez, arrugando el ceño y con los ojos entrecerrados. Su piel seguía muy sonrosada y parecía bastante incómoda.

—¿Quién es usted? ¿Y por qué me hace esa pregunta?

Su voz le pareció tan dulce que le evocó a estar probando una tarta de crema y manzana. En contraste, un ligero deje antipático lo desconcertó, ¿o era tal vez un acento extranjero?

—Perdóneme, no esperaba encontrarla aquí y... —Hizo una pausa, sopesando cómo continuar sin ser más descortés de lo que ya había sido y palmeó el cuello de su caballo, que parecía estar igual de inquieto—. Mi nombre es Ian Kelly, soy capitán del ejército del clan McLeod.

—Ah, ese Ian —indicó sin mirarlo.

Por alguna razón le molestaba no poder disfrutar de esos ojos tan enigmáticos.

—¿Nos conocemos? Yo diría que nunca nos hemos visto.

—No nos conocemos, pero mis compañeros de viaje lo mencionaron en alguna ocasión. Por cierto, ¿dónde están? —preguntó elevando su largo e inmaculado cuello por encima de la carreta,

buscando a ambos lados.

Una necesidad imperiosa le empujaba a descubrir el camino descendente de ese níveo desfiladero, tratando de abarrotar su imaginación cada vez más encendida. Fastidiado por el horrible atuendo que impedía ver más allá que un feo saco de patatas, chistó la lengua con sequedad, llamando de nuevo su atención.

—¿No me ha oído? ¿Qué ha hecho con ellos? —inquirió con esa vocecita enternecedora y entrecerrando los ojos.

—Tranquilícese, yo no he hecho nada con ellos —dijo divertido ante su desconfianza—. Han bajado al río a asearse un poco antes de llegar al castillo, señorita...

—Señorita... Smith. Yo también deseo bajar al río. Si no le importa, dejaremos esta interesante conversación para más tarde, señor Kelly —contestó con una soberbia insospechada.

Estudió a la muchacha con diversión, entretanto bajaba de la carreta con prisa y movimientos inquietos. No debía ser muy mayor, no más de veinte años, la edad ideal para conocer el amor por primera vez.

Al ser tan menuda y tener ese aspecto debilucho, le impactó el carácter arrogante que manifestaba. Además, seguía notando un ligero acento extranjero que la hacía aún más enigmática. Azuzó a su yegua para seguirla terraplén abajo. A trote sosegado recorrió tras ella un extenso sendero dentro del bosque. Después de un largo paseo, al fin se giró con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber dónde está ese río?

—Está al otro lado del camino —dijo con indiferencia, reprimiendo una carcajada.

Ella gruñó con fastidio y la imagen se le hizo tan ridícula que ya no pudo evitar reírse.

—¿Se divierte? Ha sido muy descortés de su parte no sacarme de mi error.

—Perdóneme, señorita, pero no me preguntó. La vi tan decidida que pensé que sabía a dónde se dirigía —contestó, sintiendo a flor de piel la emoción de quien tiene un juguete nuevo entre sus dedos.

Esos ojos negros clavándole cuchillos lo entusiasmaban igual que si fuera un mozalbete y lo animaban a seguir punzando. Seguramente se debía a que era un soldado y le gustaban los retos, y más si se trataba de una inocente doncella en apuros.

Sin pensarlo más, se acercó a ella con su caballo, quien lo contemplaba con cara de espanto y le pasó el brazo por su cintura para izarla sobre el lomo de Oidhche, delante de él.

La apretó contra su pecho apreciando un inesperado un olor a jazmines que lo embelesó. Confundido al percibir el tacto de su piel a través de la tela de ese insulso vestido, por fin se encaminó en dirección contraria. Notaba su pequeño cuerpo rígido, algo que pensó que sería provocado por la sorpresa de ser montada en la yegua. Sin embargo, al girarse un poco hacia él, se fijó en que sus labios ya no se veían tan rosados y, si no fuera por la calidez que desprendía su costado contra su pecho, juraría que tenía delante un cadáver. Si antes su tez era pálida, en ese instante, se tornaba azulada. Detuvo el caballo al llegar junto a la carreta y la sostuvo por los hombros.

—Señorita Smith, ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

—Bájeme, por favor —susurró con un hilo de voz que lo traspasó como una daga.

Ese pánico era anormal.

—Lo haré, estese tranquila, mujer.

De un salto descendió de su montura y la agarró con prisa de la diminuta cintura, por miedo a que cayera. Voló igual que una pluma entre sus brazos, sus piernas apenas la sostenían. Alarmado, la acunó contra su pecho mientras temblaba. ¿Qué demonios le ocurría? Estaba muy asustada, eso no era un temor ordinario, parecía algo más visceral, tal si un recuerdo la tuviera inmersa y desorientada. Al ver que no reaccionaba, la separó un poco para hablarle cara a cara.

—¡Señorita! ¡Vuelva!

Ella parpadeó y lo observó con gran intensidad, como si por fin lo viera a él y no a un horizonte ilusorio.

—¿Quién eres? —preguntó, descolocándolo al ver que quería zafarse de su agarre de forma brusca.

—Soy Kelly, Ian Kelly... Señorita Smith...

Ella, extrañada, negó con la cabeza.

—Yo no me lla...

—¡Hellen! ¿Qué está ocurriendo aquí? —La voz del sacerdote retumbó junto a la carreta y ella respondió a ese nombre sin ninguna duda, cosa que no había hecho con su apellido—. Señor Kelly, suéltela ya. —Dirigiéndose a la mujer y arrancándosela de sus brazos con aspereza, le preguntó con recelo—: ¿Se encuentra bien, muchacha?

Este la agarró de los hombros y ella se dejó llevar hasta el carro. Su rostro mostraba algo de rubor, al contrario de antes que era inapreciable. Ian estaba muy desconcertado con lo ocurrido, y esperaba una explicación que nadie le daba.

Se le hizo interminable hasta que el cura, tras terminar de acomodarla en la parte trasera de la carreta y haber logrado tranquilizar a la extraña muchacha, se volvió hacia él. Su expresión era amenazadora, pero Ian estaba tranquilo.

—Cuénteme ahora mismo qué le ha hecho a esa inocente y, espero que no sea nada de lo que tenga que responder, dado su dudosa reputación.

Ante el desagradable comentario, gruñó.

—Oh, entiendo que Jane ha podido confundirlo con lo que le haya contado de mí, padre Graham, pero puedo darle mi palabra de capitán que no me aproveché de esa señorita. No me es necesario asaltar a mujeres.

—Entonces, ¿por qué la encontré en sus brazos? —acusó con el dedo en su pecho, lo que lo hizo reír. Luego, Ian bufó, de nuevo contrariado con la equívoca situación.

—Ella tuvo un raro episodio de ansiedad, pareció confundirme con otra persona. No podía dejarla caer al suelo. Estaba aterrorizada y no se sostenía. No era por mí, ella se hallaba ida, padre. —Tras una breve pausa, preguntó lo que lo tenía más confundido—. A veces me hablaba con un extraño acento extranjero.

El cura lo evaluó con detenimiento, luego asintió. Parecía que todo tenía una explicación, a

fin de cuentas. No le agradaba que pensara que se había aprovechado de ella, él no forzaba a las mujeres. Iba en contra de su naturaleza el dañarlas de cualquier manera, por eso, el episodio que ella había revivido en su mente lo había conmovido tanto, pues parecía haber sufrido mucho. Lo había confundido con alguien de no muy buenas intenciones.

Elliot echó un nuevo vistazo a la muchacha, que seguía hecha un ovillo en la parte trasera de la carreta y decidió al fin ceder a lo evidente. En consecuencia, le indicó que se agachara para que pudiera oírlo sin que nadie más lo hiciera.

—Sé lo que ha ocurrido e insisto que, siendo el hombre de honor que dice ser, mantenga el secreto de lo que voy a revelar. Ella sufre una terrible enfermedad que la hace tener episodios de desvaríos espontáneos. Sin entenderlo, comienza a hablar con otro acento, y da la impresión de estar poseída... Tuve que sacarla del convento, ni allí pueden tratarla, además repetía raros episodios de locura transitoria. Le da por silbar, ¿sabe? Silba melodías que, a pesar de que no son dañinas para nadie, en un convento no es lo más apropiado interpretar durante los rezos. Pobre alma indescifrable. —Ian se persignó al sentir que el vello de la nuca se le erizaba—. Tranquilo, no es nada peligroso. La llevo a la Fiesta de la Estrella, creo que le vendrá bien distraerse después de tanto tiempo enclaustrada, le servirá para relacionarse de nuevo con los demás. Aunque mi verdadera intención es llevarla hasta Glasgow, cerca de los muelles donde la espera una tía suya.

—De acuerdo, está loca, ¿es eso lo que me ha querido decir?

—Solo un poco, señor Kelly —dijo el cura, encogiéndose de hombros con resignación.

Ian, estupefacto, aceptó la explicación. Con todo, un gran pesar se instaló en su pecho al conocer ese mal enloquecedor que padecía. Por lo que acababa de revelar, había sido monja, de ahí que tuviera su cabello tan corto. También la regresaba a su hogar, cerca de los muelles de Glasgow, donde la esperaba su familia, sin ninguna esperanza de curarse. Puede que ese recuerdo que la había invadido fuera el reflejo de algún ataque hacia su persona. Incómodo con la idea, también sopesó que los muelles no eran buen lugar para vivir. Ese era un lugar lleno de maleantes y oportunistas... ¿Qué sería de esa frágil muchacha una vez allí?

Con todo eso bullendo en su cabeza, no se entretuvo más y subió otra vez en Oidhche. Desde su montura podía ver a la muchacha encogida en el suelo de la carreta y un nudo en su garganta le impidió tragar saliva. ¿Por qué se sentía culpable? Él no había provocado esa absurda situación. Solo su extraña locura era la causante de que lo ojeara con desconfianza, mientras cruzaba alguna palabra con el cura.

Era una verdadera pena que fuera tan bonita y dispar. Porque esa demencia no le restaba belleza, tenía que reconocerlo. Desde que la descubrió había quedado fascinado por su expresión aniñada y esos rasgos delicados. El extremado rubor lo había incitado a pensar que se sentía muy avergonzada ante él, algo que le agradó mucho. No es que se creyera irresistible, pero solía provocar un gran impacto en las mujeres y, claro, uno no era de piedra, se dejaba amar por la que le ofreciera su... corazón.

De nuevo regresó a sus pensamientos esa pequeña desvariada en tanto se acercaba a sus hombres, que aguardaban dándole de beber a los caballos en la orilla del río. Había olvidado que ella no había podido asearse tras lo ocurrido. Una imagen muy sugerente de la muchacha, refrescándose en esas aguas, lo asaltó de súbito y sacudió la cabeza, mortificado.

—Vaya, Kelly, ya pensaba que nos habías abandonado —dijo su segundo al mando.

Este no era otro que Fergus, su compañero de batallas y, claro, de escarceos amorosos. Comenzaron juntos su andadura en el ejército, pocos días después de alistarse. En el momento en que decidió retirarse de esa vida, tras escoltar a su *laird* hasta la fiesta, recibiría su puesto de capitán.

—Inspeccionaba las carretas, nada más.

—Siempre tan alerta, ¿qué haremos sin ti tras tu marcha?

—Tú harás lo mismo que hasta ahora, asumirás tu función cuando no haya más remedio, maldito patán.

Fergus rio, sabía que decía la verdad.

Ian desmontó y se agachó para sumergir una de sus cantimploras en el agua fría del río. Sonrió a su amigo, también divertido.

—Te echaré de menos, compañero.

—No te pongas sentimental, tienes a tus hombres escuchando y no quiero que piensen que eres un maldito afeminado.

Todos rieron con la broma. Esos hombres habían sido su familia esos largos años y se le hacía muy duro pensar que nunca más los vería, ni bromearía con ellos. Dejarían un hueco enorme en su corazón.

Después de dejar su antiguo y, a la vez, futuro hogar en... Habían partido hacia las tierras McEwen para protegerlos. Sería su última andanza siendo capitán de ese grupo de fieles hombres. No sabía cómo se adaptaría, pero supuso que sería fácil su reincorporación a la vida granjera. Aun cuando todo se hallaba en buenas manos, su familia insistía en que debía asumir su deber y dejar esa vida de peligros.

En su última visita a su hogar, comprendió que muchos de sus familiares le eran desconocidos. ¿Qué sentido tenía esta vida si al final morías sin nadie que te recordara? Por culpa de su hermana Audrey había experimentado el miedo a no llegar a tiempo de despedirse de su padre. Ni siquiera la más temible de las batallas que había librado como soldado lo había atemorizado tanto. Y, de algún modo, gracias a eso, había comprendido que lo más importante lo había desdeñado de forma injusta. De alguna forma, se sintió responsable del futuro de su familia, aunque la hacienda no corriera peligro.

Julie lo había felicitado por asumir su responsabilidad con valentía. Vio su satisfacción y orgullo reflejado en su expresión al descubrirle la decisión a su esposo. Era el heredero y tenía una responsabilidad que ocupar.

—Bueno, eso se arregla fácil. Todos esperamos la invitación a la boda y futuros bautizos, capitán —señaló Alec frente a él.

—*Cuir ort do chòta mòr*³ —contestó tocando su daga en su cinto de forma brusca y precipitada para espantar los malos augurios.

Rio con ellos, divertido. Esas eran las típicas bromas que se hacían en las jornadas más amistosas, sin embargo, en su interior, un temor acérrimo lo inquietaba. Durante esos días en Banchory, sus padres no habían parado de hablar del tema. Al fin habiendo conseguido casar a su

hermana Audrey, era, él mismo, el próximo objetivo y eso le provocaba escalofríos.

Sería imposible concederles ese deseo, ya que él no era un hombre de una sola mujer. Todas le gustaban, y al decir eso, significaba absolutamente todas. La pobre desgraciada que quisiera atarlo portaría sobre su cabeza una gran cornamenta, y eso no era viable en una familia como la suya, quienes destacaban por su honorabilidad... menos Audrey, tras su secreto e inesperado idilio con Angus, el enorme capataz cantarín.

Rio para sus adentros al recordar esa estúpida escena. Casi explota en el salón en carcajadas mientras lo oía cantar a voz en grito, y muy mal, por cierto, una estrofa de un romance popular. Había sido tan patético... ¿Cómo un hombre con esa envergadura podía caer tan bajo y parecer tan ridículo? No llegaba a entenderlo.

A lo largo de su vida, había volado de flor en flor. Así llamaba a sus amadas mujeres, eran sus flores en ese campo donde las cultivaba con suma delicadeza. Ellas eran tan hermosas, tan espléndidas y complacientes cuando se les enseñaba ese arte del deseo. En ningún caso podría ser de una, lo tenía muy claro y no aceptaría casarse con nadie. No soportaría hacerla infeliz por sus tangibles infidelidades. Pese a que dejaba claro sus reglas antes de llevárselas al lecho, se enamoraban de él sin remedio. Por eso, odiaba las despedidas y su más ferviente regla de oro consistía en no decir adiós para siempre: «Nunca digamos que será la última vez».

Hacía unos pocos días, Catalina, una de sus mejores flores, se había despedido de él, algo que lo dejó afectado. No es que sintiera algo especial por ella aparte de un gran cariño, ahora bien, le dolió advertir cómo se desprendía de su innata libertad para dejarse embaucar por Andrew McPherson, un arrogante mercader. Sin duda, fue envuelta por un remolino de mariposas que se traducían en un amor ciego... y carcelero. Ni ella sabía lo que en realidad sentía, y se había dejado arrastrar por él.

«¿Crees que es amor?», le había preguntado Catalina.

No creía en el amor verdadero, no obstante, ella había cambiado, igual que Douglas McLeod, cegado por lo que profesaba hacia su hermana Julie. Era tan frustrante verlo babear igual que un niño ante su presencia. Tampoco esperaba encontrarse con April y su rechazo al volver a la hacienda. Se había unido a ese hombre... ¡Otra que había sido burlada por ese maldito demonio que acechaba en cualquier lugar!

Por último, su hermana Audrey lo había perturbado. Ese llanto u obcecación por no casarse con el capataz si no obtenía su amor... ¡Era absurdo y... terrorífico! Por los cielos, estaba embarazada y ni así cedió hasta que él no lo declaró con una desesperación que no había visto jamás.

Menos mal que él se escudaba con su *Cuir ort do chòta mòr*. Sin cesar lo rezaría y se repetiría sus reglas de oro para no caer en el influjo de ninguna mujer. Estas eran doradas tal cual el sol que alimentaba la tierra y le daba la vida. Y eran simples, pero eficaces: Nunca enamorarse y siempre mantener lejos la emoción, evitando debilidades. Debía ser encantador y usar el carisma hasta con la más obstinada flor. Por eso los encuentros no debían repetirse, pues confundían a esas rosas de primavera, sedientas de cariño.

Nunca debía revelar mucho de uno mismo; el misterio era la mejor arma y, si se era impredecible, todo eran ventajas para escapar de una clara carcelera. Debía ser más astuto que la mujer, teniendo un plan secundario que anticipaba los imprevistos. Era vital aprovechar las

oportunidades que brindaba el destino de escapar de un esposo o padre vengativo. No debía interesarse demasiado en la vida de sus flores, solo el placer y la diversión debían ser consideradas en esa relación efímera. La penúltima regla y una de las más importantes era no permitir desviar su interés hacia un futuro con ella. Nada más importaba que vivir al día. Y, por último, y la más importante, era desaparecer sin dejar rastro si se viera una posibilidad, aunque nimia, de enamoramiento. Asimismo, nunca debía decir adiós para siempre, y es que un buen amante en la vida jamás rechazaría una oferta por muy tormentosa que pareciera.

No se dio cuenta de cuándo la cantimplora desbordó, llenándola por más tiempo del que era necesario, mientras apenas prestaba atención a las tonterías que decían sus hombres. En otra ocasión los hubiera silenciado a mamporros y puesto algún que otro ojo morado. Notaba una distracción añadida en dirección de esa carreta, donde un sacerdote parecía guardar la reputación de una florecilla. Loca y, al fin y al cabo, una florecilla muy agraciada.

Con una sonrisa encantadora, cogió las riendas de su yegua y, con el pellejo en la mano, avanzó con paso seguro. Sus pensamientos no dejaban de regresar a ese delicioso instante en que la tuvo entre sus brazos.

X



Hellen vigilaba el lateral de la carreta por donde había desaparecido aquel hombre. Todavía temblaba por el inesperado trance. Al subirla a lomos de su caballo, revivió el ataque que sufrió a manos del demonio en aquella fiesta de Londres, que supuso su derrumbe en esa sociedad inflexible y egoísta. Esa terrible noche, fue abordada por él y subida de igual forma en su caballo, alejándola de la vista de los invitados. Era la segunda vez que un hombre la tenía entre sus brazos, y haber confundido al señor Kelly con ese maleante había sido una experiencia aterradora.

Cerró los párpados con fuerza al arribar de nuevo los recuerdos de ese pasado tormentoso. Creía superado aquel trauma, pero estaba visto que todavía seguía vivo y lo mezclaba con la realidad.

—Hellen, ¿vuelves a sentirte mal?

Abrió los párpados al oír a Elliot. Había olvidado que estaba a su lado, velando por ella.

—Estoy mejor, no se preocupe. Sin entenderlo, reviví una situación muy desagradable que me ocurrió hace unos años.

—Parecías aterrada. Ese Kelly no haría algo indebido, ¿verdad?

—Oh, no, él... en realidad no lo recuerdo, pero no es con él con quien tengo un problema, se lo aseguro.

—Tenía que cerciorarme, ese hombre no es de fiar.

—Ah, ¿no? Pensaba que era un conocido de Jane...

—Debes cuidarte de él, querida. —Hellen fijó su mirada patidifusa en el párroco cuando este se acercó un poco más a ella y, cubriéndose la boca, continuó en voz baja—. Es un encantador de mujeres. Ninguna está a salvo de caer en sus influjos. Supongo que sabrás a qué me refiero.

Hellen se sonrojó mucho. Claro que lo sabía, y más tras el ataque del que fue víctima y que, por suerte, salió ilesa. Ese era un tema que había hablado con Mairi y nadie más. Al recordar a su sirvienta cayó en la cuenta de que la había olvidado por completo. Tenía que buscarla antes de partir a Norteamérica.

—Estoy curada de espantos, padre.

El cura esperó a que revelara algo más, aunque no era un tema con el que se sintiera a gusto,

por lo que guardó silencio. Cerró los ojos de nuevo con intención de acabar con la charla y divagó sobre lo que acababa de ocurrir con ese Kelly.

¿Qué había sucedido para que volviera a recordar a ese maldito maleante? ¿Subirla de esa forma a su caballo? Lo dudaba, ese no era motivo para alterarse así. Hacía años que ese recuerdo no la asaltaba ni atormentaba, y según veía, seguía vivo. Sin quererlo recordó aquella horrible noche en el salón de los Beaufort. Tras terminar de completar su carnet de baile se encontraba un tanto abrumada, le dolían los pies y deseaba darse un respiro. Salió a uno de los balcones, aprovechando que Daisy Holmes la había dejado un momento sola para saludar a una conocida. El frescor nocturno la alivió enseguida del ardor de sus mejillas y, arrastrada por el tentador consuelo, deseó dar ese paseo por el jardín. Contempló la posibilidad de esperar la vuelta de Daisy para hacerlo en su compañía, sin embargo, su carácter impaciente ganó la batalla a la cordura, empujándola a descender los escalones sin ningún temor.

Su intención era no alejarse mucho, quedándose por los alrededores. El jardín se hallaba en penumbra y sola no era recomendable recorrerlo. Sin embargo, tras un largo paseo se había sumergido sin percatarse dentro de ese mar de plantas. Por eso, refugiada en ese lugar tan recóndito, le extrañó oír cerca el trote de un caballo. La figura de un jinete se materializó delante y, sin entenderlo, se desvió hacia ella, casi abordándola. Hellen, petrificada, esperaba que el caballo la pisoteara a esa velocidad, pero este se detuvo a un paso alzándose un poco sobre sus patas delanteras. Tan pronto como se atrevió a mirar... la imagen de Kelly encima del caballo la asaltó.

Abrió los ojos de golpe, al descubrir lo que había evocado aquello otra vez. Kelly, montado en su caballo, imponiendo su gallarda figura frente a ella... Había confundido la realidad con el pasado. ¿Gallarda figura? ¿Qué la llevaba a pensar en él de esa forma? Sacudió la cabeza rechazando el pensamiento. Ese hombre la había incomodado desde que la encontró medio dormida en la carreta. Comprobó en sus ojos su desagrado al descubrir el corto cabello, tan atípico y poco femenino en cualquier mujer. Además, pensó que estaba enferma ¿Qué lo habría llevado a esa conclusión? ¿Su mal aspecto? ¡Qué vergüenza! Podría haber disimulado un poco y no abochornarla con esa descarada inspección.

De repente, su voz la hizo saltar de su reposo y se incorporó para encontrarse con él.

—¿Se encuentra mejor la señorita Smith?

—¿Quién es la...?

—Estoy mejor, gracias —contestó con rapidez, notando la mirada inquisidora del cura sobre ella.

No estaba preparada para encontrarse con esos cristalinos ojos, dos faros en la niebla que resultaban bastante perturbadores. No podía negarlo, ese hombre era apuesto y, en ese justo instante, comprendió que le sería difícil resistirse a su atractivo. Una coleta mal sujeta recogía su cabello dorado, dejando escapar algunos mechones que enmarcaban el varonil rostro. Su piel dorada y su porte encantador la hicieron flaquear, y lo peor fue olvidarse de respirar al encontrarse de lleno con su sonrisa hipnotizadora de labios y dientes perfectos. Bajó los ojos, avergonzada por el descarado examen, pero fue un gran error, pues su camisa semiabierta la llevó a imaginar un pecho musculoso cubierto de un escaso vello dorado. ¿Podría ser tan dorado? Era como uno de esos candelabros del convento, reluciente y esplendoroso... ¿Esplendoroso?

Comenzaba a creer que los efectos del trauma eran realmente graves.

Dio un respingo al percatarse de que el enorme brazo del *highlander*, también dorado, se aproximaba hacia ella. Se había remangado la camisa y las venas lucían cinceladas igual que en las estatuas que tanto la fascinaban en los jardines de Londres. De súbito, un objeto oscuro parecido a un saco de cuero se sacudió frente a ella.

—Señorita, le repito que tome un poco de agua. Debe tener sed, coja el pellejo.

Parpadeó, saliendo del aturdimiento, y alargó la mano que actuaba por voluntad propia. Al agarrar la cantimplora, sus ojos volvieron a encontrarse con los suyos. ¿Cómo podían ser tan intensos? Sin dudarlo, lo que decía el padre Elliot de que era un encantador de mujeres cobraba fuerza por momentos, ya que con solo dirigirle una mirada su cuerpo ardía. Por no hablar de su sonrisa, que la idiotizaba, convirtiéndola en una cría delante de una sabrosa y brillante manzana. Kelly era la fruta prohibida del árbol sagrado... No, más bien, la zalamera y condenada serpiente que la envolvía en una nube de estupidez pasajera.

Mientras bebía notaba sus mejillas encendidas como teas ardientes. Sabía que él la observaba, pero decidió concentrarse en el alivio fresco que descendía por su garganta, imparable. Terminó con un gran suspiro de satisfacción a la vez que se relamía. Iba a agradecerse, pero un fuerte tirón de la bota la sobresaltó. Elliot le había despojado de esta y se la devolvía a su dueño con el ceño fruncido.

—Gracias, señor Kelly. Ya sabía yo que pensaría usted en todo y por eso sé que no olvidará lo que hemos hablado.

A Kelly pareció costarle bastante apartar la vista de ella para fijarse en quien le hablaba.

—No se preocupe, andaré atento. La señorita estará bajo mi estricta supervisión.

Elliot gruñó ante su sonrisa canalla e iba a contestarle, cuando con un leve gesto de su cabeza, se despidió e hizo girar su caballo, silbando una divertida melodía.

—¿Qué le ocurre, padre? Parece enfadado por algo.

—No es nada... —La observó pensativo, sopesando una ingeniosa idea, pues, rápidamente, la alegría colmó su expresión antes preocupada—. Querida, no te cuides de ese acento, creo que podríamos sacarle algún beneficio, créeme.

—Pero ¿por qué?

Su pregunta quedó suspendida en el aire al aparecer Jane y Ronald. Jane lucía el vestido un tanto arrugado y sucio, y el moño de su cabeza parecía haberse peleado con un gato. Ronald avanzaba con soltura y una sonrisa de oreja a oreja que no le había visto nunca.

—Por fin despertaste, Hellen. ¿No estiraste las piernas? Ronald y yo venimos de inspeccionar la zona, tal vez nos demoramos demasiado. Este es un lugar hermoso e inhóspito, es fácil perderse en él, ¿verdad, querido? —dijo Jane con exagerada inocencia.

—Ah, sí, bendito lugar, me perdería a propósito en él para siempre, cariño —respondió Ronald cogiéndola de la cintura y apretándola contra él. Su voz había sonado algo ronca y carraspeó ante el leve, pero perceptible codazo de su esposa.

—Será mejor que continuemos hasta el castillo, padre. El capitán Ian Kelly me contó que apenas nos quedan unas pocas millas de camino. Además, nos ofreció su habitación para

refugiarnos ¿No es muy generoso de su parte? —opinó Jane con entusiasmo.

—Oh, ya creo que sí, pero no me comentó nada —dijo con pésimo humor, masajeando su barba, pensativo. Luego abrió mucho los ojos y agregó—. Es una buena solución, la verdad.

—Sí, Catalina ya no está en el castillo, según me comentó, así que será perfecto quedarnos con él hasta que llegue el día de la fiesta. ¡Podremos darle una gran sorpresa! —gritó dando pequeños saltitos, aferrándose a su esposo, quien sonreía ante su incipiente alegría.

El trote de caballos llamó la atención de todos. Un grupo de soldados escoceses resurgieron a través de la espesa maleza del bosque. Ataviados con sus recias telas de cuadros y armados hasta los dientes con espadas y mosquetes intimidaban a cualquiera que le saliera al paso. Sus expresiones hoscas, incluso hurañas, con espesas barbas despeinadas, les daban además un aspecto un tanto salvaje. Uno de ellos, algo más cuidado que los demás, se acercó. Su cabello era oscuro y lo llevaba bien recogido en una coleta en su nuca. Solo una creciente barba oscurecía su semblante. Sus ojos castaños le prestaban demasiada atención, mientras con una sonrisa embaucaba al grupo en un afable trato.

—Buenos días, señores, soy el teniente de armas Fergus Dewar, les apremio a preparar la marcha, salimos hacia el castillo ya. Los escoltaremos.

Jane y Ronald corrieron hacia su carreta y el padre Elliot dejó a la muchacha acurrucada en la parte trasera para ocuparse de las riendas de las mulas. Fergus, al verlos obedecer con tanta rapidez, se despidió con un asentimiento de su cabeza y se dirigió junto al capitán. Hellen se colocó de rodillas para admirar la partida. Tras ella, marchaban a caballo dos guerreros, situados a una distancia prudente para darles intimidación; delante iban el resto, comandado por el dorado y su teniente subalterno.

—*¡Fada gum bi do similear a' ceò!* —clamó Kelly con fiereza, indicando el comienzo de la andadura. Los demás lo repitieron al unísono, bajo su perplejidad.

El fuerte grito la impresionó y, a pesar de no saber qué significaba, parecía haber esfumado los fantasmas que la asaltaban sin cesar. La voz de Kelly reverberaba poderosa en su mente, llenándola de entusiasmo. Sin poder contenerse, su curiosidad le ganó la partida y se sentó junto al sacerdote con gran admiración.

—Padre...

—Dime, hija.

—¿Qué significa lo que han gritado?

—Oh, es una expresión antigua para indicar la marcha. Significa, literalmente, que tu chimenea esté siempre encendida y eche humo, deseando prosperidad y buen camino a todos.

—Oh, ¡qué interesante! Los escoceses sois muy rudos, pero vais juntos. Me recuerdan un poco a mis paisanos.

—Ah, ¿sí?

Hellen asintió e hinchó el pecho, orgullosa. A su cabeza acudían escenas de hombres unidos por una misma causa, luchando contra cualquier desafío. Sus congéneres eran también gente de sangre caliente, brava y valiente.

—Tienen un espíritu solidario y creen en la comunidad para lograr cualquier empresa. Son

tenaces y muy exaltados.

—Estoy de acuerdo, entonces. Nada más hay que ver cómo actuaste ante el peligro en el convento. Te creciste ante la adversidad y actuaste con justicia y decisión. No dudaste en ayudar a Jane y Claire en cuanto tuviste la ocasión.

Hellen se sintió abrumada ante tantos halagos y notó su piel subir de temperatura en un instante.

—Bueno, cualquiera hubiese hecho lo mismo, padre.

—Sabes que no, desafiar a esa inmundicia de Frederica era peligroso, aun así, decidiste ayudarlas. Eres valiente y lograrás con mi ayuda llegar a tu país, te lo prometo.

Hellen comenzó a silbar, recordando la melodía que este había entonado tantas veces en el camino. El cura, divertido, la acompañó, decidido.

A medida que avanzaban, el capitán Kelly giró un poco su caballo para clavar sus ojos en Hellen. Por su expresión sobrecogida parecía que estuviera oyendo un gallo ronco y eso la extrañó mucho. No lo hacía tan mal. Arrugó la nariz disgustada ante su mal gesto y decidió silbar más fuerte, a lo que este se puso rígido como una bandera en su montura. Apartó la vista horrorizada de ella y ya no se giró a lo largo del camino. El padre Elliot reía a su lado, sin darle ninguna explicación, y parecía disfrutar de su canto que la animaba a seguir sin pausa.

Al cruzar los majestuosos muros, Hellen se encontraba tan exhausta por el esfuerzo de silbar tan fuerte que parecía haber hecho el camino a pie.

Dentro de esas murallas la sensación de opresión resultó estar de nuevo vigente. Durante el trayecto había disfrutado de la libertad de un paisaje salvaje y vivo, por lo que estar encerrada, le recordó un poco al claustro que tanto tiempo había sumido sus impetuosas emociones. Igual que si de un caracol se tratara, la coraza con la que solía protegerse pareció envolverla de nuevo.

—¿Se encuentra mal, señorita Smith?

Hellen dio un respingo en su asiento. Había olvidado qué ocurría a su alrededor. Con disgusto, enfrentó al inoportuno y dorado caballero enfundado en su traje típico escocés que dejaba al aire sus impresionantes y trabajadas piernas. ¿Impresionantes? Se arrancaría los ojos si volvía a fijarse en ellas de esa manera.

—¿Acaso le parezco estar con un pie dentro de la tumba, señor Kelly? —preguntó con un marcado acento americano. Alterada, no se molestó en disimularlo.

Él le dedicó una expresión horrorizada, la misma que le vio cuando la oyó silbar la primera vez en la carreta. ¿Sería posible sentirse tan humillada?

—No se altere, señorita, es usted una orquídea en un campo de brezo. Le puedo asegurar que tiene un aspecto muy saludable, es solo que la vi un poco retraída y encima me habla con ese marcado acento extranjero... Pensaba que era inglesa.

—Lo... soy. Bueno, es imposible disimularlo con usted, le confieso que soy americana.

¿Por qué le había desvelado aquello? Ese hombre la abrumaba tanto con su constante vigilancia que apenas era consciente de lo que decía, pero le resultaba tan difícil disimular su acento con él... No le suponía ningún peligro que lo supiera, con inventarse una buena historia lo tenía todo atado de nuevo. Además, qué daño podía hacer confesarle que era americana.

—Ah, claro que sí. —Kelly parecía seguirle la corriente, aunque por su expresión juraría que se hallaba muy nervioso y no paraba de buscar a alguien—. Oh, bien, ¡ahí viene el padre Elliot!

Al oír su nombre, este los observó alarmado y, con rapidez, abandonó a los sirvientes que se afanaban en darles la bienvenida. Hellen, furiosa ante ese grito inesperado que la hizo saltar del asiento, lo fulminó con la mirada. De pronto, tenía ganas de ahorcar con sus propias manos a ese guerrero tan maleducado. Respiró hondo y fija en él soltó lo primero que le vino a la cabeza:

—*¡Ningependa radi ikupige!*⁴

Al llegar el sacerdote, la cara del guerrero era todo un poema. Había palidecido y manifestaba algo parecido al... ¿miedo? Se persignó muy alterado y sin agregar nada más, azuzó su caballo alejándose de allí.

—¿Qué le has dicho, muchacha? Parecía haber visto un fantasma. —Le preguntó y le ofreció el brazo para ayudarla a bajar.

—Que soy norteamericana, notó mi acento, padre, no tenía excusa.

Elliot soltó una carcajada ante la perplejidad de Hellen.

—¡Por todos los santos, niña! —dijo entre risas y luego prosiguió en voz baja—. Según me dijo Jane, ese hombre es muy supersticioso... Cree que los extranjeros traen mala suerte y que las mujeres con acento diferente son brujas.

Hellen sonrió con ligereza, pero sus ojos brillaban de curiosidad.

—¿Brujas, padre? ¿Él piensa que soy una bruja?

El sacerdote afirmó con gravedad mientras la conducía paso a paso hacia el grupo.

—Sí, muchacha. Aquí, en estas tierras, los paganismos tienen un poder muy fuerte sobre la gente.

—La próxima vez que me pregunte si me encuentro bien, creo que le diré que me comí un sapo tan feo como él.

El cura rio, mas esta vez no pudo disimularlo. Todos los observaban extrañados.

—Eso lo dejará sin palabras.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—Bueno, si ya cree que soy una bruja, ¿Por qué no divertirme un poco con ello?

El sacerdote negó con la cabeza, aun sonriendo.

—Ten cuidado de no asustarlo mucho, creo que podría ser peligroso.

—Prometo usar mis poderes para el bien... —Sus ojos reflejaron afecto, además de cierta preocupación—. Lo sé, padre. Tendré cuidado en no pasarme. ¿Sabe? A veces, un poco de humor es justo lo que necesitamos para sobrevivir en este mundo tan difícil.

Con una última sonrisa cómplice, ambos llegaron junto al grupo. Hellen buscó al guerrero, quien no se veía por ningún lado. Seguro que había huido despavorido. Sonrió para sí al recordar la frase que le había soltado. Si supiera lo que significaba... Era lo que su mucama solía gritarles a sus gatos en la hacienda cuando la arañaban. Le encantaba imitarla y dejó de repetirlo, al confesarle lo que quería decir. No sabía por qué, y tras tantos años de ausencia la había recordado sin quererlo...

Del brazo del cura saludó a los sirvientes. Se esforzaría en controlar su acento para que nadie más pensara que era una bruja, o acabaría arrestada en menos de una semana. Pese a que olvidaba simularlo en los momentos tensos... Kelly la alteraba bastante, eso era indudable. Sin embargo, había encontrado la forma de deshacerse de él y la usaría sin remordimiento.

Recogió su bolsa de viaje de la carreta antes de que la condujeran a las cuadras y siguió a Jane, que a menudo le devolvía una mirada cargada de gran emoción.

La sensación de ahogo había desaparecido para transformarse en una seguridad inesperada. Parecía que esos poderes mágicos que se había adjudicado le habían hecho sentir más segura. Saber que ese hombre la temía era gracioso y ella tenía muchas ganas de reírse del mundo.

Por fin era libre y lograría regresar a su hogar lejos de esa tierra inhóspita que no conocía.

Cruzaron el gran patio de armas y dejaron atrás la fortaleza para seguir avanzando hacia la zona habilitada para los soldados. Bajó la vista al cruzarse con algunos guerreros que en plena calle se despojaban de sus armaduras, dejando sus torsos al aire. Hacía un frío insoportable en esa tierra, ¿cómo podían andar tan desabrigados?

Los oyó reír llenos de dicha por alguna broma común, y por un segundo recordó a los marineros de su padre. Estos cantaban y reían de igual modo, pero no por ese apacible aspecto podía fiarse de ellos. Eran fieros y despiadados, además de unos verdaderos salvajes si se lo proponían. Allí estaban en territorio militar, un lugar que una mujer no debía de pisar.

Aunque no sabía por qué, tras pensarlo, llegó a una conclusión, el más peligroso de todos esos guerreros era ese Kelly de sonrisa encantadora. Debía andarse con cuidado con él y sacar la varita en cuanto se le acercara. Lo tenía muy claro.

XI



Tras ser testigo de esa locura transitoria en la muchacha, se alejó con prisa de allí. No es que fuera un cobarde, pero verla en esa situación lo llenaba de inquietud y a la vez tristeza. Sentía pena por ella, no podía evitarlo. ¡Se creía americana! Hellen se hallaba tan desorientada que había perdido el norte en su vida.

A paso ligero, negaba con la cabeza, asimilando todo aquello, cuando lo detuvo una de sus flores favoritas en ese castillo. La apesó entre sus brazos disfrutando de la seguridad que obtenía en una mujer que no andaba con la cabeza en otro mundo que no fuera el que pisaban sus pies. Sin poder aguantar su deseo, la apoyó contra la pared del barracón con una mano a cada lado de su cabeza y la aprisionó.

—Me ha extrañado mucho por lo que veo, mi señor —musitó la muchacha bastante sorprendida al empujar su cuerpo de forma tan obscena contra el de ella—. Mi jardín se ha secado y necesita de sus manos expertas para un buen cultivo y remojo.

—Vaya, eso tendremos que arreglarlo pronto. Este incansable jardinero siempre está preparado para regar sus flores más hermosas. La colmaré de cuidados... —De repente, tras él, oyó la risa del cura cada vez más cerca—. Mierda, olvidé que tengo que ocuparme de... Lamento tener que postergarlo. Te compensaré, te lo prometo. Hasta la noche, Rosaleen.

Tras un pícaro guiño y un suave beso en los labios, retrocedió y le dio la espalda, dejando a la muchacha con la boca abierta y una frustración horrible. No solía ser tan desconsiderado, sin embargo, la urgencia de no ser visto en esa situación por... ¿Hellen? No, simplemente, su mente se hallaba tan trastornada por haber presenciado su absurdo desvarío. Sin esperarlo, le preocupaba... ¿Qué le preocupaba en realidad? ¿Su disparate o que pensara que era un sinvergüenza que se abalanzaba sobre cualquier mujer? Seguro que Jane, tan poco introvertida como era, habría hablado de su pasado con Catalina. Estaba seguro y, por ello, ese cura lo acechaba cada vez que se acercaba a la muchacha. Pensarían que ella era un objetivo fácil... y así lo creyó él en un principio, pero tras oír su perorata en ese idioma del demonio y padecer su horrible silbido durante el camino, decidió que era mejor descartar la idea de seducirla. Aun así, admitía en el fondo que le había provocado una ansiedad horrible que lo viera en brazos de otra. ¡Era frustrante! Su cama nada más la calentaban mujeres con la cabeza en su sitio, jamás lo haría con una loca de remate... por muy bonita que fuera. Tuvo un escalofrío de pensarlo y se sacudió espantando las imágenes nada inocentes que lo asaltaban de su cuerpo sin remedio.

Dejó atrás a su rubia y decepcionada flor y se encaminó poco a poco hacia el grupo de nuevo para indicarles dónde se encontraba su habitación. Compartirla era la única solución que vio viable, pues ese castillo y las posadas se hallaban completos esperando la celebración de la célebre fiesta. Lo más lógico hubiera sido que pernoctaran en casa de ese Andrew McPherson, el prometido de su Catalina, si bien, Jane quería darle una sorpresa en la fiesta. Negó con la cabeza ante el tonto capricho... Mujeres. ¿Quién las entendía? Al decir una cosa resultaba que en realidad querían otra, incluso las dos en algunas ocasiones. Volvían del revés lo más simple, era muy estúpido complicarse con tanta sensiblería. Su Catalina, ¿cómo había caído en las garras del amor por ese hombre con el que pensaba casarse? Sonaba tan absurdo, pero así era. Ella fue la mujer que más tiempo calentó su lecho, la que le hizo conocer en cierto modo un cosquilleo extraño en su juventud y del que huyó como un zorro al que pretendían cazar a toda costa. A su más preciada flor le enseñó lo que sabía sobre el placer entre un hombre y una mujer, igual que April hizo con él, y disfrutó como nunca de nuevo. No obstante, no debía vincularse tan pronto a ninguna mujer, ambicionaba ascender a Capitán y no podía cuidar de nadie en tal situación. Si le hubiera pedido matrimonio habría tenido que mandarla a Banchory, luego habría dejado la guerra y acabado trabajando de simple granjero. En definitiva, no pudo permitírselo. Una mañana, sin dar explicaciones y con el corazón dolorido, partió junto a su compañía militar lejos de su más seductora tentación. Únicamente, se permitiría disfrutar de un simple afecto con las mujeres. Así se aseguraba de no hacer daño a nadie.

Mientras avanzaba no dejaba de observar a la chica mientras reía con el sacerdote. ¿Qué le haría tanta gracia? Hasta el momento su lado simpático era exclusivo de sus acompañantes, pues con él solo había mostrado los dientes. Ni siquiera ese pañuelo que cubría su cabeza apagaba su expresión risueña y juraría que traviesa. Su sonrisa era preciosa y esos labios llenos, tan sonrosados... Notó un leve cosquilleo en sus calzones, y no eran, precisamente, mariposas. Otra vez lo asaltaban fantasías lujuriosas mordiendo su cuello, saboreando con su lengua cada rincón de su boca... No dominaba ni entendía esa sensualidad que lo hipnotizaba, ¡cualquier mujer con el cabello largo y esplendoroso era mucho más tentadora!

Entonces, Ian presenció cómo sus pálidas mejillas ardieron al verlo acercarse, como la primera vez que la encontró dormida en la carreta. Sonrió ante ese despliegue vergonzoso, pues no era tan apática como deseaba aparentar. Siguió atento a su expresión esquiva. Él no le era indiferente, de eso estaba seguro. Igual que un pavo real y seguro de su irresistible atractivo, hinchó el pecho. Tan orgulloso estaba de haber conseguido esa reacción, que olvidó que era una desquiciada para disfrutar de su bochorno. Le fascinaban sus espesas e infinitas pestañas que enmarcaban unos pozos profundos donde sumergirse eternamente... ¿Eternamente? Sin percatarse, había detenido su paso en mitad del trayecto y no salía de su asombro ante tan inadmisible pensamiento.

El chasquido de unos dedos delante de su rostro le hizo despertar del extraño baturrillo de reflexiones. Parpadeó, curioso, y se encontró con el hastío de Jane.

—¿Hola? ¿Eres el Ian Kelly que yo conozco? —preguntó esta con los ojos entrecerrados.

—Creo que esa pregunta se responde sola, a no ser que quieras conocerme de otra forma...

—Oh, no seas tan presumido, que seas bien parecido no significa que todas suspiramos por ti. Yo tengo quien me hace suspirar y bastante, por cierto.

Ian sonrió ante el comentario. En sus años mozos, hasta Jane andaba cautivada por él durante sus andanzas por el castillo McAllen.

—Me alegro de que sea así, Jane —respondió, sincero.

Él admiraba a las personas que no dudaban de sus sentimientos, como ella que llevaba casi toda su vida atada a Ronald, un buen hombre, al parecer.

—Creo que la bonita novicia te ha impresionado un poco, no disimules.

Ian entrecerró los ojos, dilucidando a dónde quería llegar con esas palabras.

—La verdad es que sí me ha impresionado, me da un poco de... miedo.

Jane abrió mucho los ojos, desconcertada ante el comentario.

—Oh, no debes tenerle miedo a enamorarte. Ya tienes una edad, es normal, tantos años en soledad... deberías darte una oportunidad —respondió con una gran sonrisa, dando palmaditas igual que una niña.

Ian mostró su confusión. ¿Lo había llamado viejo? ¿Enamorarse? ¿Hablaban de lo mismo? La verdad era que cualquiera de ese grupo parecía padecer alguna tara mental.

—Creo que no me has entendido bien, Jane, yo quería decir que...

—Vaya, esas palmaditas solo pueden significar una cosa, y viendo cómo mirabas a esa muchacha... Igual que yo miro a mi preciosa esposa —interrumpió Ronald agarrando con posesión a su mujer de la cintura.

—¿Verdad que sí?

Esa conversación era tan ilógica que parecía estar sufriendo una pesadilla. Además, esos dos estaban convencidos, y explicarles que, en realidad, Hellen le daba miedo sería inútil. Decidió ponerle fin, y girándose sobre sus talones, indicó que lo siguieran.

Avanzaba disgustado. Sí, había mirado a la muchacha, más que a cualquiera y ya era mucho decir; ese aspecto de puritana desquiciada y enfermiza le provocaba escalofríos. ¡Por muy bonita que fuera!

Al llegar a la puerta de su estancia se volvió hacia el grupo y con un gesto de la mano les indicó que aguardaran fuera. Debía comprobar el estado del cuarto, no quería quedar como el capitán más pordiosero de Escocia. Tras un breve repaso, evaluó que ese espacio era suficiente para albergarlos. Abrió la puerta, decidido y contento con su, no extrema, pero aceptable limpieza.

—Pasen a mi palacio, por favor —anunció socarrón con un gesto de exagerada pedantería y aguardó junto al umbral a que ingresaran—. Ahora será también vuestra morada durante esta semana.

Los primeros fueron Jane y Ronald, seguidos por el sacerdote y, por último, con evidente timidez, entró Hellen, quien no levantaba la vista del suelo. Al pasar por su lado, un tenue aroma a jazmines lo inundó por completo e inspiró con deleite. Una florecita blanca tras su oreja llamó su atención y, movido por un deseo irrefrenable, le echó mano. Al rozarla con la yema de sus dedos, ella pareció percibirlo y ladeó un poco el rostro hacia él. Evidenciaba una chispa de sorpresa ante su insolencia, mas no llegó a encararlo. Con torpeza, casi tropezó, pero al final mantuvo el equilibrio. Ian se sentía embelesado por ella una vez más; como si lo envolviera un

halo a su paso.. Tuvo la tentación de arrancarle el feo pañuelo de su cabeza ¿Su corto cabello sería suave?

Un chasquido lo sacó del aturdimiento y se encontró de nuevo con el rostro de una ensoñadora Jane y su marido Ronald. Carraspeó, recuperando la razón.

—Es una habitación muy pequeña —opinó el cura, mesándose la barba con el ceño fruncido y girándose sobre sus talones.

—Sí, padre, demasiado diría yo —contestó Hellen con los mofletes tan rojos como tomates maduros y la mirada fija en el catre pegado a la pared.

—Suficiente, ¿verdad, Ronald? —dijo Jane con una media sonrisa.

—Lo es, mi amor —contestó con un guiño pícaro.

Ian cruzó la estancia esquivando a los presentes y aprovechando para olisquear el aroma que envolvía a la novicia. Enseguida, se tiró boca arriba en el jergón. Con las manos apoyadas bajo su nuca y los pies colgando fuera del lecho, los observó con complacencia y una sonrisa chulesca.

—Este es mi lecho... —expuso con fijeza en Hellen y prosiguió—. Me sobra lo demás. Sois libres de disponer vuestros camastros.

—¿Dormiremos juntos? —preguntó Hellen señalando el espacio, incrédula. Si sus mejillas antes eran tomates, en ese instante, eran una hoguera en llamas.

—Cuanto más juntitos, más calentitos, florecilla.

Elliot, gruñó ante el trato familiar y Hellen carraspeó, incómoda.

—Será mejor que los hombres vayamos por paja y mantas, señor Kelly —señaló Ronald.

—Sí, y sábanas. Colgándolas de las vigas, podríamos separar los lechos y obtener algo más de intimidad... —dijo Hellen con evidente acento extranjero y marcando con las manos un área imaginaria al fondo de la estancia—. Elijo esa esquina, junto a la pared.

Hellen señalaba la esquina bajo la ventana y se dirigía hacia ella con gran seguridad. Qué casualidad que estuviera en el otro extremo de la habitación. En realidad, eso era algo por lo que Ian debía sentirse feliz, pues cuanto más lejos estuviera de sus desvaríos momentáneos, menos probabilidad sufriría de padecerlos. Sin embargo, no pudo evitar desilusionarse.

—Bien, iremos por lo necesario y organizaremos el lugar —secundó el cura, advirtiendo con disgusto que el guerrero no apartaba la vista de Hellen. Al ver que este no asentía, prosiguió alzando todavía más la voz—. Señor Kelly, ¿tiene la bondad de acompañarnos? ¿O preferiría quedarse tumbado en el jergón mientras los demás buscamos a ciegas el granero?

Ian se incorporó con socarronería e iba a salir por la puerta, cuando Hellen abrió los ventanales de madera maciza dejando entrar la luz del sol. Tras el alfeizar, una figura femenina de cabellos dorados y largos refulgía de espaldas. La mujer, sorprendida al verse expuesta, se giró hacia el interior de la estancia y, con una boba sonrisa y un mohín insinuante, saludó al guerrero.

«Mierda, otra de la que no podré gozar más», pensó con fastidio alzando los ojos al cielo. Odiaba comprobar que, tras repetir el lecho con ella, acababa enamorada perdidamente.

Ian clavó los ojos en ella para después hacerlo sobre Hellen, quien reflejaba su desagrado, arrugando la nariz.

La verdad es que Rosaleen era un despliegue de sensualidad difícil de ignorar, pese a ello, le fastidiaba que no le obedeciera y lo hubiese seguido hasta allí. La tensión se hizo densa y podía percibir el peso censorio en la expresión de la novicia.

—¿Podrían aguardarme, por favor? Tengo un asunto que resolver antes.

Sin esperar réplica, salió a su encuentro. Estudió su desparpajo, utilizando una pose lisonjera a la vez que se acercaba, por lo que no esperaba que la agarrara del brazo ni que la arrastrara hasta la otra punta del barracón. Al soltarla con brusquedad, casi se cae al suelo.

—Óyeme bien, Rosaleen. Esta será la última vez que tú y yo crucemos nuestros caminos.

—Pero ¿por qué? Hace un suspiro casi me despachas contra esta pared en plena calle —soltó con ademanes exasperados.

—Te dije que nos veríamos esta noche y me desobedeciste —respondió con dureza.

—¿Y? Creí que te gustaría mi sorpresa, necesito que me riegues, soy tu flor favorita...

—No. Te avisé desde el principio de que no tengo favoritas, y solo yo decido cuándo y dónde riego. Nunca miento y fui claro contigo, flor.

No vio el bofetón venir, pendiente de la figura que los observaba sin perder detalle tras la ventana de su habitación. Ni tampoco se percató de que Rosaleen se largaba corriendo y esquivando los guerreros que intentaban agarrarla en su carrera por el barracón.

Frotó su lastimada mejilla, muy enfadado por cómo se habían presentado los hechos. Al desandar el camino hasta su cuarto, ya nadie aguardaba tras la ventana. Era mejor, pues no le apetecía enfrentarse a ninguna mirada acusadora. Desde fuera llamó a Ronald y a Elliot y estos lo siguieron en silencio y sin hacerle ninguna pregunta. Esa situación quedaría en un clandestino encuentro entre dos conocidos, o eso quería creer. Sin entender por qué, lo martirizaba que Hellen se hubiese hecho un juicio erróneo sobre lo ocurrido. ¿Por qué su opinión parecía importarle más de lo debido?

—¡Maldición! —bramó, haciendo su fastidio transparente, en tanto que hundía el diente entre la paja.

—¿Qué le ocurre, señor Kelly? Espero que no esté disfrutando de matar a esa paja. Por la forma en cómo la atraviesa juraría que es un enemigo acérrimo —aventuró el cura deteniendo su trabajo.

—Creo que alguien no calentará su lecho esta noche, padre —opinó Ronald con indiferencia, aunque le supuso una fulminante mirada por parte de Ian.

—Bueno, hombre, eso no es tan grave. Míreme a mí, llevo toda una vida de celibato. Porque todo hay que decirlo, este cura también fue hombre en su juventud. ¿Sabe? Le puedo recomendar unos ejercicios de meditación para frenar las tentaciones, los aprendí en el seminario nada más empezar mi carrera.

—Padre Graham, se lo agradezco mucho, pero guárdese sus jueguitos para otra ocasión, que ya me arreglaré yo de calentarme pronto.

—Claro, no sé por qué pensé que usted podría reprimirse.

—¿Cree que no puedo reprimir mis instintos?

No sabía si estaba más enfadado o perplejo ante su comentario.

—No se ofenda, señor Kelly, pero estoy al tanto de sus andanzas.

—Vaya, ya sabía yo que si me miraba con la nariz arrugada no era porque estaba estreñado.

—No sea maleducado, guerrero. Todavía podemos largarnos, seguro que hay más aldeanos que puedan cobijarnos y tratarnos con notable respeto.

El tono duro del sacerdote fue como un jarro de agua fría que lo ayudó a meditar las cosas con más calma. Había estado tan frustrado por ese bofetón injusto que no controló su genio.

—Lo siento mucho, padre. Y sí, soy un libertino que le gusta vivir sin ataduras. No por eso debería condenarme, no obligo a ninguna mujer a meterse en mi lecho.

—Hijo, puede hacer lo que quiera mientras no haga daño a nadie, estoy de acuerdo, si bien, ándese con cuidado, pues lo vigilo de cerca y ya sabe a qué me refiero.

Ian contuvo su lengua y gruñó. Le molestaba que le pusieran límites. Ese cura no quería que se acercara a la novicia y, en parte, lo entendía. Nada más deseaba protegerla, sin embargo, ¿no era esa una forma de encarcelar a la muchacha?

—No se preocupe, hombre. Solo me faltaba a mí complicarme la vida con una loca.

Ronald frunció el ceño. Su comentario no le había agradado y se lo demostró cuando casi lo atraviesa con el tridente repleto de paja al echarlo dentro de la carreta. El capitán comenzaba a arrepentirse de haber dado cobijo a esos desquiciados.

Una mano firme lo aferró de súbito del brazo y lo arrastró unos pasos más allá.

—No debe hablar de la locura de la chica delante de nadie, Kelly. Ni Ronald ni Jane saben nada de la enfermedad que padece Hellen —susurró el sacerdote.

—¿Cómo es posible? ¿Lo sé yo y no ellos que son sus amigos?

El cura se frotaba las manos, nervioso. Por alguna razón, desconfiaba de él. Percibía cuándo alguien mentía, olía el miedo a una milla de distancia, y estaba seguro de que ese cura le ocultaba algo.

—Ellos la conocieron poco antes que usted. Yo... me sentí forzado a contárselo tras la anormal situación que vivió con Hellen en el camino.

Escrutó su rostro y captó un leve guiño involuntario en su párpado izquierdo, luego advirtió que se rascaba la oreja con precipitación y, seguidamente, contuvo el aliento. Si se tratara de un prisionero y no de un mentiroso sacerdote, ya lo hubiera atravesado con su espada.

—De acuerdo, mantendré el secreto, pero podría simular un poco su acritud hacia mí. ¿No se supone que los condenados todavía tienen derecho a redimirse?

—Solo cuando ellos lo desean de verdad, y a usted le encanta ser un condenado canalla.

—Libertino, padre. Ser un canalla es otra cosa.

—Que yo sepa significan lo mismo.

Ian chasqueó la lengua, le molestaba que confundieran esos dos atributos tan diferenciados.

—La discrepancia alberga en que el canalla no solo carece de vergüenza, sino que daña a...

las damiselas, en este caso. Yo no me considero eso, soy un libertino que busca el placer sexual, no daño ni manipulo, y nunca engaño a mis flores. Les dejo claras mis reglas desde un principio y son libres.

—¿Sus flores, dice?

—Mis flores, y yo soy el jardinero que las riega.

Ian explotó en carcajadas al ver la mandíbula casi desencajada del cura. Por fin parpadeó y negó con la cabeza, incrédulo ante lo que le había revelado.

—Será mejor que se guarde de regar a cierta señorita, señor Kelly, o rogaré al cielo con mucha voluntad para que le mande una sequía que le dure hasta el fin de sus días.

Ian siguió riendo ante su amenaza y regresaron junto a Ronald, que ya terminaba la labor. De camino a su habitación, no pudo evitar recordar ese momento tan íntimo con Hellen al rozar su oreja, adornada con una flor de jazmín. Le pareció olerla una vez más y un leve pellizco en su estómago lo asaltó. ¿Podría reprimirse y no acercarse a ella? Ese cura lo amenazaba con maldecirlo, sin embargo, él se sentía más tentado aún. ¿Acaso no era lo prohibido lo máspreciado de un juego? Ya olía su aroma de nuevo... y a él le divertía jugar.

XII



—Hellen, ¿me oyes? Iré a buscar una escoba, esto parece una pocilga. Se nota que es la habitación de un hombre. Ni siquiera sus furcias son capaces de sacar la tierra de este suelo tan... asqueroso.

Hellen todavía se encontraba un poco ausente tras la partida de los hombres. La imagen del cabello dorado de esa mujer la hizo sentir tan pequeña. Mientras estuvo en el convento solo se preocupó de su pelo los primeros días, puesto que notaba que la habían despojado de una parte de ella. Luego, únicamente, lo aceptó, pues no tenía más remedio. Sin embargo, tras salir de allí, se sentía muy vulnerable e insegura al verse expuesta al mundo otra vez. Tras ver el poder que ejercía una buena cabellera en una dama... ¿Dama? No, por muy bonita y esplendorosa que pareciera, esa no era una dama, sino una de las amantes de ese canalla.

Vaya bofetón le había soltado a plena luz del día delante de sus hombres. Tenía valor la muchacha, debía reconocerlo, y seguro que lo tenía bien merecido. No era que simpatizase con ella, pues nada justificaba esa insinuación descarada buscando a Kelly, pero tampoco le gustó el comportamiento que observó en él. Actuó como un verdadero bárbaro arrastrándola hasta el otro extremo de la calle. ¿Cómo podía haber sido tan bruto? Tampoco le agradó esa pose prepotente que demostró. Le recordó a Kendrick, cuando este le imponía sus decisiones y se regodeaba con su sufrimiento. Era un canalla, de eso estaba segura. Se fue llorando de allí, y, fuera lo que fuese lo que había hecho, la había dañado.

—¿Y por qué tendrían que hacerlo?

—Bueno, ellas vienen por aquí...

—No, Jane, ninguna es su esposa, y no me digas que el hecho de retozar con él es suficiente motivo para limpiar esta estancia, sería muy injusto.

Jane se hallaba desconcertada ante su arrebató, pese a ello, no calló.

—Perdona, Hellen, tienes razón. Le corresponde a ese guerrero hacerlo, y a nadie más.

—Él no duerme ni come en el suelo, ¿para qué preocuparse? Los hombres son tan egoístas que emprenden estas labores si no les queda más remedio. Lo dan todo por hecho.

—Bueno, yo llevo toda mi vida barriendo mi casa, y Ronald, alguna vez me ha ayudado, a pesar de venir cansado de arar los campos.

—Eso dice mucho de él.

—Sí, Hellen, es un buen hombre y lo amo tanto...

—Lleváis mucho tiempo casados, ¿verdad? —Jane asintió sonriente, mas advirtió una fugaz chispa de tristeza en sus ojos—. ¿Te preocupa algo, Jane? Nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero puedes confiar en mí.

Al decir eso, se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo tenía la desfachatez de mostrarse como alguien de confianza cuando ella la engañaba sin miramiento?

—No me quedo embarazada, Hellen. Llevamos muchos años casados, y me siento vacía. ¿Y si fuera infértil? Me da miedo que me repudie por no poder cumplir como esposa. ¿Y si busca a otra que pueda darle hijos sanos y fuertes? Tengo miedo, niña. —Hizo una pausa, la emoción parecía estrangularla y Hellen la agarró fuerte de las manos. Luego, con una fijeza enternecedora, continuó—. Antes hablaba de esto con mi amiga Catalina, ella me aportaba su fuerza para confiar más en mí, la echo tanto de menos. Por eso necesito verla, hablar con ella, necesito de su seguridad para no caer en la tristeza una vez más.

Se sentía tan culpable por no poder contarle la verdad de su origen ni sus planes futuros a esa bondadosa mujer... Haciendo tripas corazón, corrió un tupido velo sobre ello y decidió apoyarla, fuera engañando o no.

—Yo te apoyaré, Jane. Debes tener fe, eso es algo que en la vida perderé y ¿recuerdas esa oportunidad de la que hablamos en el convento? Pronto llegará la tuya, estoy segura. Además, si me cuentas que Ronald te ama de verdad, en ningún caso te abandonará por otra. ¿Qué haría sin tus risas? He visto cómo te mira. Eres muy especial para él.

—¿Tú crees? —preguntó, a pesar de que era evidente la respuesta y por eso siguió contestándose—. Sí, me quiere, y más después de usar los trucos de mi amiga Catalina.

La soltó para taparse la boca con las dos manos, muy avergonzada.

—¿Quizá esos trucos son un secreto de estado, Jane? Ya te dije que podías confiar en mí.

—Oh, es que esos trucos... Bueno, tú eres joven e inexperta, niña, pero creo que hablar de ello es algo que deberíamos hacer todas las mujeres. Son consejos sobre cómo hacer que un hombre disfrute mientras... ya sabes.

—Oh, vaya, no esperaba que te refirieras a ese tipo de trucos... No sé ni cómo imaginármelos.

—¿Tu madre nunca habló contigo de esto? —Hellen tragó despacio y negó con la cabeza, conteniendo la emoción que le producía pensar que jamás podría vivir ese instante con ella—. ¿Quieres que lo haga?

—Creo... que no, querida Jane. No estoy preparada para ello.

—Bueno, lo entiendo. —Sopesó cómo seguir y con tono serio prosiguió—. Desde mi experiencia matrimonial, voy a contarte algo, si un hombre y una mujer se quieren de verdad, ese momento íntimo puede llegar a ser el más increíble y placentero que hayan vivido. Catalina me enseñó que no solo el hombre disfruta de ello, la mujer también puede y mucho. He pasado años empeñada en conformarme y, al contrario, existe mucho más tras el acto matrimonial. Mi consejo es que no te conformes con dar, debes recibir y exigir.

Hellen no sabía qué pensar sobre aquello, pero aprovechó para desvelar algunas dudas que le rondaban por la cabeza.

—Gracias, Jane, lo tendré en cuenta. Decías que el señor Kelly era muy amigo de Catalina...

Hellen no la dejó terminar de hablar, y la sorprendió cogiéndole el rostro entre sus manos, mirándola con mucha fijeza.

—No debes acercarte a Ian. Aunque no es mala persona, es un mujeriego y un... canalla. Te hará daño... ya lo he sorprendido mirándote, e incluso he bromeado con él sobre ello, pues parece fascinado contigo, sin embargo, debes evitarlo a toda costa.

—¿Cómo me mira? Yo no he visto... Eso no es posible —señaló aún más confundida, quitándose de encima las manos de Jane, que empezaba a agobiarla.

—Lo es, Hellen. No le importa engañar a una mujer para conseguir... ya sabes. Según Catalina es el mejor amante que ha tenido, fue quien la enseñó a... ya sabes, pero no guarda reparos en abandonarte en cuanto se cansa de ti.

Hellen no sabía en qué consistía ese continuo «ya sabes». Cada vez le intrigaba más, aunque se había negado a conocerlo. Si bien, prestó atención a que cambiaba de una mujer a otra sin el menor escrúpulo, algo que había presenciado hacía un rato con la rubia descarada. Era un canalla y se negaba a creer lo que acababa de revelarles Jane, de ninguna manera, habría puesto los ojos en ella...

La verdad era que, cuando rozó su oreja al entrar en la habitación, no lo esperaba ni entendía por qué lo hizo. Pese a disimular su sorpresa, su incómodo sonrojo era inevitable y no pudo reprimirlo. Pero pensar que ella lo fascinaba, era improbable. ¡Le gustaban todas!

Comprendió con eso que Jane estaba siendo demasiado protectora.

—Tendré cuidado, no te preocupes —dijo confiada, pese a que salió de la estancia un poco abrumada. Ya desde fuera, más tranquila, le avisó—. Voy por esa escoba, Jane, espera tú aquí, vuelvo enseguida.

La luz del sol llenó su rostro de calidez, algo que alivió la angustia acumulada. Se negaba a preocuparse por algo tan imposible. Ella, con ese aspecto, era lo más semejante a un bicho raro y por mucho que le gustaran las mujeres a ese hombre, de ninguna manera se fijaría en ella de ese modo. Además, en caso contrario, con sacar a relucir su acento norteamericano y decirle cuatro cosas ilógicas se aseguraría de tenerlo lejos. Para él era una bruja y ella lo explotaría al máximo si hiciera falta.

Caminó un rato buscando una escoba, pero llegó a cruzar todo el barracón y no encontró ninguna. Tampoco se detenía a preguntarles a esos guerreros que iba cruzándose, no creía que barrieran demasiado por lo que veía. El pañuelo oscuro alrededor de su cabeza le daba un aspecto diferente y atraía sus miradas, algo que la hizo sentir muy incómoda. Hasta había visto a alguno con deseo de acercarse a ella. Hellen había apretado el paso y huido como un conejo. No quería dar explicaciones a nadie, y más a unos guerreros que no sabía ni qué doctrina abrazaban. El hecho de descubrir que era católica ya era un motivo digno para condenarla, y si encima la oían hablar con su acento podría provocar alguna revuelta. Llegó hasta las cuadras, donde encontró al mozo afanado en su tarea. Con un leve carraspeo llamó su atención.

—Buenos días, señora. ¿Qué se le ofrece? —saludó un hombre pecoso de unos cuarenta años

y con una sonrisa tan desdentada que la impactó.

—Oh, perdone, no quería interrumpir su trabajo. Me llamo Hellen, me hospedo en los barracones unos días y necesito una escoba. ¿Usted sabe dónde puedo encontrar una?

—Encantado de conocerla, señorita, yo soy Acair, el mozo de cuadras —contestó con una inclinación de cabeza y sin perder la sonrisa—. Claro, le prestaré una. Iré a buscarla, debería estar por aquí.

El hombre le dio la espalda y se adentró en la caballeriza. Hellen lo siguió. Conforme avanzaba observaba los cuartos traseros de los imponentes ejemplares que iba dejando atrás. Le gustaban mucho los caballos, sabía montarlos, si bien después de lo que le ocurrió con ese desalmado libertino en Londres, les había cogido un poco de miedo.

De pronto, el relincho insistente de uno de ellos llamó su atención. Dejó de seguir al chico y se paró junto al animal que no paraba de moverse inquieto en su habitáculo. Algo le ocurría, y sintió curiosidad.

—Hola, bonito, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás tan nervioso?

El enorme caballo seguía cabeceando con energía y pateaba algo frente a él. Retrocedía y relinchaba con inquietud. Hellen decidió asomar la cabeza por encima de la valla y averiguar qué le provocaba tal desasosiego, pero allá entre la paja no encontraba nada inusual. Lo mismo debía avisar al mozo para que le echara un vistazo, mas su impetuosidad no tenía límites cuando notaba la urgencia en cualquier situación y se decidió a actuar. Sin esperarlo, al abrir el cerrojo, el caballo se precipitó hacia atrás, tirándola de espaldas sobre el suelo. Gritó y cerró los ojos aterrada al saberse pisoteada por este sin remedio. Sería su fin. De súbito, un silbido potente resonó en la estancia seguido de un golpe metálico contra el suelo. No se atrevía a abrir los ojos, sin embargo, respiró al percatarse de que las fuertes pisadas del caballo eran reducidas a leves y contenidos pisotones justo a un palmo de ella.

—Tranquila, Oidhche.

—¡Señora! ¿Qué ha ocurrido? ¿Se encuentra bien? —preguntó el mozo temeroso, agachado a su lado.

¿Le había parecido oír al señor Kelly? Hellen al fin se atrevió a mirarlo.

Comprobó con admiración que, efectivamente, Kelly sostenía al animal del bocado y le dedicaba una mirada furibunda. Su rápida actuación había evitado que este se le echara encima. Luego, el mozo pretendió levantarla del suelo agarrándola de los costados, lo que la hizo reaccionar con brusquedad.

—¡No! —bramó, muy alterada, apartando las manos del chico con aspereza. Este se incorporó asustado, temiendo haberla dañado—. Me levantaré sola, gracias.

De este modo, la tela que cubría su cabeza cayó sobre sus hombros dejando a la vista su cabello corto y alocado por debajo de las orejas. No le dio tanta importancia al dolor de su trasero como a evitar su vergüenza. Con prisa, se cubrió de nuevo la cabeza, asegurando el pañuelo con un fuerte nudo bajo la barbilla.

Acair corrió a encerrar al animal tras salir Kelly del habitáculo y señalando algo en el suelo.

—Había una serpiente, por eso se asustó. —Ladeó el rostro hacia ella y continuó—. Ha sido

una inconsciente al abrir la valla, señorita Smith. Oidhche no es una yegua dócil y podría haberla matado.

Hellen bajó la vista al suelo, muy avergonzada, sabía que tenía razón y que había actuado sin pensar en las consecuencias. Frente a ella y, con un dedo en su mentón, Kelly le levantó el rostro. Los ojos de Hellen buscaron los suyos, interrogadores, y encontraron en ellos una perplejidad asombrosa. Por un momento, pensó que su expresión embobada era una ilusión, pues pronto le demostró su dureza.

—Señorita Smith, no vuelva a acercarse a mi caballo, ¿me ha oído?

Con el dedo pulgar le sostenía el rostro levantado hacia él, luego ascendió con descaro por su mejilla. Una oleada cálida la recorría de pies a cabeza, no podía apartar la mirada de la suya y, como atrapada en un hechizo, se sintió atraída por su boca seductora. ¿Cómo podía tener unos labios tan perfectos? El reflejo de su dorada barba crecida, en vez de darle un aspecto descuidado, acrecentaba su belleza masculina. No debía haber leído tanto sobre arte griego, pues su cerebro, cautivado por tanta bobería, lo comparaba con una magnífica deidad. Se hallaba sumergida en una vorágine de emociones, donde era contemplada por un bárbaro Zeus. No podía de escapar de ese absurdo ensueño que la empujaba a saborear esos labios tan perfectamente cincelados, como si el mejor escultor del mundo los hubiera usado como modelo. Su mente vagaba en esa fantasía, incapaz de resistir el magnetismo de su atractivo.

De repente, el carraspeo de Acair los sorprendió, sacándolos de sus lujuriosos pensamientos.

Ian la soltó con brusquedad y Hellen retrocedió unos pasos, con el corazón latiendo con fuerza. Decidida a poner distancia entre ellos, aun sintiéndose muy abrumada, retrocedió y desvió su vista a su alrededor, buscando... ¿Qué había ido a buscar allí?

Entonces, descubrió su objetivo en las manos del mozo y, sin pararse a pensar en lo que hacía, se apresuró a llegar hasta él. De un firme tirón, le arrebató la escoba y, con un simple gracias casi inaudible, salió de allí lo más rápido que le permitieron los pies. Necesitaba escapar, necesitaba alejarse de esa sensación confusa que la había invadido al sentir el contacto con ese hombre. Era la segunda vez que apreciaba su roce y perdía el control. No estaba lista para enfrentarse a esos sentimientos.

Con pánico, en tanto hacía el camino de regreso, oyó de nuevo su voz detrás de ella y aligeró el paso.

—¡Señorita, deténgase!

—Déjeme tranquila, por favor —rogó vapuleando la escoba a modo de defensa ignorando a dónde la dirigía.

Necesitaba calma, no soportar a un hombre que la comprometía cada vez que tenía ocasión. Oía sus pasos tras ella, la seguía a poca distancia.

—Señorita Smith, se equivoca de camino, los barracones...

¿Sería posible cometer esa estúpida torpeza? Se detuvo de golpe y se giró para enfrentarlo. Sin embargo, el guerrero no esperaba su reacción, y no pudo frenar a tiempo, chocando irremediabilmente contra ella. Solo tuvo tiempo de tomar una gran bocanada de aire antes de verse girando, envuelta en un abrazo firme que la hizo perder el equilibrio. Sin remedio, cayó encima de su duro pecho, evitando así un doloroso aterrizaje en el suelo. Alarmada al verlo con

los ojos cerrados y una expresión contraída en su rostro, trató de apartarse con rapidez, pero él la sostuvo inmóvil entre sus brazos. Hellen apoyaba la barbilla sobre su clavícula y sus alientos se mezclaban entre jadeos.

—¿Se encuentra bien, Hellen?

Ella afirmó, confundida, ignorando su trato tan familiar.

—Creo que debería preguntarle lo mismo, señor Kelly.

—Mientras tenga entre mis brazos a una bella mujer estaré bien —contestó con una divertida sonrisa y sus ojos turquesa mirándola con profundidad.

—Oh, es usted un caradura. Suélteme, por favor —dijo con evidente acento americano.

La expresión divertida de Kelly se transformó en una tan desconfiada que apenas pudo contener una carcajada. ¿Verdaderamente ese hombre pensaba que ella era una bruja? Poseída por el espíritu travieso de saberse temida, actuó en consecuencia, ocultando lo divertida que le parecía la situación.

—No voy a rogarle otra vez, señor Kelly. O me suelta o le arranco la nariz de un bocado —amenazó con los ojos entrecerrados, marcando su acento con exageración.

Kelly pareció ver a un fantasma y, con prisa, la empujó para quitársela de encima. Perpleja, disfrutó cómo se alejaba de ella como si fuera una apestada.

—No se altere, mi nariz no será parte de su cena, ni mi alma tampoco. ¡No me maldiga, por favor!

Hellen, a medida que se ponía en pie, procuraba ocultar la sonrisa que luchaba por escapar de sus labios. ¿Temía que se cenara su alma, había dicho? Decidió llevar la broma un paso más allá. Comenzó a murmurar palabras sin sentido, igual que si estuviera lanzando un hechizo.

—Umm su alma... no me tienta, señor Kelly. No me tienta. —Kelly, con los ojos abiertos como platos, retrocedió con las manos alzadas en señal de rendición.

Entonces, Hellen ya no pudo contener más la risa y se compadeció de él.

—Tranquilo, no tengo intención de maldecir a nadie. Pero si sigue comportándose como un sinvergüenza, quizás deba reconsiderarlo.

Kelly, aún pálido, trató de recomponerse.

—Bueno, eh... tal vez podamos empezar de nuevo. Sin maldiciones ni amenazas de arrancar narices.

¿Debía seguir haciéndole pensar que era una bruja? Definitivamente no, por mucho que le sirviera de escudo, era un arma de doble filo y ya contaba con la inquina protestante de ser rechazada por ser católica en esa tierra, como para sumarse esa mala fama y ser sentenciada en cualquier momento.

—Me parece justo —respondió y extendió la mano—. No soy una bruja, no tema. Solo soy una mujer con un sentido del humor peculiar.

Kelly, que sopesó unos instantes si estrecharle la mano, cedió al final.

—Lo de si es una bruja o no, es algo que debo evaluar yo después de todas esas palabras sin sentido que ha dicho —dijo desconfiado, pero sin soltarle la mano. Hellen rio, nerviosa. Intentó

desprenderse de su agarre, pero este siguió manteniéndolo con firmeza. Sus ojos azules parecieron brillar unos segundos, curiosos, y una sonrisa tierna acudió de nuevo a sus labios—. Hellen, si me deleita con esa dulce risa, me dejaré maldecir las veces que quiera, sea o no una bruja.

El calor acudió a sus mejillas semejante a una antorcha.

—Oh, no tiene remedio, es un lisonjero y nunca podría confiar en usted —contestó, librándose de su mano de un tirón y volviéndose para buscar la escoba que había soltado. Con todo, se detuvo al oír su pregunta.

—¿Por qué tiene ese acento? Y no me diga que es porque está loca, ya no me creo nada de lo que dice ese cura.

Ella se volteó hacia él muy confundida.

—¿Elliot le dijo que estaba loca? —Ian asintió con los ojos entrecerrados, evaluando su reacción de sorpresa y creciente indignación. Con las mejillas de nuevo encendidas, le dio la espalda, muy ofuscada—. Mi acento no es de su incumbencia, señor Kelly.

A pesar de que le daba la espalda, sabía que la vigilaba. Percibía atravesarla con sus pupilas penetrantes, volviéndola temblorosa. Sin dudarlo, ese hombre era muy peligroso, en cuanto le había confesado que no era una bruja había resurgido su lado más conquistador. Al fin vio la escoba tirada unos pasos más allá. Se agachó para cogerla, pero no pudo, pues Kelly se le adelantó. Otra vez a su lado, tan cerca que podía sentir el calor que desprendía, notó sobre su hombro su aliento cálido y embriagador.

—Tenga —dijo ofreciéndole la escoba. Ella la aferró tan fuerte que sus nudillos se volvieron blanquecinos—. Solo deseo conocerla, mi hermosa flor.

Sin pensarlo, lo apuntó con el palo de la escoba entre sus costillas.

—¿Cómo se atreve a hablarme con tanta confianza? No soy otra de sus conquistas. Pero no sé de qué me asombro. Vi cómo despachó a esa mujer, ¿no tiene escrúpulos? Si pretende acercarse a mí de esa misma forma está perdiendo el tiempo, señor Kelly. No dudaré en defenderme, créame, no sería el primero con esas artes que consigo frenar.

Su réplica pareció disuadirlo de su empeño, se apartó, confuso, y se limitó a guardar silencio. Hellen aprovechó para respirar profundamente y, con premura, salió hacia los barracones. No miró atrás ni se arrepintió de haberle dicho lo que pensaba. Era un canalla al que debía parar los pies. Aliviada, pensó haberse librado de su acoso por fin y levantó el mentón bien alto ante su vanagloria. ¿Qué se había creído el muy cretino? Ella no sería el entretenimiento de ningún hombre engreído y sin conciencia. No le hacía falta hacerse pasar por una bruja para ponerlo en su lugar... Un lugar que debía ser bien lejos de ella.

XIII



¿Escrúpulos? ¿Pensaba que podía darle clases de moral? Ni que esa loca fuera su madre, la única a la que permitía decirle cuanto deseaba, aunque no llevara razón. Y claro, tenía lógica en algo, la veía igual que una conquista imposible y moría por derribar sus defensas. Él tampoco le era indiferente, lo notaba en el sonrojo de sus mejillas y en el temblor de sus labios ansiosos de ser devorados por los suyos.

Ella mostró su fascinación, lo que lo impulsó a ser más osado. Le daba igual que fuera una bruja o una desquiciada, era una florecilla inocente que arrebataría del jardín para deleitarse con su olor... Ese olor a jazmín tan delicioso. La contempló alejarse con su caminar rápido y bastante brusco, pero que exponía el vaivén insolente en su esbelta figura femenina y hermosa. Se le había vuelto a bajar el pañuelo, y era tal su enfado que ni siquiera se había percatado. El cabello negro semejante a las alas de un cuervo se balanceaba en ondas suaves sobre su nuca, dejando a la vista un cuello largo de cisne. Nunca le pareció tan deliciosa esa parte en una mujer, ¿sería porque siempre terminaba obnubilado por la exuberancia de un buen busto y unas hermosas caderas?

Jamás había sentido tal motivación por la delicadeza de una oreja ni por la blancura de una hermosa tez. La curva suave de su garganta con ese descarado lunar... Era una bonita peca oscura la que reinaba en el hundimiento de su clavícula; otra, en el lóbulo de su oreja, lo volvía loco y lo atraía como una polilla a la luz. Le fascinaba la perversión de esa perfección tan manifiesta, y deseaba descubrir cada rincón de su cuerpo buscando más de ellas. Moría por besarla, por lamerla y disfrutarla... ¡Señor! ¿Ella lo acusaba de seducirla cuando su cuerpo era la más pura esencia de la tentación? Su inocencia eclipsaba su mente. ¿Él era un conquistador? No. Hellen lo había hechizado con su sonrojo y esa dulce sonrisa, con unos labios carnosos y la intensidad de su mirada. Cautivo, moría por irrumpir en esa cárcel que prometía el deleite más profundo y embriagador.

A su paso, los hombres detenían sus quehaceres. Primero la observaban extrañados por su inusual aspecto, luego abrían sus bocas tanto que las moscas podrían acampar a sus anchas dentro.

Un lamento salió de su garganta sin apenas percatarse. Era el añoro de alguien insatisfecho, de una avidez brutal por poseerla antes que nadie y de un afán de protegerla de miradas lujuriosas que no fueran las suyas propias. Un hormigueo extraño inundó su estómago mientras

la veía alejarse. Salió tras ella, no podía perderla, temía que se la robaran. Malnacidos...

A los pocos pasos, fue interceptado por el ceño arrugado de su buen amigo Fergus. Ian resopló, indignado por su irrupción.

—¿Qué demonios quieres? Estoy ocupado ahora.

—Ya veo yo. Pareces un lobo tras una presa, amigo —le dijo aferrando su brazo para detenerlo.

—Así es, y se me escapará si no me dejas en paz —respondió con impaciencia, tratando de zafarse sin éxito.

—Es inocente, Ian. No es como las que solemos conocer, puede que debieras...

—¡Qué! ¡Quizá le has echado el ojo hasta tú! —gritó con rabia y gruñendo porque acababa de perderla de vista.

—No, Ian. Es evidente cómo la miras... Nadie se atrevería a quitártela. La has marcado como tuya desde el primer momento en que la conociste, los chicos no paran de hablar de ello. Y debo avisarte que me has sorprendido. Jamás te he visto tan desesperado por nadie.

—¿Yo desesperado? —Lo sacudieron sonoras carcajadas—. Debes haber bebido bastante, Fergus.

—He bebido, amigo, pero sabes que no estoy borracho. Lo que percibo es real y no es producto de la embriaguez. Mira, si pareces a punto de salir corriendo tras sus faldas. —Colocó sus manos en su pecho para detener el paso que había vuelto a retomar—. ¿Acaso el olor de esa hembra te ha absorbido el cerebro? Eres un perro en celo.

—Me gusta. Y admito que posees algo de razón, me tiene más tieso que la hoja de mi espada. Hasta que no la goce no podré descansar.

—Deberías respetarla.

Aquellas palabras fueron un jarro de agua fría sobre él. ¿Respetarla?

—¿Tú también? No me digas que ese cura además ha hablado contigo. ¿Qué te ha dicho para disuadirte? ¿Qué es una loca, una bruja, tal vez? Ese maldito entrometido es un mentiroso sin remedio, ya no creo nada de lo que sale de su boca...

—Acaba de salir de un convento, es una dulce náufraga en un mar repleto de tiburones. ¿Sabes algo de ella? Estoy seguro de que no es ninguna posadera ni campesina. —Ian lo escuchó interesado. Nunca se había planteado aquello, no le importaba mucho. Como había comentado, estaba desesperado por tirarse a su cuello sin preguntarse nada más—. ¿Notaste sus formas refinadas? Creo que deberías venir conmigo a tomar una copa.

Ian se dirigió con él a los barracones y no pudo evitar buscar a la muchacha. La vio barrer la porquería acumulada de semanas. Hasta tuvo que dar un pequeño salto para evitar que el polvo lo alcanzara, algo que esta hizo a propósito, en venganza por lo sucedido hacía un rato.

Sabía barrer, eso no lo hacían las nobles, sin embargo, no era una excusa estimable, pues las monjas se empleaban en esas faenas y sería común que hubiera aprendido a hacerlo.

—Ahora que estamos tranquilos... —Sentado frente a su amigo y, tras darse un largo trago a su copa, sopesó la idea que lo mantenía en vilo—. ¿Crees que es de noble cuna?

Fergus afirmó con la cabeza e Ian gruñó, contrariado. Esa no era una buena noticia. Una mujer noble siempre traía problemas, estuvieran locas o no.

—Te tiene tan nublada la cabeza que ni siquiera te has percatado de ello.

—Hubiera sido mejor no saberlo, eso no hace que tenga menos ganas de hacerla mía.

—Entonces, hazla tuya, pero ándate con pies de plomo, amigo. No deseo verte ensartado por la espada de un inglés ni ahorcado en una cárcel galesa. Yo que tú me quitaba la calentura con esa rubia tan dispuesta. Se llamaba Rosaleen, ¿no?

Negó mesándose el mentón, ignorando el consejo.

—El sacerdote me dijo que tenía familia cerca de los muelles de Glasgow. Es algo difícil de creer. No es inglesa, ni escocesa, casi me lo admite hace un momento, ¿no oíste su acento extranjero? —Fergus ladeó la cabeza, contrariado—. ¿Qué haría una joven extranjera dejando un convento clandestino camino de esos muelles?

—Va a coger un barco.

Ian abrió tanto los ojos que parecían salirse de sus órbitas. Aquella contestación era coherente y le produjo una inquietud inesperada. En una ocasión le confesó que era de origen americano y él creyó que se trataba de un nuevo desvarío.

—Tendré que averiguarlo.

—¿Por qué tanto interés? —Ian resopló, disgustado por la pregunta—. Esto no me gusta, amigo.

Sabía que su respuesta no le agradaría, aun así, se atrevió a preguntarle.

—¿Qué es lo que no te gusta? —preguntó con cierto recelo.

—¿Recuerdas tus reglas de oro? Creo que deberías repasarlas y no saltarte ninguna con esa muchacha. Lo mejor es que la olvides y te conformes con las mozas a las que estamos acostumbrados, corrientes y solícitas.

Hundió los dedos en el cabello dorado con impaciencia y bebió de un trago el resto de su copa. No le apetecía oír sermones de nadie, y moría por ir junto a aquella mujer. Además, debería haber ayudado con los colchones de paja y haberse asegurado de que el de ella no acabara en el rincón más alejado, no obstante, ya sería tarde. Le parecería extraño si no habría delimitado su espacio como había sugerido anteriormente. Se excusó ante Fergus con el pretexto de tener que llevarles mantas a los nuevos invitados mientras este lo escudriñaba tras su copa con una expresión nada tranquilizadora.

Una noble... ¿Podría ser?

Otra vez pasó junto a la puerta de su habitación y se paró a informar a dónde se dirigía. Cuando se asomó adentro ya estaban los montículos de paja cubiertos por las mantas que habían utilizado en la carreta. Hellen le daba la espalda, de rodillas sobre un colchón al que propinaba duros golpes.

—Iré a por más mantas.

—No creo que sea necesario, señor Kelly. Creo que con las nuestras será suficiente —opinó Elliot.

El tono suplicante de Hellen al pedirle una sábana para delimitar su espacio le disparó el corazón sin entender por qué. La comprendía, pues no estaba acostumbrada a compartir la habitación con hombres y debía serle muy violento. Percibía su incomodidad al ser la única que ponía condiciones. Hasta verla en ese estado le provocaba una tensión sin igual. ¿Qué diablos le ocurría?

—¿Alguno más aparte de la señorita Smith desea una sábana?

Ninguno le contestó y se dispuso a salir sin más, aunque de reojo vio que esta se volvía hacia él. Rápidamente, interceptó su mirada.

Los latidos de su corazón volvieron a emprender esa vertiginosa carrera mientras estudiaba su inmaculado rostro. Se creyó atrapado por la profundidad de sus ojos negros, ávidos de curiosidad, e iba a dirigirse a ella, pero un chasquido delante de su nariz lo hizo reaccionar.

—Traígame una a mí también si no es mucha molestia, Kelly. —pidió Ronald con diversión.

¿Ronald se sumaba a los chasquidos como su mujer? Esto ya era demasiado. Debía recuperar el dominio de sí mismo cuando ella lo miraba de esa forma, si no se convertiría en el hazmerreír de todos.

Asintió sin mucho ánimo y salió a la calle, dirección a la fortaleza. No simpatizaba con el hecho de que escapara de su vista, sin embargo, eso le brindaba la forma de descansar sin tener una erección perpetua durante toda la noche.

«No verla me ayudará a olvidar que está a mi lado», se dijo sin mucho convencimiento, entrando a la fortaleza.

Camino de las salas interiores se cruzó con varias criadas que le sonrieron y examinaron con ardor. Les respondió con saludos muy galantes, eran bonitas, no tanto como la frustrada Rosaleen, pero podían valerle para un desahogo.

Pensar en ella y recordar su bofetada lo hizo arrugar la nariz. Tendría que buscarla para mantener una charla con ella, no le debía explicaciones, pero lo hizo quedar igual que un canalla delante de Hellen y eso era algo que lo consumía. Siempre había sido sincero, nunca le prometió nada, si bien admitía que con ella hizo una excepción en contra de sus reglas doradas al meterla en su lecho más de una vez.

—Buenas tardes, señora Murray, la andaba buscando —saludó Ian a la mujer regordeta de cabello canoso y recogido con un moño tirante en su nuca.

Esa mujer era el ama de llaves y sabía que lo ayudaría en todo lo que pidiera. La había encontrado dándole órdenes a unas criadas que se afanaban en secar las vajillas recién lavadas.

—Muy buenas tardes, ¿qué se le ofrece, capitán Kelly? —respondió ella con sorpresa, ignorando las traviesas risitas de las criadas.

—Verá, tendré invitados durmiendo en mi habitación hasta que se celebre la Fiesta de la Estrella. Necesito unas mantas y sábanas, y me preguntaba si usted podría facilitármelas. Le estaría muy agradecido.

—Por supuesto, venga conmigo, capitán —respondió con curiosidad, pero complacida y haciéndole un gesto con la mano para que lo siguiera.

Atrás dejó a las muchachas entre suspiros y anhelos, y salió tras ella sin dedicarles un mínimo

guiño como solía hacer. Sabía lo que provocaba entre el género femenino, no era un necio, mas tenía tantas preguntas por resolver en su cabeza relacionadas con esa monjita, que apenas les prestó atención.

La señora Murray era simpática y siempre estaba resuelta a ofrecerle una buena conversación sobre las costumbres del castillo y sus gentes, por lo que pronto quiso saciar su extrema curiosidad.

—Y dígame, ¿a quién presta usted cobijo estos días, capitán?

—Tengo un matrimonio, una religiosa y un sacerdote.

La anciana se detuvo de golpe y su expresión de incredulidad lo hizo reír.

—Oh, no es posible que albergue a tantos y singulares viajeros, yo podría encontrarles una estancia más cómoda y amplia si gusta.

—No quiero molestar, señora. Sé que el castillo está lleno de peregrinos por las fiestas, y, pese a que le parezca extraño, nos hemos acomodado bien en mi habitación.

—Bueno, no creo que pasen frío al ser tantos en un cuartucho. —Rio con él y siguió andando a través del pasillo estrecho e iluminado por antorchas en las paredes—. Pero no dude en pedirme ayuda si tiene algún apuro, ¿de acuerdo?

—Gracias, señora Murray, es usted muy amable.

—No es menester darlas, la verdad es que la celebración de esa fiesta es algo que levanta el ánimo a cualquiera y todos deseamos disfrutar de ella. —Abrió la puerta de una habitación estrecha y encendió una lámpara de aceite que colgaba en la entrada. Se la entregó a Ian para que la sostuviera. Mientras buscaba entre las ropas, prosiguió con sus preguntas—. ¿Un sacerdote y una monja, dijo? Debe haber sido peligroso viajar hasta aquí sin escolta.

—En realidad esa mujer dejó la Orden. Era novicia, y habrá sido peligroso para ellos cruzar las tierras escocesas entre tanto protestante. Por el contrario, no sufrieron percance, pues tuvieron el sentido común de ocultarlo.

—¿De qué lugar partieron? —La mujer le había entregado ya tres mantas y se afanaba en buscar las sábanas.

—Vienen de tierras McAllen.

—Y con esto creo que será bastante, capitán —dijo la anciana volviéndose hacia él con un bulto de sábanas dobladas entre sus brazos.

Entonces la mirada de la mujer se perdió detrás él y este se giró, extrañado. Allí mismo se encontraba la bella Rosaleen, curioseando. Arrugó la frente un instante, pero se contuvo las ganas de reprocharle ser tan indiscreta delante de la señora Murray.

—Yo... Me dijeron que necesitaba ayuda para llevar unas mantas, señora Murray —titubeó.

El ama de llaves, con los ojos entrecerrados, pareció tragarse lo que tenía en mente y, con un simple asentimiento, aceptó el pretexto y se acercó a la muchacha para entregarle las sábanas. Los dos esperaron fuera en silencio mientras cerraba la puerta.

—Aunque pienso que el señor Kelly es lo suficiente capaz de llevarlo él mismo, me parece bien que le echés una mano... —Inesperadamenteladeó la cabeza hacia la criada—. No quiero

ningún altercado en el castillo. Lo acompañas y te quiero en la cocina a la de ya, serviremos el almuerzo dentro de poco.

La muchacha afirmó con prisa su advertencia.

—Gracias por todo, señora Murray —dijo él a modo de despedida, al ver que ya regresaba por mitad del pasillo. Por lo visto, su último encuentro con Rosaleen ya estaba en boca de todos.

—Siempre es un placer. Si necesita algo más, no dude en buscarme. Por cierto, capitán, dígalas a esos viajeros que les prepararé un cesto de comida. Deben estar hambrientos.

Los dos esperaron a que la señora Murray desapareciera para hablar, lo que los apuró. Fue ella la que comenzó.

—Lo siento, Ian. No debí tratarte así, yo creí...

—Creíste mal.

—Lo sé... y por eso lamento haberme comportado con tanta brusquedad. No debí abofetearte, pues es cierto que nunca me mentiste ni me prometiste otra cosa que no fuera más que una noche de... intimidad bajo las sábanas —dijo mostrando las telas blancas que sujetaba con rigidez entre los brazos—. Pero me mostraste con mucha efusión que deseabas tenerme de nuevo y luego... me abandonaste sin más.

Ian suspiró, sintiéndose culpable en parte.

—Rosaleen, siento haber actuado así, pero deberías haber esperado como te pedí. —Hizo una pausa al ver que fruncía el ceño y prosiguió con gravedad—. No quiero que tengas esperanzas. Lo que tuvimos fue... —buscó las palabras adecuadas—, fue un momento, nada más.

A ella no pareció afectarle aquella declaración, pero con una sonrisa traviesa se acercó un poco, rozando la falda con su kilt. Sus ojos brillaban juguetones.

—¿Un momento? ¿Y qué hay de las otras noches? Para mí fueron algo más que eso.

Ian enmudeció. Era preciosa, con esos ojos azules tan rasgados y unos labios sonrosados hechos para besar. Su cabello sedoso caía en grandes ondas sobre sus hombros. Algunos mechones rozaban su escote generoso y listo para él. Era un manjar exquisito que nadie rechazaría, aun así, por alguna causa que no se explicaba, no despertaba en él la emoción de esas anteriores y apasionadas ocasiones en que se disfrutaron. Incluso, llegó a imaginar a Hellen ante él, apuntándole con el dedo acusador y reprochándole su conducta canalla. Gruñó, disconforme, lo que la desconcertó.

—Fueron solo eso. No busco nada más, ya lo sabías.

Ella levantó una ceja, sin dejar de sonreír.

—Si es así, ¿por qué sigues volviendo? Has venido a buscarme con esta excusa de las mantas...

—No, no he vuelto a buscarte. Quiero que lo tengas claro, no quiero hacerte daño.

Ella, al principio enfurruñada, optó por no darle importancia a sus palabras. Con una soñadora sonrisa que hubiera encandilado a cualquiera, insistió testaruda.

—Te aseguro que no lo harás si es lo que temes, y podríamos disfrutarnos el tiempo que permanezcas en este castillo.

Por consiguiente, Ian se dio cuenta de que esa mujer sentía algo más por él, y no podría evitar dañarla. Canalla era la palabra que lo martilleaba en su cabeza una y otra vez, mientras no paraba de imaginar ese dedo acusador sobre su pecho. Él había propiciado esa situación y tenía que asumir las consecuencias. Sabía que no debía seguir con sus encuentros, que serían un tremendo error, pero deseaba desahogar la frustración que le provocaba esa mojigata novicia. Sería un estúpido si no aprovechaba la ocasión de tener a una mujer tan dispuesta y bella entre sus brazos. Seguro que luego valoraría todo con más simplicidad.

Ian, advirtiendo su determinación, le dio la espalda y comenzó a caminar por el pasillo buscando la salida. Ella lo siguió, notaba su calor muy cerca de su espalda y el roce provocador de su falda en sus pantorrillas.

—Está bien, Rosaleen. Pero recuerda, no hay promesas, ni tengo favoritas.

—Lo sé —respondió ella con un suspiro que sonó bastante obsceno a su parecer.

Sabía que estaba nadando en contra de sus propias reglas, pero debía demostrarse a sí mismo y a esa resabiada florecilla de Hellen que, si iba con la verdad por delante, no era un canalla, sino un inquebrantable mujeriego.

XIV



Lo vio pasar frente a ella acompañado de uno de sus soldados y no pudo resistirse. Apuntó la escoba hacia sus musculosas piernas... ¿Musculosas? Pensar aquello la enfureció tanto que, con todas sus fuerzas, arremetió contra el suelo, lanzando toda la porquería que arrastraba a su paso.

Se giró con rapidez hacia el cobertizo al verlo saltar, y no pudo quitarse la sonrisa de sus labios hasta después de un buen rato. ¿A dónde iría ese holgazán? Por cómo se había encontrado la habitación la primera vez que entró, seguro que no hacía mucha vida en ella. Seguramente la usaba para... El catre pegado a la pared con las mantas y sábanas revueltas, un pañuelo verde claro, del mismo tono que el vestido de la mujer dorada, asomaba entre las telas.

—Dormir, ¡claro que sí! —exclamó con ironía, exteriorizando lo que pensaba.

—¿Decías algo, Hellen? —preguntó Jane, extrañada.

—Decía que ya disponemos de los colchones de paja.

Con rapidez, salió a la calle y aferró un gran puñado de paja de la carretilla entre las manos, luego entró antes que ninguno para repasar el lugar. Se dirigió hasta la ventana y lo soltó en el suelo, marcando su sitio.

Por supuesto, era el más alejado del catre y el que menos visibilidad le proporcionaba una vez tuviera la sábana colgada del techo, delimitando el lugar. Todos buscaron su hueco en el pequeño habitáculo y, después de un buen tiempo machacando los jergones, terminaron la faena.

Justo, apareció por la puerta la dorada presencia de Ian Kelly. Lo había visto a través de la ventana aproximarse con su extraordinario porte y seguridad, y, sin entenderlo, notó cómo su corazón comenzaba a latir desenfrenado. Enfadada consigo misma, se dejó caer sobre el montón de paja y descargó los puños con toda su furia, simulando darle forma.

—Iré a por más mantas.

La voz de Ian era dura, parecía molesto y, a pesar de ello, se negaba a volverse a comprobarlo.

—No creo que sea necesario, señor Kelly. Creo que con las nuestras será suficiente. —Oyó decir al padre Elliot, otro con el que tenía pendiente una larga charla por su continua manía de inventar historias.

De repente, recordó su idea de guardarse de las miradas indiscretas, pues temía no poder

ocultarse, sobre todo de él.

—¿Podría traer alguna sábana, por favor? —pidió con urgencia.

—¿Para qué quieres sábanas, muchacha? —inquirió Elliot.

—Recuerde que propuse delimitar las zonas mientras dormimos. Permaneceremos aquí varios días, no estoy acostumbrada a compartir con tanta gente una habitación, y menos con hombres. Me siento incómoda, entiéndame, padre.

—¿Alguno más desea una sábana aparte de la señorita Smith?

Hellen levantó la vista, extrañada de ser la única pudorosa. Craso error, sus ojos chocaron con los más azulados y hermosos que había visto jamás. ¿Hermosos?

Se notó mareada, atrapada en ese mar frío que la sumergía bajo sus turbulentas aguas. De pronto, el chasquido de Ronald delante del rostro de Kelly los hizo despertar del extraño momento.

—Tráigame una a mí si no es mucha molestia, Kelly —pidió Ronald.

Kelly y el sacerdote salieron sin decir nada más y Hellen pudo respirar en paz.

—Te gusta Ian —susurró la voz de Jane en su oído y Hellen saltó en el jergón.

—¿Cómo? ¿Qué dices? No digas tonterías, Jane —contestó de igual forma en susurros, echando un vistazo rápido, asegurándose de que nadie les prestaba atención. Cuál fue su sorpresa, que se encontró con la estúpida sonrisa de Ronald, todavía apoyado en el quicio de la puerta.

—Como ves, no soy la única que se ha percatado de ello —advirtió, satisfecha y tratando de reprimir la risa.

El rubor de Hellen se había manifestado de forma escandalosa en sus mejillas y temía que se extendiera a todo su cuerpo si seguían divirtiéndose a su costa.

—Eso es absurdo y lo sabes. Dejadlo ya, por favor —les suplicó juntando las manos en actitud suplicante.

—Pero si es lo más normal del mundo, Hellen. Ian es hermoso y... —El gruñido de Ronald resonó en la habitación semejante a una tormenta. Pronto lo tuvo frente a ella cruzado de brazos —. Ronald, cariño, que te prefiera a ti antes que a ninguno no quiere decir que no tenga ojos en la cara. Ian es hermoso, aunque nunca lo será más que tú, mi bien amado hombretón.

Jane se levantó, zalamera, y se colgó del cuello de su esposo, que mantenía una actitud rabiosa. Enseguida, le dijo algo al oído y este comenzó a relajarse. Siguió susurrándole alguna carantoña y pronto la tenía rodeada con sus brazos en actitud cariñosa y muy apasionada.

Hellen carraspeó, incómoda, pero nada, no dejaban de hacerse arrumacos. Por último, tosió fuerte, muy afectada por lo que estaba presenciando. Finalmente, se separaron, aunque no muy conformes.

—Oh, mi amor, deberías ir con el padre Elliot, yo me quedaré con Hellen a solas. —Volteó la cabeza para dirigirse a ella—. Tenemos que hablar de cosas de mujeres. Desde que Catalina no está conmigo tengo tanta necesidad de una conversación de estas...

Hellen negó e hizo el amago de huir, si bien, Jane la empujó de los hombros para que

volviera a sentarse.

—Luego iré a buscarte, querido... busca algún lugar... *ya sabes* —remarcó con una pronunciación pecaminosa.

¡Otra vez esa expresión! Parecía ser la favorita de Jane para referirse a... ¡ya sabía y, realmente, no sabía qué! Escondió el rostro entre sus manos muy avergonzada al haber presenciado esa escena escandalosa. Y sí, eran un matrimonio fogoso, pero no tenían derecho a abochornarla de esa forma.

Notó las manos de Jane sobre las suyas tratando de destapar su rostro, mas Hellen se resistía a enfrentarla.

—Hellen, vamos, siento haberte avergonzado así. No volveré a hacerlo, lo prometo.

El tono de Jane sonó bastante serio, por lo que bajó las manos, revelando el bochornoso rostro. Con asombro, también notó a Jane muy sonrojada y arrepentida por haber sido tan osada.

—Lo has prometido, Jane. —Ella afirmó reiteradamente y luego resopló.

—¿Sabes? Desde que he descubierto este nuevo... mundo de felicidad matrimonial es difícil reprimir el fuego cuando tengo a mi hombre cerca. Lamento haber actuado de manera tan desvergonzada.

—Es tu esposo, es normal que tengas esos arrebatos exaltados —dijo con una seguridad aplastante que no abrigaba.

¿En realidad sabía a qué se refería? ¡No, por favor, pero esa vez necesitaba saber! Porque al advertir lo mucho que se disfrutaban, la consumía la curiosidad y quién mejor que esa mujer para sacarla de dudas. Su corazón cabalgaba como un caballo desenfrenado desde que había conocido a ese patán de Ian Kelly, y necesitaba una explicación coherente. Poner en orden esas emociones, darles nombre para poder enfrentarse a ellas.

Jane le sonrió con un brillo especial en los ojos.

—¿Me dejas que te haga unas preguntas, Hellen? —Ella afirmó, no muy convencida—. Bien, mi primera pregunta es, ¿tu corazón parece salirse del pecho cuando cierto soldado está cerca?

—Creo que no quiero responder eso ni a nada más, Jane —contestó volviendo a tapar su rostro.

—Vaya, eso es que sí.

—¡No! ¡Yo no he dicho eso! —protestó propinándole un empujón, muy alterada.

—Nunca te he visto tan colorada, niña. Y negar lo evidente con tanto ímpetu es igual que afirmarlo. —Hellen guardó silencio, no podía contestarle a eso, pues ni ella misma creería su propia mentira—. ¿Olvidas todo lo que sucede a tu alrededor al cruzarse tu mirada con la de cierto soldado?

Hellen resopló, ¿qué pregunta era esa? ¿Y por qué sabía Jane eso?

—Bien, otra afirmación más.

—¡No! —gritó, contrariada y Jane levantó una ceja.

—Te haré una última pregunta. —Calló sopesando qué decir, luego cogió sus manos entre las suyas y la observó, sagaz. Hellen tembló, expectante—. ¿Hoy has sentido un extraño cosquilleo

en la boca del estómago, igual que si unas mariposas volaran dentro de ti y lucharan por salir?

Hellen se sentía tan vulnerable que apenas podía pronunciar palabra. Simplemente, abrió la boca y volvió a cerrarla, sumergida en una vorágine de confusión. ¿Quién era la bruja allí?

—¡Ay, madre! ¡Esto es más grave de lo que pensaba! —exclamó Jane, poniéndose de pie, balbuceando algo incoherente y comenzando un vaivén de pasos rápidos sin sentido.

—¿Qué ocurre? No me asustes. ¿Estoy enferma, Jane? —preguntó levantándose también y notando, por un momento, sus piernas flaquear.

Su amiga paró su ir y venir. Con una mano en la frente la observaba con una expresión grave y muy preocupante. Hellen se preparó para oír su más horrible revelación.

—Es aún peor que eso, querida niña. Estás enamorada.

—¿Cómo?!

—Jamás te mentaría, lo estás.

—Eso es imposible, mujer. ¿Enamorada de ese patán engreído de Ian Kelly? ¡Ja! Ni muerta podría estarlo. Es absurdo, Jane. ¿Seguro que no estás bebida? Lo mismo te sentó mal el sol del viaje. ¡Pero si lo he conocido esta misma mañana!

En ese momento entró Ronald que sonreía, curioso. Al descubrirla gesticular de forma tan apasionada, soltó un intencionado silbido.

—Ronald, te dije que fueras a darte un paseo —increpó Jane.

—Lo siento, mi vida. Ya lo hice, pero eso de no tener faena que hacer es muy aburrido. Te echaba de menos.

—¿Has encontrado ya el lugar que te pedí?

Ronald le brindó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me muero por enseñártelo —dijo él con una expresión tan lujuriosa que Hellen casi huye espantada de allí.

Jane permanecía absorta, sin embargo, al oírla resoplar, reaccionó.

—Ronald, vete, por favor. Espérame fuera, esta conversación es privada.

—Bueno, sería privada si no gritarais tanto. Siento deciros que medio barracón ya se enteró de que Hellen está enamorada del capitán Kelly.

—¿Cómo? ¡Eso no es posible! ¡Por el cielo que no existe un agujero lo suficientemente hondo para ocultarme durante décadas! ¡Qué humillación!

—¿Humillación? No se preocupe, mujer. Juraría que el sentimiento es mutuo. He oído a alguno de sus hombres comentarlo, además.

—Oh, ¿tú crees? Yo también lo pienso y eso es maravilloso. —Jane aferró a su marido de las manos y comenzó a dar brincos de dicha para acabar danzando algún imaginario baile escocés.

Sin entenderlo, las carcajadas brotaron de su garganta como un río sin fin. Aquella situación era la más absurda que había vivido en toda su vida y esos dos, quienes habían amenazado su reluciente integridad, no paraban de hablar de ella igual que si no estuviera.

En consecuencia, por tan tremendo bochorno y después de un momento de reflexión, tuvo

consciencia de lo que estaba sucediendo dentro y fuera de ese cuartucho. Un calor asfixiante la recorrió de pies a cabeza y la furia la embargó. Sin ser dueña de sus actos, explotó.

—¡Basta! ¡Se acabó el entretenimiento! No voy a ser el hazmerreír de nadie en este castillo. Dejadme sola un instante, os lo ruego.

La pareja detuvo el baile. Ronald se sentía confuso, Jane, por su expresión lastimera, comenzaba a arrepentirse de su efusiva celebración. Con un simple asentimiento de su cabeza, aceptó su ruego y gacha, llevó de la mano a Ronald hasta la salida. Antes de desaparecer, giró sobre sus talones, muy seria.

—Nosotros nos enamoramos con solo una mirada, querida. En el sendero del amor, todo es posible.

Tras decir eso, la perdió de vista. Estaba sola al fin y se acurrucó en su jergón. Necesitaba pensar, poner en orden sus emociones, puesto que no era dueña de su cuerpo, el cual se sacudía de nuevo en risotadas sin sentido. Así siguió un buen rato, como una desquiciada. Entró el padre Elliot, temeroso. Luego apareció el maravilloso Ian Kelly acompañado de su también dorada amante. Al verlos juntos, más reía, pues lo dicho por Jane se le hacía tan ridículo... Parecían haberse olvidado de la discusión de esa mañana, por cómo se agarraban del brazo.

—Padre, creía que me mentía cuando me dijo que estaba loca.

El cura apartó la vista de Hellen para centrarla en Kelly, quien mantenía un rictus muy preocupado.

—Yo también, joven, yo también.

¿Ella loca? No, ahora bien, sí se hallaba sola en mitad de las Highlands y acompañada de escoceses delirantes. Terminaría cantando a la luna si seguía rodeada un día más de esos disparatados comediantes.

Entonces, al ver las sábanas en manos de la mujer, se levantó de un salto y se abalanzó a por una. La rubia dio un paso atrás, sorprendida, pero se la entregó. Tras verse frente a la desquiciada Hellen y echar un rápido vistazo a Ian, dejó el resto del bulto en una silla y salió de allí, despavorida.

La situación se le hizo tan rara que decidió actuar para disipar la tensión.

—Necesito ayuda, padre. —Ojeó a Kelly, quien no disimulaba su interés.

Elliot era alto y llegaba sin esfuerzo a la viga del techo. Comenzó a atar un nudo con la tela justo donde ella le había señalado. Sin esperarlo, Ian le arrebató el otro extremo de la sábana. Al hacerlo, sus dedos se rozaron y un rayo la alcanzó con el contacto.

Regresó el sonrojo, unido a la galopada de su loco corazón. Las mariposas en su estómago dieron rienda suelta a su fiesta personal. Se observaron, desconcertados. ¿Habría notado él también ese electrizante contacto? Hellen cubrió sus mejillas, sintiendo el ardor en sus manos en ellas. Él, que parecía absorto en la contemplación de su boca, por fin habló:

—¿Dónde quiere que lo ate, señorita Smith? —Le preguntó con una voz tan ronca que tuvo que tragar saliva y humedecerse los labios antes de contestar.

—Ahí.

Su respuesta simulaba ser un suspiro ahogado al señalarle cualquier punto en el techo con el

dedo tembloroso. ¿Qué importaba dónde fuera la sábana en ese instante íntimo? Se notaba tan exultante que casi no podía respirar. Sus sentidos explotaban al lado de ese hombre, de quien percibía un calor como lava ardiente, gracias al roce de su brazo contra el suyo.

Un fuerte carraspeo del padre Elliot la hizo despertar del ensueño y se apartó. Ian, presuroso, alzó los brazos al techo con la tela entre los dedos para atarla donde ella le había señalado.

Hellen advirtió que su kilt asimismo se elevaba, dejando desnudas unas pantorrillas fuertes y muy musculosas. Siguió con el examen de su espalda ancha y la imaginó tan trabajada como esas bellas piernas. Sin saber por qué, moría de ganas de hundir sus dedos entre sus mechones claros y ondulados...

«O cierras la boca o el padre Elliot morirá de un disgusto esta misma noche», se dijo al oírlo gruñir y notar sobre ella una mirada inquisitiva.

Ian viró hacia ella con una bonita sonrisa, sin embargo, su rostro ya no reflejaba la pasión de hacía unos segundos.

—Listo, señorita. Ahora podrá disfrutar de la intimidad que tanto solicitaba.

—Gra-gracias, señor Kelly —respondió, titubeante, y no añadió nada más.

Hellen inspeccionó cómo acababa tapado el jergón. La sabana había sido atada en dos puntos de las vigas y lo tapaban casi en su totalidad, aunque no llegaba a cubrir la parte más elevada que formaba la almohada.

—No llega —respondió Kelly a sus pensamientos encogiéndose de hombros.

—Está bien. —Hellen hizo un gesto con la mano para quitarle importancia, dedicándole una media sonrisa.

Ian volvió a mirarla, muy serio, pero ella no estaba dispuesta a quedar atrapada en esa maraña de emociones desconocidas, así que se obligó a volverse hacia Elliot, quien siempre la mantenía despierta y en su lugar.

—Podríamos hacer de comer, padre.

—Es buena idea, mis tripas ya empiezan a protestar.

—Eso no es necesario —interrumpió Kelly—. La señora Murray, me dijo que les prepararía comida. Seguro que les espera en la cocina con cuencos humeantes de buena sopa y un festín de bienvenida.

—¡Oh, eso es una gran noticia! —exclamó Elliot olvidando la tensión del momento—. Espero que disponga de un buen vino.

Hellen salió de allí, necesitaba tranquilizarse y respirar. Pensar... no. Deseaba vivir sin complicarse más, ya era bastante con el nudo que oprimía sus entrañas y que casi la ahogaba al imaginar el hermoso cuerpo de ese hombre desnudo ante ella...

—La acompaño, señorita Smith —anunció Kelly a su lado con una enorme sonrisa y ofreciéndole el brazo, para su sorpresa.

Hellen masculló, disconforme. Ni loca de remate se acercaría a ese hombre de nuevo si deseaba que la coherencia reinara su mente. Dejando a un Ian Kelly plantado y muy disgustado, se recolocó el pañuelo en su cabeza para que no quedara ni un solo cabello al descubierto, se

aseguró que estaba bien atado en su barbilla y atusó su falda, desprendiendo la paja adherida del jergón. Con gran determinación, nacida de la más pura urgencia, caminó sola, ignorándolo y con el mentón muy alto hacia la fortaleza.

Como bien dijo Ian Kelly, los cuencos de sopa recién servidos humeaban. Sentada alrededor de esa gran mesa de la cocina, esperaba a ver quién se atrevería a hundir primero la cuchara, después de que el padre Elliot recitara una breve oración de agradecimiento a Dios.

—¿No le gusta, Hellen? —le preguntó el padre una vez se habían quedado a solas en la estancia.

Pero ese momento fue efímero, pues una inesperada voz contestó a la pregunta.

—¿Que no le gusta mi sopa? —irrumpió escandalizada la cocinera, seguida de la señora Murray—. Eso es imposible. Es la mejor sopa que existen en miles de millas a la redonda. Pruébela.

Moira aguardaba con una amenaza asesina en sus ojos. Hellen no tenía nada en contra de aquel plato, es más, sabía que le sentaría de maravilla comer caliente tras varios días sin poder hacerlo. No obstante, tras la confesión de Ronald y las ardientes reacciones entre Ian y ella, notaba su estómago cerrado a cal y canto, y apetecerle, aunque fuera una mísera cucharada de alimento, le resultaba toda una pericia.

Para más inquietud, entró además Ian, quien permaneció apoyado en el quicio de la puerta con una suficiencia bastante arrogante. Cruzado de brazos y con una pierna flexionada sobre la otra la observaba, divertido.

Otra vez la asaltó el calor, los latidos desenfrenados y esas extrañas mariposas a punto de escapar por sus orejas. ¿Es que nunca tendría un descanso?

Igual que si la vida se le fuese en ello, agarró la cuchara y se concentró en demostrar a la cocinera, la cual aguardaba con impaciencia su veredicto. El silencio que inundó la estancia fue tan abrumador que cada gota que caía de la cuchara parecía retumbar como las campanas del convento. Metió la cucharada con torpeza en su boca y saboreó el cálido caldo. La explosión de sabor fue tan deliciosa que dejó escapar su satisfacción en un gran gemido de placer, algo que Moira aplaudió con entusiasmo. Cuando levantó la vista hacia Ian, este la contemplaba con la boca tan abierta y una rigidez en su cuerpo que parecía haber presenciado algo sobrenatural. ¿Por qué la miraba así?

Elliot, que no perdía detalle, buscó la dirección de su mirada y arrugó el ceño al descubrir al pasmoso Ian. Tosió, llamando su atención y con ojos entrecerrados, le reprochó algo que no llegaba a dilucidar. Hundió de igual forma la cuchara en el cuenco y comenzó a hacer sonidos de gustoso deleite.

—Oh, maravilloso, señora. La felicito, señora Moira, ¿verdad que está buenísima, Hellen?

Hellen asintió, todavía extrañada por la actitud de Ian, pero pronto lo imitó con sonoros gemidos complacientes. Tras eso, el cura acabó con la mandíbula desencajada y con los ojos cerrados con fuerza. La cocinera y el ama de llaves callaban, estupefactas.

—¡Basta! —Sus palmadas en la mesa hicieron temblar la vajilla, enmudeciendo a Hellen al sobresaltarse—. Es suficiente, Hellen, creo que quedó bien claro que Moira es una gran cocinera.

Señor Kelly, si va a comer con nosotros podría sentarse ya, creo que la muchacha se siente incómoda por ser tan observada —dijo con retintín en las últimas palabras.

—I-iré a buscar a Jane y Ronald, ellos también querrán... probar ese caldo.

Ian no esperó respuesta y desapareció, cosa que Hellen agradeció sobremanera. Saborear el caldo le había despertado al fin su apetito, y se dispuso a disfrutar del buen guiso, a pesar de la extraña actitud de todos.

XV



Huyó despavorido, sufriendo una erección como hacía tiempo que no había percibido. Esos gemidos eran simples e inocentes, delicias de satisfacción, pero que martillearían obscenos en su cabeza, sin compasión, hasta el final de sus días. Ya jamás dormiría, ni podría pensar en otra cosa que no fuera ese delicioso sonido. Era la más hermosa melodía, una música celestial para ajusticiarlo en vida.

¡Señor! ¿Qué le ocurría con esa mujer? Desde que la había visto por primera vez nada había sido igual, su vida había dado un giro brutal y percibía que no estaba preparado para ello.

Cruzaba a grandes pasos el patio, cuando escuchó unas risas provenir de un hórreo que se alzaba sobre el suelo en varios escalones de piedra y donde se almacenaba el grano. Sospechaba que ese cantarín carcajeo era de Jane, lo que lo hizo detenerse. Cuando la conoció, era una chica decorosa, nada que ver con su amiga Catalina. Sin embargo, desde que volvió a encontrársela esa mañana, según había observado, rozaba la temeridad muy a menudo, y parecía disfrutarla bastante con su pareja. ¿Podría un matrimonio después de tantos años juntos conservar ese fuego que demostraban?

—¡Ronald! ¡Estate quieto ya!

Una risa grave masculina acompañada de un rugido resonó tras las protestas de Jane.

Alzó los ojos al cielo pidiendo piedad. ¿Estaba expiando todos sus pecados de una vez?

—Señor Scott, la señora Moira les espera a usted y a su querida esposa para almorzar en la cocina del castillo. No la hagan esperar mucho, no tiene buen talante.

Un siseo y una risa ahogada se oyó al fondo del almacén, seguido de un fuerte carraspeo.

—Gracias, señor Kelly. ¿Nos esperará ahí?

—No se preocupe por mí, el *laird* y mi hermana me esperan para almorzar.

—¿Su hermana? —Esta vez era la voz urgente de Jane la que contestó—. Suéltame, cariño, quiero salir.

Con diversión, los vio salir del habitáculo, sacudiéndose con fervor. Jane no parecía muy avergonzada, pues rápidamente la tuvo delante, taladrándolo e inquisidora.

—Mi hermana Julie es la esposa del *laird* McLeod —explicó ante la enmudecida mujer y prosiguió—. Es una larga historia, Jane. Ya se la contaré en otro momento. Ahora me esperan y

no me apetece comer con la ira de Douglas sobre mi cogote.

—Claro, ve, Ian. ¡No esperaba algo así! Por supuesto que me lo contarás.

Ian se despidió con un asentimiento y se dirigió a la entrada principal del castillo. Necesitaba alejarse de esa gente por unas horas, aunque en su interior muriera por volver a esa cocina y estar cerca de esa bruja de ojos profundos y dulces. Un gemido descarado, una mirada profunda, un lunar provocador, una nuca de tez suave y... Resopló, al darse cuenta del pozo donde se hallaba sumergido y que olía a jazmines por doquier. Ni siquiera saludó a sus hombres al entrar al gran salón. Avanzó hasta la majestuosa mesa del fondo, donde ya servían los primeros platos a la familia McEwen y se sentó en su silla vacía junto a su *laird* y Fergus, quien le dedicó una expresión pensativa.

—Vaya, es honroso tenerte a nuestro lado, Ian. Ya pensaba que no vendrías a almorzar con nosotros.

—He estado ocupado —gruñó con pesadez alzando su copa para que se la llenaran.

—¿Y qué te ha mantenido tan ocupado, si puede saberse?

Le pareció una pregunta absurda, pues sabía que estaba al corriente de todo. Cualquier cosa, por nimia que fuera, era comunicada a Douglas. La que puede que no supiera nada de sus invitados de cuarto era su hermana, que mantenía una actitud curiosa y expectante.

—He instalado en mi habitación a una vieja amiga y sus acompañantes. Quieren asistir a la Fiesta de la Estrella. Solo serán unos pocos días.

—Ya veo que pedir permiso no es de tu agrado —comentó Douglas hundiendo la cuchara en la sopa para engullirlo y luego dejar escapar un gustoso gemido de placer—. Esta sopa está buenísima, Williams.

—Tenemos una buena cocinera, ¿verdad, Annabella?

—La mejor. Es de Glasgow. Esta es una sopa típica de esa zona, a base de tubérculos y carne de conejo. Una delicia imposible de olvidar cuando se prueba una vez.

Ian reprimió el gruñido que deseaba soltar, fastidiado. Juraría que era la primera vez que Hellen probaba esa sopa familiar del pueblo de su tía, algo raro, ciertamente. Douglas lo observaba con dureza. En realidad, a él no le hacía falta pedirle ningún permiso, pero le fastidiaba enterarse por otros en vez de por él, que se suponía que, como capitán de su guardia, debía informarle de cualquier movimiento dentro de esos muros que no eran suyos. Allí eran invitados y dejar entrar a forasteros sin supervisión podía ser peligroso en algunos casos.

—Son de fiar, Douglas. No vi necesario molestarte.

—¿Quiénes son? —preguntó Julie al fin.

—Vienen de tierras McAllen. Es un matrimonio, un cura y una novicia.

—¿Una novicia? Pero debe haber sido muy peligroso para ellos llegar hasta aquí. ¿Desde cuándo un cura y una religiosa asisten a una fiesta pagana como es la de la Estrella?

Douglas alzó una ceja y sonrió a su esposa, orgulloso de su perspicacia, luego le dedicó a él una mueca amenazante. Ian no contestó, pues se dio cuenta en ese mismo momento de que no lo tenía del todo claro y desconocía las verdaderas razones que los habían llevado hasta allí. Carraspeó, nervioso.

—Mi conocida y su esposo van a asistir a la fiesta y a visitar a una amiga.

—¿Y el cura y la novicia? —inquirió Julie sin darle tregua.

«Esta me las paga», se dijo.

—El padre Elliot Graham acompañará a la señorita Smith hasta su hogar, en Glasgow. Ella ha eximido su voto...

—¿El padre Elliot? Pero si lo conocemos, es un gran amigo nuestro y el socio de McPherson, Williams —argumentó Edward McCain, igual de interesado en la conversación.

—Ya ves, al final has traído a un viejo conocido de la familia. —Aquella afirmación complaciente disfrazaba lo que en realidad quería decir: es la última vez que no me consultas.

Por suerte o por desgracia, dentro de unos días cedería su puesto de capitán a Fergus, quien aguardaba la mínima señal para echarle una mano si fuera necesario. Después de eso, no tendría que darle más explicaciones como vasallo a su servicio.

—Me encantaría conocer a la novicia, Ian. Comunícale mi deseo de pasear con ella esta tarde y aprovechar las últimas horas de sol en el jardín.

—¡Me apunto a ese paseo! —sugirió Elizabeth con decisión.

Después de aclarar todo, los ánimos se calmaron y los nobles retomaron la conversación que mantenían antes de llegar él. Al fin pudo relajarse un poco.

Era cierto que no había actuado según el protocolo correspondiente, y nunca había cometido un error como ese, pero resultaba que desde que había encontrado a esos viajeros, nada era habitual. Su comportamiento era distinto, incluso su ánimo. A esas alturas de su vida, justo cuando iba a dejar su importante cargo, era injustificable cometer tremendos errores. Sin falta, tenía que asegurarse de que esa mujer era quien decía ser. Sería imperdonable que una tragedia salpicara a su *laird* y a su hermana, como también a esa familia McEwen.

Tras la succulenta comida, se sentía mejor, aunque no se quitaba a cierta persona de la cabeza.

—Te tiene completamente absorto, amigo.

—No sé de qué hablas.

—No sé por qué pierdes el tiempo con esa novicia teniendo a esa hermosa hembra llenándote la copa con intención de emborracharte, ella sería la reina de tu famoso huerto si quisieras.

—¿Rosaleen? —Rio un poco atolondrado por la bebida y viendo a la rubia pavonearse entre los soldados al final de la sala—. Es preciosa, pero...

—Sabía yo que había un *pero* en esto, y no me gusta. Te dije que esa muchacha no es trigo limpio y tú te empeñas en meterte entre sus piernas. No acabarás bien, parecen dos enamorados.

—¿Enamorados? —Las carcajadas fueron tan fuertes que llamó la atención de Rosaleen, quien le guiñó el ojo con picardía—. ¿Por qué dices eso? Yo solo quiero hacerla mía, ya lo sabes.

—Bueno, los chicos... me dijeron algo.

—Habla, maldita sea, ¿o prefieres que te lo saque a golpes?

Fergus pasó una mano por su rostro, sopesando cómo decir lo que tenía en mente, lo que previno a Ian de que tenía que ser grave. Un escalofrío lo recorrió anticipando una respuesta que sabía que no le iba a gustar.

—Comentaron que oyeron a la novicia hablar con la otra mujer en el barracón. Hablaban de ti.

—¿De mí? —Se giró tan rápido hacia él que hizo resonar la silla con gran estridencia, lo que llamó la atención de algunos.

Fergus afirmó mientras masticaba un trozo de tarta de zanahoria, ajeno al nerviosismo que se fraguaba dentro de Ian por saber qué era lo que habían hablado esas dos de él. Respiró con pausa, controlando las ganas de sacudir a su amigo. Este parecía disfrutar del momento, lo tenía cogido por las pelotas, a pesar de no demostrarlo. Entonces, muy serio, dejó el tenedor sobre el plato.

—Alguien oyó decir a la mujer que la novicia estaba enamorada de ti. —De repente, Fergus comenzó a reír sin control, cosa que Ian no entendía—. Y yo pienso que es mutuo, maldito canalla. ¿No es algo idílico? —Sus risas aumentaron llamando la atención de todos, por lo que bajó el tono y consiguió agregar algo más—. Ahora que te vas a retirar, podrías casarte con ella y formar una familia feliz en tu granja.

—Eres un maldito imbécil, Fergus. Te aprovechas de que eres mi amigo y te consiento que lo pases bien a mi costa, pero no permitiré que mis hombres se rían de mí. Espero que esto no vaya a más, pues juro que esos todavía no me conocen realmente furioso. Todavía soy vuestro capitán. Óyeme, esto no es un cuento de hadas, esa mujer oculta algo, y no es lo que rumoreáis como viejas —soltó en un susurro amenazante y estrellando un puño contra la mesa.

Estaba más enfadado consigo mismo que con sus hombres. Notaba de nuevo ese cosquilleo en su estómago, ¿en realidad se alegraba de conocer que Hellen...? Era ridículo, igual que también lo era que él sintiera por ella algo más que una atracción sexual irrefrenable. Se puso en pie y, tras despedirse de los comensales, se dirigió hacia la salida. Al cruzar las mesas de los soldados, varios de los suyos lo felicitaron entre risas, cosa que lo enfureció aún más.

Las horas siguientes las pasó marchando a caballo por el territorio McEwen. No se encontraba con ánimo para hablar con nadie, pues sabía que cualquiera sufriría su mal humor. Tenía que analizar la situación desde fuera, con la frialdad de un soldado. Era su responsabilidad haber acogido a esos viajeros y tenía que actuar con cuidado.

Camino de vuelta, le fue irremediable volver otra vez a lo que le había comentado Fergus de la muchacha. Por alguna extraña razón, no le disgustaba la idea, a pesar de ser absurda. Sentía cierta emoción desconocida en su pecho que no entendía. Ya había notado que lo vigilaba, y en alguna ocasión había percibido una conducta bastante vergonzosa. Ese rubor tan evidente cada vez que le hablaba era una señal de que se sentía alterada en su presencia, igual que ese acento extranjero que solo surgía cuando conversaba con él...

De pronto, se sorprendió al verse sonriendo como un bobo y bufó harto por su propia estupidez. Le gustaba a la muchacha, y podría aprovecharlo para su conveniencia, pues soñaba con besarla desde que la vio la primera vez, pero jamás dejaría que se enamorara de él. Ya tenía bastante con Rosaleen, que suspiraba como una bobalicona cada vez que se encontraban y que, últimamente, sucedía muy a menudo. Era extraño, pues no la echaba de menos desde que conoció a Hellen, quien la eclipsaba con su cándida cara de niña. Sonrió al recordar cómo arrugaba la nariz y entrecerraba los ojos al enfadarse. Sin apenas percatarse, crecía y se hacía poderosa en un instante, tan menuda como era.

Un suspiro empalagoso escapó de sus labios mientras cruzaba el puente que le daría paso a la

fortaleza. Dentro de poco no cruzaría los muros de ningún castillo, y su vida consistiría en trabajar día tras día sus tierras. Se convertiría en su padre, en un granjero. No albergaba gran satisfacción por ello, esa era una vida que no le complacía. Él fantaseaba con visitar tierras lejanas y, ser capitán del clan McLeod, le había proporcionado en parte poder cumplirlo, no obstante, en pocos días lo abandonaría todo. Tenía una obligación con su familia, era el heredero tras su padre y había decidido asumir su responsabilidad. Casarse y tener hijos, había comentado su amigo Fergus. Puede que lo hiciera, ahora bien, todavía no era el momento de asentar tan rápido la cabeza.

Llegó al patio y entregó las riendas a Acair que lo saludó, solícito. Lo siguió hasta los establos, contagiado por su particular calma. Parecía feliz con ese trabajo, era su función en su vida, igual que la suya había sido dirigir una cuadrilla militar. Antes de despedirse se dirigió a él.

—Acair, ¿llevas muchos años trabajando aquí?

Este, extrañado por la pregunta, detuvo su marcha al interior de la cuadra para contestarle.

—Llevo unos cuantos, señor. Yo diría que desde que me casé y de eso parece que ha pasado ya una eternidad. —El mozo rio con su propia broma y le contagió su diversión.

—¿Y te gusta lo que haces?

—Antes labraba el campo no muy lejos de aquí. Lucas, el antiguo mozo, enfermó y ya no pudo hacerlo solo, pues su hijo se había ido a servir a la hija de nuestro *laird*. Yo oí que buscaban a alguien que le gustara los animales y entendiera de caballos, y no dudé, me presté a ello. Siempre había tratado con mulas, bueyes, pensé que no sería peor que trabajar de sol a sol como hasta entonces. Y no me equivoqué, encontré mi lugar. Sabía que arar no era lo mío, y estos animales son mi vida. Este es un trabajo duro y agotador, señor, pero me hace feliz. Cuidar de estos seres tan nobles me llena de dicha y además me hace sentir útil. Eso, supongo que es importante en la vida. Créame que, si uno está satisfecho, aunque tenga poco, hace además felices a los suyos.

—Me alegro de que hayas conseguido ser feliz con lo que haces. Pocos pueden decirlo.

—¿Usted lo es, señor? —preguntó alzando las cejas, pese a que pronto se dio cuenta de su indiscreción—. Perdóneme, qué tonterías pregunto, además, no quería ser curioso.

—No tengo nada que perdonarte, tranquilo. Yo te pregunté primero.

—Pero usted es el capitán de...

—No soy más hombre que tú por ello, Acair. Y quiero que sepas que no soy feliz. Nunca lo he sido, pues todavía no encontré mi lugar. Llegué a ser militar por causas que me obligaron a tomar este camino, dejando atrás a mi familia, a mis amigos... He conseguido mucho, sin embargo, no puedo decir lo mismo que tú.

—Todavía es joven, puede buscar su lugar, señor.

—Eso haré, pero todavía no sé cuál es ese lugar —palmeó el hombro del mozo y le sonrió agradecido—. Ha sido un placer hablar contigo. Creo que necesitaba que alguien como tú me ayudara a ver con claridad mi lugar y, a pesar de que todavía nada es seguro, comienzo a tener la esperanza de que lo conseguiré. Gracias, amigo.

Caminaba ya fuera del establo, cuando el jadeo ahogado de Acair, seguido de un siseo, le

llamó la atención. Se volvió, curioso, y su expresión de haber visto un fantasma lo alertó. El hombre se hallaba a medias introduciendo a Oidhche en su habitáculo, y no terminaba de hacerlo mientras este cabeceaba algo inquieto. Sin dudar un segundo, salió en su ayuda.

—¿Qué ocurre, Acair? ¿Has encontrado otra serpiente?

—Oh, no... es solo que...

El ruido de pisadas en la paja seguido por el movimiento de un pequeño bulto frente a Oidhche fue la simple réplica. Ian se asomó aferrando una daga que sacó de su cinto y entró en el habitáculo, rodeando el flanco del caballo, pero no estaba preparado para encontrarse de nuevo con esa mujer de ojos profundos y asustados.

—¡Usted! ¿Qué hace ahí? Le dije que... Al final voy a pensar que está completamente loca. Salga, por favor.

Hellen asintió agachando la cabeza. Se levantó con temor, tenía una escoba en la mano y se aferraba a ella como si se le fuera la vida en ello, pero no daba un paso.

—Yo...

—Vamos, salga ya. Le dije que Oidhche es peligroso, maldita sea.

Entonces, Hellen levantó la vista de golpe, desafiante. Parecía que hablarle con aspereza no era de su agrado y tampoco solía tener mucho aguante. Su origen noble, como apuntó Fergus, podría explicarlo. La gente de posiciones privilegiadas no soportaba ser amonestada por nadie.

—No es necesario que maldiga ni me ofenda, señor Kelly. Saldré si me deja pasar.

Ian se apartó, pero no lo suficiente, por lo que ella pasó rozándolo. Aunque fue un simple instante, fue suficiente para hacerlo contener el aliento y sentir ese cosquilleo extraño que siempre lo sorprendía al estar cerca de ella.

—Tome su escoba, Acair. Muchas gracias, ya no la necesito.

Hellen salió apresurada del establo e Ian fue tras ella. La alcanzó casi sin resuello, pues no esperaba que saliera corriendo. La agarró del brazo y la obligó a detenerse.

—¿Dónde cree que va?

—Déjeme, yo no quería ser curiosa, señor Kelly, pero no deseaba...

—¿No deseaba verme? ¿Me teme? —La tenía tan cerca y los dedos parecían arderle con el contacto de su piel. Su mirada nublada de la misma pasión, lo encendió. Percibió un fuego tan fuerte en su interior que apenas podía respirar. Su corazón era un caballo desbocado que luchaba por no caer, mientras se recreaba en el rostro de la joven, tan puro como el de una de esas figuras de vírgenes. Sin más rodeos, pasó su brazo por su cintura y la estrechó contra su cuerpo—. Puede que, si me dejaras mostrarte, descubrieras que no soy tan malo como crees.

—Suélteme o tendré que gritar muy fuerte. No querrá que lo acusen de forzar a una mujer, ¿verdad? Su reputación de libertino se vería muy afectada, ¿no cree? Lo mismo le obligarían a casarse conmigo, y no creo que eso entre en sus planes futuros.

Ella lo empujaba de los hombros, queriendo zafarse, y al ver que era inútil, dejó de forcejear. Sufría el mismo pavor que le notó cuando casi se desmaya al ver a Oidhche. Haciendo un tremendo esfuerzo, contuvo las ganas de arrasar su tentadora boca. Sus labios temblorosos lo

atraían tanto que apoyó la frente en la de ella, en un intento de serenarse. Su aliento se mezcló con el suyo derritiendo su solitario corazón.

Se obligó a soltarla. Si no lo hacía ya, temía cometer una locura. Esa mujer era tan amenazadora para él como la peor de las heridas. La angustia reflejada en sus ojos rasgaba su pecho y lo dejaba en carne viva. Había actuado como un bárbaro, lo sabía, y era mejor así. Debía temerle, pues no lo conocía, y él tampoco parecía reconocerse en ese momento.

Se quedó allí mirándolo, confundida. Se abrazaba a sí misma con fuerza, muy desvalida. Su expresión era tan triste que lo conmovió en el alma. Quería ser él quien la abrazara, deseaba amarla, y no hacerle sufrir. Pero no debía ceder, debía ser duro y amargo como la hiel que percibía en su interior.

—¿Piensa que me obligarían? Que yo sepa eso es algo que solo ocurre con la gente noble. ¿Lo es usted?

Ella abrió mucho los ojos, apretó los labios y no tardó en salir corriendo.

Con el puño en su corazón, temió morir de un momento a otro. Ese cosquilleo en su pecho ya no era tan simple. Era algo tan diferente y ensordecedor... Era el revoloteo de miles de mariposas que querían escapar de él.

De repente, igual que un fogonazo, recordó a su amiga Catalina, y la última conversación que tuvo con ella.

—Querida flor, el brillo en tus ojos te delata, la ilusión con que lo nombras casi se percibe salir por tus orejas y las mariposas... Shhh. —Puso su dedo sobre sus labios y prosiguió—. Se oyen a millas de aquí.

—Estás equivocado, es afecto y deseo...

Él apretó sus hombros obligándola a prestarle atención.

—Si solo es eso, entendería tu visita, pero ya es tarde; la Catalina que conocí me hubiera desnudado antes de pestañear.

—No vengo a retozar contigo, Ian. Necesitaba saludarte, tras tantos años sin vernos, deseaba hablar contigo por última vez.

—Acabas de condenarte, flor. ¿Recuerdas una de nuestras reglas de oro? Nunca digas que será la última vez —recitó junto con Catalina.

—Dejo esta vida que me enseñaste, Ian. Creo que podría ser feliz a su lado. Cuando estoy con él... esas mariposas que dices oír revolotean como locas. ¿Crees que es amor?

Cubrió el rostro con sus manos, consternado. ¿Sería posible? No, estaba equivocado, no podía ser verdad que se hubiera enamorado. ¿Y qué había hecho? Asustarla, ¿de verdad quería eso?

XVI



—Vamos, Hellen. ¿qué te ha ocurrido? Me gustaría ayudarte, querida niña.

Jane, con el brazo por encima de sus hombros, la reconfortaba con cariño. Le acariciaba el rostro y besaba su mejilla, igual que su madre hacía cuando era una cría. Era bonito volver a sentir que alguien la arropaba de aquella forma, percibir la calidez de un abrazo incondicional.

Se sentía confundida, temerosa, enfadada, todo al mismo tiempo. ¿Por qué había vuelto a revivir el ataque del pasado? No podía ser que lo temiera todavía, habían pasado muchos años. Ya no podía dañarla, nunca llegó a... Sin embargo, otro sí podría. Podrían forzarla. Con Ian lo evidenció por un momento; a pesar de sus esfuerzos por escapar, la había tenido a su merced.

Al principio se sorprendió al verse cautivada entre sus brazos, deseó rodearle el cuello y entregarse a lo que viniera, y luego... lo vio. Ese malvado hombre de su recuerdo la contemplaba con una mirada perversa. ¿Por qué no lo olvidaba?

Jane le recordaba a su madre, tan protectora y cariñosa. Y tuvo ganas de sacarlo, deseaba vomitar ese veneno para siempre, aliviar su garganta que rugía por clamar. Se rindió ante el deseo de ser escuchada y se dejó mecer por la apreciada cura de una confesión.

—Yo... lo vi otra vez.

—¿A quién? ¿Quién es el malnacido que te asustó tanto? Lo mataré con mis propias manos, Hellen.

—No puedes. Fue hace mucho tiempo.

Sentada sobre su colchón de paja, se abrazó fuerte a Jane, temiendo que fuera a desaparecer en cualquier instante. Necesitaba calor, algo sólido donde agarrarse cuando creyera desfallecer al escupir la bilis que tantos años había guardado.

—¿Te... forzaron, mi niña? —No habló, quería contestar, pero las palabras se atascaban en su garganta—. Solo contesta con la cabeza, ¿de acuerdo? ¿Fue un hombre?

Asintió y cerró con fuerza los párpados. Tembló, y Jane la consoló con su abrazo. Siseó algo en su oído y Hellen pudo respirar.

—¿Te...?

—No llegó a forzarme, Jane. Pero me hizo mucho daño.

—¿Te pegó? —Afirmó otra vez, notando el regusto amargo en su lengua—. Malnacido —despreció con voz ahogada por la ira.

Hellen sollozó, y Jane la sorprendió al cubrirle el rostro con sus manos, obligándola a prestarle atención.

—Escucha, Hellen, en esta existencia injusta, las mujeres somos víctimas del hombre desde que nacemos. Ellos nos poseen, nos manipulan, nos humillan para sentirse importantes, superiores. Lo hacen desde que el tiempo es tiempo, pero no podemos dejar que nos dañen aquí. —Le señaló la cabeza y continuó—. Nosotras somos listas, fuertes, valientes y sensibles. Podrán dañar nuestro cuerpo, pero mientras nuestra mente funcione y podamos respirar, nunca acabarán con nuestro espíritu.

»Voy a contarte algo. Igual que existen hombres que nos dañan, hay hombres que nos aman e idolatran. Yo tuve suerte, ya que encontré a Ronald cuando tampoco estaba en mi mejor momento. Fue en una fiesta en el castillo, celebrábamos el final de la siembra. La gente estaba cansada, aunque eufórica y feliz, pues seguíamos vivos tras tan duro esfuerzo. Lucía mi vestido más bonito y me até las trenzas con lazos, imitando los peinados de la señora que tanto admiraba. De la mano de mi mejor amiga, cruzábamos el patio, donde se concentraba la mayoría de la gente alrededor de los músicos. Catalina y yo no éramos bien recibidas entre la gente. Éramos trabajadoras y honradas, pero Catalina era muy libertina y eso... —Detuvo la conversación un instante al notar su sorpresa reprimiendo un jadeo—. Si la conocieras... Es grande, la mejor amiga. Pero sigo con mi historia. Que ella lo fuera, no quería decir que yo siguiera las mismas prácticas, sin embargo, la gente me señalaba de la misma forma. No hacía falta que me pegaran, simplemente, me condenaban con una reprochadora mirada o un desprecio sin sentido. Si bien, no me afectaba, pues contaba con mi amiga del alma, cosa que muchos no consiguen encontrar jamás en su vida.

»Llegamos al patio y pronto teníamos a nuestro alrededor a los mejores mozos del castillo. Yo era muy recatada, vergonzosa, no me atrevía a despegar la vista del suelo, mientras Catalina danzaba con varios a la vez sin ningún decoro. Entonces, un joven se me arrimó y me dijo al oído: Si me dejaras, descubrirías que soy tan bueno como quieras, pero nunca tan malo como para romperte el corazón.

Hellen se separó de ella, mirándola asombrada.

—¿Era Ronald? —Jane sonrió con ojos brillantes—. Él te amó desde el principio.

—Así fue, mi niña. Si vieras cómo me miraba... Él me pidió que le diera una oportunidad para demostrarme su afecto y confianza. Con esto quiero decirte algo: cuando nos hacen daño aquí —se tocó la cabeza—, podemos creernos hundidos, pero nos queda lo más importante. —Se puso el puño en el corazón—. El amor puede ser más fuerte que cualquier perjuicio, sana las heridas y te hace ser la mujer más poderosa del mundo.

—¿Me dices que el amor puede hacer que este recuerdo desaparezca?

—Eso mismo. Y te recalco que no todos los hombres son malos. Puede que algunos actúen de forma incorrecta porque no escuchan a su corazón, puesto que no lo comprenden ni aceptan.

—Quiero confesarte algo.

—Te escucho, Hellen.

—Creo que tienes razón con Ian Kelly —dijo en un hilo de voz apenas audible.

—¿Te gusta?

—No sé qué me ocurre al tenerlo cerca, Jane. ¿Alguna vez sentiste que necesitas algo, y no sabes exactamente lo que es? Mi corazón late más rápido al percibir su presencia, y mi cabeza se nubla con pensamientos muy... intensos. Es una sensación que no puedo controlar, como si una fuerza invisible me empujara hacia él. —Jane afirmaba reconociendo sus propios sentimientos—. Tengo miedo.

—Es normal que tengas miedo, niña. —Suspiró con seriedad—. Hellen, necesito que entiendas algo. Él es un canalla. Ha hecho cosas que no son dignas de un buen hombre, aun así, no creo ni que sea consciente de ello. —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Creo que puede cambiar y si lo hace, date por segura de que nunca te arrepentirás.

Jane le dedicó una mirada inquisitiva, como si albergara algo en su consciencia que ella no alcanzaba a entender.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque cuando los hombres se dan cuenta de lo vacíos que han estado sus corazones durante toda su vida y descubren una nueva felicidad, valoran aún más a la compañera que se la brinda.

—¿Entonces crees que debería darle una oportunidad?

Su amiga ladeó la cabeza, titubeante.

—Sí, pero con cautela. No te entregues completamente hasta que veas un cambio real. Mantén tu corazón protegido, pero no cierres la puerta.

En ese preciso momento, el padre Elliot entró en la habitación con paso enérgico.

—¡Jamás he visto a nadie más atolondrado! —exclamó mirando al techo como si hablara a alguien imaginario.

Hellen sonrió a Jane y le susurró al oído:

—Gracias, Jane. Prometo ser cuidadosa.

—Confía en tu instinto. Y recuerda, siempre estaré aquí para apoyarte.

Jane le dio un apretón de manos alentador antes de levantarse, haciendo que Elliot se percatara de que no estaba solo.

—Oh, estáis aquí. —El cura se fijó en Hellen. Seguro que notaba el enrojecimiento en sus ojos, pues era evidente que estaba afectada por algo y temió un interrogatorio por su parte, sin embargo, calló—. Ian Kelly me pidió de muy mal talante, pues todo hay que decirlo —agregó con hastío y un gesto desdenoso—, que te acompañara junto a su hermana y las señoras del castillo. Desean conocerte, Hellen.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? ¿Qué quieren esas mujeres saber de mí? —preguntó extrañada y algo alterada al conocer el enfado de ese hombre que la traía de cabeza.

El cura asintió, pensativo. Con seguridad, también estaba inquieto ante esa reunión.

Que la requirieran esas nobles no era menos tranquilizador que saber que Kelly no deseaba acompañarla. Esas mujeres le harían preguntas sobre su vida y ella tendría que mentir, algo que

odiaba hacer. Y si se excusaba diciendo...

—No puedes negarte, muchacha. Estamos aquí porque estos señores lo permiten; comemos de su mesa y dormimos bajo su techo. Tendrás que conocerlas —argumentó adivinando sus pensamientos.

—Pero padre, yo... usted sabe que... —No podía hablar, pues Jane, a su lado, aún no sabía su verdad. Estaba segura de que, tras haberle dado esta toda su confianza, se enfadaría con ella por haberle mentido sobre su origen. El remordimiento la corroía, era una herida abierta que empezaba a infectarse.

—Anda, mujer. Ve con ellas, lo pasarás bien. Además, el padre Elliot te acompañará y no existe nadie como él para inventar mentiras piadosas —animó su amiga con un guiño cómplice.

Elliot gruñó, contrariado y ella notó cierta suspicacia en la muchacha. ¿Por qué se había referido a las mentiras? ¿Sospecharía Jane que ella no era quien decía ser?

Respiró hondo, cogida del brazo del cura y, tras echar un vistazo rápido a Jane que mantenía una mirada sabia, salió camino de los jardines.

—¿Decía que el señor Kelly estaba alterado?

—Alterado, no, más bien furioso. No sé qué le habrá pasado, pero debía ser él quien la llevara ante las damas y me insistió que yo lo hiciera. Es un caradura. A saber, qué tendrá más importante que hacer, ¿sabe cómo llama a sus conquistas? Flores. Y él es su jardinero, claro está. Será sinvergüenza. Seguro que irá a meterse tras alguna falda inocente.

—Bueno, y no tan inocentes —dijo Hellen, sorprendiéndose a sí misma al defenderlo de esa forma, en lugar de censurarlo. El cura no le debatió y aprovechó para quitarse la duda que la carcomía—. ¿Le dijo a Ian que yo estaba loca?

—Oh, eso. —Elliot se ruborizó, algo que le resultó muy cómico en él, pues nunca lo había visto en esa tesitura, siempre tan seguro de sí mismo—. Puede ser que nombrara algunos episodios del convento...

—¿Qué le dijo? ¡Por el cielo! —clamó, escandalizada por su desvergüenza.

—Hellen, yo solo deseaba evitar que supiera la verdad, no creo que saber que está huyendo de su tutor sea lo más conveniente. Podría delatarla, vender la información... No me fío de ese hombre. Además, le di mi promesa de no contar nada y tuve que buscar una alternativa —contestó en voz muy baja.

—No, si al final Jane va a tener razón y es usted peor que un embaucador. No sé si es muy piadoso inventar historias.

—Hago lo necesario para salvarte, hija, como bien hice en el convento, y no me arrepiento.

—Y le doy las gracias por ello, padre —le dijo posándole un beso en la mejilla y dedicándole una sonrisa que sabía que lo derretiría.

—Me alegro de que lo comprendas.

Por un momento, antes de dejar los barracones atrás, le pareció ver una cabellera dorada desaparecer dentro de los establos y su corazón pareció saltarse unos pocos latidos. Volteó el rostro hacia el lugar. ¿Por qué guardaba la esperanza de verlo allí? Rechazó la idea, pues se dijo que lo habría imaginado. Él andaría, como dijo el sacerdote, tras alguna falda de ese castillo.

¿De verdad pensaba el padre que Ian sería capaz de delatarla por dinero? Después de escuchar su conversación con Acair en los establos, no le había parecido un hombre movido por la codicia. Iba a dejar un buen puesto militar para dedicarse al campo. ¿Por qué? ¿Se habría dado cuenta de que no era feliz con esa vida? Curiosa, se había asomado un poco tras la valla y se había sorprendido con su expresión soñadora mientras oía al mozo relatar su historia, como si lo envidiara de alguna forma. No, definitivamente, no creía que fuera ese tipo de hombres. Más bien, intuía que era una persona insatisfecha, un alma vagabunda en un mundo al que había llegado por azar, no por consagración y fe en lo que hacía.

Ian sería un canalla, pero no un traidor. Por algo sus hombres lo seguían fielmente. Eso era lo que había percibido entre su grupo: la confianza que tenían en él, sin discutir sus decisiones.

Con esa convicción dando vueltas en su cabeza, llegó a la zona ajardinada del castillo. Las flores formaban senderos a ambos lados. Los rosales trepaban por los muros de piedra y el almizclado aroma llenaba el aire. A lo lejos, se oía el murmullo de una fuente, cuya agua cristalina caía formando bonitos reflejos en un estanque. Los árboles frondosos ofrecían refugio junto a unos bancos a los lados y que decidieron usar en tanto que esperaban a las damas. Un pozo antiguo sobresaltaba entre tanta belleza, dándole un toque de candor en medio de tan sofisticada disposición. Asombrada, admiró el cuidado dedicado a esas flores. Su mano experta debía ser muy soñadora para crear un ambiente tan idílico.

El padre Elliot esperó sentado durante el tiempo que ella iba de flor en flor, oliéndolas y disfrutando de su embriaguez aromática. La acompañaba el precioso canto de los pájaros y sin darse cuenta, llegó hasta el pozo. Este le recordaba a los que tenían en Connecticut

—Mamá, mira lo que estoy haciendo, necesito tanto una de tus riñas.

—No creo que su madre vaya a contestarle desde ahí abajo, querida.

El sobresalto al oír esa voz fue tal que casi se da en la cabeza con un hierro al incorporarse de golpe. Al volverse, se encontró con una mujer preciosa, de cabello castaño dorado semi recogido y ojos azules muy vivarachos. Por su vestimenta tan elegante debía ser una de las damas que deseaba conocerla. La fascinó la combinación del brocado ocre con filos plateados sobre una base de tafetán cálido, aún más claro. Parecía un ángel esplendoroso entre ese paisaje floral. De repente, un movimiento tras ella llamó su atención y dirigió su vista por encima de su hombro, descubriendo al culpable de sus últimos dolores de cabeza.

Ian Kelly mostraba una sonrisa tan divertida que se preguntó si era verdad que ese hombre se había despedido de ella de forma tan brusca. ¿Habría olvidado la discusión que habían tenido? La mujer vio cómo lo reconocía y se dirigió a él.

—¿Nos presentas, Ian?

Él dio un paso al frente, mostrando una seriedad que no alcanzaba sus ojos.

—Por supuesto. —Cautivó a Hellen con una fijeza que la hizo temblar y prosiguió—. Señora McLeod le presento a la señorita Smith. Señorita Smith ella es...

—Oh, déjalo ya, no te pega ser tan estirado. Me exasperas. —Cortó la mujer con impaciencia. Se dirigió a ella con una gran sonrisa—. Encantada de conocerla, señorita Smith.

—El gusto es mío, señora McLeod. —Hizo una ligera reverencia, inclinando la cabeza y doblando las rodillas. La dama reparó en ella con sorpresa y echó un ligero vistazo a Ian. Hellen

comprendió que había cometido un terrible error. Sin percatarse, se olvidó del papel que debía interpretar y se dejó llevar por su innata jerarquía, saludándole como habituaba. Se mordió el labio, nerviosa, y contestó bajando la vista en señal de respeto. Con premura, probó a desviar su atención—. El padre Elliot me dijo que quería conocerme, mi señora. Llámeme, Hellen, por favor.

—Es usted deliciosa, Hellen, una flor más de este jardín —dijo echando una ojeada rápida a Kelly, quien sonrió a su vez—. Me alegro de que dejara ese convento, debería considerarse pecado ocultar tanta belleza tras esos muros. ¿Verdad, Ian?

Este no le contestó, no obstante, ese trato tan familiar hacia el guerrero llamó mucho la atención de Hellen. Se moría por alzar la vista para comprobar qué se fraguaba entre esos dos, sin embargo, aguantó con prudencia.

—Gra-gracias, mi señora. —El silencio incómodo se le hizo insoportable. Sabía que se había sonrojado mucho y contó hasta diez antes de atreverse a agregar algo más, si bien, la señora la interrumpió antes.

—Lamento haber sido indiscreta apareciendo inesperadamente, pero siento curiosidad, ¿hablaba con su madre en ese pozo? Y mírame, Hellen, por favor. No me gusta hablarle a tu frente.

El comentario le sacó una sonrisa. Agradecía cómo la trataba y levantó la vista al fin. No pudo evitar echar un vistazo al guerrero, quien tampoco ocultaba su curiosidad.

—Ella... Cuando era pequeña, mi madre me decía que, si metía la cabeza en un pozo y este me escuchaba, me atraparía en sus profundidades para la eternidad. Solo era una estúpida historia inventada para evitar que me acercara, ahora bien, fue muy efectiva.

—Entiendo. —La mujer cogió una de sus manos entre las suyas—. Debe ser duro estar lejos de ella, debe echarla mucho de menos.

—Murió cuando yo solo tenía diez años, mi señora.

Hellen tragó saliva ladeando la cabeza, todavía un poco afectada, como siempre que pensaba en su madre. El guerrero, impertérrito, la inquietó más. Quería huir lejos del escrutinio de esos dos y que, ridículamente, le resultaban tan parecidos.

—Oh, si estás helada, muchacha. Te prestaré un chal, lo dejé en el banco junto al padre Elliot. Ven, vamos a saludar a los demás, quiero presentarla.

—Será un placer —contestó con un hilo de voz, mirando al suelo.

Avanzó tras ella, quien iba disfrutando de cada flor, parándose a olerlas y comentándole lo mucho que le gustaban. Hellen presentía a Ian detrás, enorme e imponente. Involuntariamente, lo ojeó por encima del hombro y sus ojos chocaron de nuevo. Una oleada de calor la recorrió de pies a cabeza al descubrir una intensidad inesperada en él y, avergonzada, regresó la vista al frente. Irguió su espalda y caminó muy rígida, sintiendo esa energía cada vez más fuerte sobre ella.

Por fin llegaron con el grupo y Hellen suspiró, aliviada por poder concentrarse en otra cosa.

XVII



La tarde resultó muy entretenida. La señora McLeod tras echarle su chal por los hombros, le presentó a las otras dos damas, la señora McEwen, dueña de la fortaleza y a la esposa de su sobrino y futuro *laird* de su clan, la señora McCain. Le resultó extraño que otro que no fuera el esposo de su propia hija no fuera el heredero de ese clan, pero eso no era de su incumbencia.

Fueron muy amables, le gustó tratar con ellas y comprobar que no eran altaneras como había imaginado. En Londres, las damas no eran tan cercanas. En cambio, estas eran divertidas e incluso, se interesaron por su decisión de dejar el convento. Hellen, ayudada por el padre Elliot, consiguió salir del aprieto con facilidad, hasta que una de ellas preguntó algo que no cuadró en la maraña ideada por el sacerdote.

—¿Y dónde se dirige ahora, Hellen? —preguntó la señora McCain muy interesada.

Hellen iba a contestar, pero, el padre Elliot se le adelantó.

—La acompañaré hasta Glasgow, junto a sus padres.

—Oh, creía que su madre había muerto, Hellen —comentó Julie confundida.

Elliot, sorprendido por esa aportación desconocida, titubeó antes de objetar de nuevo, muy resuelto.

—Desafortunadamente, fue así, cuando la perdió decidió ingresar en la Orden. Su padre volvió a casarse con otra mujer y ella pudo dejar el hogar para dedicarse a la contemplación del Señor, ¿verdad, querida?

Hellen no era capaz de abrir la boca, pues el temor a ser descubierta la había embargado. Julie, perspicaz, prosiguió indagando con expresión aún más desorientada.

—¿Cómo? Hellen dijo que perdió a su madre a los diez años, no sabía que las niñas pudieran ingresar tan pronto en una Orden, además ya sería monja a estas alturas y no una novicia como nos contó, padre.

—Oh, desde luego que no, señora McLeod, eso sería imposible. —Elliot titubeó, el sudor perlaba su frente. Hellen se apretó el chal sobre sus hombros, resignada a digerir cómo, poco a poco, esa mentira iba cayendo por su propio peso—. Hellen..., como les conté, solo ha estado dos años en el convento. Ella tras la muerte de su madre...

Hellen notó cómo sus piernas le temblaban y se tambaleó un poco. Sin esperarlo, Ian la sujetó

por los hombros con firmeza, llamando la atención de todos.

—¿Se encuentra mal, señorita Smith? —Hellen asintió, aturdida—. Julie, deberías dejarla tranquila —le reprochó Ian a la dama con esa familiaridad abrumadora y, ridículamente, protectora. Luego, se dirigió a Hellen con gravedad—. La acompañaré a los barracones si se encuentra indispuesta, señorita.

¿La estaba ayudando a salir de ese aprieto? ¿Y por qué no se avergonzaba de dirigirse a esa dama de esa forma tan irrespetuosa? Aun así, no desaprovecharía la ocasión de librarse de ese entuerto. La expresión de Elliot era la de un ratoncillo acorralado y la de las señoras eran de preocupación. Seguro que ese cura ingenioso inventaba alguna historia creíble sobre su pasado, se valía el solo para salir airoso del tema.

—Se lo agradezco, señor Kelly, pero no hace falta que me acompañe, puedo ir yo...

—Insisto, señorita.

Sin darle opción a volver a negarse, Ian se aproximó a su lado y la agarró con firmeza del brazo. La señora McLeod abrió la boca, atónita, y no le dio tiempo a decir nada, pues él tiró de ella obligándola a alejarse del lugar.

—Buenas tardes, señoras.

Eso fue lo único que le dio tiempo a decir para despedirse. Ian la arrastraba ya fuera del jardín de forma decidida y sin derecho a réplica. Su frustración por hacerla sentir tan débil pudo más que el ardor bajo ese brazo musculoso que la sostenía, y se soltó de un tirón.

—Puedo ir sola, señor. ¿Piensa que no tengo derecho a elegir? —inquirió dando grandes pasos para alejarse de él. Ya no le temblaban las piernas, la ira había ganado la batalla al miedo.

—No cuando se es una dama clandestina. Ni siquiera ha podido engañar a Julie, y eso que ella no conoce las costumbres innatas de una dama. Hasta un tonto se daría cuenta.

Se detuvo de golpe. No esperaba aquello y se notó tan frenética que apenas podía balbucear una palabra. Respiró profundo, mientras buscaba con urgencia una vía de escape. Esperaba con el ceño fruncido una réplica y se cruzó de brazos, impaciente.

—¿Julie? ¿No cree que se toma demasiadas libertades con esa señora en público? Es la esposa de su *laird*, por Dios. No tiene vergüenza —acusó con fuerte acento americano que no pasó por alto este, levantando una ceja.

—No intente desviar el tema. Me ha escuchado alto y claro. ¿Qué esconde, Hellen? ¿O cómo debería llamarla? Puede que tampoco sea ese su verdadero nombre. Por cierto, que yo sepa, no era su padre quien la esperaba en Glasgow, sino una tía, según nos contó ese cura liante.

—Déjeme en paz, no sabe ni lo que dice. Es tan ridículo, señor Kelly. Usted que me tomó por loca, luego bruja y ahora piensa que me encubro bajo otra identidad. No sé yo quién es más desquiciado aquí.

Hellen echó a andar de nuevo. Estaba desesperada y sin fuerzas para enfrentarlo por más tiempo. De súbito, la agarró del brazo con tanto ímpetu que casi la hizo caer. En un instante, se halló envuelta entre sus brazos. Su boca estaba tan cerca de la suya que sus labios casi se rozaban. Su aliento dulce la embriagó al percibir un aroma a menta y especias. Su corazón latía desbocado, y todo lo demás dejó de existir. La tensión entre ellos era tan palpable. Tuvo miedo al

darse cuenta de que lo deseaba con desesperación.

—Lo hice y sigo manteniéndolo, solo a una loca se le ocurriría atravesar un país acompañada únicamente por un sacerdote. Jamás una sierva podría actuar igual que una reina si no fuera innato. —Calló para estudiar su rostro con una pasión sobrecogedora que la abrumó—. Solo una bruja puede hipnotizarme con esos ojos tan profundos en los que me perdería para siempre. Hellen, yo...

Oírlo decir su nombre con esa pasión fue tan emocionante que contuvo el aliento, y se asustó de lo que su piel anhelaba. Con deleite, notaba que su cuerpo se amoldaba al suyo. Percibía su calidez, su dureza y contención. Sin remedio, la arrastraba con él... Y, entonces, desconfió.

—¡Lo confieso! —Ian parpadeó, aturdido—. No provengo de ninguna familia noble, como tampoco poseo un nivel adquisitivo cualquiera. No obstante, siento no poder compartir con usted mi verdadera razón de por qué hago lo que hago. Me iré de aquí hoy mismo, creo que es lo mejor. Usted está desatado y yo... confundida. Ahora suélteme, por favor. Ya le advertí que no soy otra más de sus conquistas...

—¿Confundida? —Hellen cerró los párpados para evitar la tentación, esa sonrisa era arrogante e irresistible—. Abre los ojos, mujer. No te soltaré hasta que me mires. —Ella obedeció al instante, le encantaba deleitarse en ese rostro engreído de ojos de color del cielo—. No dejaré que te marches de mi lado hasta poder amarte. Mueres porque te bese tanto como yo agonizo por hacerlo. Nunca lo he deseado tanto. Serás mía, flor.

De repente, oír que la nombraba igual que a una de sus fulanas la sacó de ese ensueño en el que volvía a caer sin remedio y, conducida por la decepción de ser embaucada por ese embustero, lo empujó con todas sus fuerzas, deseando zafarse. Al no lograrlo, recordó las palabras de Jane y lo mucho que había sufrido su madre por dejarse engañar por un canalla.

—No, no soy una de sus flores. Yo soy una mujer decente y usted no podrá tenerme, porque es un canalla, un libertino, lo que sea, pero no es lo que yo busco. Solo me entregaré al hombre que me ame de verdad. Usted, Ian, no sabe ni jamás sabrá lo que es el amor, porque solo se quiere a sí mismo. Es egoísta, es incapaz de amar a nadie más que a su propio ego. No cree en el sacrificio y la entrega a otro. Nada más busca satisfacer sus propios deseos, sin importar a quien lastime. Pero yo, merezco algo más, algo como lo que tuvo mi madre, algo real y profundo. Y eso, usted nunca podrá ofrecérmelo. Aunque no soy quien cree, merezco, sea quien sea, ser feliz con un hombre que me ame, y no que me use para cualquier fin que le apetezca. —Respiraba acelerada, el pecho subía y bajaba sin pausa, y, por un segundo, creyó desfallecer mientras él la sostenía, impávido ante sus palabras. Sus ojos brillantes delataron su emoción y contuvo, con gran esfuerzo, las ganas de arrancar a llorar a la vez que oían risas a su alrededor—. Déjeme ir, por favor. Nos miran.

Al oír aquello, aflojó su agarre. Poco a poco, la dejó libre. Apretaba los labios y mantenía una expresión triste en sus ojos que no supo descifrar. ¿Desilusión, tal vez? ¿Derrota? No lo sabía, pero ese muro que se había impuesto entre los dos la hizo sentir desnuda. Se abrazó a sí misma con fuerza y rompió a llorar. Estaba indefensa ante ese hombre al que había mostrado su alma.

—No llores, por favor. No puedo verte llorar. Prefiero que me sigas gritando lo horrible que te parezco a verte sufrir así —le dijo Ian, como un niño perdido con los puños apretados a los costados.

Pero era imposible parar, sacudió su cuerpo en sollozos incontenibles, parecía que solo así podría liberar a su corazón del dolor que padecía por despreciarlo. Era un dolor profundo, semejante a si renunciara a una parte de sí misma. No lo entendía, no sabía qué significaba aquello, pero era insoportable.

Inesperadamente, Ian la alzó en brazos. No luchó, pues se sintió en paz a pesar de la reticencia de su mente. Se notaba tan desvalida que acabó refugiándose en su pecho igual que cuando era una niña pequeña y su padre la mecía entre sus reconfortantes brazos. La besó en la frente y la apretó contra su pecho.

—Estás a salvo conmigo, mi amor, aunque te empeñes en huirme. Respetaré tu decisión y me mantendré lejos de ti. No quiero dañarte, Hellen, antes me arranco el corazón, ese que crees que no poseo. Por favor, confía en mí. No voy a hacerte daño.

Ian notó su conformidad en su abrazo y comenzó a caminar con ella hacia los barracones. De pronto, oyó vítores y aplausos a ambos lados de la calle. Ian, severo e impasible, parecía no oírlos. Sumida en la confusión, se atrevió a alzar un poco la cabeza para ver qué sucedía. Hombres con sonrisas de oreja a oreja, mujeres mostrando sorpresa...

¿Aquello podría estar pasando o lo soñaba? Lo felicitaban por... ¿Qué imaginaban que estaba sucediendo? Se refugió otra vez en su pecho y cerró los ojos, muy avergonzada. No quería saber, no quería pensar... Quería desaparecer.



«¡Mallaichte gu bràth mo dhàn!»⁵, pensó mirando al cielo mientras llevaba entre sus brazos a la que acabaría con su vida si seguía de esa manera.

Un rasguño de espada nunca escocería tanto como la herida que había sufrido su corazón. Porque, pese a que le doliera admitirlo, esa mujer había llegado hasta él, se había metido bajo su piel y lo había dañado sin compasión.

Los vítores de sus hombres daban a entender que se llevaba a esa muchacha a su guarida para disfrutarla y eso le molestaba, sin tampoco entender por qué. Siempre se había jactado de sus conquistas, dentro y fuera del campo de batalla. Que lo consideraran el mayor libertino significaba un orgullo para su hombría y debía alegrarse por que siguieran pensándolo, aunque por dentro no fuera así. Se sentía hundido, derrotado al evocar esas palabras arrojadas con el más desgarrador desconsuelo: *Merezco algo más, algo como lo que tuvo mi madre, algo real y profundo. Y eso, usted nunca podrá ofrecérmelo.*

No, en definitiva, no podría ofrecérselo, él no era un hombre de una sola mujer. Su interior se avivaba con cada conquista, era adicto a ellas. El amor para él era el mejor goce bajo las sábanas y nunca podría llevarlo a la vida rutinaria, pues su aliciente era disfrutar de lo prohibido. Jamás podría tener una esposa porque odiaría engañarla, o hacerla sufrir por no poder respetar esos votos de conciencia tan absurdos.

Mas si una esposa lo consintiera... No, una mujer nunca lo haría. Las mujeres eran posesivas

cuando del corazón se trataba, se volvían celosas, irracionales e insoportables. Acabaría abandonándola y volviendo a la vida militar, donde gozaba de ser el rey de los virtuosos en ese campo del amor indecente.

Entonces, ¿por qué le lastimaron tanto esas palabras? ¿Por qué pensaba que eran injustas? Tenía razón, sin embargo, le dolía que lo juzgara con tanta dureza sin apenas conocerlo. Todo era contradictorio en su cabeza, a pesar de que ella llevara razón. En la vida podría amarla de esa forma y, con todo, le desgarraba saber que guardaba una opinión tan frívola de él.

«A *Dhia, cuidich mi!*»⁶, volvió a rogar al cielo en busca de paz, pero no la halló, en cambio, notó aún más pesar.

Sus mejillas, demasiado pálidas, habían perdido toda esa salud que irradiaba cada vez que se avergonzaba por algo, y que le enternecía tanto. Por alguna razón incoherente, necesitaba verla feliz y eso era tan absurdo. Semejante a ese enfado que lo llenaba al oír esos aplausos. Su cabeza era un caos, su corazón estaba punto de explotar en su pecho debido a tanta emoción y sus pies avanzaban lentamente para alargar ese momento de sentirla entre sus brazos, pese a que fuera perdida en esos pensamientos dañinos hacia él.

En tantos años de batallas y duras luchas, jamás había sentido algo tan intenso y pensar que esa mujer se iría lejos como había sugerido, se le hacía insoportable. No lo permitiría, de ninguna manera ella partiría hacia tierras lejanas sin escolta para ser violada y maltratada en cualquier instante.

Un escalofrío lo recorrió ante aquella posibilidad. En consecuencia, recordó la conversación entre Jane y Hellen y que oyó, a escondidas, tras la ventana de su habitación. No debió hacerlo, pero no pudo resistirse a la tentación. Disimuló estar tomando el sol apoyado sobre la pared y puso atención:

—*¿Te... forzaron, mi niña? Solo contesta con la cabeza, ¿de acuerdo? ¿Fue un hombre?*

Silencio, un leve jadeo, un siseo tranquilizador. Ian casi muere allí mismo aguantando las ganas de entrar y poder interpretar ese vacío. Luego, siguió oyendo.

—*¿Te...?*

—*No llegó a forzarme, Jane. Pero me hizo mucho daño.*

—*¿Te pegó? ¡Malnacido!*

Sollozos.

Tras oír aquello un gélido sentimiento de venganza lo traspasó. Cada sollozo de Hellen retorció sus entrañas. ¿Quién sería tan mezquino de dañar a esa flor? Ella era tan pura e inocente. La percibía tan indefensa ante todo... De súbito, recordó su desvarío esa misma mañana al casi desmayarse. O cuando se retorció en sus brazos y por poco pierde la cordura tras su discusión al encontrarla fisionando en las cuerdas. Su reacción era ese fuerte afán de supervivencia a sobrevivir a esa pesadilla, la cual se había manifestado por su culpa, por su falta de decoro, por querer forzar una situación. Se sintió tan mal consigo mismo que tuvo que huir. No pudo soportar escuchar más esa conversación íntima y que no tenía derecho de conocer.

Tras eso, se explicaban tantos comportamientos violentos por parte de ella. ¿Sabría ese cura lo que había sufrido y por eso la protegía tanto? Podía ser, no obstante, esa muchacha no parecía ser de las que guardaban sus demonios.

Cuando se encontró con Elliot le pidió, sin mucho agrado, que le comunicara el deseo de las damas de conocerla. Todavía, después de haber oído aquello tras la ventana, no se sentía preparado para enfrentarla. Era incapaz de soltar una palabra que no fuera una injuria en contra de esos macabros hechos que acababa de averiguar. Se refugió dentro de las cuadras junto a Acair que parecía ser un hombre razonable y centrado. Esas eran unas cualidades que en ese momento precisaba más que nada. Desde allí pudo ver el beso tierno en la mejilla que le dedicó al cura y, sin entenderlo, lo envidió como nunca creyó hacerlo. La escena le provocó una punzada en el corazón, una mezcla de celos y anhelo que no había experimentado antes. Inmóvil, observó cómo ella le sonreía con una calidez que parecía iluminar todo a su alrededor. Comprendió que tenía un profundo deseo de ser el destinatario de ese afecto. Aquello fue revelador, y a pesar de saber aquello, cometió otra vez un error imperdonable. Querer poseerla a toda costa, sin importarle sus sentimientos, su miedo y su inocencia.

Fergus tenía razón. Ella no era igual que las mujeres a las que acostumbraba a tratar. Ella era una inocente niña que se aferraba a su creencia de encontrar un amor verdadero entre tanta mierda. Él no tenía derecho a arrebatarle esa ilusión, él era la mierda.

A pesar de todo, el dolor de su corazón luchaba contra su cuerpo, que lo empujaba hacia ella como nada que hubiera conocido. No. La dejaría y la respetaría.

Se detuvo delante de la puerta de su habitación. Ella refugiaba su rostro en su pecho y eso le produjo una ternura tan abrumadora que se asustó. Levantó su vista hacia él, extrañada. Tuvo que hacer de tripas corazón para no besarla. Dios sabía que su corazón reclamaba ese momento que no tendría, a pesar de desearlo con todas sus fuerzas. En cambio, solo pudo decirle unas palabras que salieron solas y sin contención:

—Lo siento mucho, Hellen. No volveré a obligarte a hacer algo que no quieres.

Las lágrimas de Hellen asomaron a sus ojos, amenazando con derramarse como un río embravecido y él casi muere de pena al presentirlo.

Justo, Jane abrió la puerta al escuchar los gritos y aplausos en la calle. Al descubrirlos, exclamó muy alterada.

—¡Qué le ha ocurrido! ¡Niña! ¿Estás bien?

Ian entró en dos zancadas y Jane los siguió. Seguidamente, la depositó con cuidado sobre su jergón y salió dando un gran portazo.

—¡Callaos, malditos necios! Ella es una mujer decente, ¿me oís? ¡Decente! —gruñó y huyó de allí como alma que persigue el diablo.

XVIII



Pasaron las horas como días, refugiada sobre su jergón. Las lágrimas eran incontenibles al sentir la pena inundar su corazón. No deseaba ver a nadie, ni conversar. Ni siquiera con Jane, que se afanaba en mostrarle su cariño fraternal. Ella sería una buena madre, tan protectora y dulce. Ojalá pudiera cumplir su sueño de criar preciosos niños para poder profesar ese amor que albergaba en su interior.

—¿Estarás bien a solas, Hellen? Tengo que ir con Ronald, me esperaba hace ya un buen rato, quería contarme algo importante según él. Espero que no sea lo que pienso, desde que practicamos esos trucos está viviendo un segundo enamoramiento... Igual que yo —reconoció sonrojada, a la luz anaranjada de una vela.

—Ve, Jane. Estoy bien. Gracias por tu devoción.

—No debes dárme las, niña. Sabes que disfruto de estar contigo.

—Claro y soportar mis lloriqueos —dijo con tono culpable.

—No seas tonta, llorar forma parte de la vida, como reír y amar, odiar y sentir. Todos esos momentos me ayudan a conocerte.

El remordimiento por haberle mentado, la corroyó y notó un nudo grande en su garganta.

—Prometo que, antes de despedirme de ti, conocerás todo. Te debo mi libertad y no mereces que te oculte la verdad. Solo te pido que tengas paciencia, Jane.

—Siempre he sabido que ocultabas algo, eres transparente, como yo también lo soy. Pero ¿alguna vez te he preguntado por eso? Te escucharé cuando sea oportuno, igual que si decides no contármelo, de cualquier forma, estaré contigo. —Jane le sonrió con sinceridad y apretó su mano—. No tardaré en regresar.

Un segundo después oyó la puerta cerrarse y aprovechó para incorporarse. Desde que llegaron esa mañana todavía no había tenido un rato a solas para adecentarse y seguro que pronto alguien entraría. Estaba acostumbrada a compartir su habitación, pero con otra mujer, no con tres hombres, además. Era una situación incómoda y que no apreciaba en absoluto.

Cogió una jofaina y derramó el agua en ella. Necesitaba eliminar los restos de sal de su cara por tanto llanto. Notaba sus párpados hinchados y su nariz enrojecida, la cual le escocía por el roce con el pañuelo. Por fin pudo desanudarse la tela que llevaba atada a la barbilla. Notó libres

los mechones rebeldes y los peinó con los dedos. Su cabello era un desastre, tan alocado y corto. Se estudió en el pequeño reflejo que colgaba en la pared y se deprimió aún más al comprobar su cabeza ultrajada. Ni siquiera con el precioso vestido que guardaba en su bolsa lograría estar bella y femenina. Con prisa, corrió a asearse. No quería dejar su vergonzosa apariencia a la vista por mucho tiempo.

Cerró los ojos y lavó su cara con dicha. Notó el agua fría sobre la piel de su rostro, aliviando y llevándose con cada gota un poco de su angustia, dejándola más tranquila y renovada. Por un momento, olvidó sus preocupaciones y disfrutó de ese instante de paz. Mojó su cabello desde la raíz hasta la punta, dándose el lujo de sacudirlo como un perro. Siempre le había parecido divertido hacer eso, tal vez era lo único que le gustaba de tenerlo tan corto. Mojó sus mejillas por última vez y con su delantal las secó, ya más calmada.

Buscó su reflejo otra vez en el espejo con la esperanza de ver una mejoría, aunque había conseguido poca cosa y resopló, insatisfecha.

—Por mucho que quieras, el agua no podrá borrar tu horrendo aspecto de espantapájaros.

Una voz femenina detrás de ella la sobresaltó y se volvió con rapidez. Delante de ella se encontraba la mujer que hacía los favores más vedados a Ian Kelly. Era bonita, tenía que admitirlo, pero la expresión de asco que le dedicaba no le agradaba nada.

—¿Qué hace aquí? —preguntó sin responder al insulto. Apretó con fuerza el delantal en sus manos, conteniendo su carácter, traicionero.

—¿Qué hago yo aquí? Me parece que tengo más derecho que tú a estarlo —contestó soberbia, dando un paso al frente—. ¿Sabes? No me ha gustado lo que ha llegado a mis oídos —concluyó con tono amenazante y negando con el dedo.

—No sé qué quiere decir, señora...

—Rosaleen, no olvide mi nombre. Soy la favorita de Ian y tú no eres más que una fea con la que seguro está por pena. Pareces un espantapájaros.

Le hirvió la sangre. Esa mujer la acusaba y la insultaba injustamente. Estaba tan concentrada en reprimirse para no arrancarle uno de sus mechones dorados y dejarla como el espantapájaros que decía que era, que no se percató de que la puerta se abrió detrás.

—Creo que se confunde. No sé qué habrá oído por ahí, pero le aseguro que no estoy con ningún hombre y menos lo estaría con Ian Kelly. —Dando un paso adelante y con los puños blanquecinos, se colocó justo a un palmo. Prosiguió con marcado acento norteamericano—. Si yo soy una espantapájaros, usted es una pájara que pía demasiado. Así que salga de aquí ahora mismo si no quiere que le deje sin pico, *Rosaura*.

La mujer no esperaba que la enfrentara así y retrocedió un paso, titubeante. Aun así, pronto se recuperó y con el rostro transformado por la ira, contraatacó, levantando un puño hacia ella. Hellen no lo vio venir, no obstante, una mano inesperada atrapó el puño en el aire, evitando que impactara contra su rostro. Hellen retrocedió asustada y, apoyada en la mesa que tenía tras ella. La figura de Ian Kelly había aparecido de la nada y retorcía el brazo de la rubia tras su espalda, reteniéndola contra él. Esta gritaba desquiciada.

—Suéltame, Ian. Voy a matarla, me insultó, la muy bruja...

—¡Basta! Tú lo hiciste primero, lo oí todo, maldita seas.

—Pero...

—No hay peros, nunca más. Hablé contigo muy claro, y no escuchaste. No quiero verte cerca de ella ni tampoco te atrevas a dirigirme la palabra —manifestó, dejándola libre.

—Tú me deseas, Ian. No volveré a acercarme a ella si es lo que quieres, pero no me dejes así, por favor. —Le echó las manos al cuello con desesperación. Su rostro reflejaba su impotencia.

—Te advertí que no tengo favoritas, Rosaleen. No debiste venir aquí. ¡Fuera! —gruñó con rabia, librándose de su abrazo y empujándola hacia la puerta.

Ella, antes de salir, se detuvo. Hellen pensaba que iba a decirle algo al guerrero, en cambio, se dirigió a ella con cara amenazante y emitiendo un siseo como el de una serpiente que le puso los pelos de punta. Luego, al ver que Ian avanzaba hacia ella, abrió la puerta y corrió afuera, tropezando con Jane, que en ese momento se disponía a entrar.

Hellen temblaba con la vista fija en la salida. Jane, que adivinó la intención de Ian de acercarse a ella, con rapidez, se interpuso entre los dos.

—Creo que deberías irte, Ian. Yo me ocuparé de ella. Creo que hoy ya has hecho suficiente.

Sus ojos chocaron con los de él. En ellos se reflejaba un dolor tan profundo que no esperaba. Iba a darle las gracias, cuando este salió sin darle tiempo a pronunciar palabra.

Ian no regresó por allí en lo que quedó de tarde, ni siquiera apareció para cenar o dormir. Cada pisada en la calle o cada mínimo ruido hacía que le diera un vuelco el corazón. No conseguía conciliar el sueño. Aunque agotada, estaba nerviosa con lo acontecido, la jornada más larga e intensa de toda su vida. ¿Cuántas cosas podían suceder en un solo día? Absolutamente, todo circulaba alrededor de ese hombre que había vuelto su mundo patas arriba y la llevaba a la locura. Había revivido dos episodios con su pasado, había mentido más que un ladrón, se había hecho pasar por bruja, loca... había llorado y reído como nunca, y lo peor de todo, sospechaba haberse enamorado. ¿Podía ser eso posible?

Oía roncar a Elliot a pierna suelta, cosa que no la ayudaba nada. Gimió al recordar el relato que contó a las damas, diferente al que mantenía en un principio. Nadie saldría mal parado si Ian no abría la boca, como parecía haber hecho. Y a saber qué más había inventado ese cura liante, cuando se fue de su lado.

Cerró los párpados de nuevo, rogando por lograr tranquilizarse, pero nada. Debía de reconocer que la ausencia de ese hombre la tenía muy inquieta y sus pensamientos desembocaban siempre en él. Harta de dar vueltas sobre el jergón, se levantó sin hacer ruido. La sábana colgada del techo ocultaba su figura envuelta en el horrible camisón blanco que le habían proporcionado en la Abadía. Deseaba con todas sus fuerzas deshacerse de él, pero hasta que no llegara a Glasgow no compraría algunas prendas. Una vez allí, se presentaría como una noble viuda y, a pesar de no tener doncella, compraría el primer pasaje que saliera hacia Norteamérica. Seguro que ya en su tierra, le sería más fácil llegar a su hogar. ¿Cuánto quedaba para esa fiesta de la Estrella? Tres o cuatro interminables días para partir hacia lo desconocido y una libertad esperanzadora por delante.

Se echó el chal de la señora McLeod sobre los hombros.

«Julie, para ese canalla al que parecía conocer bien», pensó con retintín en su cabeza, y salió con cuidado afuera.

No pensó que el frío cortaría su piel de aquella manera y al instante se arrepintió de haber salido. Sopesó regresar, sin embargo, ahuyentó rápidamente la idea al pensar en las cien vueltas que le esperaban sobre ese jergón.

Se apretó con firmeza el chal y se dispuso a dar un corto paseo que aclarara su mente de tanta tensión. Avanzó por la calle oscura iluminada por una gran luna. Iba pendiente a cualquier movimiento o ruido, y a la mínima correría como un ratón asustado.

No era buena rastreadora, pues al haber caminado unos pocos pasos la sobresaltó la voz grave y cavernaria que ya conocía tan bien.

—¿A dónde va a estas horas? ¿Es que no me va a dejar ni descansar un momento?

Hellen alzó los ojos al cielo, implorante. ¿Por qué no se había quedado rodando sobre el lecho caliente y nada peligroso? Su corazón latía con fuerza, alterado por el susto, y contrastaba con la absurda alegría que la inundó al descubrirlo. Preocupada por su rara posición en el suelo, se acercó a ver su estado.

—¿Se encuentra bien, señor Kelly?

—Vaya, creo que es la primera vez que me hace usted esa pregunta. En cambio, yo he podido repetírsela cincuenta veces hoy. ¿Está usted bien, señorita? ¿Se encuentra feliz, señorita? ¿Le parece bien que le pregunte otra vez si se encuentra bien, señorita?

Las carcajadas siguieron a esa perorata de estupideces. Sin poder evitarlo, sonrió, contagiada por su simpática bobería, aun así, quiso ocultarlo tapando su boca.

—Ha sonreído, la he visto, no intente disimular —le dijo con una sonrisa que derretiría al mismísimo demonio. De repente, su rictus se puso serio y entrecerró los párpados—. No debería ir por ahí en camisón, señorita. Da a entender cosas inequívocas.

Fue ella la que rio.

—Y usted está borracho y no debería estar ahí tirado con este frío —afirmó echando un vistazo a la botella que descansaba a un lado—. Creo que ya dimos a entender demasiado y por mucho que lo rebatamos no podremos arreglarlo, señor Kelly.

Él volvió a sonreírle con esa expresión tierna y de nuevo notó el pellizco en su estómago.

—Siento lo de Rosaleen. No debería haber ido a verla como tampoco tenía derecho a insultarla.

Hellen se encogió de hombros y paseó delante de él, ensimismada.

—No me importa mucho, la verdad. Esto —señaló a su alrededor—, no me importa, señor Kelly. Pronto partiré y ya nunca volveré, quedará en el olvido en unos días. —Él gruñó y se detuvo a observarlo—. ¿Por qué gruñe? ¿No entiende que sea así?

—Entiendo que quiere suicidarse, señorita. No es tan fácil cruzar sola las Highlands...

—Iré con el padre Elliot —argumentó con las manos en jarras.

—No sobrevivirán, es muy peligroso. ¿Merece la pena arriesgarse de esa forma? Yo podría buscarle una escolta si me da algo de tiempo...

—No es necesario, lo lograremos.

—Es una necia si piensa así. ¿Tanta prisa tiene en partir? ¿De qué huye, señorita... Smith?

—¿Otra vez con esas? —contraatacó, alterada—. Solo quiero llegar a mi hogar para estar con mi familia, ¿es tan difícil que le entre en esa cabeza hueca?

—¿En Glasgow? Usted no es escocesa, ni tiene una tía escocesa. —La ansiedad de Hellen iba en aumento, pues ese hombre sabía bastante más de lo que ella pensaba—. No tengo dudas, señorita. Si yo tengo la cabeza hueca, usted miente más que habla. A mí no me engaña, así que no se esfuerce —replicó tratando de ponerse de pie, aunque cayó sin remedio al piso y siguió allí.

—No se entrometa en mis planes, se lo advierto.

Ian consiguió ponerse en pie al fin a base de tropiezos y Hellen retrocedió un paso.

—Iré con usted.

—¿Cómo? —Negó con la cabeza reiteradamente—. Creo que necesita despejarse. La bebida le hace decir muchas tonterías, señor Kelly.

—Estoy ebrio, como además hablo en serio. Los acompañaré hasta Glasgow con unos cuantos de mis hombres.

—No. No puede interferir...

—No lo haré, no se preocupe. La acompañaré en la distancia, ni siquiera notará nuestra presencia.

Hellen resopló. Como si fuera tan fácil ignorarlo. Pensar que lo tendría tras su nuca le puso los pelos de punta. Sus ojos se cruzaron un instante, y le dedicó esa mirada pecaminosa que siempre la sobrecogía. Por mucho que lo rechazara, en el fondo le gustaba, la hacía sentirse menos espantapájaros. Solo entonces se percató de que había olvidado colocarse el pañuelo y se llevó la mano al cabello.

—Está temblando, señorita —dijo avanzando hacia ella, ansioso.

—Tengo frío, señor Kelly. Debería volver...

Hellen no retrocedió. Sus pies se hallaban clavados en el suelo como si estuvieran pegados con resina, estaban tan cerca que casi podían percibir sus cuerpos rozarse. Levantó el mentón, entreteniéndose en su torso grande e imponente. Su camisa abierta dejaba al descubierto una V con hilos de oro asomando bajo ella, tan delicados que luchó contra la tentación de comprobar los suaves que parecían ser. Su mirada, igual que una caricia, ascendió por su garganta, donde la nuez, subía y bajaba en un baile lento y sensual. La barba crecida y dorada le daba un aspecto salvaje; los labios, entreabiertos, dejaban escapar el vaho almizclado de alcohol. Por un instante, paladeó el aroma con un agradable cosquilleo en la lengua. Al fin, tras apreciar el pesado aleteo de su helena nariz, enfrentó sus ojos. Parecían decirle tanto y a la vez ocultar profundos secretos, por los que tuvo una mezcla de curiosidad, temor y una gran atracción. A pesar de la locura del momento, estaba atrapada en ese juego peligroso de revelaciones prohibidas. Su pecho comenzó a subir y bajar con rapidez y, atraída por esa energía perturbadora, se pegó a él, buscando sus labios.

—Debería volver, señorita.

Hellen, retrocedió ante sus palabras, arrastrada por la perplejidad y enmudecida por la vergüenza de haberse dejado llevar por su magnetismo.

Sin más, se giró sobre sus talones y empezó a andar con la voluntad propia de un fantasma atormentado. Poco a poco aligeró el paso hasta terminar corriendo. Se detuvo frente a la habitación, apenas sin resuello, y cogió aire profundamente, procurando calmarse. No quería despertarlos con su respiración violenta. Comprobó que estaba sola y suspiró aliviada. Tras un breve descanso, entró en la estancia con cuidado de no hacer ruido, pasó tras la sábana y se acostó en su jergón, como si no hubiera pasado nada.

«Nada, no ha pasado nada», se dijo, cerrando los párpados con fuerza y mordiendo la manta entre sus dientes hasta notar el dolor insoportable en su mandíbula, que le era más fácil de sobrellevar que la frustración.

Tras un rato, intentando no pensar más en nada que no fuera el sonido de los grillos en el exterior, cayó en una oscuridad envolvente que la sumergió en el olvido tan anhelado.



La puerta se abrió y una sombra vacilante avanzó hasta el catre del fondo. Ian se tumbó bocarriba, mirando las vigas del techo iluminadas por la luz tenue que entraba por la ventana. Pero este no tuvo tanta suerte como los demás, le era imposible dormir sabiendo que a su lado se hallaba la causa de su desvelo, de su martilleador anhelo; una bruja a la que había rechazado besar, no por falta de deseo, sino por protegerla de su propia oscuridad. Su amor solo podía traerle más dolor que la felicidad a la que tenía derecho a vivir. Si la rechazaba, no tendría que hacerlo más adelante. Era mejor que ella no albergara sentimientos profundos hacia él. Prefería verla soportar el rechazo de un beso, que enfrentar el dolor de un amor falso basado en una fantasía idílica que dejara cicatrices hirientes. La protegería de él mismo con todo su ser, sacrificando su propio deseo y asegurándose de que estuviera a salvo.

¿Podía sentir algo más que deseo por ella? No lo sabía, aunque, tras vivir ese torbellino de emociones en tan poco tiempo, dudaba de sí mismo. Aun pensando que en ninguna circunstancia sería capaz de amar, asumió que el mayor acto de caballerosidad que podía ofrecerle era dejarla ir, a pesar de vivir el resto de su vida en la sombra de lo que nunca podría ser.

XIX



Tres días y tres noches pasó entre anhelos, suspiros a escondidas y ojeras delatorias. Tres interminables días de miradas fugaces cargadas de emoción, donde el peso de cualquier momento cerca de ella parecía llenar lo más insignificante. Despistado y muy cansado, era el hazmerreír de sus hombres, quienes bromeaban por cualquier cosa, relacionándola con una mujer y la poesía.

*Como una rosa fervorosa,
así me gusta encontrar a mi hermosa.*

*Como un roble me quiere ella,
más tieso que una rama de canela.*

*Ay, mi bella, ay, mi caliente damisela,
qué no haría yo por meterme entre su piel de seda.*

Risas y más risas explotaban en los comedores del gran salón. Al principio no reía con esas ridículas poesías, aunque poco a poco fue conviviendo con esas bromas, hasta acabar a carcajadas como el peor de ellos. Tenía que ser sincero; eran elocuentes, y ver inventar poemas a esa panda de animales, animaba al que más.

Pasaba los días entre militares, evitando toparse con esa bruja que le robaba la poca cordura que le quedaba. En consecuencia, su cabello blanquearía pronto a ese paso, pues cada segundo se le hacía eterno sin disfrutar de su presencia. Por mucho que quisiera, esa frustración autoimpuesta le pasaría cuentas, además de un dolor de hombría jamás soportado.

Había probado a desahogarse con alguna muchacha, sin embargo, su virilidad quedaba en entredicho en cuanto era consciente de que no le satisfacía su compañía, y Rosaleen, estaba más que descartada desde que atentó contra Hellen.

Ese desafortunado día casi comete la locura de echarla a patadas de su habitación, cosa que no hizo por mantenerse firme en su regla inquebrantable de no pegar a las mujeres.

Sus reglas... qué lejanas quedaban. ¿Qué quedaba del disfrute sin complicaciones cuando tenía una mujer complaciente entre sus brazos? Era tan absurda su apatía como verdad que, de un solo vistazo a esa bruja, se transformaba en un bruto semental, deseoso de tomarla en cualquier

esquina. Tal vez sus hombres no estuvieran tan equivocados y esa mujer hubiera penetrado de alguna forma sus defensas, rozando su corazón solitario y llenándolo de poesía.

Recordó a ese afeminado capataz cantándole a su hermana. Se carcajeó al recordar aquella propuesta tan «romántica». No se podía cantar peor y, a pesar de ello, cautivó a Audrey sin titubeos ni minucias.

Hellen entró en la sala y, rápidamente lo buscó con la mirada. Un sonrojo exagerado llenó sus mejillas a la vez que desviaba la vista hacia algo muy interesante en su vestido austero. Ya no llevaba pañuelo en su cabeza y sus mechones rebeldes parecían aún más vivos que antes, dándole un aspecto infantil y travieso. No podía quitarle ojo por mucho que lo intentaba y ese cosquilleo no se iba hasta perderla otra vez de vista.

—¡Vamos! ¡Le toca, capitán! ¿Nos hace el honor como enamorado idiota de dedicarle una poesía a esa dama por la que suspira?

Rio con malicia, mientras acechaba a la mujer en cada paso, cada respiración, cada tropiezo y titubeo.

—¿Cómo, después de tantos años, me doy cuenta ahora de que sois una pandilla de afeminados?

—¡Venga, necesitamos una canción que nos ponga cachondos!

—¿Más? Todas las mujeres del castillo tendrán que esconderse después de mi poema, os vais a poner demasiado tiernos.

Todos rieron al unísono, incluso llamando la atención de los más nobles, sobre todo su hermana Julie, que parecía más interesada en su porvenir esos últimos días.

Carraspeó. Sus hombres llamaban al silencio y entonó con voz grave, fijando la vista en ellos y acabando en esa cabeza despeinada y oscura como su corazón.

*En noches de luna, mi alma suspira,
por la dama inalcanzable que mi corazón admira.
Un canalla he sido, de amores pasajeros,
pero por ti, mi bella, mis sentimientos son sinceros.
Tus ojos, estrellas que iluminan mi oscuridad,
tu risa, melodía que calma mi ansiedad.
Eres la flor que nunca podré alcanzar,
y en mi pecho, el dolor de no poderte amar.
Lágrimas caen, mi amor no puede ser,
por la más bella, mi alma ha de perecer.
Entre el deseo y la duda me debato,
sin saber si es amor lo que en mi corazón late.*

El silencio había inundado el salón, ni una sola risa, ni una deslenguada broma... El crepitar de las chimeneas parecía romper la calma.

Un hombre se puso en pie, aplaudiendo con mucho ahínco. Lo siguió otro y dos más, pronto los silbidos, risas y vítores resonaron en sus oídos. Entre unos pocos lo alzaron a hombros y rieron con ellos, aunque en su interior lloraba todavía esas palabras que habían escapado del más profundo anhelo. Aunque fue un instante lo que cruzó su mirada con la de ella, fue suficiente para recordarla todo el día. Sus ojos brillaban emocionados y su rostro encendido, parecía haber sufrido una profunda conmoción. Con un pellizco en su estómago, la vio salir del brazo de Jane, a la que pronto se sumó su hermana Julie.

Se alejó de él, mientras sus soldados seguían riendo, alzándolo y bromeando. Tras ese momento, quedó para siempre recordado como el más afeminado capitán de Escocia.

Todos en el castillo preparaban sus mejores galas para escoltar a sus nobles *lairds* hasta las tierras Murray. Llegó el día que todos anhelaban y él, en particular, odiaba por ser el fin de algo que todavía no sabía nombrar. Tuvo un tiempo de deseada soledad en su habitación y que aprovechó para asearse. Liberó por fin la tensión de la lazada en su nuca peinando su largo cabello con esmero. La tarde anterior él y sus hombres habían ido a lavarse al río y todos olían a gloria en esa jornada tan especial. Cabello, piel y ropas limpias; estaba deseando lucirlas con orgullo. El broche con el que lo galardonaron como capitán posaría espléndido sobre su tartán. Los colores McLeod presumirían retadores, igual que los de tantos clanes. Pronto abandonaría su preciado puesto para dedicarse a un nuevo ciclo en su obligado destino y cumpliría los designios de su familia en el campo.

Con el torso descubierto, pasó el frío paño mojado sobre su cuello, haciendo que su piel se erizara, cuando la luz de la calle de la entrada inundó la estancia. Se giró con hartazgo por ser privado de esa mínima intimidad siquiera, sin embargo, quedó atónito al ver quién se había decidido a perturbar su tranquilidad.

Una Hellen tan asombrada como él, aguardaba despertar de un inesperado hechizo. El anhelo golpeó su hombría, grande y deseosa. Dio gracias a haberse colocado parte del kilt, sino hubiera sido muy violento para ella. Se giró hacia el espejo, haciendo un esfuerzo sobrehumano por escapar de esa mirada pasmosa y enfebrecida, y esperó a que dijera algo, pues solo se oía su respiración agitada. Una sonrisa repleta de vanidad curvó su boca, insolente, en tanto seguía paseando la tela mojada por su pecho, de forma sinuosa y excitante. Se sintió poderoso, como si fuera un semental, luciéndose ante una yegua curiosa y excitada.

—Lo-lo siento. —Por fin dijo con un leve tartamudeo parecido a un gemido—. Me de-dejé el chal de su hermana.

Ya conocía que la esposa del *laird* McLeod era su hermana. ¿Se habría enterado por Jane o por Julie? Sospechó que lo segundo, pues Julie era la reina de las entrometidas. Seguro, tras haber salido con Hellen del salón la tarde anterior habrían intercambiado interesantes confidencias.

Llevaba un vestido austero, muy parecido al de siempre, sin embargo, este lucía un añadido volante de encaje sobre su escote y un lazo rosa en su cintura, dándole un toque bonito de color. Pero lo que más llamó su atención fue su cabello suelto y brillante a la luz del sol. Era tan azabache como Oidhche, y lo llevaba bien peinado y recogido tras su oreja, esa con un gracioso lunar que soñaba morder con desesperación.

Fue tan rápida en coger el chal que casi no le da tiempo a detenerla.

—No se vaya, Hellen. —Ella detuvo su paso de espaldas y casi en la puerta—. Le falta algo más.

Percibió cómo su espalda se erguía y corrió a arrancar unos jazmines del jarroncito que adornaba desde el día anterior la mesa. Se acercó con rapidez y agarrándola por los hombros le dio la vuelta. Contuvo el aliento al apreciar la belleza que irradiaba, era lo más puro que hubiera visto. Con cuidado de no asustarla, retiró las manos de sus hombros y colocó las flores sobre su oreja.

—Preciosa. —Su voz fue un susurro ahogado, casi un beso casto, pero lleno de intención.

Hellen agachó la cabeza, pero le regaló una leve sonrisa. Sin esperar un instante más, salió.

Apretó los puños, impotente, por no poder ir tras ella. La frustración le era insoportable. ¿Qué demonios le ocurría que era incapaz de estar a su lado sin poder tocarla? No lo sabía, y era algo nuevo para él. Esa atracción era la más intensa que nunca había experimentado.

Volvió a pasarse el paño para terminar de asearse y de camino enfriar sus ardientes pensamientos. Sobre una camisa blanca se colocó la chaqueta de lana fina en un profundo azul marino, adornada con botones dorados que brillaban incluso a la tenue luz que entraba por la ventana. Sacudió los pliegues de su tartán, orgulloso de sus colores. Sobre su hombro izquierdo, el broche del clan sujetaba el plaid que se envolvía alrededor de su cuerpo, añadiéndole ese aire de nobleza. El *sporrán* de cuero, decorado con borlas y detalles en oro, colgaba de su cinturón, elegante y cautivador. Las botas de cuero negro brillaban recién pulidas y resonaban con cada paso firme que daba dentro de la estancia. Acabó recogiendo su cabello con una lazada azul y ajustó al fin sobre su cabeza el tricornio negro, repleto de condecoraciones que indicaba su rango militar. Sonrió al reflejo que le devolvía su espejo colgado de un clavo de la pared.

«Imponente», pensó con un firme asentimiento de cabeza.

Sus ojos azules refulgían de vanidad. Ese era un uniforme que se había ganado con gran esfuerzo y constancia, anteponiendo la vida de otros a la suya propia y lo exhibiría igual que un pavo real ese último día.

Por último, releyó el mensaje que le había llegado la tarde anterior: «*Necesito que me lleves a la fiesta. Catalina*».

Su corazón todavía bombeaba imparable en una carrera vertiginosa cuando se reunió junto a sus hombres preparados para escoltar la comitiva de nobles. Luego, una vez lograra su objetivo, volvería a recoger a su amiga para ser su acompañante durante toda la velada.

El recorrido se hizo sin incidentes. Los *lairds* junto a sus esposas iban en carruajes y Hellen, el padre Elliot, Jane y Ronald avanzaban tras ellos en una carreta que más tarde utilizaría para recoger a Catalina.

Hellen había cubierto su cabeza con un pañuelo blanco, y lo llenó de dicha que mantuviera las flores en su oreja. Era un detalle insignificante, sin embargo, para él supuso una muestra de afecto. No sabía qué opinaba ella tras rechazar su beso hacía unas noches, con todo, ambos actuaban como si no hubiera ocurrido. Era desconcertante no poder acercarse por miedo a estropear lo poco que tenían, temiendo hacerle más daño.

Tras horas de camino. Al fin pudo dirigirse hacia Pretty Poppies. Catalina salió a recibirlo

con una gran sonrisa y partieron con rapidez de vuelta a la fiesta.

—Estás más bella que nunca, Catalina.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal, capitán.

—Umm, no sé por qué lo dices, es mi apariencia de siempre.

—Bueno, tu belleza innata es la de siempre, pero ese flamante traje me ha dejado sin aliento. Pena me da de la mujer que tenga que ser tu esposa.

—Eres una adúladora. No estarás pidiéndome matrimonio, ¿verdad?

—Oh, no, eso lo reservo para otro que no sé si lo merece.

—Él no lo sé, pero que venga de ti me asombra. Estoy seguro de que lo harás muy feliz.

Catalina guardó silencio, lo que le indicó que no debía presionarla con el tema. Ella fue la persona que casi lo engatusa en un pasado, en cambio, su afán de vivir aventuras fue más fuerte y huyó de su lado nada más oler el peligro. En ocasiones se preguntaba qué habría sido de ellos si se hubiera dado la oportunidad de enamorarse. Puede que hubieran sido felices, o puede que se hubieran convertido en unos amargados, insatisfechos con su vida. Tras un buen rato aguantando las ganas, al fin soltó lo que rumiaba en su cabeza desde hacía varios días.

—Mi flor, sabes que no suelo ser indiscreto, pero me gustaría preguntarte algo. Solo confío en ti para hablar de... eso.

—Me honras, Ian —respondió Catalina un poco confundida, pues no podía esperar a qué se refería concretamente.

—Esas mariposas de las que me hablaste la última vez...

—¿Quieres saber cómo son? —cortó ella al ver que titubeaba. Ian asintió, sin apartar la mirada del camino—. Cuando estoy con Andrew, un torbellino de emociones revolotea sin cesar dentro de mí. Si pienso en él, como en este momento, siento un cosquilleo en mi pecho y se extiende hasta la punta de mis dedos —dijo poniendo las manos sobre su corazón y extendiendo sus palmas hacia la nada—. El nerviosismo y la emoción, me hace sonreír sin razón aparente y mi corazón se acelera con solo escuchar su nombre. Es como si un enjambre de mariposas vibrantes inundase mi interior, agitando mis pensamientos, llenándolos de esperanza... Te hacen dudar de ti, de lo que has sido hasta ahora...

—Suficiente.

—Lo siento, pensaba que querías saber...

—Ya lo he entendido bien.

—No creo, para eso tienes que sentirlo alguna vez. —La intriga la carcomía tanto que ni parpadeaba. Él seguía ensimismado. De pronto, muy agitada, prosiguió—. ¿Quizá alguien te ha hecho conocer esas mariposas?

—Eso es absurdo, Catalina. Yo nada más tenía curiosidad —respondió con una risa muy forzada.

—¿Sabes que la curiosidad mató al gato? —Ian no le respondió, inquieto—. Bien, veo que no deseas hablar y lo respeto. Solo voy a darte un consejo. Cuando supe que esas sensaciones eran la primera señal de que estaba enamorada, me dejé llevar por mi instinto y no luché contra ellas.

Ahora, aunque Andrew no responda cómo necesito, nunca me arrepentiré de haber vivido el amor. He conocido muchos hombres en mi vida, Ian, pero ninguno me hizo sentir lo que Andrew. Es algo... maravilloso.

Tras una larga pausa, ella parecía triste.

—¿Estás bien? —preguntó, cogiéndole la mano para reconfortarla.

Levantó la mirada hacia él. Sus ojos reflejaban una mezcla de sorpresa.

—No lo estoy, pero tengo que parecer que soy la mujer más fuerte y dichosa del mundo. ¿Sabes? Voy a actuar en el concurso de talentos.

Ian soltó una carcajada, estupefacto.

—¿Bailarás de forma sensual para hacerme morir de un dolor de huevos?

El comentario le costó un codazo en las costillas, sin embargo, la hizo reír, y eso era lo que buscaba.

—Ya lo descubrirás más tarde.

—¿Crees que él vendrá a verte?

—Sé que vendrá a verme, y espero que tenga el valor de no quedarse en las sombras.

—Si no, estaré yo ahí para apoyarte, flor. Lo sabes, ¿verdad?

—También lo sé —dijo abrazándolo por la cintura.

—Umm, un poco más abajo, y no llegaremos a la fiesta.

—Eres un... Para ya.

Tras esa conversación, las tormentas al fin se disiparon y los dos charlaron alegremente recordando viejos tiempos.

—¿Contaste nuestros trucos a Jane? —Ian rio a carcajadas, recordando las veces que había visto disfrutar juntos a la parejita de exaltados—. Ya decía yo que un matrimonio de tantos años mantuviera tanta pasión.

Catalina ya no lo escuchaba. Habían comenzado a encontrarse carretas y observaba a su alrededor con gran curiosidad. Asimismo, olvidó el tema para desembocar de nuevo en lo mismo de siempre, esa bruja de ojos profundos y piel tersa e inmaculada.

¿Dónde andaría? Tenía ganas de verla de nuevo y comprobar si lo estaba pasando bien. A su alrededor el gran ambiente se llenaba de risas, música y ganas de diversión. Se acercaron a un puesto de bebidas, compró dos jarras de vino y, al dirigirse a donde había dejado a Catalina, no la encontró.

Bebió un largo trago, esa noche quería emborracharse y dejar de pensar en esa mujer. Necesitaba conocer a otras, allí había muchísimas. La música resonaba a su alrededor, dándole ganas de arrancar a bailar. Las mujeres, ataviadas con sus mejores galas, se movían de un lado para otro con vestidos coloridos y elegantes. Sus ojos brillaban y sus sonrisas eran deslumbrantes. Alguna ya le había echado un buen vistazo al pasar por su lado y, además, le habían dedicado algún guiño descarado. No tendría que hacer ningún esfuerzo para gozarlas, lo que lo llenó de una gran seguridad en sí mismo.

Con una sobrada sonrisa, decidió buscar a su amiga, no quería dejarla sola, por lo menos

hasta que se reuniera con los demás, a los cuales ignoraba encontrárselos allí. Cuando la vio al fin, Jane ya se abrazaba con entusiasmo a ella. Rieron y lloraron de alegría, y él disfrutó ese momento tanto como ellas. La mirada ilusionada de Catalina era espléndida, y después de comprobar lo preocupada que estaba por Andrew se alegraba de que se hallara tan feliz... Ese hombre era un imbécil si la dejaba escapar.

Por un segundo se vio meditando ese mismo pensamiento y aplicandoselo a sí mismo. ¿Cómo podía acabar dándole vueltas siempre a lo mismo?

Las oía conversar, parlanchinas, a lo que apareció el padre Elliot y tras él, la mujer más encantadora que había visto nunca.

A partir de ese instante, renegó de oírlos, y todo dejó de tener importancia a su alrededor, solo ella y su sonrisa llenaban su mundo, su mente y su pecho agitado de emoción.

XX



Desde el momento en que la carreta se detuvo en el prado, supo que esa fiesta campestre sería diferente a cualquier otra que hubiera conocido en Londres. El aire fresco de la mañana ya se había disipado y el sol del medio día llenaba de calidez sus venas. El olor a hierba y el sonido de las gaitas ensayando indicaban que todavía no había comenzado lo mejor. Si bien, al bajar con sus amigos, fueron recibidos por una explosión de colores y risas.

Los invitados de diferentes clanes lucían con orgullo sus tartanes, moviéndose con gracia de un lado a otro. Las mujeres, con sus faldas largas y blusas bordadas, reían y charlaban mientras preparaban mesas llenas de manjares a cada lado de un pasillo enorme que llevaba, finalmente a un escenario.

Algunos grupos de hombres y mujeres bailaban ya al son de un violín improvisado, y pronto se vio aplaudiéndolos y animándolos junto a los demás. Las horas pasaron rápidas dando paso a una merienda rica en emparedados de queso fresco, mermeladas y sabrosos higos.

La señora McLeod, la cual se empeñaba en que la llamara Julie, no paraba de contarle anécdotas sobre su vida en Banchory, donde, constantemente, su hermano era el protagonista de todas. ¿Casualidad? No lo creía, era evidente su empeño en dejarlo como un ejemplar hombrequito y borrar la fama que le precedía de mayor.

—Deberías haberlo visto cuando salvó a Audrey de un enjambre de abejas lanzándola al agua del arroyo, asumiendo su lugar. Ha sido siempre tan protector a pesar de ser el pequeño, el mejor hermano, Hellen. Después de eso, tuvimos que cuidarlo una semana, untándole pomadas por su cuerpo. No podía ni comer...

—Debió ser muy duro para él, Julie.

—Claro —chasqueó la lengua y continuó—, pero más lo fue soportar durante esas semanas su nuevo aspecto monstruoso. Es muy engreído, no sé si te diste cuenta ya.

—Algo he notado, sí —contestó poniendo los ojos en blanco.

Julie rio, contagiándola de su buen humor.

—Es un poco egocéntrico, Hellen, pero quien vea su hermoso interior podrá perdonar esos defectos —le dijo a la vez que le echaba el chal dorado que le había devuelto esa mañana por los hombros—. Quédatelo. Deseo que te acuerdes de mí cuando te hayas ido.

El brillo en sus ojos fue tan imprevisto por la emoción que no pudo evitar dejar escapar una lágrima huidiza. Julie se la limpió con un dedo y luego la abrazó con cariño.

—Os echaré de menos a todos.

—Lo sé, niña. Nosotros también lo haremos. Te haces querer rápido, pues eres tan dulce que conquistas corazones con una simple sonrisa. —Hellen agachó la cabeza, sin embargo, Julie le levantó el mentón—. Si estás segura de haber tomado la decisión correcta, siempre te apoyaré.

¿Por qué no pudo contestarle? No lo sabía exactamente. Desde que llegó al castillo McEwen su decisión de volver a Norteamérica no era tan fuerte. Se había prendado de esas gentes, de ese carácter tan particular y cercano, que le hacían sentir como en casa. El nudo en su garganta no la dejaba tragar ni decir nada.

—¡Vamos, Hellen! ¡Bailemos!

Jane la agarró de la mano y la llevó hasta un grupo animado de músicos. Sin tener idea de qué hacer, se limitó a saltar y danzar cogida de la mano de Jane, quien no paraba de reír y contagiarla de su chifladura. Tras un largo rato, Jane mostró una expresión compungida.

—¿Qué ocurre? Tienes mala cara de repente.

Jane chistó, temerosa, señalando a Ronald que andaba un poco más alejado, comiendo un emparedado y charlando con unos campesinos que acababa de conocer. Hellen aguardó, inquieta.

—Solo necesito un segundo —respondió y respiró profundo hasta serenarse—. ¿Recuerdas lo que hablamos el otro día? Lo de mi gran deseo...

No le dio tiempo a decir más, pues Hellen la abrazó con todas sus fuerzas. No podía creer que Jane pudiera cumplir su sueño después de tantos años de espera. Al separarse, los ojos de ambas brillaban de emoción.

—Creo que los trucos de Catalina resultaron muy efectivos —dijo echándose a reír y dejando sus lágrimas caer.

Hellen se emocionó de igual forma.

—Quiero conocer esos trucos, Jane. —Esta se carcajeó aún más y luego limpió su rostro con disimulo.

—¿Estás segura? —Hellen asintió, decidida—. Vamos a buscar un lugar más tranquilo.

—¡Oh, por Dios! ¿Eso es posible, Jane? Me parece... asqueroso —dijo con grima.

—Yo te digo que las apariencias engañan y sé que te gustará cuando llegue... *ya sabes*. Pero además te insisto en algo importante: hazlo con quien te importe, con la persona que estés segura de amar.

—¿Cuándo se lo dirás a Ronald? —Necesitaba cambiar de tema y funcionó.

—Al regresar a nuestro hogar, no quiero precipitarme. Además, ¿para qué? No me dejaría bailar, ni saltar. Deseo disfrutar de ser normal. Luego sé que todo cambiará.

—Me encantaría verle la cara, pero te entiendo. Serás una maravillosa madre, amiga.

—Gracias por ser tan comprensiva, mi niña.

—Jane, deseo contarte algo. Te dije que te diría la verdad antes de irme. —Sopesó cómo

empezar mientras ella no le quitaba ojo, muda de asombro.

—Pero todavía no ha llegado el momento, me dijo el padre Elliot que irías con él y la comitiva de Ian primero hasta su tierra.

—Escucha, tienes que prometerme que lo que te contaré, nunca lo desvelarás. —Jane negaba con la cabeza, contradiciéndola—. Si no me lo prometes...

—Lo prometo, Hellen. Si yo desvelo tu secreto, tú podrás contar el mío.

Hellen bufó. Ojalá su secreto solo tuviera en juego el verse obligada a prescindir de bailar y divertirse. Aun así, cedió.

—Mi nombre real es Hellen Chamberlain...

Relató su verdad ante la anonadada mirada de Jane, quien era incapaz de cerrar la boca si no era para soltar alguna exclamación de asombro. Le contó las muertes de sus padres, sus sospechas hacia el asalto de su madre, lo desesperado que se encontraría su tutor al conocer su huida y el temor a su crueldad... Cuando acabó, una parte de ella se sintió liberada. Jane seguía asimilando todo, y Hellen buscaba con la vista entre el gentío, como si hubiese perdido algo que no aparecía... ¿amor? Creía en ese creciente cosquilleo al estar junto al guapo soldado, pero dentro de muy poco quedaría en el olvido, pues se iría para no volver.

De pronto, notó un hormigueo en la punta de sus dedos al pensar en ese rechazo de Ian la pasada noche. Los miró con resolución, moría por tocarlo, sentirlo y ¿por qué no? Las palabras de Jane, ignorante a su lado de todo lo que habían despertado en ella, resonaban en su cabeza con fuerza: *hazlo con quien te importe, con la persona que estés segura de amar*. Amarlo, aunque fuera una sola vez antes de marchar...

Gesticulaba a su lado con esa energía tan contagiosa que emanaba cuando algo la asombraba o incluso enfadaba. Si bien sorprendida con su historia, notaba su empatía y comprensión a raudales. La decisión en esos ojos tan dulces podía despejar cualquier duda de un plumazo, y apretó su mano con fuerza.

—Estoy y estaré contigo siempre, señorita Chamberlain.

Hellen rio y lágrimas amargas brotaron sin contención, reclamando un abrazo fuerte, reconfortante y fraternal.

Volvieron a la fiesta, Jane bastante preocupada y Hellen un poco perdida después de la conversación.

A medida que la tarde avanzaba, comenzó a ponerse algo más nerviosa, pues sabía que pronto volvería Ian Kelly. En parte, no le apetecía verlo en compañía de esa Catalina. Tenía ganas de conocerla después de escuchar a Jane hablar tanto de ella, sin embargo, después de enterarse de que había sido una de sus amantes y que seguían manteniendo una relación de «amistad», la idea no la simpatizó como al principio.

Poco a poco llegó la noche y se dio cuenta de que esa fiesta campestre no era una celebración, sino una expresión de identidad. Los lazos entre diferentes clanes se afianzarían esa noche y se sintió honrada de ser testigo de ello. Al calor de las hogueras y mirando las estrellas de ese cielo escocés, deseó por un momento ser uno más de ellos.

Desde esa mañana en que supo por Jane que Ian iría por ella, le apetecía conocerla. Sentía

curiosidad por curiosear a la mujer que resultaba ser su amiga y la de él, por supuesto. No obstante, no esperaba que fuera tan hermosa, ni que se le cogería un pellizco en el estómago que le robaría el aliento. ¿Era envidia? No, más bien, temor a... Descartó el pensamiento y se centró en ella.

—Te presento a Hellen Smith, cubre tu lugar de lavandera en el castillo —comentó el padre Elliot a Catalina.

—Tenía tantas ganas de conocerla, señorita Catalina. Me han hablado mucho de usted —saludó Hellen, procurando ignorar la imponente figura de Ian Kelly justo a su lado y quien no le quitaba el ojo de encima.

—Es un placer conocerte. Espero que hayas oído hablar bien de mí en ese castillo. —Hellen se sonrojó ante el comentario mordaz y esta pareció percatarse de su incomodidad—. Seguro que lo pasaremos bien hoy.

Aceptó el comentario con una sonrisa sincera, y entonces, Ian tosió, escupiendo con torpeza el vino que había estado bebiendo.

—Perdón, se me fue para el otro lado —dijo, azorado, llamando la atención de todos—. Buenas noches, señorita Smith.

—Señor Kelly —contestó asintiendo sin enfrentar sus ojos, y exaltada por notar que miles de mariposas inundaban su estómago.

Estaba tan guapo con ese uniforme que robaba el aliento, ese mínimo aire que apenas le quedaba después de verlo en la habitación con el torso descubierto.

Esa mañana regresó a la habitación de Kelly para recoger el chal que debía devolver a la señora McLeod, pero le fue imposible no perderse en esa gran espalda desnuda. Todas las noches soñaba con introducir sus manos bajo su camisa y descubrir qué escondía debajo, y de repente, lo tenía frente a ella. Confundida, pensó que estaba viviendo una de sus fantasías y mandó su pudor a dar un paseo, admirándolo por un instante eterno. Debió salir pitando de allí, pero la llamó dulcemente.

Sus manos embriagadoras sobre sus hombros fueron su condena. Había imaginado tantas veces estar así. «Preciosa», le había dicho. Fue tan delicado que creyó derretirse, y por consecuencia, deseara besarlo.

Un silencio incómodo inundó el grupo. Ian irradiaba una intensidad sobrecogedora. Y creyó que Elliot, con la intención de protegerla de él, la apartaría. En cambio, Catalina intervino.

—Bien, padre, vayamos junto a los McEwen, tengo ganas de saludarlos. Ian, ¿podrías acompañar a Hellen? —propuso con una inocencia entredicha.

Ian le respondió con su gran sonrisa lobuna y le ofreció su brazo, que aceptó con gran timidez. Avanzaron con lentitud entre la gente, mientras imaginaba que debía de verse insulsa a su lado. ¿Tendría que haberse puesto el bonito vestido que tenía guardado en su maleta? Definitivamente, hubiera sido revelador y prefirió pasar desapercibida. Habría destacado bastante, algo que no le interesaba. ¿Se encontraría su tío buscándola por esas tierras? Había pensado bastante en ello y creía no equivocarse al llegar a la conclusión de que este habría emprendido una caza sin fin. Quisiera o no, debía llegar lo antes posible a la costa y tomar rumbo a Connecticut.

—Está preciosa, señorita Smith. Tenía muchas ganas de volver a verla.

—Gracias. Llámeme, Hellen, por favor. Hoy soy solo Hellen, si no le importa.

Él mostró su sorpresa.

—¿Ha bebido? —preguntó con ojos entrecerrados, lo que la hizo reír.

—Un poco, si le digo la verdad. Hoy una parte de mí se sintió liberada y deseo seguir haciéndolo. ¿Me deja tutearlo? —preguntó guiñándole un ojo.

—Por favor, me encantaría oír cómo suena mi nombre en sus labios, Hellen. —Su voz era sedosa como una caricia. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, y la hizo temblar—. ¿Tiene frío? —Ella sonrió, no era frío lo que tenía, sino todo lo contrario—. Vayamos a bailar, así entrará en calor.

—¡No! —exclamó, pues no le dio tiempo a opinar y ya se veía arrastrada entre un grupo de danzantes escoceses.

¿Por qué reía? Debía estar enfadada, sin embargo, su expresión traviesa sacaba su lado impulsivo e incluso más infantil.

Se dejó envolver por esa sonrisa, la mirada incrédula y su tacto sinuoso y electrizante. Mientras la emoción los envolvía, se dijo que guardaría ese instante para siempre, sería un recuerdo único y una calmada melodía para su corazón solitario. ¿Amor? Tal vez, esa noche fuera amor.

Sus dedos entrelazados ardían con cada roce, cada rápida vuelta la hacía caer entre sus brazos y reír igual que una niña. Su vergüenza se perdió entre la gente y su cabello danzó con cada brinco y cada aliento. ¿Amor? Quizás esa liberación fuera...

Al terminar la música comenzó otra melodía a petición de Ian. Era más atrevida, la obligaba a acercarse más a él. Se dejó guiar sin saber si lo hacía bien o mal, solo le importaba sentirlo cerca.

Se sonrojó al notar sus manos rozar todo su cuerpo a la vez que daban vueltas y vueltas. Cogió aliento y lo soltó repetidamente en tanto que él la contemplaba como si fuera la primera vez que la veía.

Esa noche se permitía ser ella al fin. Sumergida en el mar cristalino de sus ojos, deseaba naufragar. Poco a poco, la condujo lejos de miradas indiscretas.

—Hellen, no quiero hacerte daño... pero no sé qué me ocurre aquí —dijo tocándose el pecho a un palmo de distancia de ella y sin soltarle la mano, la que aferraba como si temiera su huida.

—Ian, no me harás daño, porque soy yo quien quiere regalarle esta noche. Haz que suceda sin más.

—No, querré más de ti.

—¿Y ser yo la canalla que te rechace?

—Da igual lo que digas, no te dejaré ir.

—No hables más y ámame, Ian —suplicó con determinación, perdida en sus tentadores labios.

No le dio tiempo a decir nada más, pues la arrastró contra su pecho. Sus manos cubrieron su rostro febril y su boca arrasó la suya con una pasión que la hizo despegar del suelo y dar

volteretas en el aire como cuando era niña. Pero ya era una mujer, y aunque fuera una locura, quería ser su mujer con todo su cuerpo. Se pegó a él entre gemidos, mecida en un abrazo de alientos cálidos, lenguas y dulce gozo. Poco a poco, él descendió por su piel, dejando un río ardiente a su paso. El frío de la noche inundó los pechos vírgenes y anhelantes de su calor. Semejante a un lobo hambriento, descendió sobre ellos con su boca, haciéndola gritar de placer, mientras una de sus manos se colaba bajo su falda.

—Dios, Hellen, no podré contenerme. Te necesito tanto, jamás deseé tanto a nadie. No quiero dañarte —dijo lastimoso con su frente apoyada en la de ella al encontrar su sexo entre sus piernas y haciéndola sobresaltarse. Retiró su mano y con un gemido volvió a besarla con pasión.

—Tenemos toda la noche, Ian. —Jadeó entre sus labios—. Hablaré con Jane. Ella me cubrirá con el padre Elliot.

—Me da igual ese cura, no podrá impedir lo que muero por hacerte. —Ian rio, separándose de ella para admirarla con ojos llenos de pasión. Subió el escote hasta cubrirla y la cogió de la mano para conducirla a la fiesta—. Iré por Oidhche, te veré en este mismo lugar.

Corrió entre la gente con una sonrisa imposible de disimular. Esa sensación de locura embargaba cada fibra de su ser al haberla hecho sentir la mujer más deseada entre sus brazos. Estaba segura más que nunca de que él era el indicado para dejarse amar.

—¡Jane! —exclamó sin resuello al encontrarla junto a Catalina, quien se extrañó de su impetuosa llegada.

—¿Qué te ocurre, niña? Estás... radiante. No me asustes, por favor. ¿Puede ser que ese canalla...? —preguntó en un susurro procurando no llamar la atención de Elliot un poco más apartado, pero que no impidió que Catalina la oyera.

Hellen negó con la cabeza, riendo sin parar.

—No te alarmes, querida Jane. Hoy seré yo la canalla que amará a ese maravilloso hombre que deseo con todas las fibras de mi ser —susurró en su oído.

Jane la sostuvo por los hombros con una expresión confundida que pronto transformó al comprobar su firme resolución.

—¿Estás segura? —Hellen sonrió, feliz—. Te cubriré esta noche, mi niña. —Echó un vistazo rápido a Catalina, quien mostraba cierta preocupación. Luego Jane se acercó a su oído—. Ve sin miedo y ama como jamás lo hiciste antes —susurró, dándole un beso en la mejilla—. Pero adviértele a ese caradura que como te dañe no encontrará lugar donde esconderse de mí.

Rio e iba a regresar al lugar de encuentro cuando Catalina la frenó, acercándose a su oído.

—Sé que estás a punto de entregarte a él, lo veo en tu mirada, y entiendo lo que sientes. No soy nadie para darte consejos, pero Jane e Ian me importan. Por eso me veo obligada a decirte algo muy importante: no pierdas de vista quién eres ni olvides tu propio valor. Protege tu corazón y ama intensamente. Para estar con él debes ser fuerte, siempre merecerás ser amada.

Sin entenderla muy bien, corrió hacia donde pronto despejaría ese murmullo de abejas volando dentro de su cabeza.

XXI



El aire frío les golpeaba en el rostro, entretanto ella se refugiaba tras su espalda. Agarrada con firmeza a su cintura para no caer, notaba la fuerza de esa yegua bravía bajo ellos. Lo embargaba una emoción desmedida; se hallaba viviendo un sueño prohibido, pero irrefrenable e inalcanzable. ¿Sería realidad que la tenía a su merced lista a entregarse como mujer? ¿Por qué ella lo aceptaba sin reservas? ¿Creería que luego la dejaría ir? No hasta que saciara sus ansias, no hasta que esas mariposas dejaran de asediarlo. Estaba decidido, ella era tan perfecta y a su lado, por una vez, se veía merecedor de una felicidad completa.

Mientras cabalgaban a través del bosque, el sonido de cascos resonaba en la quietud de la noche. Notaba su abrazo cálido y la luna creciente iluminaba el camino, mostrando con cada paso estar más cerca de ese destino lleno de promesas.

Detuvo el animal junto a un claro bañado por el resplandor plateado. Bajó con agilidad y sus ojos se encontraron con la determinación y a la vez vulnerabilidad de los de ella, dejándolo sin aliento y sintiendo que el mundo se detenía a su alrededor.

Extendió una mano hacia ella para ayudarla a descender y la aceptó sin titubear. Aun así, Ian vaciló.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, su voz apenas era un susurro.

Ella asintió, sus ojos oscuros brillaban y su corazón casi explotaba de emoción al oírla. Sin decir una palabra más, la atrajo hacia sí, sintiendo su cuerpo contra el suyo. En ese instante, todos sus temores se desvanecieron, entregándose a la intensidad de sus sentimientos.

Se lanzó sobre sus labios devorándolos con pasión contenida para no asustarla. Era tanto anhelo el que escondía que casi no podía respirar. ¿Cómo pudo pensar en buscar otra mujer esa noche si la vida le regalaba el más perfecto ser hecho diosa? Su lengua invadió su boca y se entrelazó con la de ella en un baile húmedo sin freno. Los suspiros de Hellen llenaban su pecho de una fiebre cada vez más creciente entre sus piernas y que clamaba por liberar. Sus manos lo desvestían con descaro y tiraban de sus ropas con impaciencia.

—Calma, mi amor. Ven conmigo —indicó con una sonrisa.

Tiró de su mano y la condujo junto a un gran árbol. Deshizo su tartán bajo su mirada ojiplática y volvió a sonreírle en tanto que colocaba la tela sobre el lecho de hierba improvisado.

Ella, curiosa, no quitaba ojo a su desnudo miembro más que erguido entre sus piernas.

—Esto es lo que has provocado desde que te vi la primera vez, bruja. Me es imposible relajarme ni siquiera cuando duermo —dijo señalando su verga expuesta sin pudor.

Para su sorpresa, ella se acercó a él y la sostuvo entre sus manos con firmeza. Él retrocedió, perplejo y muy perjudicado por casi no poder contener el rápido final de su hombría.

—¿No te gusta? —preguntó, confundida.

—Mujer, ¿cómo no me va a gustar? Pero...

De pronto, ella se tiró de rodillas frente a él y, sin más, abarcó con su boca el miembro henchido.

—¿Se puede saber qué haces? —Saltó atrás otra vez, más que extasiado al sentir la deliciosa calidez sobre su piel.

—Quiero... Me contaron... Lo siento, no sé hacerlo bien —respondió tapando su rostro con sus manos, muy avergonzada.

Él se arrodilló de igual forma frente a ella y retiró sus manos, buscando su mirada.

—¿Quién te contó y qué, pequeña? —preguntó posando un suave beso en sus labios temblorosos.

—No importa, Ian. El problema es...

—El problema es que nadie sabe cómo actuar la primera vez, amor. Yo te enseñaré a amar como en la vida creíste poder hacerlo, tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. Ahora, tócame —dijo colocando sus manos sobre su pecho.

Sin esperarlo, ella arrasó su boca, dejándolo de nuevo desorientado. Esa mujer era puro fuego y gestionaba muy mal sus emociones, las expresaba en un solo impulso. Abrumado, recibió el beso y se dejó quitar la chaqueta y la camisa, dejándolo solo con las botas puestas.

«No me ha dado opción de sacármelas», pensó con diversión ante su desmedido entusiasmo.

Sus manos le acariciaron con calma la piel desnuda, mientras lo admiraba con esa profundidad que tanto lo impactaba. Esa aplastante tardanza lo volvió completamente loco, pues, tras sus inicios con April, nunca había dejado a ninguna mujer tomar las riendas del momento y jamás creyó que lo haría una virgen. Era tan del revés todo.

Hellen parecía aprenderse cada curva y músculo de su torso, a base de caricias y besos sobre su piel. Era tan deliciosa que casi no se contenía para hacerla suya, su corazón latía frenético y su verga, poderosa, se encontraba al límite de su control.

—Para, por favor, no podré contenerme más, Hellen, quiero amarte también —gruñó notando sus dedos rodeando su miembro de nuevo.

—Lo harás, soldado, pero déjame primero contentarte. Sé que puedo hacerlo.

Él rio sobre sus labios, ¿lo dudaba cuando estaba a punto de hacerle escapar su simiente como un jovenzuelo?

—Bien, te dejaré ser mi maestra. Aun así, te advierto de algo: luego te tendré totalmente a mi merced para lo que quiera. —Ella le sonrió, pícara, y le pareció lo más bonito que había visto—. Soy tuyo, bruja.

Ella introdujo su lengua en su boca, derribando toda su voluntad de mando y se dejó llevar por su pasión desatada. Gimió cuando ella acarició con firmeza su miembro, a la vez que paseaba su lengua por su pecho y descendía sobre él. Al notar la calidez de sus labios al cobijarlo, olvidó todo a su alrededor. Enterró sus dedos en su cabello suave y la atrajo sobre él, para sentirla entera. Lo lamió, acarició, notó sus dientes jugar, y con jadeos desesperados de placer se dejó arrastrar por el delicioso vaivén. Gruñó salvaje, rendido al éxtasis más absoluto y regalado por la boca más excitante que había conocido en su vida.

Su pecho subía y bajaba frenético, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir. ¿Había muerto y estaba en el cielo? Entreabrió los párpados y la encontró de rodillas frente a él, sin saber cómo tomarse aquello. ¿Pensaría que él no habría disfrutado?

La risa lo invadió, al ver lo absurdo de la situación. Ella comenzó a levantarse con expresión dolida, pero pronto se abalanzó sobre ella para detenerla. ¿Cómo había podido ser tan insensible?

—Suéltame, te estás riendo de mí. Déjame, maldito engreído. ¡Te odio!

—Nunca, ¿me oyes? Nunca pienses que me río de ti. Eres la mujer más sorprendente, excitante y preciosa que he conocido. ¿Necesitas saber de qué me río? —preguntó mientras la abrazaba y la retenía entre sus brazos. Ella dejó de luchar esperando su respuesta—. ¿Sabes cuántas mujeres he tenido en mi vida? Muchísimas, Hellen, pero te aseguro que jamás había conocido a nadie como tú. Ellas siempre esperan que las satisfaga, mi amor, y ahora llegas tan pura, casta e inocente y me derrites con solo una mirada. Me vuelves loco, cariño, eres la reina de mis desvelos, mi alma perdida y la que tanto necesitaba, y lo mejor de todo es que todavía no te he hecho mía, porque has sido tú quien me ha rendido y ganado desde la primera vez que nos cruzamos. Si tú me odias, yo te amo desde este mismo momento, mi amor.

—¿Lo hice bien? —susurró sin atreverse a mirarlo aún.

—Por Dios, Hellen, creí estar en el cielo por primera vez.

Entonces, lo abrazó fuerte. Se aferró a él temiendo perderlo, y lo cautivó aún más si se podía. Con un beso casto sobre su coronilla, esperó su entrega.

—Ahora, deseo que me hagas tuya, Ian. Pero antes necesito pedirte algo. —Él esperó buscando sus ojos que seguían perdidos entre el vello de su pecho—. Una vez me hicieron daño... ¿Recuerdas mi desvarío la primera vez?

—Lo recuerdo —respondió, molesto, pues ya sabía de su maltrato por ese desalmado libertino. Ella iba a seguir, mas él chistó para silenciarla—. Supe qué te hicieron, pequeña, no temas. Yo borraré esa huella, ¿confías en mí?

Hellen se atrevió al fin a enfrentarlo e Ian descubrió la sorpresa reflejada en sus profundos ojos. No esperó contestación y se agachó buscando sus besos, los cuales ya echaba de menos. Ella cerró los párpados, entregada a su boca que la devoraba sin reserva. La amaría hasta la extenuación, hasta el alba si era posible y los que vinieran después de ese, hasta borrar ese ultraje del pasado.

La muchacha levantó los brazos sin miedo. No sabía qué le había poseído a esa bruja, pero le encantó su lado atrevido y tenía su consentimiento para hacerla suya una y mil veces, hasta el fin de sus días si hiciera falta. Un pequeño escozor picó su lengua al pensar aquello. ¿Hasta el fin de sus días? ¿Cuándo lo había decidido?

Se dejó de prejuicios estúpidos y colocó sus manos en sus caderas para levantar el vestido sin titubeos. Moría por admirar su piel nívea y, poco a poco, ascendió palpando las perfectas curvas. Su virilidad comenzó a crecer de nuevo, ansiosa por conquistar ese cuerpo de diosa. Dejó caer el vestido a un lado y, paralizado ante tanta feminidad, su corazón dejó de latir por un instante.

—Dios mío, ¿he muerto y estoy en el cielo? —Ella tembló y se tapó lo que pudo, tímida y sonrojada. Comprobó que todo su cuerpo adquiriría ese tono tan maravilloso que evidenciaba su inocencia—. No, necesito verte, Hellen —pidió tocando su corazón, el cual temía estallara.

—Por favor, no me mires así —suplicó en un susurro.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Como si fuera un bicho raro, un espantapájaros...

—Hellen eres la perfección hecha mujer, mi amor, si te miro así es porque me has dejado tan atónito que apenas puedo creerme que seas para mí. Muero por saborear cada rincón de ti.

No lo pensó más y la atrajo hacia su cuerpo igual de desnudo. El contacto con su piel ardiente sacó de ella un gemido de gozo y él cerró los ojos, extasiado.

—Hellen, eres un ángel y yo soy un demonio por despertarte a este mundo perdido.

Finalmente, la tumbó sobre su tartán y, tras desprenderse de las botas, se acercó a ella de nuevo. La examinó relamiéndose de deseo, ante aquel regalo que le había hecho el destino.

Sin esperar un segundo más, la cubrió con su cuerpo y la notó temblar bajo él. Ella lo deseaba, lo veía en su mirada embriagada, lo oía en cada suspiro y lo percibía en su lengua que respondía a sus fervorosos besos con una pasión desatada.



Sabía que lo deseaba desde hacía tantos días que olvidó sus prejuicios y temores. Sería una vez. ¿Por qué? No lo tenía claro, no aceptaba todavía estar enamorada, simplemente lo deseaba y si su reputación estaba perdida después del escándalo que vendría al aparecer sola en su país natal, ¿por qué no irse con todas las consecuencias? No se casaría jamás, pues eso acabaría con su autonomía. Jamás. Pero antes de partir lejos a su tierra, necesitaba sentir su piel y llevarse su olor impregnado en ella para recordarlo.

Por fin entendía a esas mujeres que caían con tanta facilidad en sus redes, pues ella era una más. Su mirada seductora reflejaba su poder que la llevaba a la perdición sin medida. Ese canalla la haría suya con su, más que deseado, consentimiento. No podría arrepentirse por mucho que lo intentara, pues era consciente de todo.

Desnuda, tembló sin perder detalle de su expresión indómita. Su anhelo febril la dejó sin aliento y aguardó sin saber qué hacer.

¿Tocaría el cielo igual que él? Ian guardaba tantas promesas como nubes en este. Ella, libre, quería conocer cada una de ellas.

Ascendió a gatas, asemejando un animal salvaje que acecha su presa, pero, a diferencia de

estar amedrentada, se sentía poderosa al ver su excitación desorbitada. Sus ojos se hallaban ebrios de lujuria y, a la vez, guardaban un control con el que Hellen deseaba terminar.

Paró a la altura de sus pechos y el calor la abrasó al notar su boca sobre uno de ellos, sacándole una exclamación. Hellen abrazó su enorme espalda sintiendo que lo necesitaba ahí, mordiendo, chupando y haciéndola enloquecer. Al terminar con el otro, se retorció envuelta en tantas sorpresas gozosas que casi no podía soportarlo. Subió por su cuello lamiendo, besando, provocando un río enfebrecido en sus venas y, al llegar a su oreja, la tomó entre gemidos. Sacudida entre suspiros de placer, notó su piel erizarse.

—Dios, tenía tantas ganas de hacerte esto. Tu oreja y esos lunares me han vuelto loco tantos días. No sabes cuánto. Son míos. —Suspiró con alivio.

—¿Son tuyos? —Quiso saber, traviesa, entre interminables jadeos.

Él detuvo sus besos y le dedicó una sonrisa maléfica. Sus ojos ya no parecían dos cielos, sino dos infiernos de una hoguera incombustible.

—Toda tú eres mía, amor.

Hellen lo aceptó, pues sabía que estaba rendida a sus caricias, a su pasión irresistible y a esa voz ronca y posesiva que hizo su corazón latir como loco. Lo abrazó del cuello y lo atrajo para besar sus labios indecentes. Se había afeitado para ese día y la pinchaba un poco, algo que le agradaba; esa mezcla de extraño dolor y placer la excitaba aún más.

—Umm, me gusta cómo me besas, me haces flotar.

—Jamás dejaré de hacerlo, cariño —dijo y volvió a conquistar su boca hasta dejarla seca.

Sus manos, incansables, masajeaban sus senos y jugaban con los pezones duros y erguidos, reclamando un juego atrevido y enloquecedor. El calor la consumía, la devoción de sus caricias, besos y mordidas. Todo era una travesura que la volvía loca. Notaba entre sus piernas el latido extraño cada vez más fuerte y sin saber por qué reclamaba su roce impetuoso. Entonces, Ian bajó con la lengua sobre su ombligo, jadeó ardorosa cuando prosiguió hasta su entrepierna.

—¡Qué! ¿Qué haces? —preguntó agitada, deteniendo la descendente marcha sobre su pubis.

Él rio, perverso y enigmático.

—Voy a probarte, necesito olerte y beberte. Confía en mí.

Hellen, con el corazón desbocado, se rindió a su promesa y se entregó, confiada, sin saber con exactitud qué esperar. Y no tardó en descubrirlo, la besó allí, justo entre sus labios, y lamió con pericia, haciéndola gritar de gozo, aullar de locura y sumergirse en un mar embravecido de emociones inimaginables. Rogó, suplicó entre lágrimas por algo que no llegaba, a la vez que introducía sus dedos en su humedad con un vaivén imparable. Percibía que necesitaba ese algo con desesperación, y de pronto, explotó de gozo. A la vez que se derramaba en su boca, alcanzó un éxtasis jamás imaginado, entre espasmos de bendito placer.

Ian se tumbó a su lado, apoyado en uno de sus codos, acariciando uno de sus pezones y una sonrisa engreída que la divirtió.

—Mi pequeña, eres un volcán y yo soy el hombre más afortunado del mundo.

—Ha sido maravilloso, Ian. No sé explicarlo... ¿Hemos terminado ya? —preguntó con inocencia, haciéndolo reír.

—Cariño, esto es solo el principio, pues no te dejaré descansar. Te mostraré cuánto te necesito. Te haré mía toda la noche.

Mientras decía eso, su caricia había aumentado de intensidad y ya abarcaba los dos pechos, haciéndola cerrar los párpados de deleite. Los gemidos aumentaron, como sus besos se repitieron por su piel, provocando una energía arrolladora a su paso. Pronto comenzó a suplicarle, pues la mimaba con sus dedos allí abajo y luego, él se colocó entre sus piernas. Lo apreció en su entrada, duro y desafiante, y, por alguna razón, supuso lo que iba a hacer, y la excitación la inundó.

—Te necesito, Ian, dámelo —rogó lastimera.

—Dime que eres mía, mi amor. Necesito saber que lo serás siempre.

—¿Lo-lo soy? —contestó, vacilante.

—¿Titubeas?

—Soy tuya ahora, mañana buscarás a otra...

—Basta. ¿Crees que lo que estamos viviendo es normal? —Introdujo su miembro un poco dentro de ella y su rostro reflejó la gran contención a la que se sometía—. Nunca he sentido esto, Hellen. Eres única, jamás podría conseguirlo si no es contigo. Te quiero a ti.

Entró un poco más y se retrajo, haciéndola jadear de placer. Necesitaba más, lo necesitaba entero, a pesar del dolor del que Jane la había avisado esa primera vez.

—Por favor, dámelo. No me castigues más.

—Dilo —exigió entrando y saliendo otro poco, mordiendo su pecho y volviendo su mundo del revés con besos apasionados—. Eres mía, dilo, mi amor.

Su aliento dulce contra su boca era el mejor embrujo para sus sentidos.

—Soy toda tuya, pero...

Antes de que pudiera decir más, él la penetró hasta el fondo, sacándole un fuerte grito desde las entrañas.

—Tranquila, es un momento. Verás el cielo de nuevo —anunció, tembloroso—. ¿Quieres que te lo muestre, mi amor?

Hellen deseaba mandarlo lejos, pero a la vez deseaba más y entonces percibió una impaciencia que comenzaba a crecer con ese pequeño roce al que la esclavizaba.

—Quiero que me enseñes ese cielo, Ian. Te deseo más que a nada en este mundo.

Él sonrió, aliviado, su frente se hallaba cubierta de sudor y jadeaba con gran esfuerzo por reprimir su ímpetu, pero pronto se volvió más decidido. Entró y salió de ella cada vez más rápido, más fuerte, haciendo que sus sentidos explotaran de placer en cada roce, en cada embate. Lo oía gruñir, gemir, repetir su nombre, logrando incendiarla hasta ser sacudida por gloriosos espasmos y disfrutar de la forma más brutal y placentera conocida.

—¡Sí, sí, Ian! ¡El cielo —gritó ida entre violentos jadeos—, lo veo!

XXII



El alba sorprendió a los cuerpos entrelazados bajo esa recia tela de cuadros que, como si fuera seda, los envolvía con la calidez de un hogar. Hellen llevaba un tiempo observándolo dormir. Boca abajo, su seductor amante le pasaba con posesión un brazo alrededor de su cintura, algo que, sin entender, le agradaba bastante. Si despierto era bello, sumergido en esa fragilidad, era conmovedor. Su cabello rubio caía desmadejado sobre su espalda y hombro, semejante a una lluvia dorada y preciosa. La tez canela divergía con la suya tan pálida, haciéndola sonreír. Tenía ganas de acariciar su bello rostro, que parecía haber rejuvenecido por diez años ante aquel sosiego no habitual en él. ¿Cuántos años tendría? Muchos más que ella, de eso estaba segura. Pero no le importaba, poseía ese aire varonil que tanto la sedujo la primera vez que lo vio.

Su boca carnosa disfrutaba hasta la locura; su lengua era el mayor pecado existente en el mundo... Se sonrojó al evocar tantas imágenes excitantes y ese cielo alcanzado reiteradamente durante la noche. Cansada de ser paciente, posó con suavidad un dedo en su ceño. Con picardía, recorrió su perfil heleno y siguió por su pómulos, poco a poco.

De repente, sin abrir los párpados, le dedicó una sonrisa de esas que tanto apreciaba y que le hacían saltar latidos. Hellen se la devolvió. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ese hombre la había amado tanto. Por primera vez desde que su madre la dejó sola para afrontar la difícil existencia, se sintió plena y segura. La hizo ser importante y querida, no necesitaba más.

Quedó sin aliento al descubrir sus cielos de jade sobre ella. La admiraba como si fuera una diosa o su razón de existir; jamás lo olvidaría. Una lágrima delatora evidenció su emoción e intentó eliminarla, pero él fue más rápido, capturándola con la yema de su dedo.

—¿Por qué estás triste? —preguntó preocupado. La serenidad que los inundaba hacía un instante ya era un desdeñado sueño. Hellen quiso disimular su fragilidad, pero fue imposible—. Creía estar seguro de que estabas satisfecha. ¿No ha sido como imaginabas?

—Ha sido más que eso, lo más hermoso que he vivido nunca. Te echaré de menos.

—Yo me encargaré de que no suceda, mi amor. Me acompañarás cada segundo de mi vida.

Hellen guardó cautela. ¿Por qué le hablaba de un futuro?

—Ian, ¿piensas que voy a creer las promesas de un canalla?

Él se incorporó hasta colocarse de rodillas frente a su cuerpo, totalmente desnudo. Ella lo admiró, fascinada. A la luz diurna era aún más impresionante, y tuvo que hacer un esfuerzo

tremendo para apartar la mirada de su miembro excitado. ¿Alguna vez se relajaba ese hombre? Buscó la manta para cubrirse, pero él aferró la tela y de un tirón la dejó tan desnuda como él.

—No miento, Hellen. Quiero que seas mi mujer. Deseo que me acompañes a Banchory.

—¿Quieres que nos casemos? —preguntó abrumada, luchando con él por recuperar la manta.

—Eso digo, Hellen. ¿Acaso necesitas que te lo deletree? Creo que te lo dejé claro anoche. —Fruncía el ceño y soltó la manta, exasperado.

Hellen balbuceaba, a la vez que se liaba la manta alrededor de su pecho y se ponía en pie.

—Pero tú eres un seductor, Ian. ¿Cómo piensas que creería que tú...?

—¿Que yo hablaba en serio? —completó con aspereza—. Ni yo lo entiendo, pero no sobreviviría pensando que te he abandonado sin más.

—Te sientes responsable —sentenció sujetando la tela contra su pecho con una mano y prosiguió con ligeros aspavientos de la otra—. No lo puedo creer.

—Créelo, y no es solo eso, también deseo repetir todos los días lo que hemos compartido juntos —dijo con una mirada lobuna que quitaba el aliento. De seguido, agarró la manta y tiró para atraerla hasta él.

Hellen se sonrojó, si bien no se dejó convencer. Le arrancó la tela con decidido empeño, nacido del miedo que la traspasaba. Aquello era absurdo, una locura y, lo más importante, era incompatible con sus planes futuros en Norteamérica.

—Te cansarás de mí. Tú no me quieres, nada más deseas esto. —Señaló el lugar donde habían pasado la noche y entrecerró los párpados, sopesando su actitud. Entonces, mientras él se colocaba la camisa blanca, cayó en algo que le daba sentido a todo—. Claro, no quieres reconocerme que eres un canalla y estás pasándolo muy bien a mis expensas, ¿verdad? —subrayó, ajustándose con firmeza el tartán alrededor de su cuerpo—. ¡Ja! ¿Crees que no conozco que tienes reglas? ¿Que no sé lo de tu jardín y tus estúpidas flores? No vas a reírte de mí, engreído.

—¿Quién te contó...? —inquirió dando un paso hacia ella para atraparla sin conseguirlo, no obstante, retrocedió de nuevo, aullando de dolor con cada piedra que se clavaba en las plantas de los pies—. Seguro que ha sido ese cura... Me las pagará el muy cabrón... —Calló abruptamente y se mesó la barba creciente y dorada de su mentón ideando algo, luego de sopetón, sentenció—. Nos vamos.

—Sí será lo mejor, tengo todo preparado para la marcha, pero es tarde y el padre Elliot debe estar esperándome para partir hacia Glasgow. Ay, Dios, me condenará al verme aparecer con este aspecto, contigo...

Era consciente de que estaba divagando, cotorreando sin pausa igual que en muchas ocasiones, cuando demasiadas ideas nublaban su cabeza y no llegaba a digerirlas.

—¿Qué plan es ese de ir con Elliot a Glasgow? Dijimos que yo te acompañaría después de escoltar a mi *laird* hasta tierras McLeod, pero ya no es necesario, ahora...

—Eso decidiste tú solito, Ian. Yo no dije que lo haría. No iré contigo a ningún lugar. Tengo que partir lo antes posible, es importante. Elliot...

—No, no irás con Elliot ni con nadie. Vendrás conmigo, está decidido.

—Ni siquiera me preguntas, Ian. Todo lo das por hecho. ¿Me has preguntado si yo deseo casarme? Pues para que lo sepas, no voy a hacerlo, como tampoco entra en mis planes ser tu querida. Llegaré a Connecticut...

—¿Connecticut? Lo sabía. —La cortó y ella masculló al cometer el estúpido despiste. Debía improvisar algo ingenioso si no quería que él le sonsacara su plan.

—¿Sorprendido? No conoces nada de mí y decides pasar el resto de tu vida conmigo. ¿No lo entiendes? Podría estar casada...

—Eso es absurdo, te he desvirgado hace unas horas, florecilla. Además, no me hace falta más pruebas que las de esta noche para convencerme de que quiero pasar el resto de mis días...

—¡Basta! ¡Au! —exclamó retrocediendo al verlo acercarse peligrosamente—. Es un estúpido ejemplo. Quería decir que, crees saberlo todo de mí. Podría ser una desquiciada, como dijo el padre Elliot. ¿Y si he estado simulando que no lo soy y, en realidad, escondo un horrible pasado que te condene para siempre a una vida peor que la muerte?

—Me arriesgaré.

¡Maldito cabezota! ¿Por qué mentía tan bien? En ocasiones le parecía que hablaba en serio, como con ese «me arriesgaré» dicho con una solemnidad aplastante. ¿Creía que la engañaría con esa falsa caballerosidad asumiendo el papel del amante obligado a casarse con la dama para evitar el escándalo? ¡Ja! Se reía ella de ese tunante.

—Quiero volver al castillo, Ian. Es inútil hablar contigo.

—¿Hablar? ¿Para qué si solo cuentas mentiras? Sé que me ocultas cosas y presiento que temes algo. Si confiaras en mí, podría ayudarte. Cuanto antes lo hagas, antes dejarás esa falsa postura que te empeñas en mantener contra mí. Me deseas, Hellen, tanto como yo a ti.

—¿Y por eso debo unirme a ti? No seas ridículo, Ian. ¿A cuántas despediste tras hacerles estas mismas promesas y únicamente existía este mismo deseo por tu parte? No creo en ese papel protector que demuestras.

—Nunca he hecho promesas, siempre lo dejé todo claro. Jamás repito con ninguna...

—¡Claro! ¡Y ahora llego yo y después de una noche de —sopesó cómo llamarlo sin sentirse sucia—, *ya sabes*, decides desposarme! —pronunció con jactancia.

Ian frunció el ceño, enfadado.

—Contigo es distinto. Te lo demostraré. Vayamos al castillo.

—Vayamos, pues.

Suspiró; por fin lograría escapar de él.

—Cuando me devuelvas mi tartán podré terminar de vestirme, pequeña —contestó echándole una mirada hambrienta.

Hellen contuvo el aliento ante esa respuesta, y casi le fallan las piernas. Frente a ella, el hombre más hermoso del mundo, vestido con solo una camisa y un chaleco mostraba su miembro bien dispuesto para otro asalto de embriagadora lujuria. Y ella moría por olvidarlo todo y entregarse de nuevo, aunque fuera a plena luz del día sin miedo de quedar visibles ante cualquiera que pasara. ¿Sería verdad que quería hacerla su mujer? ¿Tanto poder ejercía sobre él?

Sin pensarlo, soltó el tartán que apretaba sobre su pecho, y se mostró desnuda y deseosa. El gruñido desesperado de Ian la dejó sin fuerzas, mientras este la envolvía entre sus brazos y le prometía de tocar el cielo.

—¿Por qué quieres terminar con esto que ha nacido entre nosotros? —le preguntó entre beso y beso desesperado—. Eres...

—Soy una más, canalla. Eres un necio si crees que me engañas —acusó mordiendo su cuello con un gruñido igual de salvaje que el de él, desprendiéndolo con desesperación de su camisa para disfrutar de su bello torso dorado.

—Tú eres la canalla, bruja. Me has rendido a ti, ¿no lo ves?

Hellen rio, crecida en ese poder que parecía poseer, y empujándolo sobre el tartán que había quedado en sus pies. Él se dejó hacer con la mirada enturbiada de anhelo. Sin darle tiempo a pensar, se subió a horcajadas sobre su miembro erecto que la esperaba insaciable y se llenó de él. Lo cabalgó sin resuello, extasiada con ese baile de jadeos desmedidos y salvajes. Cada caricia sobre sus senos, cada lamida o beso, cada respiración en esa carrera de codicias era un remolino de emociones inexplicables... Maldito hombre perfecto y egocéntrico que echaría en falta. Cerró los párpados, obligándose a no pensar más en ello. Él había sanado sus pesadillas y barrido con su esencia su miedo a un abrazo. Inspiró y marcó su cuello con los dientes, sintiéndolo grande dentro de ella, notando cómo ambos eran uno de nuevo. Sin aliento, se impregnó de él, explotando en delirio; una locura de la cual se empaparía hasta que las fuerzas le faltaran.

Rodeada de su calidez y a lomos de Oidhche llegaron al castillo. El sol del medio día caía, bañándolos de una luz dorada que resaltaba la soberbia del paisaje. Cada paso vibraba contra el camino terrizo, inundándola de ansiedad por la temida llegada. El viento parecía susurrarle palabras alentadoras para enfrentar lo desconocido, pero lo que realmente la tranquilizaba eran los cariñosos besos de Ian en su cabello y ese brazo que rodeaba su cintura de forma protectora. No le importaba lo que pensarán sus hombres, pero sí Elliot. ¿Le daría la espalda? ¿La vería como una perdida y abortaría su plan de acompañarla hasta Glasgow?

Al cruzar el puente de piedra, el desasosiego comenzó a adueñarse de ella e, involuntariamente, se aferró a él. Ian la apretó contra su torso, haciendo que un arrasador cosquilleo inundara su estómago, sintiendo el deseo crecer en ella de nuevo. ¿Cómo podía tener ansias de su cuerpo si acababan de pasar horas devorándose sin fatiga?

—Ya te añoro, mujer —dijo con voz ronca en su oído, colocando la mano en su bajo vientre de forma provocadora. Hellen gimió, calada y rendida a su hechizo—. Tranquila, mi amor. No te dejaré sola.

—Canalla. —Resopló, haciéndolo reír y no pudo evitar contagiarse de su diversión.

Eran dos pecadores, sinvergüenzas, canallas, daba igual el término; ella había sobrepasado las líneas de la decencia y él había mandado al traste sus reglas. ¿Estaban locos? Podría ser, pero era una bendita locura. Con determinación en sus miradas y una sonrisa que desafiaba a cualquier dedo acusador, cruzaron los muros de piedra y entraron en la fortaleza.

Para su más horrible desesperanza, Elliot bajaba con torpeza los escalones desde una de las torres. Aun en la distancia, percibía una expresión bastante preocupada y se sintió culpable. Entonces, avistó a Jane unas yardas más allá, abrazando a Ronald con evidente pesar. Supo que

algo no andaba bien y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

Ian descendió del caballo y apenas le dio tiempo a agarrarla cuando Hellen ya se dejaba caer al suelo. Reaccionó ceñudo, si bien extrañado ante su visible temor irracional.

Ignorándolo, avanzó en rápidas zancadas hasta el cura, que reposaba medio asfixiado al pie de la escalera.

—Por su expresión sé que no me va a gustar lo que tiene que contarme, padre.

En ese instante, Ian se colocó a su lado y Elliot guardó silencio, lo que la llevó a temer aún más su reacción. Él no era persona de callar lo que pensaba, si tenía que recriminarles su comportamiento, lo haría sin remordimientos. Debía ser muy grave lo sucedido.

—Habla en privado...

—¡Y una mierda! Puede decir lo que desee, no me irá de su lado.

—¡Maldito sinvergüenza! Te dije que te apartaras de ella. La has perdido...

—Padre, no soy una niña, solo yo soy responsable de mis decisiones propias. —Se atrevió a contestarle con las mejillas encendidas de vergüenza a pesar de su determinación.

—Pero él no debió de perseguirte anoche —soltó con rabia sin reprimir su dureza.

—Asumo mi deber, padre. Me casaré con ella en este mismo momento si usted quiere bendecir nuestra unión.

—¿Qué? ¡No! Oh, para ya con eso, por favor.

—Nos casaremos, Hellen —le exigió rodeándola con posesión de su cintura.

—¡No! —Luchó tratando de zafarse de esas garras que la aprisionaban fuerte contra él.

—¡Sí! ¡Os bendigo! —exclamó el cura, sorprendiéndolos a los dos.

—¿Se ha vuelto loco, padre? No lo haré, tengo que llegar a...

—Él ha estado aquí, hija.

Al oírlo, Hellen notó cómo sus fuerzas la abandonaban. Ian, al percatarse de su debilidad, la sujetó fuerte y la alzó en sus brazos, asustado.

Un zumbido danzaba en sus oídos mientras la voz de Ian y el padre murmuraban.

—¿Cuénteme quién es ese que vino, padre? Tengo que saberlo si debo protegerla, se lo ruego.

—Antes debo saber algo, ¿por qué quieres casarte con ella, muchacho? —preguntó con gravedad Elliot en tanto que Hellen comenzaba a sollozar desconsolada entre sus brazos—. ¿La quieres?

Ian la contempló durante un momento que se le hizo eterno, mientras ella se aferraba a su cuello, temblorosa. No podía apreciar qué pensaba, pues las lágrimas le impedían verlo.

—No lo sé, Elliot. Solo sé que desde que la conocí mi mundo ha cambiado y no me imagino un minuto sin ella.

—Gracias, Padre, ¡por no abandonarnos! —gritó Elliot, muy emocionado, alzando las manos al cielo. De pronto, se acercó a ella y apretó su brazo, llamando su atención—. ¿Y tú, deseas hacerlo?

—¡No!

—No la escuche, está confundida. Me dijo que sí cuando se lo propuse.

—¡No es verdad! Nunca me preguntaste, lo diste por hecho, maldito bruto —acusó estampando sus puños en su pecho.

—Es la mejor solución, hija.

—¿La mejor solución para quién, padre?

—O te casas con él o acabarás con uno más viejo todavía.

—¿Cómo? No soy ningún viejo, padre —arremetió el soldado, enfadado, y luego volvió a dirigirse a ella—. ¿Estás prometida a otro hombre?

—Volverá pronto, niña, conseguí despistarle por poco tiempo mandándolo a Glasgow —argumentó, ignorando a Ian que se esforzaba por ser escuchado.

Hellen fijó sus ojos en el confuso Ian. Luego, ladeó el rostro hacia el cura, quien afirmó, insistiéndole en albergar aquella solución. Cerró los ojos, cansada. El cura había mandado a su tutor justo a donde ella debía llegar, ese malnacido la esperaría allí. No quería casarse, condenaría su libertad, la misma que perdió su madre junto a su maldito tutor, quien volvía para castigarla e imponerle su horrible futuro planeado.

Por fin tomó una decisión.

—¿Puedes bajarme, Ian? —pidió, pero él no obedeció—. Por favor, estoy bien.

—De acuerdo, pero no me alejaré de ti.

Hellen sonrió, tristemente. ¿Por qué el destino era tan duro con ella poniéndola entre la espada y la pared en tantas ocasiones? Por un lado, su corazón vibraba de emoción, pues nada le gustaría más que estar al lado de ese hermoso guerrero que la miraba con una ternura sobrecogedora. Por otro, se condenaba a sus deseos; dejaría de ser libre y renunciaría a su tierra.

La brisa parecía susurrarle al oído, moviendo los mechones alocados como una caricia. Cada vez que ella encontraba su mirada la inundaba un amasijo de alegría y dolor insoportable. Su promesa era tentadora, con todo, el precio a pagar era alto. Su libertad, identidad... Las palabras de Catalina resonaban en su consciencia:

«No pierdas de vista quién eres ni olvides tu propio valor. Protege tu corazón y ama intensamente. Para estar con él debes ser fuerte, siempre merecerás ser amada».

Lo aceptaría a él, no obstante, no renunciaría a su sueño jamás, él tendría que saberlo.

Inspiró con profundidad, agarró sus manos, quien respondió el apretón, dándole fuerzas. Advirtió en sus ojos cristalinos una lucha interior abrumadora. Conmovida, contuvo sus ganas de abrazarlo.

—Debemos hablar, Ian. Tendrás que saber la verdad antes de casarte conmigo.

Al oír su conformidad, Ian no esperó ni un instante para rodearla entre sus brazos. Con un maravilloso beso que la dejó sin aliento selló su condena.

Al otro lado del patio, unos ojos azules contemplaban espantados esa escena apasionada mientras juraba vengarse con un odio acérrimo.

XXIII



—¿Por qué necesitas ir a tu tierra? —preguntó Ian tras oír la explicación de Hellen sobre su ingreso en la abadía y su huida de ella gracias al padre Elliot y Jane.

En su interior crecía una ansiedad arrolladora con cada secreto desvelado. Las injusticias impuestas a Hellen lo enervaban, le hacían desear matar a ese hombre con sus propias manos. Ese sí era un canalla que arrasaba con todo a su paso, importándole nada más que mover los hilos a su propio beneficio. Era un maldito tramposo sin escrúpulos.

Nunca dejaría que se acercara a Hellen, la protegería con su vida si fuese necesario. Ella era, en ese momento, su razón de vivir sería su esposa en unas horas y la emoción lo embargaba por ello. ¿No era sorprendente?

—Mi madre me dejó una carta en su testamento donde me pedía que volviera a mi tierra cuando me sintiera en peligro. Sé que algo me espera allí y necesito saber qué es.

—Lo entiendo y te acompañaré.

—Pero no podrás. Tus tierras necesitan a su dueño... —comenzó a decir Hellen.

—Mis tierras han sobrevivido sin mí estos años. Mis padres viven y gozan de salud, y mi hermana y su marido son muy capaces. Iré contigo, o no irás —sentenció sin miramientos. Un nuevo cosquilleo de emoción ante un viaje a tierras desconocidas lo inundó.

Hellen aguardó en silencio. Se notaba furiosa con él, hasta que explotó.

—Lo sabía. Sabía que, si aceptaba casarme contigo, me impondrías tu voluntad —increpó y cruzó sus brazos, disconforme.

—No te dejaría ir sola, aunque no te casaras conmigo.

—No podrías impedirlo —desafió con las manos en sus caderas.

Ella no se percataba de lo bonita que se veía así de enfadada. Tenía ganas de abrazarla de nuevo, besarla para acallar sus entredichos, hacerla suya sin descanso...

—No me mires así otra vez, Ian —advirtió, clavando el dedo acusador en su pecho y evidenciando el creciente anhelo en su mirada.

La congoja incontenible y ese simple toque fue el detonante que rebasó el límite de sus fuerzas. Sin pensarlo, agarró su dedo y se lo llevó a la boca. Con el otro brazo la atrajo hacia él

con ímpetu y la estrechó con fuerza. Para su máximo deleite, ella aferró su cuello y gimió de placer; él sonrió, satisfecho. Lo deseaba tanto como él a ella, con delirio.

Enseguida, le subió las faldas y la colocó sobre la mesa de la habitación. La necesitaba y se deshizo del kilt con rudeza. Con ojos llenos de pasión, se abrió de piernas para él y lo instó a tomarla. No pudieron reprimir el mismo gruñido al entrar en ella de un solo embiste. Fue tan enérgico que hasta él se asombró de su intensidad, pero su mirada oscura le indicó seguir ese camino indómito. La llenó con fuertes embestidas repletas de gritos ahogados y jadeos enloquecidos, hasta que, desinhibidos, llegaron al clímax y se dejaron sucumbir por una rendición maravillosa.

—Dios, no puedo resistirme a ti, amor —susurró ella en su oído mientras la llevaba en sus brazos hasta su catre.

Con cuidado se tumbó a su lado y la abrazó, posando un suave beso en su nariz.

—¿Amor?

—¿Dije eso? Fue la confusión del momento, Ian —comentó con rapidez, bajando su cabeza para quitarle importancia. Si bien, su sonrojo no evidenciaba lo mismo.

—A mí no me da vergüenza decírtelo, mi amor, mi vida, mi bruja...

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios, sin embargo, tan pronto le clavó una mirada dura.

—Ni se te ocurra llamarme igual que a todas.

—¿Cómo? —preguntó con diversión.

—No soy ninguna de tus flores —advirtió de nuevo con el dedo acusador sobre su pecho.

Ian gruñó, excitado, sintiendo un nuevo tirón en su miembro.

—Si haces ese gesto tendré que tomarte otra vez, muchas veces, y nos dará la noche con todos esperando fuera. No quiero imaginar el sermón que me esperaba de ese cura pesado.

Hellen rio y lo abrazó con ternura, como si fuera un niño y haciendo que su corazón se acelerara.

—Creo que puedo acostumbrarme a ti, me pareces encantador, futuro esposo. ¿Me acompañarás a Norteamérica?

—Al fin del mundo, mi amor. No podría separarme de ti, aunque quisiera. Me has embrujado con algún raro hechizo.

Su risa cantarina lo embelesó. Quería aprenderse cada gesto de ella, conocer cada sonido, cada respiración...

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? —respondió con voz profunda.

—Como si me quisieras.

¿La quería? Alguna vez se lo preguntaba, cuando esas mariposas explotaban en su pecho como en ese mismo instante. No sabía si eso era amor, pero era completamente feliz y se sentía el más afortunado por haberla encontrado. Un temor absurdo, nacido tras tantos años de pánico hacia ese sentimiento, reprimió lo que sus labios anhelaban liberar. Sin pensarlo, decidió terminar con ese momento que se le antojó incómodo.

—Háblame de tu tutor, Hellen. —Notó cómo contenía el aliento y la tristeza la inundaba. Ian volvió a sentir inquina hacia ese desgraciado que había sembrado su vida de amargura, lo odió como a nadie en su vida. La apretó para infundirle ánimos y la alentó a hablar—. Quiero saber a qué me enfrento.

—Tú no te enfrentarás a él de ningún modo —señaló con recelo, lo que lo conmovió.

Jamás nadie había mostrado esa preocupación por ella, y le agradó saber que le importaba, aunque fuera por ese efímero momento.

—Soy tu esposo y tengo que protegerte.

—Todavía no lo eres, pero cuando lo seas, yo también te protegeré. —Ian sonrió y giró para besarla en la nariz—. Me encantan tus besos, amor.

—Por favor, Hellen, no hagas eso. No desvíes el tema.

—De acuerdo. Mi padre lo conoció en Inglaterra, en uno de sus viajes comerciales. Kendrick era un buen negociante y acabó asociándose con él, estableciendo con solidez una ruta de comercio para la empresa de mi padre. El negocio creció mucho, hicieron buena fortuna gracias a los compradores que este le buscaba. Poco a poco, se hicieron buenos amigos. —Hellen arrugó el ceño, disgustada e hizo una pausa recordando algo, Ian aguardó paciente—. Estuvo presente cuando mi padre se cayó del barco en plena tempestad. Supimos qué ocurrió por él, sin embargo... Hubo otro testigo, Ian. —Hellen detuvo el relato para expresar un resquemor oscuro fruto de muchos años de sospecha—. Un marinero de su barco habló con mi madre y sembró una duda en ella, la misma que nació en mí al saber lo que le dijo. Según él, nunca entendió cómo mi padre pudo caerse y desatarse esa cuerda que lo amarraba al barco, era una de sus leyes obligadas y acérrimas para su tripulación. Sus nudos eran imposibles de liberar, imposibles.

—¿Y dices que se soltó? —Hellen afirmó en silencio y fijó su herida mirada en él.

—Kendrick dijo que su nudo se liberó mientras lo ayudaba a quitarle de encima un poste que lo tenía atrapado. Según él, después de eso, una gran ola lo arrastró y se perdió.

—¿Nadie más vio aquello? —preguntó, conjeturando sin poder evitarlo. Hellen negó y contuvo lo que él pensaba—. Piensas que él cortó la cuerda.

—Estoy segura de ello. Como además insisto en que mandó matar a mi madre y provocó que ese hombre me asaltara e intentara...

Ian posó un dedo en sus labios, acallándola.

—Ese terrible suceso ya es historia, Hellen. —Ella sonrió sin percatarse, a pesar de la gravedad de lo que hablaban—. Lo que no lo son, son esas graves acusaciones. ¿Crees sinceramente que él pudo provocar esos delitos?

—Lo creo —sentenció, solemne.

—Entonces se lo haré pagar.

—¡No! No quiero que te acerques a él.

Hellen exhibió su verdadera angustia, y se arrepintió de haber expresado en alto la peligrosa amenaza. Decidió cambiar de tema, ya había oído suficiente para conocer de la calaña de la que estaba hecho ese malnacido de Kendrick Harper.

—¿Temes por mí? ¿Puedo tener esperanzas de que mi futura esposa me quiera un poquito?

Sus ojos brillaron traviosos al decirle aquello y de nuevo las mariposas lo asaltaron sin previo aviso. Esos momentos se le hacían los más dulces jamás vividos. Esa mujer se le había metido bajo la piel sin apenas esfuerzo y lo que más lo aterraba era que se sentía pleno como nunca en su vida.

—Puede que logres de mí ese poquito... pero solo si consigues darme lo que anhelo — contestó de forma tan provocadora que su verga se endureció igual que una roca.

—¿Y se puede saber qué anhelas? —Su mano se coló debajo de su falda y fue directa a su sexo, comprobando que estaba húmeda y preparada para él.

—Umm, tendrás que ser más constante ahí, amor. —Hellen se abrió para dejarlo acceder con más facilidad, mientras pasaba la lengua por sus labios de forma lenta y muy excitante.

—¿Aquí? —dijo introduciendo dos dedos dentro de ella y oyéndola suspirar.

—¡Sí! ¡Ahí!

—¿Me quieres más ahora?

Ella jadeó, enfebrecida contra su boca.

—¡Oh, Ian! Te prefiero dentro —le dijo agarrando su verga y sacándole un gemido desesperado.

Ian no tardó ni un instante en colocarse entre sus piernas y demostrarle su pasión inagotable. De nuevo recorrieron juntos esos ríos de deseo, como una brava corriente los arrastró hasta la locura y afianzó el más hermoso sueño de amor pocas horas antes de convertirse en marido y mujer.



La noticia de la inminente boda corrió como la pólvora en el castillo, y cómo no, llegó hasta oídos de una emocionada Julie, quien no entendía nada de lo que sucedía. Hellen rio al presenciar cómo le daba una colleja a su hermano a la vez que lloraba ilusionada y, seguidamente, lo abrazaba con entusiasmo. Douglas McLeod mostró un semblante serio, desconfiaba de esa decisión precipitada, pero según lo que su mujer le había contado y tras brindar con él y oírlo recitar unas pocas palabras de enamorado ante sus soldados, sonrió satisfecho. Con una gran palmada en su espalda y un fuerte abrazo, bendijo su unión. Sería el principal testigo, junto a su esposa, de la celebración.

Flotaba en una nube tras su maravilloso baño y se reconocía en el espejo de la habitación de su futura cuñada. A su lado, Jane revoloteaba, brindándole sonrisas cómplices llenas de una paciencia que en ocasiones creía faltarle, pues Julie se deshacía en preguntas sobre todo lo relacionado con su tutor.

Hacía tantos años que no se veía con ese aspecto que no pudo evitar emocionarse ante el reflejo. Julie insistió en regalarle un vestido, no obstante, desde que partió en esa peligrosa huida

con ese traje escondido en su maleta, se reservaba la ocasión especial de usarlo. ¿Habría una mejor que esa?

Rozó los bordados color marfil de su apretado corsé azul celeste con un aire de ensueño y un cosquilleo en la boca de su estómago. La falda amplia lucía en todo su esplendor gracias a las enaguas de aros de Julie. Sonrió. Su escote cuadrado adornado del mismo encaje que en sus puños, aun siendo de ese marfil etéreo, resaltaba contra su piel inmaculada.

—Estás bellísima, Hellen —susurró Jane en su oído mientras colocaba una horquilla más en su cabeza—. Hasta tu cabello decidió darme una tregua para controlarlo con estas horquillas. No parece que lo tengas corto, sino que te has hecho un recogido ¿Ves? —dijo, señalándole el velo largo de encaje sujeto atrás con una tiara dorada, también facilitada por su cuñada.

—Gracias, amiga. ¿Conseguiré verlo largo algún día?

—En unos pocos meses lo tendrás por las rodillas.

Rio ante su exagerado comentario. Era tan maravillosa como su madre. Siempre haciéndola ver el lado bueno de todo.

—¿Sabes? Contigo a mi lado me siento como en casa.

Ella le sonrió, entendedora de sus más recónditos pensamientos.

—Las madres siempre nos harán falta, por mucho que pase el tiempo, cariño. Ellas nos enseñan a luchar y ver el mundo con la mejor sonrisa. Nos guían con su amor incondicional y nos dan la fuerza para enfrentar cualquier adversidad. —Con un beso en su mejilla, terminó—. Piensa hoy que su espíritu te acompaña, porque vive en tu corazón, que es donde el amor verdadero nunca desaparece.

El brillo delator de sus ojos sorprendió a Julie, quien aguardaba a su lado, con un pañuelo preparado en la mano y agitándolo con vehemencia.

—¡Oh, no! Hoy no se llora, señorita Chamberlain. Hoy es un gran día para todos y más para mí, que presenciaré la rendición del peor canalla que ha existido. Ian Kelly caerá de espaldas al verte —dijo dando saltitos de alegría igual que una niña.

Entonces, entraron a la habitación las dos hijas de Julie y la agasajaron con preciosos halagos. Tampoco olvidó esas entrañables palabras de Jane y que le ayudaron a sonreír durante toda la velada.

La capilla se situaba en la zona más tranquila del castillo, sin embargo, ese día la tranquilidad era lo último que reinaba en él. La gente se agolpaba en la entrada para recibir con vítores a la novia, caras desconocidas la contemplaban con asombro y muchos le dedicaban sonrisas reconfortantes que le abrigaban de calidez y ánimo. Aguardaba impaciente en la entrada el momento de ingresar. Si fuera por ella, correría hasta el altar como una cría traviesa, aunque, le indicaban esperar con rigor la señal de seguir adelante.

«Papá, mamá, soy feliz. ¿Me veis?», pensó mirando a las nubes blancas.

—Adelante, Hellen —anunció Jane a su lado y parpadeó sorprendida. El sobresalto amenazaba con hacerle flaquear las piernas en cada paso. Un temeroso temblor llenó sus manos, que entrelazó con firmeza delante de su regazo. Su respiración era irregular y temía en algún momento desfallecer... En eso, vio a su hermoso hombre de perfil al fondo de la sala. Observaba

con una formalidad sobrecogedora a Elliot, quien oficiaría la misa. Contuvo la respiración, sin saber con exactitud qué pensar al no encontrar sus ojos, pero recobró parte de su aplomo al sentirlo cerca.

Dio dos pasos dentro y advirtió cómo se pasaba una mano por el rostro, agobiado. ¿Por qué no la miraba? Necesitaba que esos jades azules borrarán su desasosiego.

El silencio se hizo al fin en la sala y entonces, él la buscó con vehemencia. Cada paso adelante era una revelación de sentimientos que llenaba su pecho de dicha. Creyó por un instante que Ian era una estatua de sal, salvo que sus ojos brillaban con una intensidad que lo desmentía. Una profunda admiración resplandecía en su expresión, una promesa silenciosa de un futuro pleno.

Percibió la emoción envolverla, haciendo que todo se desvaneciera. Su corazón latía más rápido con cada distancia acortada, saboreando la expectación y esa sonrisa que empezaba a formarse en sus labios. Suspiró, nervioso. ¿Podría ser amor lo que le transmitía? La esperanza floreció en su interior y al fin llegó junto a él, quien aferró su mano con dulzura. Tras unos segundos tensos donde sus miradas decían más que cualquier discurso, Ian se acercó a su oído.

—¿Quieres ser mi esposa? —preguntó, atrapándola y colocando un tallo de jazmín en su oreja.

—Quiero ser tu esposa —respondió con sus labios casi rozando los suyos y un dedo clavado en su pecho.

Ian contuvo el aliento al ser la primera vez que lo aceptaba sin vacilar, mientras llevaba ese dedo provocador a sus labios y lo besaba con calma, una que Hellen no encontraba, deseosa de refugiarse en sus brazos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, queriendo disimular la inquietud en su voz ligeramente temblorosa.

Hellen asintió.

—¿Y tú?

—Más que nada en toda mi vida.

El carraspeo de Elliot los regresó a la realidad. Con las manos entrelazadas y sin poder dejar de sonreírse, se volvieron hacia el sacerdote que les dedicaba un guiño cargado de intención.

Mirando al techo de la capilla oró en voz baja, solo audible para ellos.

—Señor, antes de unir a estas dos almas perdidas, tengo que confesarme y pedirte perdón. — Ian y Hellen fruncieron el ceño, sin entender a qué venía aquello—. Perdóname por tentar con mentiras piadosas y hacer creer a estos dos que no podían estar juntos —hizo una pausa, mirando a la pareja con una sonrisa traviesa—. Queridos míos, a veces el destino necesita un pequeño empujón.

El murmullo impaciente de la gente en la iglesia llenó el silencio que se hizo entre los tres.

—¿Conocéis el dicho: ¿La fruta prohibida es la más dulce? ¿O lo difícil de obtener es lo máspreciado? Tengo otro... Donde hay una ley, hay un...

—Padre, ¿qué quiere decir con eso? —preguntó Ian, incrédulo.

—Nunca imaginé que... Todo este tiempo pensé que usted estaba en contra.

—En parte sí, pero solo hasta que me di cuenta de la fuerza de sus sentimientos, entonces supe que estaban destinados a estar juntos. Simplemente, tuve que retarle a traspasar la línea —dijo con suficiencia, señalando con un gesto de la cabeza a Ian—. El resto lo hicieron ustedes solitos.

De repente, Ian se carcajeó y Hellen lo imitó. El murmullo en la sala se hizo más fuerte.

Un carraspeo grave resonó desde la primera fila de invitados.

—¿Ocurre algo, padre? —preguntó Williams McEwen en su asiento. A su lado, los familiares los escrutaban, curiosos.

Hellen se fijó un instante en la expresión demasiado sonriente de Jane y Ronald, un banco más atrás, y presintió que ellos también habían tenido algo que ver.

—Nada, *laird*. Perdóneme que sea tan extenso. Me aseguraba de solventar cualquier duda entre los novios antes de dar el paso. —Dirigiéndose a ellos con una gran satisfecha sonrisa, prosiguió—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. ¿Están listos para dar este paso?

Hellen e Ian asintieron con el corazón latiendo al unísono.

XXIV



Los gritos ensordecedores de Kendrick seguidos de fuertes porrazos resonaron dentro del carruaje. Bajo la atenta e inquieta mirada de su cómplice, descargaba su bastón con ira contra el asiento de enfrente, un asiento vacío que debería ocupar su pupila hacía ya bastante tiempo y que cada vez la presentía más inalcanzable. Habían avanzado muchas millas alejándose de tierras McLeod. No le gustó la expresión de ese hombre desde el primer momento, así que cuanto más lejos anduviera de él, más seguro se encontraría.

—No desfallezca, señor Harper. Seguiremos esta última pista y la encontraremos.

Este lo atravesó con sus intimidantes ojos, capaces de amedrentar a cualquiera, sopesando lo que acababa de proponer.

—¡Maldito cura de mierda! ¿Lo creíste? No sé qué pensar de él, Stephen.

—No mintió, señor. Es un siervo de...

—¿Esa es tu garantía? ¡Vamos, hombre! Eres patético.

—Señor, con todos mis respetos, lo que dijo de que su pupila se marchó a Glasgow tiene sentido. Estoy seguro de que quiere comprar un pasaje para Norteamérica. Ese puerto opera rutas comerciales con ese continente...

—Tienes razón, tiene sentido, como tampoco lo tiene que yo vaya a la carrera hasta esa ciudad a buscar un pececillo entre tanto mar —dijo, sopesando una idea mientras acariciaba el pomo metálico de su bastón—. Irás tú con algunos hombres para asegurarte de alcanzarla y si no, la esperarás allí hasta mi próxima orden. Tú eres el único que la conoce, aunque no lo suficiente como te pedí.

Stephen apretó los labios y desvió la vista hacia otro lado.

—Ella no fue fácil, me costó someterla y ya la tenía... Pero usted y los demás aparecieron demasiado...

—¿Intentas culparme? —preguntó Kendrick cortándolo, incrédulo. Amenazador, lo apuntó con el puño metálico de su bastón. Stephen, al sentirse amenazado, agachó la cabeza y balbuceó una disculpa. Como perro traicionero, tenía que dejarle claro quién era su dueño, pero también lanzarle de vez en cuando un hueso si no quería que se le revolviera y le mordiera—. Sé que todavía recuerdas tu error con rabia, y lo comprendo, amigo Stephen, no obstante, si haces bien

lo que te pido dejaré que termines lo que empezaste.

—¿Podré gozarla? —le preguntó con ansia. Sinceramente, nada podía describirlo mejor, solo le faltaba jaderar semejante a un perro—. Mil gracias, señor.

Su sádica sonrisa le indicó su enorme regocijo y suspiró, exasperado. Necesitaba una copa pronto o lo mataría de un balazo.

—Lo harás, amigo. Mi hermano está en las últimas, dudo que pueda darle un buen empujón. Necesito desvirgarla de alguna forma y yo no..., ya sabes, tengo principios. —Con un gesto le indicó que necesitaba estar solo, pero lo detuvo de nuevo—. Necesito una copa, Stephen. Tráemela antes de irte con tus hombres.

—¿Usted no vendrá, señor?

Volvió a suspirar, impaciente. Odiaba repetir las cosas.

—Te dije que iré más tarde y tú podrás disfrutar unos días de esa zorra. Por cierto, búscame a una puta en ese castillo, y por favor, que sea rubia, ya sabes cómo me gustan. Y recuerda, el factor sorpresa es importante...

—Sí, señor, ya sé que le gustan muy dóciles. Mis hombres le traerán la más sumisa. Tengo en mente a una que, precisamente, le eché el ojo mientras usted estuvo tratando con ese sacerdote. Tenía buenas tetas y era hermosa —contestó con una risa estúpida que lo agotó.

—Qué haría yo sin ti —murmuró a la vez que este bajaba y lo dejaba al fin a solas.

Golpeó el bastón contra el asiento. En cada embestida se imaginaba castigando a Hellen por su desobediencia. En realidad, no le importaba encargarse de desvirgarla él mismo, sin embargo, como dijo Stephen, le gustaban dóciles y cuando encontraba cualquier atisbo de resistencia, ni se le empinaba, ya fuera la más zorra más deseable.

Por fin le trajeron su botella de whisky. En Inglaterra ya no gozaba de licores tan buenos, eran caros y andaba muy mal económicamente después de haber perdido una gran suma de dinero en sus últimas transacciones comerciales. Los piratas se hallaban en auge y atacaron sus barcos, hundiéndolos tras robarle la mercancía, que no se trataba solo de madera, sino además un ron de lo más embriagador y codiciado entre los mercaderes ingleses. Aquello lo había llevado a la más tormentosa ruina y debía encontrar a esa mujer cuanto antes para adueñarse de sus propiedades.

Maldita, se las pagaría. Después de que Stephen acabara con ella, tal vez no tuviera ganas de luchar... Las carcajadas pervertidas se elevaron en el habitáculo, mientras se manoseaba la verga que comenzaba a ponerse dura con pensamientos obscenos. Al mandar a Escocia a Hellen era ya toda una mujer de maravillosos encantos, parecida a su madre, estaba dotada de una belleza etérea que sobrecogía, con esa piel tan pálida y un cabello negro azabache muy copioso. Alguna ocasión la había imaginado a cuatro patas y dándole su merecido, pero esos ojos desafiantes... Él era un hombre simple, metódico, práctico, y esa niña tenía un carácter de mil demonios, como el de su padre, y propio de su maldita tierra. En definitiva, esperaría a quitarle ese afán de lucha y luego se la gozaría hasta el hartazgo. Le daría lo que su querido hermano no podía, y todos serían felices en su hogar. Terminó de derramarse sobre el pañuelo que usaba siempre para ello. Desde que había salido en ese viaje, solo había disfrutado de unas pocas prostitutas y, últimamente, ni eso, en esa carrera sin fin a través de las Highlands. Lo tiró por la ventana. Con suerte, no le

haría más falta, y quizás, si le gustaba la putita, se la llevaría consigo hasta el final de su viaje.

Tras darle un largo trago a la botella, recordó la conversación que mantuvo con ese sacerdote desdeñoso:

—¿Es usted el padre Elliot Graham? —preguntó uno de sus hombres mientras él esperaba dentro del carruaje.

—Depende de quién lo pregunte, hombre.

—Lo pregunta lord Harper. Lleva buscándolo semanas.

Kendrick, tras la cortina, ojeaba la escena. No le gustó la sorpresa que reflejó su semblante al nombrarlo, ni tampoco el ceño que se dibujó en su entrecejo.

—¡Oh, qué honor! ¿Y se puede saber por qué no baja a saludarme? Digo yo, que, si tiene tanto empeño en conocerme, hacerlo desde dentro de un carruaje no es muy caballeroso por su parte, hijo mío.

Kendrick se colocó bien la peluca, tocó la portezuela y uno de sus sirvientes la abrió. Con la ayuda de este, descendió y, tras estirar su oscuro abrigo inglés, se acercó al sacerdote.

Él era un hombre alto, de porte imponente, bien parecido... Sabía que lo había impresionado, lo vio en sus ojos, belicosos, por cierto. Con una enorme sonrisa, se acercó a él con pausados pasos, tratando de mostrar seguridad.

—Buenos días, reverendo. Es un placer encontrarlo al fin —saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días, mi lord. El gusto es mío —respondió seco, sin demostrar en su expresión ese gusto que decía disfrutar.

—Se preguntará qué hace aquí un lord inglés, en mitad de las Highlands...

De pronto, apareció tras él una comitiva de guerreros con cara de pocos amigos, seguidos por tres miembros que, según dedujo por sus ropajes, serían de alto cargo. Estos se presentaron como el laird McEwen, y dueño de la fortaleza, laird MacLeod y un tal Edward McCain. Al percibir sus expresiones poco amables tuvo que guardarse lo que tenía pensado reprocharle a ese maldito cura del infierno. La tensión se palpaba en el ambiente, mientras él intentaba disimular su nerviosismo.

—¿Y qué se le ofrece a su señoría?

—Pues eso mismo iba a contarle al padre Graham. —Giró la cabeza hacia él y prosiguió con una enorme sonrisa—. Busco a mi pupila, Hellen Chamberlain. Tengo entendido que ella se encontraba bajo su cuidado.

—Así era, su señoría.

—¿Qué significa eso? ¿Puede aclararme dónde se encuentra, padre?

—Siento informarle que ella ya no se encuentra conmigo, partió hacia Glasgow ayer mismo —informó con sequedad.

—¿Cómo puede ser? Ella no ha podido... —dijo con gran frustración.

—Es una pena que por unas horas no pueda reencontrarse con su amada pupila, la verdad.

No imagino lo apenado que debe sentirse, pero ya sabe usted que los caminos del Señor son inescrutables. Si no se demora mucho, estoy seguro de que podrá alcanzarla.

Con un asentimiento de cabeza, fingió estar conforme.

—Gracias por su ayuda, reverendo. Partiré ahora mismo. Ha sido un placer conocerlo, señores, reverendo. —Tras una leve inclinación a cada uno, se subió al carruaje y partieron de allí sin pausa.

Gruñó al recordar la escena. Le pareció incluso percibir una ligera sonrisa en Graham. ¡Maldito fuera! Tendría que ponerse en antecedentes sobre él más adelante... Pues como decía el dicho: «Quien ríe el último, ríe mejor».

Esa noche durmió como un niño pequeño. Tras haberse satisfecho de una buena botella de whisky escocés, su cuerpo se rindió al sueño más profundo y se sentía pletórico.

Stephen había salido al alba camino de Glasgow y él lo seguiría en cuanto se diera un buen revolcón con esa furcia prometida. Necesitaba desahogarse bien, ella le daría alivio a su mente cada vez más depravada.

Dos días tardaron esos inútiles en traerles a la furcia, sin embargo, cuando llegó, comprendió que la espera había merecido la pena.

Tan bonita como un ángel, el cabello dorado le caía sobre los hombros en suaves ondas. Su rostro, no desmerecía, a pesar de su coloreada tez por una exposición continua al sol. Ojos grandes y claros, nariz puntiaguda y una boca que nada más verla, supo qué sería lo primero que haría con ella. Y lo que más le gustó fue su mirada temerosa. Sin duda, un manjar escondido en esa tierra inhóspita del que disfrutaría mucho esos días que le quedaban.

—Pasa, querida —le dijo al ver que no se atrevía a entrar, algo que le aceleró los latidos del corazón y le provocó un gran tirón de su entrepierna. Ella no dijo nada, aun así, aceptó, sin atreverse a encararlo otra vez—. Umm, deliciosa. ¿Cómo debo llamarte, dulzura?

—Ro-rosaleen, señor.

—Oh, el nombre perfecto para una flor como tú. ¿Hueles cómo una rosa, además? —El comentario le pareció extraño, pero bajó la vista rápido—. Por favor, muchacha, acércate un poco, deseo comprobarlo.

Sacó un frasco de su bolsillo y lo destapó con rapidez. Luego esparció unas gotas sobre sus ropajes, no muy sucios, pero sí muy ordinarios. De esa forma se aseguraría de oler a flores y no a pescado rancio.

—Me-me dijeron que quería información sobre su pupila.

—Exacto, y me contarás lo que sepas. Serás bien recompensada. Con todo, lo harás a su debido tiempo, antes tenemos que conocernos bien. —Se acercó a olisquearla con exagerada disposición—. Oh, como pensaba. Hueles que alimentas, ¡y yo estoy hambriento! —soltó en un rugido ansioso, cogiéndola firmemente y colocándola de espaldas, a cuatro patas sobre el destrozado asiento de enfrente. Sollozaba y jadeaba de miedo, su primer contacto con esa preciosidad sería sublime—. Verás, querida, te va a encantar conocerme.



Los McEwen habían hecho varias incursiones de rastreo por la zona. La insistencia de unos padres desesperados en ningún caso cesaría hasta que dieran con el paradero de su hija desaparecida. Aunque tras una larga semana buscando entre los madrigales y el bosque, la esperanza de encontrarla viva era muy escasa. Un último intento dio al fin frutos, encontraron una pista sobre el posible paradero de la muchacha desaparecida. Un lugareño que se recogía de una ardua jornada de labranza, dijo haberla visto entrar en un carruaje en la vida avistado por allí.

—Se fue con ese lord, Edward. Si la hubiera asesinado, ya la hubiéramos encontrado. No existe un palmo sin revisar en mis tierras.

—Según esos padres, jamás hubiera escapado. Soñaba con ser la próxima gobernanta del castillo algún día. La señora Murray me contó que era un poco fresca, pero muy responsable en su trabajo, nunca salía del castillo sin avisarla antes. —Edward calló, sopesando con calma—. Esto no me huele bien, tío. Espero equivocarme en mis cavilaciones y que ese hombre no le haya hecho daño.

—¿Por qué se llevaría a una mujer con él si tenía previsto ir hasta Glasgow el mismo día que visitó el castillo?

—Quizás pensaba visitar otro lugar antes. —De pronto, dio un respingo en su montura—. ¿Y si descubrió que Hellen se había casado y marchado a Banchory?

—¿Crees que podrían estar en peligro? No me pareció mucha amenaza para nadie. Es un cobarde, hijo.

—Lo es, pero esos son los peores, tío Williams. Mandaré a avisar a los McLeod para que estén alertas.

—Me parece bien. Además, podrán ayudarnos con la búsqueda de la chica. Ahora, regresemos a casa. Es tarde, y estoy hambriento.

—Yo he perdido el apetito, tío. Tengo un mal presentimiento con esto.



Nunca pensó verse amenazada de muerte ni humillada por un hombre. No saldría de allí viva, estaba convencida. Se pasó la lengua con cuidado por el labio y notó la sangre seca que se había agolpado en un lado de su boca. Gimió, dolorida, encogida en llanto contra esa esquina, como un ratón asustado que espera ser aplastado por la escoba. Pensó en esos maravillosos días junto a su dorado Ian, él sí la quiso y la respetó. En ninguna circunstancia la dañó ni ultrajó salvajemente como ese horrible loco que la había secuestrado. Llevaba una semana sufriendo sus abusos,

golpes y gritos. La amenazaba con entregarla a sus hombres si notaba una mínima resistencia, además, la obligaba a darle las gracias después de cada vejación, como si fuera su dios. Era vomitivo.

¿Por qué Ian se fue con esa insulsa? Ella era mucho más guapa, más simpática y toda una experta en hacerlo morir de éxtasis con ese cuerpo de diosa que le había sido otorgado. Habría dejado su futuro como gobernanta por él, no tenía dudas. Lo amaba como a ninguno y esa mujer no lo merecía. Odió cada beso de esa escena apasionada que presencié en el patio, y juró vengarse. Él la había traicionado al abandonarla.

Ella tenía tanto que ofrecerle... pero se veía encerrada en ese apestoso carruaje que olía a inmundicia tras tantos días en soledad. Tenía su olor impregnado en su piel, y si conseguía escapar de allí, jamás se desharía de él. Si todo hubiese quedado en el abuso salvaje al que la sometió la primera vez... No, había mucho de lo que tendría que avergonzarse, mucho que enterrar bajo capas y capas de dolor.

No obstante, lo peor del cautiverio llegó cuando le contó lo de la boda de Ian con esa espantapájaros. Para su sorpresa, ¡ella era su pupila! Y una acaudalada noble con un futuro... Horrible.

Debía admitirlo, no la culpaba si huía de ese desalmado. ¿La habría deshonrado también? No quería pensar en ello, ya sufría bastante con su propio y desgraciado destino. No era de su incumbencia lo que le ocurriera a esa *robahombres*. Si bien, no podía evitar sentir lástima por ella. ¿Qué tipo de infancia habría soportado a su lado? Ningún niño tenía derecho a vivir una pesadilla así y digerir ese desapego habría sido terrible. Prefería ser mil veces pobre a amasar una enorme fortuna con un animal como ese a su lado. Por ello, quizás, parecía tan mojigata, acostumbrada a una vida de soledad.

¿Por qué la excusaba? No era su amiga, sin embargo, padecía las injusticias de ese malnacido que las trataba peor que a un perro.

¿Serían felices casados? Quién diría que ese libertino, con esos criterios tan rigurosos, cayera en los brazos del amor en tan poco tiempo... Él no tenía culpa, solo ella. Era una bruja, seguro lo habría hechizado con alguna pócima de amor.

Un ruido de pisadas acercándose la puso en alerta y se apretó contra el rincón del asiento, como si así pudiera evitar ser vapuleada al antojo de ese demonio. La puerta se abrió con violencia y, para su sorpresa, no se trataba del noble, sino de uno de sus hombres.

—Oh, no, por favor. No me haga daño. No quiero, por favor, por favor...

Su voz se fue apagando en tanto que la sacaba y obligaba a avanzar a empujones por el campo. Los pies descalzos captaron el frío sobrecogedor de las piedras y le traspasó un fuerte escalofrío de arriba abajo. La luz del día le dañaba sus ojos, tras sumirse tantos días en una oscuridad constante. ¿Dónde la llevaba? ¿Iba a violarla también?

Buscó en el suelo con desesperación una piedra afilada para cortarse el cuello. Si la hacían pasar además por eso, no lo soportaría.

Delante de ella, unos pasos más allá, se encontraba Harper sobre una pequeña colina, mirando al horizonte con las manos entrelazadas en su espalda y sujetando el odioso bastón que Rosaleen conocía tan bien. Tembló al estar tan cerca de su cuerpo, no deseaba tocarlo, ni siquiera

rozarlo. Su olor perfumado le provocaba arcadas.

—Rosaleen, Rosaleen, qué felices somos los dos juntos, ¿verdad? —Él ladeó la cabeza hacia ella, quien no contestó, aterrada—. Por eso me gustas tanto, querida. Ojalá fueras noble para poder desposarte. Eres la mujer que siempre quise tener: hermosa, sumisa, callada... Oh, Rosaleen, tendré que tomarte de nuevo aquí mismo si me miras así.

—¿Co-cómo? —preguntó sin entender lo que pretendía.

—Con temor, mujer. Como deberían mirar las mujeres a su hombre, con respeto y miedo. Los tiempos cambian y las mujeres sois cada vez más impertinentes. Creéis que tenéis derechos, y no comprendéis que el único al que podéis aspirar es el de respirar y solo porque el hombre lo permite. Tú siempre das las gracias por mis caricias, eres perfecta.

Pasó el puño metálico de su bastón por sus senos y los rodeó con él, aterrándola de nuevo. Sonrió, satisfecho y sacó algo del bolsillo de su abrigo. Era un palo que desplegó e hizo más largo, para después colocárselo en su ojo derecho, sujetándolo con las dos manos.

—Esto es un catalejo, Rosaleen. Es semejante a un milagro, uno de los mejores artilugios inventados en los últimos tiempos. ¿Sabes para qué sirve? —Al ver que negaba con la cabeza, se lo ofreció—. Mira a través de él.

Con dedos trémulos lo aferró y lo imitó, tal y como lo había visto hacer un instante antes. De pronto, el árbol que se hallaba a millas de distancia pareció caérsele encima y se asustó, dando un paso atrás.

Kendrick rio, entusiasmado.

—¿Ves? ¿A que es magnífico? —Esperó su asentimiento y prosiguió—. Quiero que te familiarices con él, querida, pues necesito que me hagas un favor. Te encantará.

Rosaleen cerró los párpados, temiendo lo que le iba a encargar, aunque si evitaba pasar más tiempo dentro del vehículo, lo agradecería con todas sus fuerzas.

—Gracias.

XXV



—¿Estás segura de que lo estoy haciendo bien, Audrey? —Hellen trataba de sujetar con firmeza una de las mamas de la vaca. A su lado, la hermana de Ian la alentaba a seguir—. ¡Oh, ha salido! —gritó y la soltó, asustada.

Ambas se miraron perplejas, ella pensando lo extraño que le había parecido, y Audrey, divertida por su estúpida reacción. Entonces, las dos explotaron en risas. Ambas, tras un largo rato tratando de calmarse, por fin respiraron tranquilas, y Hellen volvió a probar.

—Sabes que no es necesario que hagas esto, ¿verdad?

—Lo sé, pero no me disgusta trabajar. En el convento me obligaban a sembrar, barrer y ayudaba a fregar platos en la cocina. Me ayudaba a pasar las horas. Aquí, aunque es imposible aburrirse con vosotros, me ayuda a sentirme útil. Todos trabajáis.

—Bueno, estamos acostumbrados. Siempre nos hemos encargado nosotros mismos de la granja.

—¿Ian? —preguntó dubitativa sin acabar lo que deseaba decir.

—No sé qué quieres decirme, Hellen. Tendrás que especificar, pues desde que estoy embarazada parezco lela. Es como si mis sentidos se hallaran aletargados —masculló.

Hellen ya había logrado la seguridad necesaria para ordeñar la vaca y la leche caía en largos chorros en el cubo.

—Oh, me preguntaba si Ian trabajó el campo también.

—Claro, más que ninguno, hasta que se fue. Es sacrificado y muy tozudo. Sin embargo, siempre le gustó el ejército. Mi abuelo era un soldado del antiguo clan que gobernaba estas tierras, el clan Munro. Fue un clan muy fuerte hace muchos años. Llegó a ser capitán de su guardia, como Ian de los MacLeod —puntuó—, pero, al asumir un nuevo *laird*, todo cambió para mal. Gordon Munro era irascible, injusto y desleal. Por alguna razón que desconozco, mi abuelo abandonó la guardia, y decidió casarse y retirarse a sus tierras, cedidas por su antiguo *laird*. Construyó esta casa con sus propias manos y luchó por esto, tanto como lo hizo por su clan.

—¿Y ese clan sigue existiendo todavía?

—Claro, pero lo gobierna una mujer, algo jamás visto nunca. Se cuentan leyendas sobre ella,

es un ejemplo de superación para cualquiera.

—Vaya, qué interesante. Creo que puedo hablar contigo sobre eso, Audrey. No consigo entender del todo las costumbres represoras hacia nosotras. Según he visto, en estos pocos días que llevo con vosotros, tú misma eres un gran ejemplo de progreso, igual que ese *laird*. ¿Por qué se empeñan en apartarnos? Somos capaces y válidas.

—Por miedo. Nos temen. —Rio la mujer sin ningún tapujo delante de su marido, quien llegó a su lado y le dedicó una expresión desconcertada.

Hellen también rio, pero se concentró en ordeñar la vaca, evitando oír las carantoñas que se hacían apartados tras otro animal. Audrey era descarada y sincera, algo que le encantaba, de esas personas de las que podía saber que siempre vendría de frente. Aun así, todavía se sentía incómoda mientras esos dos flirteaban sin ton ni son. Aquello era agotador para su salud mental.

Llevaba cinco días en Banchory y conoció a toda la familia. Ian la presentó con mucho orgullo. Disfrutó dejándolos boquiabiertos por más de un minuto ante la inesperada noticia. Inclusive a Audrey, que nunca parecía sorprenderse con nada. Sus suegros, tras el importante lapso, la acogieron con mucho cariño. Brianna Kelly comentaba: «Si has enamorado a mi hijo es que debes ser especial», en cambio, a su suegro John lo oía repetir entre risas: «Es buena cazadora, creo que le enseñaré a disparar».

Ese día fue una verdadera chifladura, toda la familia se reunió alrededor de la mesa del gran salón, incluido Julie y Douglas, decidieron estar presentes. Estos ya venían escoltados por el recién nombrado capitán y amigo de Ian, Fergus Dewar. Entre gritos, risas y mucho júbilo brindaron por su matrimonio, del cual todavía no lograba hacerse a la idea. Solo entendía que era más feliz que nunca, al lado de ese hermoso hombre del que disfrutaba cada vez que se lo permitían, que solía ser por la noche. Oh, benditas noches...

Se preguntó dónde andaría. Siempre acompañaba a Angus y le extrañaba no verlo llegar con él.

Al regresar los tortolitos a su lado, no pudo resistirse a preguntarle.

—Angus, ¿sabes dónde está Ian?

—Mi marido. Debes acostumbrarte a decirlo, querida. Es fácil, venga vamos a ensayar un poco, miii maaariidooo, miii maaariidooo —corrigió Audrey, haciéndola sonrojar hasta las orejas al oír su retahíla absurda.

—Déjala ya, *esposa mía*. Acaban de casarse, se están conociendo —señaló con una seriedad que no engañaba a nadie.

—Pues parecían conocerse bastante bien ayer en el granero —soltó sin miramientos, sentándose en la banqueta de nuevo.

—Oh, no. ¿Tú estabas allí? —susurró en su oído y se cubrió el rostro con las manos, muy avergonzada.

Pensar que ella podía haberlos visto igual que Dios los trajo al mundo y haber presenciado sus juegos desinhibidos, era insuperable.

—No es un problema para mí, mujer. Tomé nota de algunos juegos nuevos, pero Ian me decepcionó. Pensaba que tendría más imaginación... Yo podría enseñarte algunos trucos que lo

dejarían perplejo. —Cada palabra murmurada era como una pesada losa que la hundía. Cuando terminó se sentía enterrada en vida, condenada para la eternidad a no levantar la cabeza sin morir de vergüenza—. Tranquila, era una broma, Hellen. Pero te enseñaré algo que no lo es, observa a mi Angus. —De repente la agarró fuerte, muy entusiasmada, mientras este ensillaba un caballo y las estudiaba con desconfianza—. Tenemos un lenguaje de signos secreto. Te lo demostraré.

—No, por favor. No hace falta, Audrey.

—¿Piensas que lo invento? —preguntó incrédula, aún más decidida a mostrárselo que antes—. Aprende.

Hellen no podía creer la escena que vino tras eso. Audrey se frotó la frente de forma sinuosa y vio cómo Angus detuvo su trabajo para erguirse sin motivo aparente. Seguidamente, un flemón hinchado apareció en su mejilla derecha, provocado al empujar su interior con la lengua. Audrey se colocó un mechón tras su oreja, a lo que Angus sacó otro flemón en su mejilla izquierda. Siguió tres o cuatro asaltos más de gestos sin sentido, no obstante, no pudo soportarlo más. Procuró concentrarse en extraer la leche de esas mamas que parecían haberse convertido en el mejor pasatiempo del mundo. No quería saber nada de esos dos que, en modo indescifrable, ya no tanto para ella, jugaban a arder en el infierno.

—Se acabó la leche, Hellen —anunció Audrey en su oído, haciéndola dar un respingo—. ¿Te traduzco lo que nos hemos dicho?

—¡No! —rogó, pero sabía que era imposible evitarlo.

—Le dije que le compuse una canción nueva en vuestro honor para esta noche y él me contestó que la cantaría maravillado. —Ni dos tortas la hubieran dejado tan anulada como esa réplica—. Ah, y además dijo que mi hermano se hallaba arreglando una cerca con un par de hombres.

—¿Es verdad que os dijisteis eso? —preguntó perpleja y se arrepintió al instante de su estúpida inocencia.

Audrey solo le sonrió, traviesa, dejándola más dudas que respuestas.

—Hellen, olvidaba decirte algo. Kelly me pidió que te mencionara lo mucho que te extrañaba —informó Angus antes de salir con el caballo.

Eso provocó una sonrisa boba imposible de borrar de su semblante en toda la hora siguiente. ¡Esa Audrey era tan locuela! Pero si tenía la edad de Ian. Era madura, no una niña, aunque del mismo modo sabía que, cuanto mayor se hacían las personas, menos remilgos guardaban para decir cualquier cosa. Y a esta, intuyó, el bolsillo donde guardárselos lo tenía roto desde hacía muchos años.

La mañana pasó muy rápida junto a su cuñada, quien la hizo reír otra vez con más ocurrencias estrafalarias. Desde que había llegado a esa casa y había conocido a Audrey, entendía un poco ese afán travieso de su esposo, quien siempre bromeaba con todo. Con seguridad, al ser los más pequeños, se habrían apoyado el uno en el otro, compartiendo momentos entrañables.

Ojalá ella hubiese podido tener más hermanos, siempre los deseó. Muy a su pesar, su madre tuvo una complicación en su parto y tuvo que asumir desde pequeña que estaría sola toda su

vida. Y, en ese instante, se veía acogida por una gran familia, cariñosa y de lo más maravillosa, que le aportaban todo lo que añoró durante años. Podría acostumbrarse a eso, estaba segura, pero pesaba sobre ella esa última voluntad de su madre por volver a su tierra.

En nada más que unos días parecía haberla relegado al más lejano olvido y solo se daba una explicación racional a eso: era feliz.

Entraban a la casa camino de la cocina, cuando se cruzaron a una sirvienta mulata que ya había visto en varias ocasiones. Se encargaba de servir la mesa día tras día, y a veces, esta se tomaba la licencia de observarla, enigmáticamente, más tiempo de lo debido. Al principio pensó que no sería de su agrado, y luego la sorprendía con una sonrisa encantadora. Era un poco desconcertante.

—Se llama April —dijo Audrey en voz baja y sorprendiéndola mientras la ojeaba.

—Vaya, pensaba que no era tan evidente mi curiosidad —respondió sintiendo que sus mejillas se encendían.

Por suerte, Audrey no detuvo su marcha y siguió por el pasillo, a su lado.

—Tuvo un pasado difícil hasta llegar a esta casa.

—Oh, vaya, es una pena.

—Cuando era niña fue secuestrada por unos corsarios junto a su madre de su pueblo africano Lamu. Las vendieron y ella fue obligada a ingresar en un harén. Por suerte para ella, y no para el resto de la tripulación, en uno de sus viajes por mar, su barco se hundió tras una fuerte tormenta, sin embargo, ella llegó a nado hasta nuestras costas. Mi padre la recogió muerta de hambre cerca de aquí, y le ofreció trabajo y cobijo.

—Pobre mujer, no puedo imaginar lo que tuvo que sufrir.

—Su historia es triste, pero ella es dura y recia como un roble. Ahora está felizmente casada con un trabajador nuestro y tienen un hijo. Tras sufrir tanto, merecía un final feliz.

—Mi mucama era de ese pueblo y de la misma manera fue secuestrada, ¿sabes? La vendieron a un comerciante caribeño y mi padre la compró en Connecticut para cuidarme. Él rompió el contrato en cuanto entró en mi casa, siempre fue libre. Nosotros jamás tuvimos esclavos, pagábamos por el trabajo recibido, cosa que no era bien vista allí, salvo que, como seres libres, teníamos derecho a hacer lo que queríamos, y eso hicimos.

—¿Y esa mujer no se fue en cuanto rompisteis sus cadenas? ¿No tenía familia?

Hellen se encogió de hombros, sintiendo un nudo fuerte en su estómago al recordar a Dorothea. La echaba tanto en falta, había sido una segunda madre para ella. Alguna vez le comentó algo de una niña de ojos miel y piel canela, evocó súbitamente.

—No tenía esperanza de volver. Se conformó, pues era feliz.

—Es horrible las historias que viven muchas mujeres, injustas y crueles. ¡Ojalá algún día la mujer reclamara esa libertad que se merece! ¡Malditos hombres! ¡Los odio! —gritó entrando en la cocina con el puño en alto.

Patidifusa, la seguía ante ese arranque de energía.

—¿Otra vez con eso, hija? ¡Qué pesadita te pones, eh! ¿Qué pensará Hellen de ti tras tantos

días pegada a ella? —Hellen negó y sonrió disimulando el pasmo ante su suegra—. Luego bebe los vientos por su Angus y canta poemas con él a la luna.

—A él no lo odio, ni a papá, ni a Ian... a los demás, a todos.

La cocinera se carcajeó al escucharla, contagiando al resto. Aquella mujer levantaría hasta a un muerto de la tumba y lo haría divertirse hasta una nueva muerte, pero de risa.



Llegaba la hora de almorzar e Ian se apuraba en terminar la tarea, no quería demorarse, pues moría por ver a Hellen, abrazarla... aunque no lo haría hasta recibir un buen baño, lo tenía claro.

Desde que renunció a su voto de servidumbre con el clan McLeod, lo embargaba una sensación extraña, como la del que encuentra algo tras una búsqueda de muchos años. No lo entendió hasta que regresó a su tierra. Por primera vez en su vida, se sentía pleno, y se levantaba todos los días con ganas de retarse. Era abrumador darse cuenta de que se había despistado de su verdadero camino por tantos años.

Cuando ingresó como soldado con los McLeod se creyó el dueño del mundo. Tras esos tiempos de disfrute alocado y de revolcones con tantas mujeres, por fin se percataba de que buscaba llenar ese vacío. La plenitud solo residía en su lugar de origen, trabajando en lo mismo que su padre, su abuelo y toda su familia. No podía ser más feliz, imposible. Soñaba con tener hijos fuertes con su esposa. Esposa. Qué palabra tan maravillosa le resultaba al pensar en Hellen.

Se limpió el sudor de la frente con un paño y lo pasó luego por su nuca. Se había recogido el cabello para hacer esas tareas tan arduas, pues el calor lo asfixiaba. Ojeó a su alrededor, desconfiado. Llevaba unos días que, sin saber por qué, presentía ser observado. Su instinto de soldado todavía seguía vivo y algo le decía que no todo marchaba bien. Desde que abandonó el castillo McLeod, dejando atrás a sus soldados, no concebía el sentirse indefenso. En su antiguo trabajo todos protegían a todos, pero allí, no disponía de un ejército que los resguardara.

Tras mandar a unos hombres a vigilar los campos en los primeros días, se convenció de que el tutor de Hellen habría partido lejos. Había hecho correr la voz de su matrimonio por el pueblo, para que llegara a sus oídos lo antes posible. Así acababa con sus malditos planes futuros. Era obvio que había perdido cualquier derecho con esa unión entre ellos.

Tras dejar de vigilar las lindes, seguía desconfiando y teniendo ese mal presentimiento clavado igual que una espina en su dedo.

Decidió terminar el trabajo y volver con los demás hombres a la casa. Necesitaba saber que estaba a salvo.

Subido a lomos de Oidhche, una emoción lo embargaba con cada trote, cada pisada era el preludio de un encuentro esperado desde que la dejó rendida entre las sábanas esa mañana, sumida en un sueño reparador después de una intensa noche de juegos. ¿Por qué le parecía todo nuevo con ella? Llevaba toda la vida practicando sus travesuras eróticas con mujeres solícitas, sin embargo, descubrir qué le gustaba a ella se le asemejaba a encontrar un tesoro perdido, o

conquistar una cumbre, incluso a navegar rumbo a lo desconocido.

Algún día la acompañaría y viviría ese sueño de cruzar ese mar indómito hasta Norteamérica. Sonrió al recordar el engaño del cura más tramposo de toda Escocia. Bendito fuera donde estuviera. Gracias a él, que despertó su curiosidad por lo desconocido, se hallaba feliz hasta la médula.

Esos campos eran testigos de su nueva sonrisa y su expresión estúpida, y más sonreía al percatarse de ello. Nadie sabía la sorpresa que le preparaba a Hellen para declararle al fin su amor, pues nunca llegó a ser claro. Esperaba, con su corazón, que ese momento le fuera correspondido. Solo faltaban unos días para dar forma a todo y conseguiría rendirla a él hasta en la otra vida.

Llegó al establo, donde se cruzó con Arnold Sullivan, el esposo de April, quien le parecía un hombre muy honorable y capaz. Lo saludó con cortesía y cruzó alguna palabra sobre la hacienda. Sin dudarlo era un buen pilar capacitado de una gran energía obrera.

Atravesó la entrada principal y la vio allí, de pie. Sus miradas se cruzaron embargadas de tantos sentimientos que quemaban en la lengua y no podía mostrar con palabras. Ella se sonrojó hasta las orejas y él sintió la calidez abrasar su pecho, su estómago, su cuerpo entero. Luchó contra el impulso de ir a abrazarla y...

Un chasquido delante de sus ojos le hizo dar un respingo.

—Das vergüenza, hombre. Respira.

Hellen agachó la cabeza, también avergonzada ante la inoportuna aparición de Angus.

—Vergüenza das tú con tus románticas canciones de mierda, cabrón —le contestó al oído, tras echar una ojeada a Hellen que ingresaba en el salón arrastrada por Audrey sin remedio.

—Hoy tenemos preparada una en vuestro honor.

—¡Por el cielo! —exclamó entrando en el salón tras él.

Apenas se cruzaron palabra, cobijados por la continua charla de los demás. Tampoco podían mostrarse cariño y no es porque no quisieran; sentada a su lado, el mínimo roce con su vestido le ocasionaba una ola de calor insoportable, era más bien vergüenza por exponer los sentimientos en público.

Abrió la mano boca arriba encima de la mesa, mientras los otros hablaban sin parar, y ella, sabiendo lo que necesitaba, la cubrió con la suya, entrelazando sus dedos en una promesa audaz y bajo la atenta mirada de su familia.

XXVI



Los rayos de sol de un precioso atardecer entraban por uno de los ventanales del primer piso del granero. Le daba un aspecto mágico al lugar y, desde que Hellen lo descubrió, decidió disfrutarlo cada día. Desde arriba, tirada sobre un gran montón de paja, se deleitaba en su adorado amante. Traviesa, en tanto que este recogía algunas herramientas de labranza, se acercó al borde del piso que quedaba justo encima de él y tiró un buen puñado de paja. Con rapidez, se escondió tras unos grandes fardos, y esperó sentada, aguantando las ganas de reír. Sabía que había dado en el blanco, pues lo oyó exclamar su sorpresa y soltar unas carcajadas. Su corazón comenzó a latirle desbocado al advertir el crujido de la escalera. Lo normal hubiera sido esperarlo desnuda y preparada, sin embargo, ese hombre parecía rejuvenecerla, con él volvía sentirse la niña que, con sus padres todavía en vida, había disfrutado tanto en su gran finca de Connecticut.

—Umm, he perdido mi aguja en este pajar y la necesito para coser mi corazón roto. ¿¿Dónde estará?! Tendré que seguir buscando... —Soltó por sorpresa, haciéndola reprimir una carcajada al darse cuenta de que creía haberla encontrado tras un fardo equivocado—. Oh, no, se me olvidó hacer algo antes. Volveré más tarde a buscarla.

Tras unos sigilosos pasos, oyó el crujir de los peldaños en la escalera. Hellen frunció el ceño, disgustada al percibir que el silencio se adueñó del lugar. Solo el arrullo de unas palomas que revoloteaban entre las vigas rompía la quietud. ¿Se había ido? Aguardó un par de minutos y, al convencerse de que había abandonado el granero, salió a gatas tras el fardo, rezongando por lo bajo maldiciones impronunciables para una señorita como ella. Con cautela llegó hasta el borde y se asomó, todavía algo desconfiada. Al no verlo, gruñó. Un ligero crujido del piso detrás de ella la hizo dar un respingo y, justo iba a volverse, cuando se halló enterrada en un enorme montón de paja. Resopló, agobiada, y luchó contra esa enorme masa de finas hebras doradas que la pinchaban y se enredaban en su cabello. Con cada movimiento, parecía hundirse más en ella, hasta que, finalmente, con un gran esfuerzo, logró liberarse. Se levantó, sacudiéndose furiosa, buscando al responsable de esa broma.

Las grandes carcajadas lo delataron en el piso de abajo. ¿Cómo podía haber llegado tan rápido ese tunante? Entrecerrando los ojos y caminando decidida hasta la escalera, amenazó:

—¡Me las pagarás!

Las risas aumentaron de volumen y resopló, con todo, la emoción por el encuentro la motivaba, sin remedio. Descendió, decidida a encararse con él y darle su merecido. Casi había

bajado de la escalera, cuando tras ella, un grito de ogro casi la hace desfallecer de la impresión, a lo que él la abrazó entre tremendas carcajadas.

—¡Estás loco! ¡Me diste un susto de muerte! —protestó.

—Estoy loco por ti, mi bruja.

Sin poder creerlo, la llevó en volandas hasta dejarla caer boca abajo sobre otro enorme montón de paja. Era un bruto irremediable, pero la emoción por sus palabras calentó su corazón.

No le dio tiempo a incorporarse cuando notó su cuerpo pegado al de ella y una mano a cada lado de su cabeza, aprisionándola. Hellen gimió, anticipando el prelude de un travieso y seductor juego.

—¿Te gusta jugar? —dijo con voz ronca en su oído.

Su aliento cálido en su cuello le erizó la piel y tembló.

—Me gusta jugar —respondió atrevida, con un entrecortado jadeo.

—Juguemos, bruja. —La ligera risa inundó sus sentidos mientras la besaba y mordía en el cuello con una pausa demoledora. Ardía al sentir su peso controlado pero imponente sobre el de ella, manteniéndola inmóvil y tentándola con su firmeza. Inesperadamente, la liberó de él—. Ponte a gatas para mí, amor.

Hellen parpadeó, y obedeció la provocadora orden anhelando un nuevo roce. Estaba impaciente por descubrir esa nueva forma de amarla que la haría palpar de deseo. Contuvo el aliento cuando, desde atrás, él bajó su escote y descubrió sus pechos, tomando entre sus dedos con embriagadora lentitud los sensibles pezones. Cada excitante caricia la acompañaba de fuertes embates de su dura verga contra su trasero. Jadeó muy excitada, mojada, sumergida en ese remolino de placer asfixiante al percibirlo desafiante y tan cerca de su sexo. Una mano insolente recorrió su espalda hasta colarse bajo su falda, buscando su centro de placer. Apenas podía respirar al notar el corazón desbocado en su pecho, mientras él jugaba con sinuosos frotos allá abajo.

—Ian, te deseo —dejó escapar sin resuello entre gemidos de placer.

—Lo sé, a mí me encanta oírtelo decir, mi vida —dijo, convirtiendo en lava ardiente sus venas y llevándola al delirio.

Hellen repitió su nombre con una desesperación que rozaba la locura y, tras un tórrido rugido de él, levantó la falda con fiereza. El frío cortante en sus nalgas desnudas sobrecogió de súbito su cuerpo, aunque pronto los incesantes mimos reavivaron el volcán de su interior que ardía a punto de explotar. La mordió, lamió y besó con ansia en su sexo hinchido y necesitado hasta llevarla al cielo. Gritó, complacida, al recibir sus duras y anheladas embestidas, sintiéndose colmada de emociones indescifrables. En cada embate, su miembro entraba y salía de ella cargado de una intensidad brutal. Lo oía gruñir de goce mientras sus dedos castigaban sus caderas con la firmeza de mantenerla pegada a él. Dejó que la condujera a ese salvaje viaje donde parecían haber perdido el control, solo conscientes de encontrar placer. Poco a poco, jadeo tras jadeo, roce tras roce, lograron un compás carnal jamás imaginado, donde cada latido, cada respiración del otro, llenaba sus corazones en un éxtasis mutuo y esperado.

Él cayó a su lado, todavía jadeante, su aliento embriagador la inundó de calma.

—Hellen, eres mi dulce perdición.

Ella cubrió la sonrisa con sus labios en un tierno beso. Como si fuera a perderlo, lo abrazó con desesperación, regalándole una interminable perorata de roncós gemidos de satisfacción y palabras que solo su corazón era capaz de desnudar en esos momentos de amor sin reservas.

—¿Has dicho que me amas? —preguntó sin dejar de observarla.

Los cristalinos jades parecían albergar un atisbo de esperanza que la hizo contener la respiración. Tragó saliva al contemplar su brava belleza. Los dorados cabellos enmarcaban un perfecto rostro, cubierto de una creciente barba que lo hacía aún más varonil y deseable.

—Algo así, todavía no estoy segura —contestó esquivando y juguetona.

—¿Qué respuesta es esa? —reprochó con un tono que sonó a desilusión.

—No lo sabré hasta que me lo demuestres con... algo especial, y no vale asustarme con gritos de ogro.

—Umm, eres dura conmigo, mujer. Creí que te gustaban mis rugidos —dijo con su ensayada sonrisa lobuna.

Hellen rio, divertida. Su esposo era un engreído sin solución.

—No me refiero a esos rugidos, sino al que me regalaste con tanta delicadeza en la escalera, bobo.

Tras una breve pausa en la que lo notó debatirse en confesarle algo o no, al fin, se decidió a hablar.

—Te tengo una sorpresa que creo que servirá, querida esposa.

Abrió los ojos, perpleja, y soltó una risita nerviosa. Ian rio, conmovido y, a su vez, lo vio sonrojarse, algo que la sorprendió mucho, pues era la primera vez que lo hacía delante de ella. ¿Qué escondía ese hermoso hombre que le creaba unas necesidades tan imperiosas?

—¿Cuándo...? —consiguió decir, pero no la dejó acabar.

—Pronto, mi amor —dijo acrecentándose el rubor e incorporándose, incómodo.

Lo observó subirse los calzones de trabajo con rapidez. Ya no lucía los ropajes de un imponente soldado, pero ni con las vestimentas de granjero, perdía su porte gallardo. Le sonrió, coqueta, mientras este volvía a su trabajo.

Hellen se estiró boca arriba sobre la paja, henchida de amor. ¿Lo amaba? Por supuesto, qué iba a ser sino ese sentimiento tan profundo que nacía en su pecho y la llenaba con tanta emoción. No tenía dudas, sin embargo, lo escondía con la misma tozudez que él. Este, aunque se lo demostraba con cualquier mirada o gesto, del mismo modo se empeñaba en no admitirlo y, como dos niños, disfrutaban de un juego absurdo, pero muy excitante. Todo con él eran risas, placer y juegos. Vivía un permanente paraíso a su lado, del que no podría prescindir jamás. Confiada, advertía que la amenaza de su antiguo pasado se desvanecía, para su tranquilidad. A su lado, ya no temía nada.

Sin percatarse, se sumió en un maravilloso sueño del que despertó alertada por una risa infantil acompañada de unas cosquillas en su oreja. Abrió los párpados, extrañada, y se encontró con unos ojos negros y muy vivaces fijados en ella. Parpadeó, curioseando un rostro aniñado y muy

simpático.

—¿Quién eres? —preguntó a un niño de unos seis años de piel canela que no dejaba de sonreír. En su mano vio las hebras de paja con las que le había hecho cosquillas y le sonrió, divertida.

—Soy Fraser y usted es la nueva señora. Tenía ganas de conocerla, de cerca es mucho más bonita.

—Gracias, Fraser. Tú también lo eres, y muy bromista. ¿Estás solo?

—Oh, bueno... Mamá no me deja alejarme mucho, pero le dije que no tardaría en volver. Eso fue hace ya más de una hora, pronto vendrá por mí y me gritará... Suelo jugar en el pasadizo. Mi mamá me lo tiene prohibido, pero a mí me gusta mucho descubrir sus secretos...

—*¡Mtoto mkaidi! Na unwache mwanamke kwa amani au...*⁷ —gritó una April con cara de pocos amigos desde la entrada del granero.

—No se preocupe, él no me molestaba —contestó Hellen en el mismo idioma de la mujer, excusando al niño.

Los dos la contemplaron perplejos.

—Señora, ¿sabe hablar en Suajili?

Hellen sonrió y, seguidamente, se explicó.

—Mi mucama Dorothea era de Lamu, ella me enseñó.

April, todavía no reaccionaba con bastante elocuencia, sin embargo, asintió sumergida en sus pensamientos.

—Yo me llamo April, pese a que mi verdadero nombre es Zuri. Me suena extraño hablar mi idioma con alguien que no sea mi hijo. Me encargué de enseñárselo y es el único que sabe hablarlo aquí.

—Pues ahora, ya tienes con quien practicarlo, soy buena, te lo aseguro. —April sonrió al fin, más relajada—. Soy de Connecticut, ella, como tú fue...

—Sí, lo imagino. Fuimos muchos los arrancados de sus familias —respondió con tristeza a su frase incompleta—. Por favor, hablemos de otra cosa, mi vida no es la más gozosa, señora.

—Lo siento, no debí incomodarte —dijo y al ver que ella la negaba con la cabeza, prosiguió—. Fraser y yo nos conocíamos, es un niño encantador. No hacía nada malo, solo jugaba...

—Señora, no lo defienda, por favor. Conozco bien a Fraser y sé que vino a visitar el túnel. No sé por qué se lo enseñé, fue un gran error...

—¿De qué túnel me habla, April?

—Oh, no sé si debo...

—Está aquí —dijo el niño corriendo hacia una esquina del granero y señalando en el suelo una tabla algo más salida que las demás que levantó sin problemas, se notaba que lo hacía a menudo—. Mire.

La madre aguardaba con el ceño fruncido y las manos en jarras. Hellen rio ante la inocencia del crío que contaba su secreto como una hazaña y le valdría un irremediable castigo en cuanto saliera de allí. April, al fin, accedió a contárselo ante su mirada interrogadora.

—Es un túnel que mandó construir el difunto señor Kelly, quien levantó esta casa. Él pensaba que sería una buena vía de escape ante futuros asedios. Lleva hasta el establo, y más adelante, su hijo, el señor John, llegó a alargarlo hasta el río.

—Oh, pues es interesante saberlo, gracias por la información.

—De nada, señora. Ahora debo llevarme a Fraser conmigo. Tengo tareas que hacer. Pronto cenaremos y... —April se acercaba para llevarse a su hijo con ella, pero Hellen, que tenía un estúpido presentimiento con el tema de su origen, la detuvo agarrándola del brazo para hacerle otra pregunta. Sin esperarlo, esta calló de forma abrupta y cerró los ojos unos segundos. Cuando volvió a abrirlos reflejaban un miedo irracional—. Fraser, vámonos. Discúlpenos, señora Kelly.

La sirvienta, junto a su hijo, salieron del granero con prisas. Hellen se quedó clavada allí, extrañada por su actitud. Se abrazó a sí misma al notar un escalofrío recorrer su cuerpo de pies a cabeza y, tras unos segundos, ya recuperada, se sacudió el vestido y salió del granero. Camino de la casa, se sacaba hebras de paja de la cabeza. La tenía llena y gimió lastimera. Al final, se ganaría el mote de espantapájaros después de ese día.

Tras ayudar en la cocina a la señora Kelly y a su cocinera, Espelth, se encaminó a su dormitorio que compartía con su esposo, quien no aparecería hasta un rato más tarde y seguro decidido a darse un baño rápido, justo antes de cenar. Ella aprovechó para asearse, sumergida dentro de la bañera, arrugándose como una pasa en esa agua caliente y tan placentera. Se imaginó a Ian entrando a la habitación y sumergiéndose desnudo dentro del agua compartiéndola con ella. Debía ser una gozada hacerlo allí, con ese líquido caliente mojando su torso torneado y brillante. Suspiró mirando al techo de madera. Le gustaba su vida allí, salvo que no encontraba nada importante que hacer. Todos en esa casa tenían una función, sin embargo, después de una semana seguía perdida sin saber con exactitud de qué encargarse. Percibía que en vez de ayudar ralentizaba el trabajo, y su incomodidad crecía por momentos. Por eso se iba las tardes al granero, pues notaba que sobraba en aquella casa. ¿Qué sabía hacer ella? Bordar, tocar el piano, leer, escribir y pintar. Había aprendido a barrer en el convento, pero no la dejaban encargarse de eso. Ya sabía ordeñar vacas, pero tampoco era necesario. Era innecesaria en esa familia maravillosa que siempre había deseado.

Sin darse cuenta, pasó demasiado tiempo dentro del agua, tanto, que comenzó a enfriarse y salió de ella para envolverse en un paño y colocarse delante de la chimenea encendida. Secó su cabello con rapidez gracias al calor constante del hogar. Eso era lo mejor de tener el cabello corto, además de cómodo, no tenía que peinarlo durante interminables horas para mantenerlo manejable. Desde que salió de la Orden, había crecido unos tres dedos, y ya asomaba por debajo de sus orejas. En unos meses gozaría de una gran melena con la que podría presumir sin reparo.

De pronto, la puerta del dormitorio se abrió, haciéndola dar un respingo, y entró su esposo, que al verla medio desnuda fue directo hacia ella con su mejor mirada lobuna. Ella alargó la mano, indicándole con su gesto que no se atreviera a acercarse.

—Ni se te ocurra, estás muy sucio, hueles a excremento, Ian.

—¿Rechazas a tu maridito solo por un nimio aroma a campo? —preguntó sarcástico con las manos en las caderas.

—No es nimio, parece que te has revolcado con los cerdos hoy.

—No exactamente, pero sí anduve con ellos. Y yo que pensaba que me recibirías con los

brazos abiertos después de lo de esta tarde.

Hellen, contuvo la risa y señaló la bañera con firmeza.

—Pide un baño, ya.

—Lo hice, cariño. Umm, ¿qué es esa expresión tan pícaro que veo en tus ojos? Has tenido alguna fantasía con ese baño...

—No inventes, Ian. Yo no he pensado en nada. —Se sentó de nuevo en la silla mientras el fuego crepitaba y se peinaba el cabello hacia atrás con disimulo—. ¿Qué fantasía podría imaginar contigo dentro del agua?

—Muchas, amor. Y a partir de hoy las cumpliremos juntos. Por eso mismo... no importa que te abrace ahora si vas...

—Ni se te ocurra...

No pudo terminar, pues quedó impresionada con la rapidez de Ian para desnudarse. En un instante, estaba entre sus brazos y recibiendo besos muy calientes en su cuello. Si se impregnó de su mal olor, no echó cuentas, sumergida ya en otro asalto a su inocencia.

Una hora después, Hellen descansaba sobre el pecho de su esposo, sumergidos en la bañera y sintiendo sus caricias como besos sobre su piel arrugada.

—Desde ahora, siempre nos bañaremos juntos. —Él dejó escapar fuertes carcajadas que la hicieron rebotar contra su pecho—. Eh, no te rías. Es un buen método para ahorrar trabajo y agua.

—Estoy de acuerdo, amor mío. Tus medidas son deliciosas, nunca podría oponerme a la señora de mi casa.

—Yo no soy la señora de tu casa, Ian —respondió con rapidez, y al instante, se arrepintió, pues lo notó tensarse—. Lo siento, no quería ser...

—¿No estás a gusto? ¿Mi familia no te ha acogido como te merece, Hellen?

—En la vida podría quejarme de tu familia, amor. Ellos son maravillosos, la mejor familia que uno podría disfrutar, sin embargo...

—Sin embargo... —repitió con seriedad, instándola a seguir.

—Aquí todos tenéis algo que hacer, tenéis un rol que ejercéis a la perfección. Yo todavía no encajo...

—¿No encajas?

—No me entiendes. No soy útil aquí. No tengo una función que hacer. Siento que molesto más que ayudo.

—Estás aprendiendo, amor.

—Tengo la impresión de que, aunque aprenda el oficio, jamás encontraré mi lugar —dijo volviendo el rostro hacia él para encontrar su expresión ceñuda.

—Eso es porque sigues con la empeñada idea de volver a tu tierra, Hellen —soltó Ian saliendo de detrás de ella de muy mal talante. Hellen se quedó mirándolo, perpleja—. Ya hablaremos sobre eso. Ahora...

—Sé que ahora no es el momento, esposo mío, pero no entiendo tu brusquedad ni enfado. Solo te estoy diciendo que me cuesta buscar algo en lo que no moleste. No estoy proponiendo ir mañana mismo a Norteamérica, y que, en un futuro lejano, sin duda, haré...

—Lo haremos —interrumpió casi con un gruñido.

—Contigo, Ian.

Él sonrió al fin, pero la alegría no llegaba a sus ojos igual que otras veces. Lo conocía y la desilusión se adueñó de su mente como si fuera una serpiente engulléndolo de un único bocado. Ni siquiera la ayudó a secarse, ni se arrimó a ella como esperaba que hiciera junto al hogar. Se vistió en plan meditabundo y, de forma escueta, le indicó que la esperaría en el salón.

La garra aprensiva de la tristeza había aprisionado su corazón esa noche y, saber que le había causado algún dolor, o lo había decepcionado de alguna forma, la hizo sentir peor. Cuando llegó al salón, todo era risas y fiesta entre Audrey, Angus y los padres de Ian. Su esposo bebía una copa de whisky sentado en una butaca junto a la chimenea. Seguía meditabundo e irascible. Tampoco la sacrificada canción de sus cuñados en honor a su matrimonio los animó. La calificó como sacrificada, porque nunca había oído que una canción alegre diera tal giro de tornas hasta parecer lapidaria en una voz como la de su cuñado. Reír era justo lo que Ian necesitaba para aliviar la estúpida actitud huraña, en cambio, ni siquiera les prestó atención.

Al notar, finalmente, la pesadumbre ceñirse sobre todos, el ánimo de Hellen decayó aún más, sumiéndola en la apatía. Pronto, se excusó para retirarse. Tras un último vistazo a su marido, que seguía bebiendo junto a la chimenea, se encerró en su dormitorio echando el cerrojo. Si él no quería hablar, ella tampoco lo deseaba esa noche.

XXVII



Rosaleen pasó toda esa noche despierta. Aguardaba dentro del carruaje sin siquiera parpadear. Su vista se hallaba fija en la manecilla que abría la portezuela a la espera de actuar. Los caballos habían partido hacía ya una hora y su paciencia llegó a su fin al ver a Stuart, el cochero, subir de nuevo a su asiento. ¿Qué podría pasar si su plan salía mal? ¿La violaría como lo hacía Kendrick todos los días? No sería más depravado que él, estaba segura de ello. Tal vez la matara y acabara al fin con su sufrimiento.

Agarró con fuerza el bastón y giró la manivela.

—¡Stuart! ¿Podrías venir a ayudarme con mi vestido? Necesito quitármelo, y prefiero tus manos expertas para ello —aguardó, aterrada y aferró con fuerza el palo apuntando en alto hacia la entrada del vehículo.

Sabía que acudiría a su llamada. Percibió el bamboleo mientras bajaba, los instantes pasaban lentos como horas y el sudor bañaba su frente. El chirrido de la puerta la puso en alerta y, al ver al fin la calva del cochero, descargó el puño metálico con todas sus fuerzas sobre esta. Fue un golpe seco y certero, pues este cayó en redondo sobre el piso.

Las lágrimas de alivio acudieron a sus ojos y con un sollozo ahogado lo empujó afuera de una patada. Pasó por encima sin aguardar un segundo. Corrió descalza hasta el caballo y desató con prisa las cuerdas que lo amarraban a la parte trasera del carruaje. El cochero yacía tumbado boca arriba sobre la arena, tenía los ojos abiertos de par en par y un gran charco carmesí empapaba el suelo bajo su cabeza. ¿Estaría muerto? No se paró a comprobarlo, y observó el bastón que no se atrevía a soltar. Con decisión, lo metió en una alforja del animal y subió en este. Sin perder más tiempo, hincó las rodillas en los costados y emprendió la carrera a través del bosque hacia el hogar de Kelly.

En días posteriores, todas las mañanas la habían conducido hasta una colina cercana a las lindes de las tierras de Ian. Desde arriba podía vislumbrar sus extensos huertos plantados y cómo, a escondidas con el catalejo, podía acercarse al maravilloso guerrero. Él era su fantasía prohibida, y siempre lo sería, la quisiera o no. La idea de Kendrick consistía en que lo señalara de entre todos los que trabajaban, para así tenerlo vigilado en el momento de secuestrar a su sobrina.

No pudo más que cooperar en ese macabro plan, sin embargo, guardaba un as en la manga, que sería el fin de ese desalmado. Si no salía bien, supondría su propia muerte. ¿Qué le

importaba morir si le esperaba convertirse en una prostituta? ¿Cómo la aceptarían sus padres tras tantas vejaciones sufridas? Con seguridad, llevaría dentro el hijo de ese demonio, y moriría de vergüenza. No, no podía volver, nunca lo haría. Con todo, podía vengarse de Kendrick jugando a ser más lista que él, aunque no sería fácil.

Eran inteligentes y se guardaban de ser vistos en un pequeño bosque a unas millas de esas tierras. Nadie sospecharía nada, y eran libres de actuar cuando estuviesen preparados. Mientras tanto, ella absorbía de cada detalle de ese plan trazado. El temido momento llegó tras oír que había aparecido merodeando una cuadrilla McLeod. Pasaron el día entero escondidos en la espesura del bosque, y al comprobar que estos desistían de seguir buscando, Kendrick, alterado por ese contratiempo, decidió que no esperaría un día más.

Esa mañana, antes del alba, partió junto con sus hombres hacia los campos donde Ian había trabajado por última vez. Allí, sería asaltado por sus secuaces hasta matarlo. Luego, provocarían un fuego que atraería a todos, y Kendrick, junto a sus esbirros, se encargaría de secuestrar a Hellen y volver al carruaje. ¿Pretendía llevarla con ellos a donde fuera? No, ni tampoco lo haría. Sabía que su siguiente paso sería eliminarla y echarla a los lobos que merodeaban en el bosque. Pero eso jamás lo permitiría.

Rezó al cielo para llegar a tiempo de avisar al guerrero y ganarse su libertad.



¿Cuánto debía beber para olvidar? No lo sabía y, a ese paso, la botella de whisky caería antes de irse a dormir. Ese día fue un tanto caótico desde que se levantó, pues nada salía como era lo habitual. Douglas McLeod había mandado una cuadrilla con Fergus a la cabeza para inspeccionar sus tierras. Del castillo McEwen habían recibido la alerta de que el tío de Hellen podría no haberse dirigido a Glasgow como esperaban y anduviera cerca. Además, sospechaban que la desaparición repentina de Rosaleen podía tener relación con él.

Aquello lo preocupaba tanto que, tras el día completo en tensión, se limitaba a merodear cerca de Hellen. Por ello, decidió quedarse con ella en el granero tras el almuerzo. Solo imaginar que ese hombre pudiera hacerle algún daño le resultaba insoportable, y en la vida se perdonaría no estar junto a su lado si aparecía.

Tras recibir el informe de los McLeod de no encontrar nada extraño en la zona, comenzó a serenarse. La dejó dormida plácidamente y siguió con sus tareas en el campo.

¿Ella no encajaba en ese lugar? Podía ser. Él mismo se lo había planteado muchas veces hasta conseguir lo que tanto anhelaba, que no era otra cosa que seguir los pasos militares de su abuelo. Todo para volver allí y acabar como empezó. Entendía a Hellen más de lo que ella misma creía, pero solo llevaba una semana y media allí, y ya necesitaba volver a Norteamérica. ¿Pensaría que nunca irían? Estaba muy equivocada.

Desdobló uno de los pliegos de papel sobre su regazo y leyó: Destino: Connecticut, América. Nombre de barco: HMS Adventure. Capitán: William Thompson. Nombre del pasajero: Ian

Kelly. Leyó el otro: Hellen Chamberlain.

Los mandó comprar el primer día en que llegaron allí, como de igual forma encargó llenar dos baúles de vestidos a la última moda. Había preparado esa sorpresa para revelársela esa misma noche, sin embargo, ella sembró una terrible duda en sus entrañas que lo retorció sin compasión. ¿Y si ella decidía quedarse en su tierra natal? Desde que se casaron, siempre pensó que estaban enamorados, a pesar de haberlo hecho bajo esas forzosas circunstancias. Solo se empeñaban en no revelarlo y jugar a demostrarlo con juegos. Era algo absurdo y a pesar de ello, lo disfrutaban... Salvo que esa noche necesitaba expresarlo con palabras, desnudar el corazón de ambos y confiar en que siempre estarían juntos. No podía perderla, ella era su vida.

Se puso en pie tambaleándose un poco, se hallaba más mareado de lo que pensaba. Metió los billetes en el sobre y resolvió enseñárselos. Fuera lo que fuese lo que ella decidiera tras su estancia en Norteamérica, él la respetaría, no soportaría su tristeza.

De camino al segundo piso, se cruzó con una April muy preocupada.

—Señor, debo hablar con usted, es importante. He tenido una visión...

—No, April. Mañana al alba si quieres, ahora voy con mi esposa. Sabes que soy muy escéptico para esas cosas, aunque siempre te las he respetado.

—Pero...

—Habaremos mañana, lo que sea no podemos arreglar nada esta noche.

Con esa última frase, continuó su ascenso al piso superior. Cada paso dado apretaba su corazón igual que una garra, necesitaba confesarle sus miedos y sueños, o moriría. Delante de la puerta, como un lelo, pensó cómo hacer... ¿Entraría sin más o debería avisarla con unos suaves golpecitos? Era ridículo planteárselo sabiendo que era su propio dormitorio, pero parecía haber cobrado mucha importancia en ese instante. No quería molestarla más de lo que ya lo había hecho. Estuvo apesadumbrada en la cena y sabía que él había sido el culpable de alguna forma, comportándose como un tonto sin remedio.

Optó por tocar primero. Al ver que no oía a nada, giró el pomo para acceder, en cambio, la puerta se resistió. Con fastidio, comprobó que había echado el cerrojo y le sería imposible abrirla sin echarla abajo. Dio un gran golpe a la madera, muy frustrado, y se dispuso a regresar al salón junto a la chimenea, no sin antes pasar el sobre por debajo de la puerta. Aguardó unos minutos, con la esperanza de que ella abriera repentinamente y se lanzara a sus brazos, pero no fue así. Decepcionado, se largó.

De esa forma, Ian Kelly, el hombre más peligroso, temido por romper los corazones de tantas mujeres solteras en Escocia, ahogó la noche en alcohol, mandando al traste sus reglas y convirtiéndose en un marido desesperado como lo fue su padre en su juventud. ¿Qué sería lo próximo? ¿Jugarse una fortuna en una sola partida? Era tan patético no poder enfrentar sus problemas con honor y valentía, que sintió vergüenza de sí mismo.

Con una enorme resaca, se levantó al alba. Esa mañana fue el primero en empezar a arar los campos. Bebió el agua de la bota, deseando calmar la sed imperante que lo estrangulaba y terminó volcándola sobre la cabeza y el rostro. Ni así lograría quitarse la tremenda embriaguez que lo aquejaba. Eso, junto con una estúpida y reiterante reflexión: ¿Habría visto ya los billetes? Seguro que se alegraría de verlos, pensó con una estúpida sonrisa.

El ruido de cascos lo sacó de sus esperanzadores pensamientos y limpió el sudor de su frente con el puño de la camisa. Sus empleados llegaban al fin y podría descansar un poco. Entrecerró los ojos y se colocó una mano en la frente para tapar la luz del sol que le impedía distinguir quienes se acercaban. Con extrañeza, descubrió que Angus era acompañado por Arnold, el marido de April, y unos cuantos hombres más que sí eran habituales entre su grupo de trabajo.

Aguardó, expectante su llegada. El mareo no cesaba y el dolor de cabeza aumentaba debido al calor. Se maldijo por su estupidez. Mira que ahogar sus penas en alcohol cuando lo único que debió hacer era despertar a su mujer y exponerle sus sentimientos. Aquello solo había servido para mermar sus fuerzas al día siguiente.

—Vaya, parece que alguien no durmió muy bien anoche —soltó Angus con una socarrona sonrisa al oír que seguía con la misma ropa que el día anterior—. Ni con esas bonitas ropas podrías mejorar tu semblante hoy, hombre. Pareces un cadáver.

—Oh, cállate, estúpido afeminado. Cantando molestas menos, y eso es mucho decir. —Angus rio ante su comentario, lo que le sacó una media sonrisa. Mientras se fastidiaban, todo era normal. Con rapidez,ladeó la cabeza hacia Arnold, quien observaba la escena con seriedad a su lado—. ¿Qué hace aquí, Arnold? ¿Su lugar no está en los campos del sur?

Él se rascó la cabeza algo preocupado, sopesando qué responder.

—Decidí echar la jornada en esta zona, mañana volveré otra vez allí.

Ian lo escrutó a conciencia. Sabía que ocultaba algo, pero no llegaba a entender de qué podía tratarse. Esperaba que no fuesen estúpidos celos, no tenía tiempo para nimiedades como esas. Además, se notaba que él era feliz con su esposa. No se había acercado a April desde que volvieron. Solo la noche anterior cruzó unas pocas palabras con ella, y no fue él quien las buscó, cortando rápido la conversación.

Inquieto, el hombre buscó en derredor comprobando algo y bajó del caballo para acercarse a él.

—Me gustaría hablar con usted, señor.

—Hágalo, eres libre de decir lo que desees, Arnold.

—Preferiría hacerlo a solas, señor. Es sobre mi mujer.

Ian suspiró, temiendo lo que vendría, pero al contrario de hallarlo enfadado, que sería lo más común, parecía indeciso. Le indicó que lo siguiera y se apartaron del grupo. Debería afrontar esto lo antes posible y dejar clara sus intenciones para no hacer de ello un problema mayor.

—Dígame ahora, Arnold.

El hombre se pasó una mano por el rostro con nerviosismo y entonces, reflejó decisión.

—Debo advertirlo. Ella tuvo una visión...

—Oh, Dios mío. No puedo creer... —interrumpió Ian, que a su vez fue acallado por el otro.

—No, escúcheme, por favor. Yo era tan escéptico como usted, pero tras todos estos años demostrándome que no se equivoca, al fin la creo. Ayer estaba muy irascible por la tarde y no quería decirme qué ocurría. Conseguí que me lo dijera esta mañana al despertar y...

—¿Qué te dijo, hombre? —preguntó con hartazgo, deseando terminar con la absurda

conversación.

—Ella creyó ver fuego en la hacienda y sangre, señor. Si no fuera tan grave, no vendría hasta aquí para advertirlo, créame. Esto no es fácil para mí.

—Lo entiendo, Arnold. Y te agradezco el esfuerzo y tu preocupación, pero mira a tu alrededor, ¿crees que los campos podrían arder con lo frescos y verdes que están?

Él se rascó la cabeza, compungido. Sabía que tenía razón. Era difícil que un fuego prendiera en el valle y eso desmantelaba toda idea o visión que tuviera su mujer.

—Me parece más que razonable, señor, pero, como me pidió ella, dejé dos caballos en el río, cerca de la salida de ese túnel que excavó su padre. Los dejé atados a un árbol... Lo mismo sería mejor que fuera por ellos, ¿no cree?

Ian arrugó la frente ante tan absurda acción.

—Haré como que no hemos hablado nada de esto, Arnold. Me pareces un hombre honorable y comprendo tu preocupación, pero es absurdo temer algo que es difícil que suceda. Estas tierras son muy supersticiosas y comprendo que caigas en esos temores sin fundamento por el solo hecho de oír ciertas ideas de tu mujer. Hubo un tiempo que también llegó a medio convencerme. Si bien, vamos a olvidarlo y deja esa tarea para la tarde. Ahora tenemos trabajo que hacer aquí. ¿No te parece?

—De acuerdo, señor. Siento...

—No lo hagas, y te doy las gracias por querer avisarme y preocuparte por mis tierras.

Después de aquello, se acoplaron con los demás trabajadores y juntos siguieron arando.

Ian no entendía de visiones ni daba más importancia a absurdas creencias, él solo hacía caso de su instinto, sin embargo, tras esa conversación, un estúpido temor se instaló en su pecho. Pensar en fuego, sangre había sido su día a día durante años, comandando asaltos e incursiones con otros clanes, pero imaginarlos cerca de su familia y de Hellen...

Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza cuando, un ligero aroma a quemado le llegó de súbito. Se incorporó con rapidez y olisqueó a su alrededor, sin saber dónde buscar exactamente. Sus ojos se cruzaron con los de un asombrado Arnold, que hacía el mismo gesto.

De seguido, el trote de unos cascos se oyó en la lejanía... Un mal presentimiento era mala cosa. Gritó con urgencia.

—¡Todos a mí! Coged cualquier cosa que os sirva para defenderos. ¡Nos atacan!

¿Cómo podrían defenderse de esa cuadrilla que se acercaba al galope?

Dejaron lo que hacían al oírlo y corrieron a sacar sus cuchillos de sus alforjas. Ian sacó su espada, de la que nunca se desprendía, y dio gracias al cielo por no haberle liberado todavía de su espíritu guerrero.

Buscó a sus despistados hombres y los reclamó a su lado.

—Aquí, conmigo. —Los hombres, unos seis en total, se arremolinaron a su lado con sus armas en mano, cuchillos, rastrillos, incluso algún garrote y hacha. En sus semblantes se reflejaba el miedo por una situación tan inminente y dura. Angus, lo miraba con preocupación—. Pronto seremos rodeados por una cuadrilla de guerreros. Siento deciros que puede que algunos

no sobrevivamos, pero somos escoceses, fuertes y libres, y como tales lucharemos hasta el fin.

—¡Sí, señor!

—Bien, ahora rezad por vuestras almas y os pido que el primero que pueda salir con vida del ataque, socorra nuestras familias en la hacienda. Ellos también corren peligro. —Pasó la vista, uno por uno. La preocupación y el miedo se reflejaba en sus rostros, pero además descubrió coraje, y eso lo animó. Volviéndose hacia los guerreros, gritó—. *¡Cuir ort do chòta mòr!*

XXVIII



Hellen se acostó en la gran cama y se giró hacia el lado contrario, justo donde debía estar su marido. Cerró los ojos y acercó su nariz a la almohada, aspirando el aroma impregnado de la noche anterior. Todavía seguía ahí y, por un momento, imaginó que estaba junto a él. No era así, eso sucedía en los cuentos y ella, desde que murió su padre, ya fue consciente de la cruda realidad de la vida. Al abrir los párpados, solo halló una triste carencia.

¿Podía confiar en Ian? Tras ver que no tenía del todo su apoyo y no conseguir que la entendiera, la duda creció en ella.

Presentía que de alguna forma lo había decepcionado, y eso la corroía. Con todo, había sido sincera con él. La sinceridad era para ella inquebrantable y no concebía el engaño bajo ningún concepto, algo que exigía que fuera recíproco. ¿Acaso fue brusca al decirle que no hallaba su lugar en esa casa? Era la verdad, simplemente. No descubría nada nuevo al decirle que molestaba más que ayudaba. Sí, era pronto para dar con un juicio acertado, pues tal vez se precipitaba, pero ¿debía guardarse sus preocupaciones entonces? Su marido debía conocer sus inquietudes, tal como ella esperaba conocer las suyas. Si no, ¿para qué servía estar unidos si al cabo de treinta años resultaban ser unos desconocidos?

Desde esa noche le exigiría franqueza, nada de juegos absurdos entre ellos. Ella le confesaría su gran amor y esperaría que él se lo correspondiera de la misma forma. Si no fuera así...

Una lágrima traicionera escapó y luego siguieron otras pocas, hasta acabar sollozando. ¿Desde cuándo no lloraba? Desde que se desahogó con Jane... Ojalá contara con ella en ese momento tan caótico. Necesitaba una amiga, o al padre Elliot con sus triquiñuelas, pues con él se sentía también segura.

¿Dónde andarían? Con seguridad, Jane ya habría puesto al corriente a su Ronald de su estado de buena esperanza y Elliot se hallaría planeando cómo presentar a Mariana a su hija Catalina, tal y como este le confesó. ¿Aceptaría Catalina a su madre? Esperaba que esas dos pudieran reencontrarse como quienes eran, dos almas separadas injustamente por la creencia intolerante de otros. El poder corrompía al ser humano, creyéndose por encima de todos, y dándose la libertad de dar juicios sin tener en cuenta las necesidades emocionales. Era injusto y doloroso.

Después de pensar con detenimiento en los recién conocidos de la familia Kelly, cayó en algo asombroso y muy esperanzador. Poco a poco, tras llegar a ese país, había ganado en vez de restar. Desde que salió de Inglaterra, incluso de Norteamérica, no había parado de perder, llorar y

lamentar, sin embargo, en Escocia había conocido a gente muy buena, honesta y lista a sacrificarse por ella. Debería sentirse feliz y no estar apenada. ¿Qué importaba una tonta rencilla con Ian si sabía que la amaba y que la acompañaría finalmente a Norteamérica? Hablaría otra vez con él, y todas las que hiciesen falta para arreglar aquello que había empezado como el más bonito de los idilios.

Tras tomar la firme decisión, poco a poco, cayó en un profundo sueño que solo fue interrumpido por un extraño golpe en el pasillo. Entonces, recordó haber olvidado abrir el cerrojo de la puerta. Resopló. Ian dormiría fuera, castigado por su cabezonería, pero en la mañana lo buscaría y le haría pagar doblemente entre sábanas todos los minutos que se saltarían esa estúpida noche. Sonrió al pensar lo mucho que lo necesitaba y estaba segura de que él lo sentiría igual. Quizás, le viniera bien separarse para luego desearse más, durante esa bonita eternidad. Cerró de nuevo los párpados y notó su corazón acelerarse al evocar esos ojos azules y la sonrisa que tanto la perdían. Por la mañana lo buscaría, decidió.

Unos fuertes ruidos abajo la hicieron abandonar ese sueño arrebatador del que era presa. Con prisa, se destapó y salió del lecho. Ni siquiera se calzó para ir hasta la jofaina, en el otro extremo de la habitación, por lo que no pudo evitar un gemido lastimero. Corriendo, fue a calzarse cuando encontró un sobre blanco asomando por debajo la puerta.

Extrañada, lo recogió y se cruzó de piernas encima del lecho. Se masajeó los pies desnudos unos instantes hasta lograr calentarlos un poco y, muy inquieta, se dispuso a abrirlo.

Al desdoblar las hojas las contempló estupefacta. ¿Lo estaba imaginando?

Observó con detenimiento los pasajes de barco: la fecha de partida desde Glasgow era para dentro de pocos días y su destino... ¡Connecticut!

Contuvo el aliento entretanto lo revisaba una y otra vez. ¿Ian había planeado su vuelta a casa? ¿Desde cuándo? Debía haberlos encargado desde hacía mucho tiempo... ¿Tal vez pensaba sorprenderla?

¡Por el cielo! ¡Él me dijo que me preparaba algo especial! Algo que serviría para... demostrarme su amor, concluyó mientras guardaba con torpeza los pasajes en el sobre y lloriqueaba con desesperación.

Pensaba declararse sin reservas esa misma noche, en cambio, tras confesarle que no encajaba en ningún rol... ¿Creería que quería irse para no volver? ¿Conjeturó que lo abandonaría? ¿Sería tan inseguro como para imaginar algo tan estúpido? Ella le había demostrado muchas veces que lo amaba, pero ¿necesitaría oírlo tan claro que ella lo anhelaba de él?

Temiendo que el corazón le explotara de un momento a otro, bajó de la cama y se vistió con prisa. Debía encontrar a Ian para declararle que lo amaba con toda su alma y que nunca lo dejaría. Jamás. Él era su felicidad.

Abajo seguían oyéndose ruidos, lo que le resultaba cada vez más raro. Tras guardarse el sobre en uno de los bolsillos de su falda, salió de la habitación. Se precipitó a bajar al segundo piso, sin embargo, se quedó a medio camino en la escalera al encontrarse a la gente del servicio correr de un lado para otro.

De repente, un olor a madera quemada inundó sus sentidos hasta casi marearla y comprendió que algo terrible pasaba. Corrió hasta la entrada donde logró detener a un muchacho que entraba

en la casa cargando un cubo.

—Dime, ¿qué ocurre? —preguntó, forzándolo a detenerse un momento.

—¡Uno de los graneros salió ardiendo, señora! —gritó, soltándose a la vez que avanzaba hacia adentro.

¡Fuego! ¡Ian! Estaría allí enfrentándose a él, pero ¿sufriría algún peligro?

Sus pies se movieron sin saber a dónde dirigirse con exactitud. Por instinto, siguió la dirección de un chico con un barreño lleno, mientras se colocaba un pañuelo sobre su nariz para evitar el desagradable olor, cada vez más insoportable. A su alrededor, muchos cargaban cubos con agua y otros los traían para rellenarlos en un pozo cercano. La tensión se palpaba intensa en el ambiente y la impotencia la asediaba.

En mitad de ese caos, una voz conocida la llamó y se giró esperanzada hacia ella.

—¡Señora!

—¡April! ¿Tengo que encontrar a Ian?

April llegó hasta ella a la carrera cargando a Fraser, aferrado a su cuello y cadera. Sus rostros reflejaban su inquietud y sus ojos miel se hallaban brillantes de emoción contenida.

—El señor no está aquí, se encuentra con mi marido en los campos.

—Oh, gracias a Dios, pensaba que...

—Señora, venga conmigo, por favor. Necesito contarle algo. Debía haberlo hecho antes, pero...

—¿Qué ocurre, April? ¿Qué es eso que debes contarme?

La agarró de la mano y la llevó retrocediendo con ella el camino andado, pero cuando pensaba que entrarían en la casa, ella siguió adelante.

—Espera. —La detuvo soltándose de su agarre, desconfiada—. ¿Dónde me llevas?

—Debemos ir al granero, señora.

—¿Cómo? ¿Qué granero?

—El túnel, señora. Debe esconderse allí del demonio.

—¿De qué me hablas? ¿Por qué tengo que esconderme de un...? April, me estás asustando —manifestó, retrocediendo un paso.

—Se lo explicaré, señora. No se vaya, por favor. Solo quiero salvarla —dijo mostrando sus palmas y gesticulando para que se tranquilizara—. Usted vivió con el demonio, señora. Él viene por usted, ¡ahora!

—¿El demonio? —De repente, un escalofrío recorrió su cuerpo al evocar la única persona que ella consideraba un verdadero demonio. Se llevó la mano al pecho, muy asustada—. ¿Te refieres a mi tutor?

April asintió, consternada, mientras le indicaba de nuevo que la siguiera.

—Está aquí, señora, la está buscando. Debemos irnos.

—Oh, Dios, pero Ian... Debo avisarlo.

—Él ya lo sabe, señora. ¡Vayámonos!

—¡No! ¿Cómo puede...? ¿Acaso sabes si se ha enfrentado con él? —preguntó con desesperación.

April no contestó y eso podía significar una cosa.

—¿Él está...? —Temblorosa, no pudo terminar la pregunta.

—No lo sé, señora. Eso no me fue revelado.

La extraña respuesta la confundió, pese a que pronto intuyó qué quería decir. ¿Todo lo que le contaba eran solo conjeturas? ¿O era una broma macabra de esa extraña mujer?

—¿Revelado? ¿De qué hablas?

De pronto, el resonar de cascos acercarse reverberó por encima del bullicio que imperaba en el lugar. Buscó a su alrededor, pero no supo advertir de dónde provenían. April gimió y Hellen le volvió a prestar atención, aterrada.

—Señora, es él. Créame, debe venir conmigo. Yo la salvaré.

—¡No! No me iré sin Ian. Cogeré un caballo y lo buscaré en los campos —dijo emprendiendo una carrera hasta el establo. April la siguió unos pasos más atrás junto a Fraser.



Diez malditos mercenarios armados hasta los dientes contra seis campesinos y él, un recién soldado retirado. Tras tantas batallas, sabía que no saldrían de allí vivos, ninguno, por mucho que quisieran. No tenían la mínima posibilidad. Tal vez consiguieran hacer caer a cuatro de ellos, el resto viviría para seguir asediando y matando.

Calculó con detenimiento sus próximos movimientos. El sonido de los cascos de los caballos resonaba en el aire, mezclándose con el ulular del viento, que había comenzado a agitar el campo. Sus rostros duros mostraban desprecio y cautela. Sus espadas relucían, listas para usarlas en cualquier momento. Sus hombres se mantenían firmes, aunque el miedo era evidente en alguno de ellos. Sus manos temblaban aferrando sus rudimentarias armas, conscientes de la gran desventaja que corrían.

—No te separes de mí, Angus —murmuró a su cuñado, quien ladeó la cabeza un poco hacia él, sin perder de vista al guerrero que tenía delante.

Los animales resoplaron, inquietos, sintiendo la tensión en el ambiente. El líder de los mercenarios, un hombre hosco con mirada glacial levantó una mano, indicando a sus hombres que se prepararan. Los suyos intercambiaron expresiones nerviosas, sabiendo que cualquier movimiento en falso podría desencadenar la masacre.

—¿No vais a decirnos quienes sois? ¿Nos mataréis sin más?

El líder sonrió malicioso y dejó ver su dentadura irregular entre la espesa barba oscura.

—Tú debes ser Kelly. Fuiste capitán, por lo que tengo entendido. Lucharás conmigo.

—Sé perfectamente quién soy. Insisto saber qué queréis de nosotros.

—¿Yo? Mataros. Para eso me pagó bien ese noble desequilibrado.

Ian dejó escapar el aliento poco a poco, mientras asimilaba lo que acababa de desvelarle. Aquella era una muy mala noticia y más si no salía de allí con vida. Kendrick Harper venía por su mujer.

—¿Dónde está ese cobarde? —Exigió saber con la sangre comenzándole a burbujear de rabia.

—Siento decirte que no podrás conocerlo. Ya va camino de tu hacienda. Mi rostro, en vez de el de tu mujer, será lo último de te lleves a la tumba, soldado.

—Eso ya lo veremos, hijo de mala madre. En menos que te des cuenta, limpiaré tu sangre de mi espada y luego me mearé en tu podrida boca. ¡Desmontad si tenéis huevos, gallinas desplumadas!

Necesitaba ganar alguna ventaja, desde los caballos eran menos accesibles y más difíciles de matar. Con satisfacción, la provocación funcionó. El primero en desmontar fue el líder, seguido por los demás. No sabía cómo saldrían de esa, pero lograría llegar hasta Hellen. En su cabeza no podía albergar una última vez sin verla ni confesarle que la amaba. Lucharía con todo su corazón hasta vencer y luego la salvaría.

—Ya está bien de charla. ¡Luchemos de una vez! —rugió el guerrero dando un paso al frente y haciendo temblar la barba despeinada y larga.

Los hombres armados con cuchillos y garrotes se miraron, aguardando inquebrantables y con determinación en sus ojos.

—¡Adelante! —gritó Ian y sus hombres cargaron contra los mercenarios que tenían delante.

Estos se sorprendieron de su bravura, pero pronto respondieron levantando sus espadas. Sus hombres se defendieron con valentía, pero la superioridad de los otros era evidente. Él enfrentó al líder y esquivó el metal afilado casi rozando su rostro. Contraatacó blandiendo la espada con todas sus fuerzas en un golpe transversal. El metal chocó entre ambos, mientras sus miradas se cruzaron. Los jadeos resonaban tras el esfuerzo bárbaro de cada embate. Continuaron luchando sin pausa, cada latido era un instante más que le ganaba a la muerte certera, uno más que mantenía la esperanza de salir vivo de esa lucha infernal y llegar hasta su esposa.

De reojo, vio a alguno caer de un solo golpe, otros seguían atacando y haciendo lo que podían. Se negaba aceptarlo, se negaba a morir así. Rugió con rabia y volvió a cargar contra el guerrero que cada vez parecía más cansado. Sin embargo, su confianza se vio aniquilada al ver sesgar su hoja contra su costado y, en consecuencia, recibir un demoledor corte. Retrocedió unos pasos, trastornado. Debía evaluar su gravedad, en tanto que el otro reía a la vez que jadeaba.

—¡Te mataré, saco de mierda! —rugió Ian, encolerizado por su despiste que podría costarle la muerte, si no entonces, más adelante.

De súbito, con un golpe mortal de su espada, nacido de concentrar toda su rabia, atravesó su estómago, acabando con su vida y haciéndolo caer. No se entretuvo un segundo y siguió blandiendo la espada contra todos los guerreros que se le acercaban. Liberó a Arnold de una muerte segura, rajó el cuello de un contrincante y arremetió contra otro que intentaba acuchillar a su cuñado. Sin esperarlo, vio acercarse un caballo que llevaba un jinete con una melena rubia y larga al viento. Por un momento, se paró delante de él a pocos pasos y, en consecuencia, la

reconoció.

—¡Rosaleen! —masculló sin resuello.

Ella le dirigió una mirada helada que hubiera cortado el aire mejor que su propia espada.

—¿Dónde está el noble? —exigió saber con desesperación.

—En la hacienda —contestó esquivando la espada de un guerrero que se acercó a él en ese instante—. Ha ido por...

De pronto, un mercenario la vio y corrió hacia ella. Esta no pudo más que hincar los flancos sobre el caballo para ponerlo a galopar. Fue la última vez que la vio, pues se perdió con el viento entre los madrigales de la lejanía, mientras él luchaba por sobrevivir.

La lucha era tan feroz que olvidó todo a su alrededor. Siguió aguantando, cada vez más débil. Apenas le quedaban fuerzas para seguir y solo fue consciente de lo que verdaderamente sucedía al acabar la batalla. Desde el suelo, el cielo se veía precioso, surcado de nubes blancas enmarcadas en un azul celeste maravilloso como el del vestido que Hellen llevó en su boda.

—¡Ian!

Parpadeó al reconocer la voz de su amigo.

—¿Fergus?

—Joder, amigo. Estás hecho una mierda... —No pudo terminar, pues Ian lo agarró con fuerza del cuello de la camisa.

—Hellen, está en peligro. Tienes que salvarla.

—No temas, mis hombres ya deben estar llegando a la hacienda. Mi instinto no se equivocaba y volví a buscarlo. Cogemos a ese noble y le meteremos una espada por el culo. Ahora, levántate, joder.

—No sé si podré. Estoy herido, Fergus. ¿Y los demás? —preguntó con urgencia, buscando con expresión desesperada.

—Solo murieron dos de tus hombres. Uno escapó al galope camino del río. Tu cuñado se halla desfallecido, pero vive como tú.

—Tengo que salvarla, amigo —dijo ahogando un sollozo, siendo consciente de que no podría ni empuñar una daga.

—Confía en mis hombres, joder. Fueron tuyos antes, ya sabes que no dejarán que les suceda nada.

—Eso espero, si no ya puedes atravesarme con tu espada. No podré vivir sin ella.

Cerró los ojos y ya no pudo abrirlos más. Su amigo lo llamaba sin parar, hasta que ya no lo escuchó.

XXIX



—¡Hellen!

La voz inconfundible de Frederick penetró en su mente, provocándole un miedo descomunal. Frenó en seco, sobrecogida, sin siquiera permitirse pensar que podía desobedecerle y que ella había dejado de ser esa niña resignada. Por un momento, volvió a ser la de antes y su corazón, encogido de temor, latió desbocado.

Casi había llegado a los establos, solo unas pocas yardas la separaban de subirse a un caballo y salir al galope en busca de su amor. Aun así, su cuerpo no reaccionaba, no se atrevía a volverse por miedo a desmayarse.

April la había sobrepasado en la carrera unos pasos, pero al verla tan quieta, también se detuvo y la agarró de la mano. Hellen la notó perturbada, además de ver sus iris perderse en una lejanía efímera. Súbitamente, la azuzó con una determinación abrumadora.

—Señora, voy a decirle lo mismo que le dije a su esposo hace muchos años: La constancia es como una roca en un río, aunque el agua fluya con fuerza, la roca se mantiene firme y crea su propio camino. El amor verdadero siempre encuentra el camino de regreso. Sea valiente y no se rinda, porque llegará a su corazón y la hará libre.

Impertérrita, entendía a medias esas palabras, pero consiguieron envolver de calidez su helado corazón, sacándola de ese pánico irracional donde había caído. El nuevo grito de Kendrick llamando su atención, le pareció estar cargado de desesperación. Eso le dio confianza y se volvió por fin a enfrentarlo.

—Recuerde, usted es la roca, señora —concluyó April tras soltarle la mano.

Tenía mal aspecto, ya no parecía el gran señor que había conocido hacía dos años. Se notaba su falta de distinción, su gran cantidad de libras perdidas en juegos y vicios, y la extrema delgadez de su cuerpo. Lo único que mantenía igual era su despótico tono, el cual siempre la había desagradado más que cualquier bofetada recibida.

—Vaya, por fin te dignas a mirarme, querida.

La rabia la inundó y se recordó, tal y como le había manifestado April, que ella era fuerte y la roca en ese caos provocado por un hombre enfermo de ambición.

—No soy tu querida, Kendrick. Ya no tienes poder sobre mí, estoy casada.

Él rio con saña y luego gesticuló levantando las manos al cielo con desesperación. Sus ojos oscuros, a pesar de que querían mostrar diversión, no disimulaban la crueldad que escondían.

—¿Casada? A estas alturas ya eres viuda, mujer. Una viuda apetecible, por lo que veo. —Hellen no se derrumbó con esa afirmación, pues April le había vuelto a coger de la mano y le susurraba en el oído que no era verdad. Sin saber por qué, se aferró a esa esperanza que tanto necesitaba y escupió a sus pies—. ¡Qué asco! Pero no sé por qué me asombro si siempre fuiste una niña incorregible. Cuando te cases con mi hermano te enseñaré lo que te conviene, dejarás de ser una infeliz.

—No iré contigo, maldito asesino. No podrás llevarme a la fuerza. Lo contaré todo: mis sospechas sobre que tú mataste a mi padre y luego mandaste asaltar a mi madre, cómo me obligaste a ingresar en el convento...

—Eres tan penosa, niña. Aunque fuera así, jamás podrías probarlo.

—Lo haré. ¡Juro que lo haré y acabaré contigo! —Por un momento le pareció percibir que se asombraba de su temperamento, lo que le dio fuerzas.

—Ya me cansé de tanta charla...

—No, me escucharás, pues será la última vez que hable contigo. Estoy casada, y si ya no lo estuviera, no puedes obligarme a casarme con nadie. Perdiste tu derecho sobre mí y no voy a dejar que me arrastres a una vida de horror. Eres un asesino y conseguiré probar lo que has hecho. Lograré colgarte de una soga, maldito desgraciado, pues será a lo que dedicaré cada instante de vida a partir de ahora.

Él se irguió en la montura y entrecerró los ojos, estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que no oyó el sonido de un caballo acercándose a toda velocidad.

Tras él, semejante a un verdadero diablo, se acercó la figura de una jinete portando en su mano un bastón en alto. Sin dar tiempo a nada, descargó el puño metálico contra su cabeza con una violencia sobrecogedora, lo que acarreó su caída inevitable del caballo. En un segundo, el cuerpo desmañado de Kendrick Harper yacía en el suelo, totalmente inmóvil y esa mujer, a quien por fin reconoció como Rosaleen, desmontaba a su lado con rostro amenazante.

—Ese maldito ya no nos dañará —soltó solemne con la mirada un poco ida.

Hellen, impactada, no le respondió. Comenzó a correr hacia el establo de nuevo. Necesitaba escapar o sería apresada por esos hombres que pronto cargarían contra ellas. Corrió como nunca lo había hecho, sabiendo que si era atrapada en la vida volvería a ver a Ian. Dentro del establo, la voz de April en una esquina la detuvo.

—Por aquí, señora.

April le señaló el suelo, su hijo la instaba a acercarse con un gesto de la mano. Sostenía un tablón que abría una cavidad pequeña, capaz de albergar el tamaño de una persona. Sin pensarlo, Rosaleen bajó por él y Hellen la siguió. Justo cuando iba a sumergirse en ese agujero oscuro, April la agarró.

—Señora, coja esto. —Le ofrecía una antorcha y un saquito de tela con lo necesario para encenderla—. Siga casi una milla sin miedo. Al final encontrará dos caballos con provisiones con los que podrá escapar.

Hellen tomó los artilugios y la apretó su mano.

—Gracias, April. No sé cómo...

—Volveremos a vernos, tenga esperanza. Solo una cosa más, dígle a su mucama: *Zuri hakusahau kamwe*.⁸

—Lo haré —dijo con lágrimas en los ojos, reafirmando las sospechas de que ella era la hija de Dorothea—. Necesito que hagas una cosa por mí. Dile a Ian que busque mi biblia, sabrá qué hacer con ella, y también... que lo amo más que...

—¡No! Eso último ya se lo dirá usted misma, confíe en mí. Váyase, se acercan —dijo soltando su mano con rapidez.

Hellen entró en el túnel y tras cerrar la abertura, la oscuridad se cernió sobre ella. La humedad de la tierra se olía y palpaba en las paredes. El frío desolador la caló hasta los huesos, haciendo poner de punta el vello de todo su cuerpo. Era un lugar aterrador.

La respiración de Rosaleen a su lado se oía descompasada. Con seguridad, se hallaba igual de nerviosa. Con manos temblorosas la empujó para que siguiera hacia delante.

—¿Dónde quieres que vaya? Es un agujero.

—Es un túnel que nos llevará al río. Sigue andando un poco. Tengo una antorcha, la encenderemos más adelante, aquí, el olor a quemado nos descubrirá.

—De acuerdo.

Avanzaron a oscuras y con torpeza a través de ese agujero excavado que en ocasiones se estrechaba y las hacía seguir a gatas. Tras ver que habían adelantado bastante, la detuvo.

—¿Sabes encender esto?

—Claro, trae —contestó Rosaleen, tanteando su cuerpo para encontrar el saco—. Sostén el palo ahí sin moverlo.

La impaciencia las consumía por sentir la impotencia de no poder valerse de sus ojos para hacer cualquier cosa. Era algo angustiioso y muy frustrante. De pronto, las chispas generadas por Rosaleen provocaron una pequeña llama que acercó con prisa a la antorcha, impregnada de resina. Esta prendió rápido, inundando por fin de luz la pequeña cavidad y desprendiendo un olor asfixiante que las hizo toser.

—Dame, yo alumbraré —pidió la rubia y no se esperó a que se la ofreciera, arrebatándosela.

Portando la antorcha encendida en su mano, parecía un símbolo de libertad imperdurable.

Hellen no se resistió, confiada. Ella no parecía serle una amenaza. A pesar de las contrariedades de un pasado, habían unido fuerzas para huir del enemigo.

Continuaron en silencio, hasta que ella lo rompió.

—Lo vi en el campo.

—¿Te refieres a Ian? —preguntó con ansiedad.

—Claro, a quién si no. Luchaba con otros hombres... —detuvo su discurso al oírla sollozar, pero prosiguió con un tono más apaciguador—. Estará bien. Tras de mí llegaban sus antiguos hombres. Los encontré cuando me dirigía allí y los insté a perseguirme para conducirlos hasta él. Ian quería que te buscara.

—¿Te lo dijo?

—Bueno, no pudo terminar de hablar, pero lo adiviné. —Hellen siguió sollozando—. Te ama, mujer. Deja de llorar. Deberías estar feliz por ello.

—¿Feliz? Cómo crees que puedo serlo sabiendo que está jugándose la vida.

—Volverás a verlo. Se lo oí decir a esa bruja que tiene por amiga. Tenía una mirada...

—No empieces a juzgar, hiciste eso mismo conmigo, Rosaleen.

—Tienes razón. Reconozco que te juzgué y no me porté bien. Fui yo quien trajo a ese desalmado hasta aquí.

—¿Por qué? —protestó.

—Fui una estúpida, creía que Ian me quería, y me engañé a mí misma. Él nunca me dañó en realidad, fue sincero conmigo desde un principio, a pesar de mi terquedad. Lo comprendí al conocer a ese demonio, quien me mostró lo que realmente es maltratar hasta hacerme desear la muerte.

—¿Él te...?

—Me dañó hasta lo más hondo de mi ser. Me robó mi inocencia, a pesar de que pienses que ya no la tenía, y me convirtió en lo que soy ahora, una condenada. No sé qué haré.

Hellen ahogó un grito y calló. No sabía qué responderle, pero una idea comenzó a fraguarse en su cabeza. Algo que deseaba hacer desde hacía muchos años y que no podía desaprovechar. ¿Por qué le dijo si no April que le diera ese mensaje a Dorothea? Le había marcado el camino que debía seguir.

—Vendrás conmigo.

—¿Cómo? —preguntó con incredulidad—. ¿A esa hacienda? ¿Y dormiremos los tres en la misma cama? Sigo enamorada de tu esposo, pese a que me haya resignado a perderlo.

Hellen notó un pellizco de duda en su corazón, sin embargo, algo le decía que no estaba equivocada. Por alguna razón, esa mujer había vuelto a su lado de una forma extraña, pero arrasando con su peor amenaza. Le debía la misma ayuda.

—A Norteamérica, mi tierra. Allí no te conoce nadie y podrías crear una nueva vida lejos de todo esto. Yo te ayudaría. Trabajarías para mí.

Ella quedó muda de la impresión, y tras unos segundos interminables de espera, respondió como si nada.

—Siento haberla llamado espantapájaros.

—Sí, ya, eso suponía —resolvió Hellen con cara de circunstancia.

Desorientadas, tras el largo pasar de los minutos que se hacían como horas, delante de ellas apareció una luz al fondo. Fue semejante a ver el sol en una mañana gris e hizo que sus corazones se aceleraran a un ritmo vertiginoso. Reían y vitoreaban el final de ese túnel interminable. En tropel, casi caen al suelo, una encima de otra al toparse con esa luz tan cegadora.

—¡Lo conseguimos! —gritó Hellen y, sin esperarlo, recibió con gusto el abrazo de esa mujer

que una vez había sido su contendiente. De repente, ella pareció darse cuenta y se puso tensa, apartándose con vergüenza—. Lo siento, no debí abrazarla. Usted es...

—Yo soy una mujer que, igual que tú, busca salvarse. No seas ahora tan considerada hablándome de usted, Rosaleen.

—Bueno, si voy a trabajar para usted, no debería tratarla con tanta confianza.

Hellen sonrió, conforme, pero no dijo nada.

Buscaron los caballos que April les había prometido, aunque no los vieron. Frente a ellas solo se extendía la colina en descenso que desembocaba a un río. En esa parte no había cultivos, y Hellen supuso que habrían respetado el terreno, justamente para salvaguardar el túnel de antaño. Un carraspeo detrás de ellas las puso en guardia. Paralizadas, se volvieron con cautela. Rosaleen ya se agachaba a coger una piedra para tirársela al que fuera.

—Me alegra ver que ha llegado bien, señora Kelly.

—¡Arnold! —Hellen detuvo la mano amenazadora de la rubia que se disponía a lanzar la piedra—. ¿Qué haces tú aquí? Tú estabas con Ian... ¿Cómo está?

Rosaleen resopló con hartazgo al oírla preguntar de nuevo lo que ella acababa de responderle.

—Está a salvo con sus amigos los soldados. Herido, pero vivo, señora. April me mandó traer unos caballos esta mañana. Debemos volver...

—No iremos a la hacienda, Arnold. Entiendo que debería hacerlo. Mi marido está herido y no hay nada en este mundo que quiera más que volver y cuidarlo, pero allí está mi tutor. Es un hombre listo y me conoce, utilizará que esta mujer lo golpeó para ajusticiarla, la utilizará contra mí para sobornarme. Ella ha salvado a Ian llevando sus hombres hasta él para socorrerlo. No puedo abandonarla, como tampoco puedo dejar que Kendrick ajusticie a la que es ahora mi única familia, es poderoso y encontrará la forma de hacerlo. Sé que debo ir a mi tierra. Allí encontraré las respuestas.

—Pero su marido...

—Sé que le costará entenderlo, pero es algo que no puedo demorar. Debemos partir a Glasgow ya.

Arnold se rascaba la cabeza, decidiendo algo mientras las observaba. De pronto, maldiciendo por lo bajo, se subió en el caballo.

—La dejaré ir, pero no la entiendo. Con todo lo que ha hecho ese hombre, lo arrestarán, será suficiente.

—Lo arrestarán solo por un tiempo, pero saldrá impune. Sigue teniendo mucha influencia, incluso aquí en Escocia. ¿Cómo crees que me encontró? ¿Casualidad? No, estoy segura de que utilizó a sus amigos para conseguir las pistas de mi paradero. Lo hará de nuevo y siempre estará ahí.

—Señora, esto es Escocia, las cosas se pueden solucionar de forma más rápida... —propuso sin ningún remordimiento.

Tenía razón, en ese país un hombre desaparecía de la noche a la mañana y la mayoría de las veces nadie buscaba la razón. Sería muy fácil para ellos hacer las cosas de esa manera. Todo terminaría rápidamente, sin embargo... ¿Podrían disfrutar sabiendo esa horrible verdad?

—¿Y convertirnos en asesinos como él? Me niego a sentirme sucia toda mi vida. Está decidido, iremos hasta Glasgow para embarcar. Pero antes de irme, dígame que necesito que confíe en mí; dígame que el juego se acabó.

Arnold asintió y señaló unos árboles más adelante, donde esperaban los caballos que había dejado atados.

—Si va a Glasgow, ¿sabe al menos ir?

—No tengo idea.

—*Awa' an bile yer heid!*⁹

—¿Qué ha dicho? —murmuró Hellen a Rosaleen, a su lado.

—Que nos acompañará —respondió, sonriente.

Tardaron dos días en llegar a Glasgow sin apenas parar a descansar. El viaje fue duro y agotador, pero al fin vislumbraron con alivio las viviendas de la ciudad. Las calzadas adoquinadas estaban plagadas de gente que andaba de aquí para allá. El bullicio era constante, y los comercios cerca del muelle se hallaban repletos de hombres de aspecto rudo y prostitutas con vestidos provocadores.

El aire se hallaba cargado de olor a sal y pescado fresco, mezclado con el humo de las candelas y el aroma de puestos de comida. Los gritos de los vendedores ambulantes se mezclaban con las risas y las conversaciones animadas. Carros tirados por caballos avanzaban entre la multitud. Niños corrían y jugaban sin nadie que los vigilara.

Cerca del muelle, los imponentes barcos se balanceaban con el vaivén de las olas, mientras los marineros descargaban mercancías sin pausa. La ciudad era un hervidero de vida frenética que despertaba la curiosidad de las dos mujeres. Hellen ya estaba acostumbrada a visitar los muelles en Connecticut y conocía qué se movía en ellos, sin embargo, Rosaleen, envuelta en un abrigo cada vez más apretado por la inquietud, se creía perdida y muy asustada.

Pararon delante de un gran barco de casco robusto y madera bien trabajada. En su proa destacaba una figura de una sirena como símbolo de protección. Las velas blancas se hallaban recogidas y atadas a los mástiles que se elevaban hasta el cielo. Hellen lo observó con una gran sonrisa al leer el nombre de la compañía que tanto había buscado.

—Puedes irte con tu familia, Arnold.

—Señora, tengo fe en que es usted capaz de llegar a ese barco sola. Así y todo, temo por el futuro de mi familia si la dejo en este momento. Sepa que ahora mismo soy su custodia y por nada del mundo me iré hasta que la vea subida en ese barco, señora.

—Es usted un buen hombre, Arnold.

—Un desgraciado al que su esposo matará en cuanto le cuente esto.

—No te obligaré a marchar, pero el capitán de este barco era un antiguo conocido de mi padre. Estoy segura de que no tendré problemas para embarcar.

—Insisto en estar presente cuando eso suceda, señora.

—Está bien. Venga conmigo si lo desea.

Las dos mujeres bajaron de los caballos que ataron a un poste y Arnold se quedó buscando un chico para guardarlos. Hellen sabía que en otra época el capitán la reconocería sin problemas, pero estaba sucia, llevaba el cabello muy corto y se sumaba que fuera una niña la última vez que la vio. Rezó para no tener que insistirle demasiado.

Empezó a subir la pasarela junto a Rosaleen, cuando de un empujón fue lanzada al suelo fuera de esta. Aterrizó sobre su costado en el piso mugriento, no obstante, no le preocupó, pues quien tenía delante era su peor pesadilla hecha realidad, nunca podría olvidar ese rostro amenazador de bestia inmundada. ¿Cómo podía estar allí mismo el hombre que la atacó hacía tantos años?

—Por fin te encuentro, maldita zorra. Llevo esperándote días, pero me pagarás cada uno de ellos.

—Eh, ¿qué te crees que haces, hijo de mala madre? ¡No te atrevas a tocarla o llamaré a la guardia! —gritó Rosaleen, empujándolo por la espalda, lo que solo le sirvió para recibir otro empujón de este, que la mandó del mismo modo al suelo con violencia.

Hellen se hallaba petrificada, apenas balbuceaba nada, aterrada y sumida en sus recuerdos del pasado. A su alrededor, la gente comenzaba a congregarse para disfrutar del espectáculo; a algunos hasta los vio frotarse las manos.

—Levanta, vendrás conmigo. —El hombre se adelantó a sujetarla, pero su amiga Rosaleen ya se había abalanzado sobre su espalda—. ¡Maldita, seas! Se suponía que eras sumisa.

El hombre trató deshacerse de ella sacudiéndose con fuerza, pero esta le mordió la oreja y eso lo hizo enfadar aún más. Con un gran gruñido, la arrojó al suelo y levantó sus puños dispuestos a descargarlos con violencia, cuando unos hombres lo agarraron por detrás.

Rosaleen llegó a gatas hasta Hellen que empezaba a reaccionar al fin. Delante de ellas, William Thompson, capitán del HMS Adventure, rondaba unos cuarenta años y vestía con un traje elegante y bigote bien cuidado. Las observaba, desconcertado. Inesperadamente, gritó una orden a los hombres que retenían al maleante, quien intentaba huir a toda costa.

—¡Encerradlo! Será llevado ante la guardia por golpear a estas dos damas en mi barco. —Luego, se giró hacia ellas—. Entre ellas, Hellen Chamberlain, una antigua conocida mía. ¿Se encuentran bien, queridas?

El capitán les ofreció su brazo para ayudarlas. Esta última parecía haberse tragado la lengua porque no era capaz de decir palabra.

—Perfectamente, capitán. Pensaba que no me reconocería con este aspecto desaliñado.

—Bueno, la última vez que la vi fue en el funeral de su padre, era muy niña, y reconozco que no es esta la forma en la que la esperaba, pero supongo que tendrá una explicación...

—¿Me esperaba?

—Claro. En su pasaje aparece su nombre. Estaba deseando saludarla. Pero supongo que su acompañante, el señor Kelly, no se encuentra con usted... —dijo sin quitarle ojo a Rosaleen, a la que preguntó—. ¿Es su esposo, tal vez?

—Es mi esposo, capitán —confirmó, extrañada porque Ian hubiese usado su nombre de soltera. Era un detalle que había pasado por alto y le molestó un poco, pues ya estaban casados

cuando los compró.

La extrañeza se reflejó en su rostro en un principio, pero luego le sonrió.

—Entonces, usted, señorita, ¿o debo llamarla señora? ¿Viaja con su esposo?

Como Rosaleen seguía sin hablar y solo negaba con incoherencia, Hellen respondió, alzando los ojos al cielo.

—Ella es la señorita Rosaleen...

—Menzies.

—Señorita Rosaleen Menzies, capitán Thompson. Viaja conmigo en calidad de acompañante. El señor Kelly no podrá venir.

—Oh, es una pena saber eso, aunque también es un placer conocerla a usted, señorita Menzies —declaró dedicándole una mirada penetrante a la rubia, quien respondió con un sonrojo bastante pronunciado—. Siento decirles que me parece muy arriesgado que dos damas viajen solas, por lo que, si lo aceptan, serán mis invitadas de honor durante el viaje. Yo me encargaré de acompañarlas para que se sientan totalmente seguras. Pero ahora, Hellen, muero por oír su historia.

XXX



Tras alojarse en la misma posada que el capitán, pudo ponerlo al corriente de todo lo sufrido desde la muerte de su padre. Le contó del primer ataque por parte del hombre que tenía en retenido en sus bodegas, el cual había sido una argucia de su tutor para alejarla de futuros pretendientes, creándole una dudosa reputación. Le informó de su obligado ingreso en el convento y amenazas, mientras para el mundo, disfrutaba de una lenta recuperación enfermiza en un balneario. Continuó relatando su peligrosa huida a través de toda Escocia y su forzoso matrimonio, que resultó más apreciado para ella de lo que esperaba. Confesó sus sospechas de que Kendrick fue partícipe de las muertes de sus padres y contó su ataque a la hacienda y la consecuente búsqueda de pruebas para inculparlo.

—Hellen, me siento obligado a tomar parte en esta historia para castigar a Kendrick Harper ante su falta de moralidad. Cuando yo comenzaba en la marina y conocí a su padre, al que admiré más que a nadie por su gran valentía y honor, jamás imaginé que pudiera ser manipulado por alguien como Kendrick, quien se mostraba tan decidido y afable. Su padre era un hombre de principios, un verdadero líder que siempre ponía a su tripulación y su misión por encima de todo. Por lo que no puedo permitir que se siga manchando su legado familiar. Debo actuar, no solo por justicia, sino también por el respeto que le debo a su padre, quien me apoyó en mis inicios.

—Gracias, Williams, pero no sé cómo podría usted...

—Llevaré a ese hombre que tengo arrestado ante la justicia y lo haremos confesar. Será una prueba más que implicará a Kendrick en esta trama tan descabellada que ha llevado a cabo. No se preocupe por eso, confesará y nunca tendrá que temer que se le acerque esa alimaña.

—Yo además seré una prueba contra él —continuó Rosaleen, quien se había mantenido al margen de la conversación hasta ese instante. Hellen cogió su mano, pidiéndole con la mirada que no siguiera hablando—. Tengo que hacerlo. ¿Qué puedo perder más? No puedo dejar que arruine más vidas. Confesaré ante un juez mi ultraje causado por esa bestia. Por favor, capitán, avísame para acompañarlo ante la guardia.

Rosaleen lo expresó con tal seguridad que este no pudo más que asentir, anonadado por tal despliegue de valentía y fuerza. Sin más, ella se disculpó y se retiró a su habitación.

Tras esa confesión, el espíritu jubiloso del capitán se apagó poco a poco. Rosaleen se enfrentaría a la sociedad y expondría su escandaloso sufrimiento ante un público que no era precisamente piadoso. Sabía que, al hacerlo, condenaría su propio futuro en favor de las muchas

mujeres que habían sido calumniadas. Sin embargo, decidieron respetar su decisión de sacrificar su reputación para luchar por la justicia. Llevarían a la alimaña ante la guardia a la mañana siguiente, antes de partir, al mediodía.

Esa tarde la emplearon en buscar prendas apropiadas para el viaje, gracias a la galantería del capitán que se hizo cargo de los gastos, y que más adelante saldaría en Norteamérica.

Rosaleen pareció más entristecida tras su confesión ante el capitán, quien se excusó ante ellas para solucionar los últimos detalles en el barco antes de partir al día siguiente.

—No es necesario que lo hagas. Tengo pruebas suficientes y estoy segura de que encontraré más en Connecticut.

—Tengo que hacerlo, Hellen. Por mí misma, además.

—Le gustabas a William. Debiste callar...

—Hellen, después de lo que he pasado, no quiero a ningún hombre cerca de mí. No sé si algún día podré superar todo lo que me ha hecho pasar. Siento decepcionarte si pensabas que podría mantener un romance con ese capitán. Es galante y guapo, me gusta, pero debo ser auténtica conmigo y con el mundo para sanarme. Además, él es un capitán y yo solo soy una sirvienta, en la vida pondría la vista en mí.

—Te entiendo, como también soy de las que piensan que todos nos debemos una oportunidad a nosotros mismos. No cierres las puertas a la esperanza.

Rosaleen asintió, pese a que su sonrisa no llegaba a sus ojos.

El viaje en barco duró casi cinco semanas. A pesar de las constantes atenciones por parte del capitán Thompson, cada día se le hacía más duro. Aunque surcaban el mar con gran estabilidad, superaban tempestades con audaz manejo y admiraban atardeceres inolvidables, no existía un instante en que en sus pensamientos no se hallaran disfrutando de los brazos y caricias de Ian. Jamás pensó que su vida se basara en la preocupación continua por ese hombre, y que su amor por él pudiera superar su deseo de verdad.

Ese viaje lo hizo en un arranque de exaltación al verse en una situación extrema, y si hubiera contado con más margen, quizás no se hubiera embarcado sola, esperando hacerlo con él. Puede que nunca la perdonara, o que no la mirara con esa ternura que tanto anhelaba, pese a ello, debía acabar con esa amenaza constante antes de retomar su vida juntos.

Rosaleen no la engañaba, si bien no se dejaba cautivar por el halagador capitán, se la notaba más liviana y menos tormentosa cuando hablaba con él. Alguna vez se preguntaba si el capitán sería capaz de dejar sus prejuicios y acabar cortejándola formalmente. No lo tenía claro, pero de lo que sí estaba segura, era de que ella era fuerte y podría cumplir con lo que tenía decidido.

Unos días antes de llegar a puerto, Hellen sintió náuseas en la mañana, la cuales se repitieron durante los días siguientes. Al principio lo aquejaba a haber tomado algo en mal estado, pero tras la visita del médico de a bordo, este dictaminó que se encontraba en cinta.

—Tendré un hijo —repitió, todavía ida tras la partida del doctor.

Rosaleen sonreía feliz, a pesar de haberle comentado con anterioridad su miedo a sufrir un embarazo por parte de Kendrick.

—Tendrá un bebé precioso, querida.

—Pero... ¡Ian no está aquí! ¡No tengo forma de decírselo, Ros! Esto no debía suceder todavía... —explotó en llanto como una niña.

Con rapidez, Rosaleen la arrulló entre sus brazos y con palabras tranquilizadoras la calmó.

—No llores, tu hijo te oye ahí dentro, no debes entristecerlo. Su padre se pondrá muy feliz cuando lo sepa, porque volverás pronto, ¿verdad?

—Tengo que resolver ciertos temas de herencia.

—Estás segura de que él no vendrá también, ¿verdad?

—No lo sé, en realidad.

—Debíamos haber traído a esa bruja adivina con nosotras —dijo chasqueando con la lengua—. Y siento ser yo quien te diga que tienes un problema.

—¡No! No uno, tengo muchos problemas. Ian jamás me lo perdonará.

—Bueno, tendremos que confiar en... el destino.

Ofuscada, enterró su cara en la almohada, muy deprimida. Ese largo viaje, aunque contaba con la ayuda del capitán y la compañía de Rosaleen, estaba siendo un verdadero suplicio. Necesitaba arribar ya, solucionar todo lo referente a su herencia cuanto antes y volver a los brazos de su amado esposo, con la esperanza de que la aceptara de nuevo. Tendría que compensarlo... Pero ¿cómo? ¿Qué prueba de amor podría superar lo que había hecho él por ella?

Cinco días después, el barco se aproximaba al puerto, y el corazón de Hellen latió con fuerza. Después de semanas en alta mar, la silueta familiar de su ciudad natal se revelaba ante sus ojos. La brisa traía consigo el inconfundible olor a tierra que tanto había extrañado.

A medida que se acercaba, distinguía las casas y los edificios que se alzaban cada vez más nítidos. Sus ojos se llenaron de lágrimas al reconocer la cúpula de iglesia sobresaliente por encima de todo lo demás, lugar donde, junto a sus padres, asistía los domingos. Los recuerdos de su infancia la inundaron: los juegos en las calles empedradas, las risas compartidas con amigos y la calidez del hogar familiar. El bullicio del puerto llegó al fin a sus oídos, los gritos de los marineros, el crujido de las cuerdas, el ir y venir de la gente convergían en un caos que, sin embargo, la animaba cada vez más. La emoción por sentir todas esas antiguas sensaciones eran el recordatorio indiscutible de que al fin había regresado.

Se aferró a la barandilla del barco, dejando que la emoción la envolviera. Connecticut no solo era su ciudad natal, era la culpable de su carácter impetuoso, la que atesoraba sus recuerdos en cada rincón y la que albergaba sus raíces y la esperanza de su futuro exitoso en ese país tan joven que empezaba a civilizarse.

A su lado, Rosaleen sonreía con el cabello al viento, sus ojos se perdían en el horizonte e imaginaba con gran expectación ese futuro prometedor. Sus miradas se cruzaron, sus sonrisas eran las mismas, igual que sus emociones. Por un momento, ella ladeó la cabeza hacia la proa, donde el capitán daba órdenes sin ton ni son a sus marineros. De pronto, ladeó la cabeza al frente muy sonrojada y Hellen, curiosa, advirtió lo que había causado tal sonrojo. Con gran satisfacción, comprobó que no era otro que el capitán William, quien se acercaba con prisa a ellas. Los nudillos de Rosaleen se hallaban blancos como el añil alrededor de la barandilla, lo

que reveló su gran intranquilidad.

—Capitán —saludó Hellen regalándole una gran sonrisa.

—Hellen —respondió con una inclinación de su cabeza. Sus labios se elevaban educadamente, respondiendo a su emoción, sin embargo, su máxima atención se hallaba en la rubia que parecía querer tirarse por la borda de un momento a otro—. Señorita Menzies, espero que las vistas sean de su agrado. Le deseo un hermoso futuro en su nuevo hogar.

—Gracias, capitán. Estoy segura de que seré muy feliz —contestó ella sin dignarse a devolverle la mirada.

—Señoras, siento decirles que no podré acompañarlas. Atracamos en pocos minutos y debo ocupar mi puesto. Ha sido un placer compartir con ustedes este largo viaje y les deseo la mejor de las fortunas.

—Gracias, Williams, nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

—Ya sabe que estaré disponible siempre, para cualquier cosa que necesite, Hellen. Solo tiene que avisarme. —Se inclinó con cortesía y se despidió de ellas, pero esta vez no se dirigió a Rosaleen—. Señoras.

Los pasos del capitán resonaron en la borda, aunque pronto se perdieron entre el barullo.

—Creo que lo has impresionado, Ros.

—Hellen, como te dije, no quiero saber nada de hombres en mucho, mucho, muuucho tiempo.

—Pero...

—No —dijo contundente y sin más cabida a réplica, dedicándole una expresión tormentosa.

—De acuerdo, eres libre de hacer lo que plazcas.

—Soy libre —reiteró, mirando al frente a ningún lugar en concreto. Levantó sus manos y abrió sus palmas recibiendo con gusto el aire impregnado del olor a sal.

Hellen la imitó con una risita traviesa y gritó sin importarle quién las miraba:

—¡*Binti yangu!*¹



¿Cómo podía ella pensar que se quedaría cruzado de brazos esperándola? Era una loca, eso debía de ser, tal y como le advirtió ese cura lioso. Al final no le había mentido, era mitad bruja por tenerlo hechizado hasta las entrañas y la otra mitad desquiciada, por partir sola en un barco con solo la compañía de otra mujer: su examante.

¿Qué bromista destino había intricado ese escenario?

—No puedes ir malherido hasta Glasgow. Morirás desangrado en el caballo antes de llegar, maldito cabezota.

—Moriré de todas formas si no estoy con ella. No puedo dejarla ir desprotegida. ¿Es que no lo entiendes? —dijo agarrándole del brazo con fuerza a pesar de su extremo cansancio—. Búscame un carruaje, Douglas.

Su cuñado y *laird* poseía uno de los barcos más rápidos de Escocia, además de soler utilizar rutas alternativas dirigidas hacia el norte, bordeando la costa hasta pasar las islas Hébridas, para aprovechar los vientos del norte y las corrientes del Atlántico. Luego sería fácil, atajar por la corriente del Golfo y navegar hasta la costa de Connecticut. ¿Cuántas veces lo había oído presumir por adelantar los barcos mercantiles con su bergantín?

—Tu hermana nunca me perdonará esto —respondió con los ojos cerrados, muy pesaroso al aceptar su propuesta.

—Cuñado, yo te lo agradeceré siempre.

Tres días llevaba de retraso con respecto a la partida de Hellen cuando llegó a Glasgow y se subió al bergantín más elegante y orgulloso de todos los que cruzaban el mar de Escocia. Sus hombres habían sido puestos al corriente solo con dos días de antelación y reinaba un verdadero caos. Un tal Gideon Brook capitanearía el barco y, como buen marinero, nada le gustaba más que un desafío en alta mar.

—Espero que esté seguro de hacer un viaje tan largo como este, señor Kelly. Habrá momentos que deseará haberse quedado junto al hogar en vez de rezar por su alma ante olas más grandes que una ciudad.

—Tan seguro estoy como de mi amor por esa mujer a la que tengo que alcanzar a toda costa.

—Si es así, le agradezco la oportunidad de probarme, sería toda una hazaña conseguirlo.

Tras dos semanas en alta mar, jamás en su vida pensó que, por mucho que el campo y la tierra fueran con seguridad su forma de existencia, navegar supusiera el perfecto complemento que llenara su corazón aventurero.

La herida de su costado curaba bien gracias a los cuidados de un buen doctor a bordo. Por supuesto, su cuñado Douglas no había escatimado en gastos para que ese viaje no le costara la vida, pues temía que su hermana lo señalara como coautor de su posible muerte por una infección. Era evidente que Douglas era un corderito disfrazado de lobo por temer las consecuencias. Lo mejor era que ya no estaba tan seguro de reírse por ello, pues él mismo notaba ser su par cuando pensaba en Hellen.

Su esposa poseía un carácter impetuoso y, por mucho que hiciera para desprenderse de él para valerse por sí misma, nunca la abandonaría. Ella llenaba su mundo y sin su amor, estaba hueco. Ni el más hermoso barco ni la mejor de las aventuras serían lo mismo sin su bruja de ojos profundos como la oscuridad que los envolvía esa madrugada.

—Pensarás que soy un loco por perseguirte hasta el infierno. ¿Cómo has podido abandonarme? —susurró a la noche impregnado de olor salino y sintiendo que el aire cambiaba su temple por uno más inquieto.

Apoyado sobre un poste, observaba la eficiencia de esos marineros en funciones, pero le era difícil olvidar las palabras de Arnold, tan claras como aterradoras:

—*Su señora se ha embarcado rumbo a Connecticut. Me dijo que le dijera que el juego se ha*

acabado, señor.

Entendió lo que contaba Arnold, a pesar de que lo pagara con él el resto de sus días, y agradeció que la custodiara hasta Glasgow. Sabía que él no podría haber evitado su viaje, solo por eso, lo readmitió.

Tendido en la cama, el corazón le dolía más que la quemazón de su herida, y por primera vez, creyó desfallecer. Sin embargo, su padre le recordó algo muy importante.

—Hijo, cuando pasé por aquellos días tan malos, en los que el respeto hacia mí mismo no significaba ni una mierda de mula, tú fuiste quien luchó por nuestra familia y creyó en mí. Alistándote, me obligaste a sanarme para tomar de nuevo las riendas de mi vida, no creas que no me di cuenta. Te sacrificaste por nosotros y me sentí orgulloso de tenerte como hijo. Ahora siento lo mismo hacia Hellen, pues se ha ido para salvarnos de ese maleante que, aunque no haya quedado para mucho, desea hundir a los nuestros. Huyó porque sabe que puede acabar con él. Ve con tu esposa, a pesar de que piense que puede con todo, ella te necesita a su lado.

—Gracias, padre. ¿Sabes? Tras tantos años fardando de saber qué es lo que verdaderamente necesita una mujer, ahora me doy cuenta de que jamás las entendí.

—Me alegra que sea así por fin, hijo, y nunca lo harás.

Pero sí lo hizo, las mujeres, simplemente, necesitaban ser escuchadas y tomadas en cuenta de la misma forma que él.

Durante el viaje hizo buena amistad con Brook, quien le contagió el entusiasmo por su pasión al mar y le ayudó a llevar mejor su dolor.

Al fin, tras cuatro semanas de trayecto y con el corazón latiéndole como una estampida de caballos, arribaron en Connecticut dos días antes que el HMS Adventure.

XXXI



Descendían con cuidado por la pasarela. Cada paso resonaba bajo sus pies y aunque quisiera ver lo que tenía delante, apenas podía apartar la vista de donde pisaba. La inestabilidad de la madera la hacía temer tropezar y caerse en el último tramo. Rosaleen seguía al chico que las ayudaba con sus maletas, de vez en cuando la oía exclamar exaltada, al oír tanto bullicio. A medida que avanzaba, ya en tierra firme, prestó atención a su alrededor. Podía escuchar las voces de los marineros, los gritos de los vendedores ambulantes, algunos mozos ofreciendo sus servicios para llevar los equipajes... El constante ir y venir de la gente era ensordecedor y ella reía, encantada. Hellen, contagiada por su entusiasmo también rio.

Al fin llegaron hasta el carruaje que las llevaría a la mansión Chamberlain, en pleno centro de Connecticut. Rosaleen entró en él, ayudada por el mozo que portaba las maletas y Hellen iba a ofrecer su mano, cuando este, sin más, inclinó la cabeza a modo de despedida y se largó corriendo dirección al puerto. Sin entenderlo, se quedó mirándolo un instante, hasta que, con un encogimiento de hombros, decidió subir sin ayuda.

Sin esperarlo, notó la presencia de alguien demasiado cerca de ella y se alarmó. No obstante, su confianza en sí misma no vaciló, pues, durante las largas horas de aburrimiento en el barco, el capitán William le había enseñado algunas prácticas básicas de defensa personal, pero muy efectivas. Con gran destreza, extrajo un largo alfiler del nudo de su chal y lo esgrimió contra el intruso, sin siquiera mirarlo. Su mano firme y decidida dejó claro que no debía subestimarla.

—Le aviso que, si sus intenciones son las de asaltarme, se abstenga de hacerlo, pues tengo un alfiler apuntándole ahí abajo. Y créame, no dudaré en usarlo si es necesario.

—Ni la más grande de las espadas podrían apartarme de ti, mi amor.

Hellen tembló, abrumada, al oír la voz que tanto había añorado todo ese tiempo, la única que podía estremecerla y hacer que su corazón se detuviera un latido para luego casi explotar de emoción. El ruido a su alrededor se desvaneció mientras sus ojos se encontraron con los de Ian, quien le regalaba una sonrisa cálida y amorosa. El alivio de verlo vivo fue tan grande que sus piernas flaquearon, haciéndola perder el equilibrio. Ian la sujetó rápidamente de la cintura y la mantuvo firme, a la vez que la fundía en el abrazo más emocionante que había vivido nunca. Sollozó, sumergida en una vorágine de sentimientos abrumadores, en tanto que se aferraba a su cuello y lo apretaba con todas sus fuerzas.

—¿Cómo es posible? Esto debe ser un sueño del que no deseo despertar.

Él acarició su pelo y repartía besos por su rostro, la veneraba con la mirada como si necesitara nutrirse de ella.

—Ni yo sé cómo lo he logrado, pero sí daba por seguro que antes o después te encontraría, mi vida. Necesitarás hacer muchos méritos para resarcirte. Estoy muy enfadado contigo, de por vida, aunque no lo parezca, Hellen.

—Lo sé, pero te compensaré por ello, te lo prometo.

Ya no pudo resistirse más, moría por besarlo, por sentir sus labios calientes contra los suyos y derretirse con su lengua ávida de pasión. Él respondió a su beso con tal fervor que no pudo evitar gemir de placer. Allí, contra la puerta del carruaje, Ian la estrechó con ímpetu mientras devoró su boca y le mostraba la dureza de su miembro dentro de sus calzones, a punto de estallar. Ávidos de pasión, habían perdido el control y la noción de donde se encontraban. De repente, un carraspeo insistente desde el interior del vehículo los paralizó y solo entonces fueron conscientes del espectáculo que estaban dando en público. Algunos marineros hasta se habían congregado a su alrededor, bromeando y dándose codazos.

—Siento ser yo la que interrumpa este maravilloso reencuentro, sin embargo, ¿no os importaría buscar un lugar más... privado? Lo digo solo por el recato y las miles de reglas de protocolo que existen en vuestra maravillosa sociedad, nada más —dijo Rosaleen con tal ironía que los hizo reír.

—Tiene razón, ¡vamos! —exclamó Ian arrastrándola de la cintura tras darle una orden al cochero de llevar a Rosaleen a la mansión.

Hellen se dejaba llevar por él, se sentía flotar a su lado, estaba tan feliz que necesitaba gritarlo al viento.

Con rapidez, entraron en otro carruaje que Ian detuvo tras darle unas breves instrucciones. De súbito, su actitud era arisca sentado frente a ella. La observaba con dureza y parecía contenerse para decirle algo.

—¿Estás muy enfadado?

—Mucho, Hellen. Que te haya besado y abrazado así solo demuestra mi deseo febril de verte.

—Lo siento —se lamentó sin poder apartar la mirada de su rostro airado. Le parecía tan extraño haberse sentido tan amada entre sus brazos hacía un momento, como si todo se hubiera solucionado, que no asimilaba su irascible y nueva actitud.

—No lo sientas.

—¿Que no lo sienta? —preguntó confundida.

—No, hiciste lo que debías hacer, cariño.

—Entonces... lo entiendes.

—Lo entiendo, pero estoy muy decepcionado.

Hellen lo observó con ojos brillantes, a lo que él apretó los puños, mirando hacia otro lado.

—Te he necesitado mucho estas semanas, Ian —le dijo, frotándose los brazos deseosos de sus caricias.

—¿Solo eso, Hellen? —inquirió con un tono de reproche que reafirmó que no sería tan fácil

después de todo.

—Te he añorado, te he soñado, he llorado tu ausencia como a nadie en mi vida. Siento haberte abandonado estando herido... ¿Sigues...? —preguntó con miedo, recordando las palabras de Arnold que casi la hacen volver a sus brazos aquel día.

Inconscientemente, ella empujó su cuerpo hacia él, rozando sus rodillas. Solo ese contacto la hizo estremecer.

—Esa herida curó bien, Hellen, pero mi corazón es otra cosa.

—¿Tu corazón?

—Mi corazón —dijo clavando su mirada dolida en ella—. Pensar que no volvería a verte... ¿Sabes qué agonía me has hecho pasar? Temer que se podría hundir tu barco, ser asaltado por piratas... Tantas atrocidades podían suceder que todavía me duele. No lo resisto más, ¿me oyes? Dejemos de jugar a ser canallas, por favor —concluyó pasándose una mano por el rostro con desesperación.

—Está bien, se acabó el juego y lo confieso: te amo, no puedo vivir sin ti, amor. —En un arrebató de locura, abrió la ventanilla del carruaje y sacó la cabeza—. ¡Te amo, Ian Kelly! ¡Lo amo, Connecticut! ¡Entérense todos!

Con ímpetu, fue arrastrada dentro, por fin, entre sus brazos. La sentó sobre su regazo y oyó su risa, esa que era música para sus oídos y que la elevaba a lo más alto.

—Yo también te amo, mi amor, te amo más que a mi vida.

Casi percibió el ardor de sus ojos en su piel. Su miembro duro empujaba sobre su trasero, encendiéndola e impacientando su deseo por él. Su rostro reflejaba una felicidad como nunca había visto y, entonces, recordó algo que sabía sería el culmen de su dicha.

—Tengo que confesarte algo más, cariño, pero tendrás que adivinarlo —dijo con una sonrisa traviesa y aguantando las carcajadas al verlo resoplar.

—Dijimos que nada de juegos, bruja.

—Lo sé, pero del mismo modo sé que te encantan —soltó con un guiño pícaro que lo hizo volver a reír y apretarla entre sus brazos—. Es algo que tengo en mi cuerpo y tendrás que encontrarlo.

—¿Un nuevo broche? —preguntó él, con una sonrisa traviesa, cobijando uno de sus pechos por encima de la seda del corpiño.

Hellen, gimió, sintiendo una oleada de ardor por todo su cuerpo.

—No, algo más profundo —respondió ella, mordiéndose el labio, y provocándole un gruñido.

—¿Un colgante? —aventuró Ian, comenzando a besar su cuello.

Su mano endiablada ya había descubierto sus pechos, mostrando sus pezones erectos para él. Con avidez, descendió sobre uno de ellos y lo metió en su boca, mordiéndolo y chupándolo, causándole descargas de placer con su lengua directas a su sexo henchido y latente. Con la otra mano aferraba el otro, cada vez más desesperado.

—Más profundo aún —dijo Hellen, susurrando en su oído, jadeante.

—Oh, por Dios, no puedo esperar.

Sin decir nada más, Ian la bajó de sus rodillas y la sentó enfrente. Dedicándole una mirada lobuna, de un tirón se abrió la bragueta para enseñarle su grande verga anhelante de ella. No hizo falta que le indicara qué hacer, pues sin poder tampoco aguardar más, Hellen levantó la falda y, a horcajadas, se sentó sobre él. Una exclamación de placer resonó al unísono al apreciarse al fin unidos, él llenándola hasta el fondo, ella recibéndolo con una locura desmedida. Hellen cabalgó una y otra vez sobre él, sin descanso, sintiendo que la vida se le iría en cualquier momento si se detenía, mientras él la sostenía sobre sus caderas con fuerza. Necesitaba saciarse de él sin límites, abrigarlo en su interior hasta las entrañas para siempre. Los gritos, los gemidos, las risas satisfechas, los susurros roncós, las miradas ardientes, las lenguas húmedas y calientes... Aquello era parte del juego más amoroso que podían disfrutar, un gozo donde ardieron una y otra vez hasta que estallaron de delirio.

Uno frente al otro, luchaban por un poco de aire. Jadeaban con violencia y rieron al oír esa música celestial que tanto les gustaba. Todavía dentro de él, lo apretó fuerte contra sí, abrazándolo con ternura, sintiendo su corazón embravecido sobre su pecho. Él acarició con dulzura su espalda y la arropó contra sí. No podían soltarse, no podían dejar de sentirse.

—¿Es un secreto? —La voz ronca de Ian le provocó un escalofrío de placer.

—Sí. Es algo que cambiará nuestras vidas para siempre —susurró en su oído.

Sintió la rigidez de su cuerpo entretanto seguía abrazándola y Hellen contuvo el aliento. Poco a poco, él se fue separando para poder ver su expresión. Ella sonrió con todo el amor que sentía por él y, en ese instante, el mundo se redujo a solo ellos dos. En sus ojos al fin vio ese acierto que anunciaba la llegada de esa pequeña semilla de amor que habían creado juntos.

—Hellen, mi vida ya cambió desde el momento en que te conocí. Has iluminado mi existencia y solo gracias a ti, me encontré a mí mismo. Las sombras ya no están, pues ahora soy realmente feliz, a tu lado y junto a la familia que construiremos.

En los ojos de Ian brillaban lágrimas de felicidad y Hellen lo abrazó con fuerza, sintiendo el latido de su corazón acelerado. Ian había sido un canalla, un hombre perdido en sus propios errores y vicios, pero ya todo eso era vano y simple, y solo le importaba amarla.

—Yo también soy feliz, más de lo que jamás imaginé. Juntos, podemos enfrentar cualquier cosa. Prométeme nunca nos separaremos, pase lo que pase —dijo Hellen muy emocionada a notar su mano acariciando dulcemente su barriga.

—Lo prometo, siempre estaré a tu lado, haciéndote reír como la niña que nunca fuiste. Te amo, cariño. Nunca lo dudes.

La promesa de amor fue sellada con un beso impetuoso y dulce a la vez, donde el miedo a cualquier eventualidad ya no significaba nada.

El señor Lennox, sentado tras la mesa de color caoba de su despacho, le dedicó una amable y sincera sonrisa. Tras los formales saludos, le indicó a la pareja que tomaran asiento. Luego, se dirigió hasta un enorme cuadro colgado en el otro extremo de la habitación. Lo descolgó y apoyó en el suelo junto a la pared y reveló tras él una caja fuerte de hierro. Con una llave que colgaba de su cuello, la abrió. De ella extrajo un pequeño cofre de madera con intrincados grabados. Lo colocó sobre la mesa y con un gesto solemne, lo abrió, revelando su contenido: un par de documentos plegados y cuatro llaves doradas.

Ian apretó su mano, intuyendo su intranquilidad. Hellen aguardaba con valentía y una mezcla de añoranza lo que muchos años había sido guardado solo para ella.

—Señora Kelly, como le dije, es un placer saludarla de nuevo después de tanto tiempo. Me alegra mucho que haya decidido por fin regresar a su tierra para poner cumplir la última voluntad de su madre antes de morir. Le hago entrega de cuatro llaves. Dos de ellas abren las puertas de las propiedades que, como ya sabía, le dejó en su testamento. Estas dos más, lo descubrirá en esta carta escrita de puño y letra de su madre —anunció entregándole dos sobres cerrados, uno con el sello familiar y otro que no conocía.

Hellen lo cogió, emocionada. Sus manos temblorosas apenas podían sostenerla. Tras enjugarse las lágrimas en su pañuelo, respiró profundamente y se dispuso a abrir el sobre.

Lennox se disculpó un momento, y salió de la habitación para otorgarle la intimidad que tanto necesitaba. Su esposo quiso salir tras él, pero Hellen lo detuvo.

—No me dejes sola, Ian. Te necesito, ahora.

—Tranquila, no me moveré de tu lado, mi amor.

Sus dedos rozaron el papel sintiendo la textura rugosa bajo sus yemas hasta que rompió el sello y, con cuidado, despegó la solapa. Con delicadeza sacó la carta y la desplegó, sus ojos brillantes de emoción al reconocer la preciosa letra de su madre. Echando una última mirada agradecida a Ian, leyó en voz alta:

Mi niña,

Si estás leyendo esta carta, significa que al fin has vuelto a tus orígenes. Espero que seas feliz y te halles acompañada de un hombre que te respete y ame igual que tu padre y yo nos amamos, y no huyendo de Kendrick, quien me temo no es quien aparenta ser. Quiero dejarte protegida ante cualquier eventualidad, tal y como tu padre hizo conmigo. Estas propiedades son intocables para Kendrick y así quiero que sigan siendo, quedando en tus manos para asegurar tu futuro.

Como te mencioné en mi carta anterior, he decidido dejarte en fideicomiso dos propiedades que han sido parte de nuestra familia durante generaciones, de la cual, desafortunadamente, solo quedas tú. Estas propiedades son parte de nuestro patrimonio y espero que las cuides con el mismo amor y dedicación con que lo hicimos nosotros.

Sin embargo, hay algo más que debo revelarte. Además de las dos propiedades mencionadas, hay una tercera propiedad que quiero que conozcas. Se trata de una gran mansión georgiana con extensos terrenos para el cultivo de árboles destinados a la producción de madera. Esta mansión no solo es un símbolo de nuestra familia, sino también una oportunidad para que continúes con nuestro legado.

A tu disposición, te cedo la empresa Livingston Limber Co en New Haven. Esta empresa, que en su tiempo se dedicaba a la exportación de madera a Inglaterra y el Caribe, y era nuestra principal fuente de ingresos, dejó de funcionar tras el fallecimiento de tu padre. No obstante, estoy segura de que, con tu inteligencia y determinación, podrás revivirla y llevarla a nuevos horizontes.

Confío en que sabrás honrarnos, y que encontrarás en ellas la prosperidad que tanto deseas.

Deseo que puedas formar una nueva familia basada en el cariño y amor mutuo. Recuerda que, aunque no esté contigo, te acompaño en cada paso que das.

Te amo y amaré siempre,

Mamá.

Olivia Livingston Limber.

Cuando terminó de leerla, su mirada siguió clavada en el papel amarillento. Pasaba las yemas de sus dedos sobre las letras, intentando captar un ápice de su alma en ellas. Con amor, la acercó a sus labios y la besó, justo donde se leía *mamá*.

—Escondió la verdadera herencia de Kendrick para que no planeara cómo arrebátarmela. Él sabía que mi padre le había dejado en fideicomiso esas dos primeras residencias, pero nunca supo de esta, la más importante de todas.

—Tu madre te dejó protegida, Hellen. Te quería más que a nada y presintió que tendrías problemas si lo desvelaba. Pero hay algo que no entiendo, ¿y la cuarta llave? ¿Qué abre?

—Leamos la otra carta...



Rosaleen, sentada en la salita de la residencia en Connecticut en compañía de Hellen y el capitán William, la escuchaba, incrédula, sin saber qué esperar de las palabras que acababa de revelar.

—¿Y dices que esa segunda carta es una prueba de que Kendrick asesinó a tu padre? —preguntó William muy desconcertado.

Hellen asintió con una gran sonrisa satisfecha.

—Es una confesión escrita de un marinero a Lennox hecha antes de morir. Él fue testigo absoluto del momento en que mi padre pretendía liberar de la carga que aprisionaba a Kendrick. Según este hombre, vio cómo cortó su cuerda de vida atada al barco sin que se percatara y luego, una ola gigantesca se lo llevara.

—¿Y por qué no lo acusó a tu madre? Solo sembró la duda en ella y, si hubiera contado todo, podría haberle ahorrado...

—Por miedo a que mi madre no lo creyera y lo acusara ante su futuro esposo, Kendrick —interrumpió Hellen apesadumbrada—. Temía que él lo asesinara, además, pero antes decidió declarar la verdad a Lennox, al que conocía como su hombre de confianza. Le hizo jurar silencio y dejó por escrita la confesión para esclarecer la verdad en cualquier juicio contra él.

—¿Vive todavía?

Hellen negó con la cabeza.

—Murió de una cuchillada en un asalto por la calle, igual que mi madre.

—Tu madre también...

—Lo hizo, pero eso es algo que jamás podré probar, sin embargo, no me importa, yo sé la verdad y todas estas pruebas junto a las que tengo en Escocia, lo condenarán a la horca. Nunca más nos molestará.

Rosaleen al fin sonrió por primera vez con plena satisfacción. El brillo en sus ojos era el preludio de horas de desahogo que más tarde tendría en la intimidad de su cuarto. Durante un segundo, su mirada se cruzó con la del capitán, quien sabía que moría por decirle algo, pero no lo hizo, respetando su decisión de introspección.

—Seremos libres de ese demonio, amiga.

La puerta de la sala se abrió y un elegante Kelly entró a por su esposa, quien la contemplaba con un amor tan evidente que la hizo sentir algo incómoda. Y no era porque sintiera todavía algo por Ian, sino porque descubrió algo muy parecido en cómo la atendía a ella misma ese capitán, que se empeñaba en visitarla todos los días desde que llegaron.

—Querida, el coche nos aguarda.

—Nos vemos luego para almorzar, Rosaleen. William, me encantaría que nos acompañara para poder seguir con esta charla. Ahora tengo que solucionar unos asuntos.

—Será un placer aceptar su invitación, Hellen.

Una vez solos, el capitán al fin siguió con su curiosidad inagotable.

—Entonces, ¿vivirá usted en esa residencia de New Heaven, señorita Menzies?

—Seré su gobernanta —expresó con orgullo, dando unas palmaditas que dejaron relucir su infantil carácter ante él.

William le sonrió, enternecido, y, por un breve instante, percibió un extraño cosquilleo en su estómago. Se sonrojó sin saber por qué y carraspeó, simulando su incomodidad.

—Oh, qué casualidad.

—¿Qué casualidad?

—Mi segunda residencia también se encuentra en New Heaven. Seguiremos viéndonos, entonces... ¿Me permite tutearla, por favor? —Ella aceptó, procurando ocultar el incomprensible alivio que la inundó al conocer que continuarían con esas visitas—. Rosaleen, ¿le gustan los caballos?



En el carruaje, de camino al banco, introdujo la cuarta llave que le había dejado su madre en la cerradura de la pesada caja de metal. Al abrirla extrajo el reloj de bolsillo de su padre y un hermoso cameo de oro y marfil de su madre, y los guardó en un bolsillo de su falda.

—¿Lo depositarás todo en ese banco?

Hellen guiñó un ojo a su esposo, quien no quitaba la vista de la inapreciable protuberancia que, según él, empezaba a formarse en su cintura.

—Lo usaremos para levantar la empresa que tenemos juntos, mi amor —dijo poniendo su mano sobre su barriga—. Todo menos una parte que ya utilicé.

Ian levantó una ceja, extrañado, y ella rio.

—Te dije que te compensaría.

—¿Otra vez con esas? Sabes lo feliz que soy, Hellen, no deseo nada más que amaros, a ti y a nuestros futuros hijos.

—¿Por qué dices hijos?

—Porque serán gemelos.

—¿Y tú qué sabes de eso? —preguntó, aterrada ante la posibilidad de verse en un parto tan complicado.

—Dorothea...

Resopló, haciéndolo callar. Desde que Hellen había descubierto a Dorothea el asombroso mensaje de April, esta no paraba de hacer gala de sus igualmente ocultas habilidades adivinatorias. Pronto podría reunir las, algo con lo que las dos soñaban.

—He comprado un pasaje para Dorothea y para mí con destino a Escocia.

—¿Hellen? —pronunció con retintín—. Sabes que los juegos me gustan, pero este no tiene ninguna gracia. ¿Por qué piensas que me compensarás alejándote? No dejaré que vayas a Escocia sin mí.

—Tú también vendrás, pero no necesitas pasaje, cariño. Tú eres el dueño del bergantín que nos llevará a Escocia y nosotras seremos tus primeras pasajeras —declaró con una enorme sonrisa de oreja a oreja, feliz de poder confesar su secreto.

—Imposible.

—Después de depositar esto en el banco iremos a verlo. Lo tengo todo preparado para... jugar, capitán Kelly.

—Estás loca.

—Por ti, mi vida.

—Me has impresionado, Hellen.

—Eso pretendía, esposo mío... Por cierto, ¿por qué pusiste mi nombre de soltera en el pasaje que me trajo aquí? —inquirió con tono acusador.

Él sonrió al recordarlo y la estrechó entre sus brazos con cariño.

—No podía quitarte tu identidad. Aunque seas mi esposa, jamás querré que dejes de ser Hellen Chamberlain.

—Eso es... lo más grande que has hecho nunca por mí, Ian. ¡Oh, ahora tendré que volver a compensarte! Nada es suficiente contigo...

—Cariño, se me ocurre una forma, nuestra preferida —dijo llevándole la mano hasta su miembro excitado y ya preparado para navegar a través de ese mar profundo y tempestuoso.

Ambos se fundieron en un beso tan apasionado que olvidaron el rumbo durante el resto de sus vidas.

EPÍLOGO



29 de febrero de 1716
Banchory

Las risas de Lewis, con solo tres años, inundaban el salón, mientras el llanto atronador de la pequeña Brianna era, a cada instante, más desesperado.

—Te dije que no le quitaras su muñeca, Lewis. A ver, trae —dijo Fraser, recuperando el preciado objeto que casi les había costado una sordera a los habitantes de toda la casa.

Mairi la cogió en brazos para consolarla y le ofreció el juguete que Fraser había recuperado.

—Gracias, Fraser. ¿Qué haría yo sin ti con estos dos elementos siempre peleándose?

—Bueno, creo que usted habría huido muy lejos.

La antigua criada de Hellen llevaba dos años a cargo de los niños. El día que su señora volvió a Inglaterra para cumplir su promesa de buscarla, creía que se encontraba viviendo un sueño. Tras su marcha, había trabajado recomendada por ella con otra familia adinerada, no muy lejos de donde ella vivía con su tutor. No le había ido mal, sin embargo, la confianza que había establecido con Hellen era única y, en cuanto apareció, no se lo pensó dos veces, ya fuera en Norteamérica o cualquier otra parte del mundo.

—No, Fraser. Mi lugar se encuentra con estos bebés tan bonitos. Ya pueden idear la peor de las travesuras que no se librarán de mí, ¿verdad, mi amor? —le dijo a la niña, limpiándole las lágrimas y dándole un beso en la mejilla. Esta le respondió con una risita, tan feliz.

Lewis, al percatarse de que el entretenimiento de fastidiar a su gemela llegaba a su fin, optó por buscarlo en Fraser, a quien abrazó su pierna, instándolo a que se tirara en la alfombra para jugar con él.

El mulato rio y lo dejó subir a horcajadas sobre su estómago. Soportar las cosquillas a las que este intentaba someterlo sin descanso era agotador, pero también muy divertido.

En ese momento, Dorothea entró como un vendaval, dando unas palmadas para llamarles la atención.

—¡Es la hora del baño!

—¡No! —gritó Lewis, bajándose de encima de Fraser y escondiéndose tras un sofá.

Brianna, que tampoco se hallaba en brazos de Mairi, parecía haber unido fuerzas con su terrible hermanito tras el mismo sofá.

—¡Cómo que no! *Watoto hawa... nitawamaliza kwenye mchuzi!*

Las risas de los niños se oyeron tras el sofá y Dorothea gruñó. Mairi aguantaba la risa, pues Fraser le había traducido su amenaza, una locura más a las que les tenía acostumbrados.

—Lewis y Brianna, ¡os quiero aquí ya! —La voz imperiosa de Ian resonó tras la mucama.

Cruzado de brazos con actitud reprobadora, esperó en mitad de la sala a verlos aparecer.

Vio salir la cabecita rubia de Lewis tras el mueble, quien, en vez de estar asustado, lo observaba con mirada traviesa, pero cauteloso. Al notar el ceño de su padre hizo un pequeño puchero y avanzó dos pasitos adelante, obediente. De la mano, arrastraba a su hermana, tan rubia como él, sin embargo, ella mostraba una sonrisa preciosa.

—Papá, bueno. —Al ver que este no les respondía y los seguía observando con reproche, la niña comenzó a lloriquear.

Dorothea lo agarró del brazo al notarlo flaquear un instante.

—No lo haga, señor, debe ser firme. Puede hacerlo.

Entonces, para su más terrible congoja, Brianna comenzó a llorar a moco tendido, derrumbando todas sus defensas. Sin pensárselo dos veces, la levantó en brazos y la besó, deshecho en arrepentimiento. Con la otra mano, apretaba la cabecita de Lewis contra su pierna, quien se aferraba a ella con profundos hipidos.

—No puedo, Doti. No puedo verlos llorar, es superior a mí.

—No puede ser tan blando, señor. Ya sabe que...

—Lo sé, los convertiré en los mayores tiranos de Escocia, pero son tan bonitos... —Ian suspiró, mirando a Dorothea con una mezcla de resignación y diversión—. Está bien, la próxima vez volveré a intentarlo, Doti, pero no prometo nada.

Dorothea puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír ante la ternura de la escena mientras el padre soltaba a su hija en el suelo y acariciaba la cabecita. Mairi, mientras tanto, se acercó a Lewis y le susurró algo al oído. El niño, con una sonrisa traviesa, asintió y huyó de la sala, seguido de cerca por su hermana.

—¡Eso es, pequeños! —exclamó Mairi, riendo—. ¡Vamos a bañarnos antes de que Dorothea nos eche al caldo!

Ian sonrió, mirando a las mucamas correr tras sus hijos. En el trayecto se cruzaron con Hellen, quien, paralizada en mitad del vestíbulo, aguardaba que pasara esa avalancha inesperada. Presto, Ian se acercó a sujetarla para evitar que se cayera.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó llevando la mano a su vientre abultado.

—No gracias a esos pillos —replicó, sin embargo, aprovechó ese instante a solas para darle un pequeño mordisco clandestino en su labio inferior. Este, en respuesta, gruñó, excitado.

Hellen se hallaba embarazada de cinco meses. Su aspecto era aún más hermoso que antes, pues irradiaba la belleza y la plenitud que la maternidad otorgaba. Su rostro resplandecía con una luz especial, sus ojos brillaban alegres y expectantes.

—Y si nos metemos en el granero, echamos el cerrojo y...

—Ni lo sueñes. No me perdería La Fiesta de la Estrella por nada del mundo. Ian, ni siquiera estando de nueve meses, me impedirías asistir. Además, esta vez la tenemos tan cerca, y tu hermana debe de estar histérica a estas horas.

—Sí, la verdad es que no quiero imaginar lo que debe estar aguantando Douglas. —Al ver que Hellen lo miraba mal, carraspeó—. Me refiero a organizar tantos preparativos, mujer.

—Estás muy guapo hoy, mi amor. Espero no tener que usar mi varita contra ninguna espabilada.

Ian rio.

—En cambio, yo muero por usar la mía contigo.

—La tuya no es precisamente una varita, esposo, sino un enorme...

—Basta, te llevo al granero.

—¡Oh, no! ¡Ian! ¡Para! Todos sabrán...

Cruzaron el porche bajo la mirada de atónita de Ronald y Audrey, quienes no paraban de hacerse gestos secretos en su jerga legible solo para ellos. Ian, enfebrecido por la lujuria, entró en el granero con su esposa en brazos, ignorando sus protestas.

Hellen gritaba sin parar, pero a veces, sus gritos se mezclaban con el cantarín sonido de su propia risa, la risa de una mujer plena y feliz en cualquier parte del mundo mientras se encontrase con su adorado canalla.

Tras alcanzar el cielo por tercera vez esa mañana, recostada sobre el hercúleo pecho de su esposo, jugaba pensativa con los rizos dorados que tanto adoraba.

—Es una delicia estar en este granero contigo, Ian. Me trae muy buenos recuerdos. Ojalá tuviéramos uno igual en New Heaven.

—Haré construir uno allí también, exactamente igual.

Hellen rio. No había cosa que Ian no consiguiera por ella, era el más amoroso de los hombres, el más... de todo.

Él acariciaba su espalda en un sube y baja perturbador, consiguiendo que sus párpados se cerraran, sumergida en el éxtasis de sentirse segura al fin.

Desde que ajusticiaron a Kendrick su vida había dado un nuevo giro donde al fin pudo reivindicar su injusticia ante la ley, apoyada siempre por su amado esposo y el ilustre señor Lennox.

Por suerte, pudo impedir que Rosaleen mancillara aún más su reputación atestiguando contra él. Eso le dio la oportunidad de labrarse una nueva vida en Norteamérica. A su lado, se hallaba siempre el paciente capitán William, quien no faltaba ni una vez a su visita diaria cuando se encontraba de descanso de uno de sus viajes. Pasaban los años y el mundo cambiaba rápidamente.

Connecticut experimentó un crecimiento económico muy significativo, sobre todo por sus fructíferas actividades comerciales y agrícolas. La comunidad inglesa regía la ciudad, principalmente fundada por puritanos que huían de la represión en Inglaterra. La relación de los

colonos con las tribus nativas americanas no siempre era pacífica, en momentos peligrosa. Sin embargo, hasta ese día, las interacciones habían sido de comercio y tregua. Los colonos intercambiaban pieles y maíz con los nativos, y aunque las tensiones eran constantes, ambas partes comprendían la necesidad de coexistir.

Así vivían, luchando por sacar a flote su empresa de construcción naval, en constante tensión. Tanto allí como en Escocia, vivían sus conflictos internos y externos, procurando proteger sus intereses y salvaguardar su identidad. La modernización y el desarrollo era inminente, imparable, esperanzador, pero muy desconcertante.

—¿Otra vez pensando, Hellen?

—Otra vez, esposo mío. Me preocupa el negocio, soy una empresaria demasiado afanada, aunque la haya dejado en buenas manos hasta que volvamos, después de nacer nuestro hijo. —Sopesó si proseguir confesándole todo, para no preocuparlo más, pero decidió vomitarlo todo—. Tampoco puedo evitar opinar que fue una gran injusticia el que Kendrick no fuera ahorcado. Esos jueces ingleses son indignos de ocupar sus puestos; venderían a su propia madre con tal de ocultar sus impúdicos actos. Ojalá ese demonio se pudra en esa mazmorra hasta el fin de sus días.

—Después del golpe que recibió por parte de Rosaleen ya sabes que no quedó para muchos menesteres, Hellen. Aun así, si saliera algún día de su encierro, le tengo preparada una buena bienvenida. —Ella alzó las cejas, interrogadora—. Ya sabes que en Escocia arreglamos las cosas a nuestra forma, cariño. No pretendas saber más. Lo importante es que nunca volverá a molestarnos, jurado queda ante el Padre.

—Sí que le dio un buen golpe —respondió, con una sonrisa satisfecha.

Tras el profundo trauma en su cabeza, salvó la vida de milagro o, tal vez, al fin y al cabo, quedarse sordo y ciego de su oído y ojo derecho puede que fuera su castigo de por vida.

—Creo que deberíamos volver si quieres asistir a esa fiesta, cariño. Mis padres y los demás deben haber partido ya. Con suerte, llegaremos para la hora del almuerzo.

Como un resorte, Hellen se puso en pie, exhibiendo su cuerpo desnudo, y levemente abultada barriga. La luz del sol se filtraba por el enorme ventanal del piso superior, acariciando su piel con un resplandor etéreo. Su cabello azabache caía ensortijado en delicados mechones hasta su cadera, como el flujo del agua en un río turbulento.

—Por el cielo, Hellen, eres lo más bello que hay sobre la tierra —dijo él, con admiración y tristeza en su voz—. Odiaré esa fiesta para siempre por robarme los muchos momentos que gozaría contigo aquí mismo hasta el crepúsculo.

Hellen sonrió, sus ojos brillaban con una mezcla de amor y complicidad. Se acercó a él, tomando su mano y llevándola suavemente al vientre.

—Tendremos muchos más momentos como este. Ahora vamos a prepararnos. Quiero que nuestro pequeño Ian sienta la alegría de estar rodeado de familia y amigos.

Él asintió, emocionado.

—¿Ian?

—¡Prepárate mundo! —gritó levantando el puño al cielo de forma teatral—. Según Doti, Ian

Kelly renacerá para hacer temblar a las féminas de nuevo.

Entre carcajadas, la atrajo encima de su dorado cuerpo y la abrazó con fuerza. Sus risas se mezclaban con el sonido del viento, creando una sinfonía que parecía susurrarles:

«En el juego del amor, quemarse es solo el principio de un nuevo renacer».

Llegaron tarde, justo para el almuerzo, tal y como había anunciado Ian. Hellen avanzaba con cuidado, pues ya eran muchos los guerreros ebrios y un mal golpe de esos brutos podía significar terminar muy mal la fiesta. A lo lejos vio a su hermosa familia. Habían dejado a los pequeños en casa, al cuidado de las mucamas. Eran libres como hacía cuatro años, cuando se entregó por primera vez a su hombre, sabiendo que no se equivocaba. Recordó como un eco las palabras de Catalina... «No pierdas de vista quién eres ni olvides tu propio valor».

Cuánto le había servido esa frase tan simple, la cual se repetía en las situaciones difíciles en que había flaqueado.

Como por arte de magia, la vio a solo unos pasos, cargando un pequeñajo de unos dos años, mientras otro se agarraba a su pierna y reía con las cosas que le decía Claire... ¿Era Claire, realmente?

En ese momento, sus miradas se cruzaron, y el corazón comenzó a latirle tan rápido que pensó que se le saldría del pecho al reconocer esos ojos verdes tan particulares. Atraídas por una fuerza irrefrenable, que no era otra que la añoranza y el cariño, avanzaron y se fundieron en un abrazo muy emotivo.

—Oh, Claire, eres tú. Estás tan cambiada... Casi no te reconozco —le dijo, palpando el cabello canoso y recogido en un bajo moño en su nuca.

—Soy yo, mi querida Hellen. Ahora sí soy Claire, por fin.

Hellen vio por encima de su hombro a su hija Catalina, quien le dedicaba una preciosa sonrisa. Ella le respondió, complacida. Volvió a coger el rostro bello de esa mujer etérea entre sus manos y solo encontró felicidad, ni restos de traumas ni tristezas. Era verdad que era otra persona, renovada, diferente a la que dejó hacía ya cuatro largos años.

—Estás feliz con tu hija, lo veo en tus ojos, amiga.

Claire asintió, las lágrimas de felicidad surcaban sus mejillas, ajenas al grupo que se había formado alrededor.

—Ambas lo somos, libres y felices.

Un silencio reverente se hizo de súbito. Las dos se volvieron hacia donde todos miraban, atentas al extraño cambio. Como salida de un cuento, comenzó a sonar la preciosa melodía de un piano, llenando sus corazones de un tremendo gozo. Cogidas de la mano, se acercaron a ver de dónde procedía el mágico sonido.



Los violines resonaban como un telón de fondo en el ambiente festivo de todos los lugareños. Los clanes vecinos se unían en una concordia muy esperada, donde viejas rencillas se dejaban a un lado de forma ociosa por ese día tan especial.

El olor a comida hizo rugir las tripas de Irving. Tenía hambre, pues llevaba toda la mañana paseando del brazo de su prometida, Fiona Stewart, a la que pronto desposaría según lo acordado, hacía ya unos cinco largos meses. Era una mujer preciosa, la mejor esposa que cualquier hombre pudiera desear... Sus ojos verdes eran grandes y chisporroteantes, llenos de una viveza sin igual. Su piel era tersa y perfecta, sin manchas, ni una mínima imperfección en un rostro de ninfa y reinaba en él su más ansiada tentación, unos labios jugosos como grosellas que harían arder los deseos del menos hombre.

El aire que se había levantado sopló impetuoso arrastrando consigo el aluvión de mechones sueltos hasta chocar con su cara y tapándole la visión por unos instantes. Resopló, agobiado, y escupió el cabello que se le había pegado a los labios. Fiona tenía una briosa cabellera, casi blanca, como las que mencionaban los bardos en sus canciones vikingas. La lucía suelta, pues sabía que atraía todas las miradas, pero en un día ventoso como ese, era imprescindible tenerla bien atada en cómodas trenzas.

Abrió los ojos al fin, oyendo su risa cantarina, sin embargo, no pudo responderle con el mismo ánimo. Estaba harto y todavía quedaba mucho día por delante.

De repente, sus ojos se encontraron con unas lentes familiares. Detrás de ellas, unos profundos océanos, vastos y misteriosos, se dilataron en señal de reconocimiento. ¿Era... Charles? Como un rayo, desapareció entre el bullicio. Un deseo irrefrenable lo empujó a soltarse de su acompañante y salir tras la estela de esos ojos, donde sabía que podría perderse para siempre, muy a su pesar. Sin pensarlo y casi con desesperación, apartó a empujones al grupo de hombres que se interponían en su camino, pero finalmente lo perdió de vista.

De una patada, lanzó una piedra que chocó con la pierna de un guerrero, quien se giró con cara de pocos amigos. Irving se disculpó con rapidez, no quería ser el protagonista de una pelea de la que, sin duda, sería el gran perdedor.

Frustrado, cerró los ojos, intentando recordar una pizca de lo que acababa de presenciar, algo que en su interior lo había alarmado por resultarle inverosímil.

Recordó otra vez esas pupilas curiosas y esos iris tempestuosos que lo habían perseguido día y noche durante los dos años que había estado ausente de su tierra. Sin entenderlo, un cosquilleo extraño comenzó a crecer cerca de su estómago, y se asustó por la intensidad. ¿Tanto apetito tenía que se sentía desfallecer? Como un mazazo, la figura que acompañaba esos ojos se esclareció en su mente, y la revelación fue tan abrumadora que apenas pudo mantener el equilibrio.

—No puede ser, es imposible... —Se encontraba petrificado, ausente, confundido, asegurándose a sí mismo que lo estaba imaginando todo.

—¿Qué te ocurre, hermano?

La voz de Cameron resonó en la lejanía, aun estando justo a su lado, sacándolo a medias del ensimismamiento. Al fin, terminó de despertarse tras penetrarle la aguda voz de Fiona.

—No sé qué le ocurre, Cameron. Salió corriendo en esta dirección y cuando he llegado

parecía más una estatua que un hombre —dijo la muchacha muy apurada.

No deseaba preocuparlos a pesar de su inquietud. De seguro sufría los estragos del hambre y el agotamiento de un viaje tan largo.

—Lamento haberos preocupado, es solo que me pareció reconocer a alguien, pero solo se trata de un malentendido.

—Bien, entonces será mejor que vayamos a beber y comer algo. Una jarra de cerveza te hará tener un buen pretexto para idear quimeras.

Rio con él y los tres se dirigieron hasta el grupo que se congregaba alrededor de una enorme mesa. Su cuñada, Adele, daba palmadas al son de la música y bailaba con su hijo, Andrew. Irving sonrió al verla. Solo llevaba dos días allí, pero nunca pensó que echaría tanto de menos su alegría. Adele era su mejor y sincera amiga, un refugio en su propia tormenta.

Bebió un largo trago, intentando olvidar el estúpido error. ¡Qué tonterías se le pasaban por la cabeza! Definitivamente, beber le daba una excusa para imaginar sandeces... como que le había parecido ver a Charles Robertson, el profesor de la aldea y su fantasía más oculta, de la que había huido hacía ya tres interminables años.

Adele insistió a los presentes a acercarse al escenario. Recordó, entonces, que su sobrino Andrew actuaría tocando una pieza al piano, y sonrió, complacido.

El magnífico instrumento reinaba en el centro de la tarima, adornado de hermosas campánulas azules por doquier. Reprimiendo una carcajada, vio cómo su sobrino tropezaba en el último peldaño de la escalera y caía de bruces sobre el piso. Andrew le recordaba a él mismo, no era muy ágil y prefería un libro a la espada, para gran pesar de su padre. Se fijó en que una dama se le acercaba por detrás con urgencia y le ayudaba a levantarse. De espaldas, solo podía distinguir una larga trenza anaranjada y un vestido azul verdoso hermoso y muy elaborado que guardaba cierto parecido con... Por un instante, se ausentó de nuevo, elucubrando en su cabeza algo de imágenes inconexas: esa misma tela apreciada hacía tan solo unos minutos, la imagen de unas lentes, de Charles...

Contuvo el aliento, esperando que se diera la vuelta. Su corazón se había parado y no volvería a latir hasta comprobar que estaba confundido o, incluso, que aquello era parte de una horrible pesadilla.

El silencio inundó el lugar a la espera de que hablara el organizador.

—La señorita Charlotte Robertson acompañará al piano al señorito Andrew McAllen. Nos deleitarán con una pieza compuesta por ella misma. Esperan recibir muchos aplausos de vosotros, ¡¡alcornoques!!

—¿Charlotte Robertson?! —Su duda resonó igual que un grito, rompiendo el silencio. Ni un trueno se hubiera oído tanto, sin embargo, a él le daba igual, toda su atención se hallaba en la figura que tenía delante, a pocos pasos.

Encima del escenario, esos océanos soñados reflejaban una mezcla de temor y timidez. Charlotte, sin perder la compostura, posó su mirada en él y el clamor de los aplausos animándolos parecieron lejanos ecos mientras su mundo se tambaleaba al borde del abismo.

La música comenzó lenta, pero segura en los dedos de Andrew y pronto ella lo acompañó, haciendo que fuera más rápida y compleja. El niño jugaba con las notas como una marioneta de

la que su profesora sacaba el máximo partido para completar su melodía.

A Irving se le hacía desgarradora, era parte de un engaño absurdo, de un secreto inconfesado. Él era *ella* todo ese tiempo... Algo se rompió dentro de él cuando vio rodar una lágrima por su mejilla, mientras la última nota flotaba en el aire. El silencio se hizo pesado; a él, doloroso.

Entonces, la gente comenzó a aplaudir tanto que ya no oía el retumbar de su propio corazón. Dio un paso adelante, decidido a esclarecer las preguntas que se agolpaban en la punta de su lengua, al borde de la desesperación.

El comienzo de una nueva historia estaba escrito en los latidos irregulares y en el eco de una melodía que nunca olvidaría.

NOTAS AL LECTOR

El comienzo de una nueva historia resuena en mi cabeza, igual que vuestras preguntas que son las mismas que yo me hago...

—Irving, no me puedes dejar así, hecha un fiasco y sin más excusa que debería trabajar la paciencia. ¡No la tengo! Ahora mismo me lo cuentas todo y yo te prometo ser buena, aunque te aviso de que mi lado travieso siempre lucha por salir a flote.

Río, acompañando sus carcajadas que resuenan en mi cabeza como si fueran reales para cualquiera. Menos mal que la mayoría de las veces que interactúo con mis personajes suelo estar sola, sino ya estaría presa con una camisa de fuerza bien atada.

—A ver, por partes... ¿Cómo que todo se remonta a muchos años antes? Pero yo quiero saber qué ocurre con esa señorita Charlotte que resulta que antes era un tal Charles.

Alzo los brazos al cielo, rogando paciencia y me rindo a sus deseos. Está tan mono con ese hoyuelo cuando sonríe y ese cabello rubio tan parecido al de mi canalla favorito... ¿Qué aventuras guardará?

—Bien, cuanto antes me cuentes tus recónditos secretos, antes llegaremos a esa parte. Soy tu más atenta oyente...

Cojo mi taza de café bien cargado y cierro los ojos, dejándome transportar por esa voz grave que eriza mi piel por su tremendo magnetismo...

Espero que os haya gustado mucho la historia de Ian y Hellen, ambos son tiernitos, dulces almas deseosas de amar y recibir en la misma medida. Ellos no sabían de esa falta hasta que sus caminos se cruzaron.

Tengo que confesaros que esta no era la historia que había decidido escribir, pues por primera vez la tenía organizada, hasta su final... Nada más lejos de la realidad. Mi cabeza va por libre, como libres quiero a mis personajes. Poco a poco, ellos se fueron presentando ante mí, regalándome sonrisas, sacándome sonrojos, provocándome eternos suspiros de felicidad y dándole una patada enorme al plan trazado.

Qué bonito es el amor cuando es verdadero... Lucha por eso, lector, es por lo que realmente, en todas sus vertientes, versiones o como quieras llamarle, merece la pena seguir adelante.

TRADUCCIÓN

1. Noche.
2. Mi hija.
3. Ponte tu gran abrigo, o lo que viene a significar, protégete de malos augurios.
4. Ojalá te parta un rayo.
5. ¡Maldito sea mi destino para siempre!
6. ¡Dios, ayúdame!
7. ¡¡Niño desobediente!! Y deja a la señora tranquila o...
8. Zuri nunca te olvida.
9. ¡Vete y hierva tu cabeza!

AGRADECIMIENTOS

Con todo mi corazón, para mis LOVES, y en especial para Isabel, una mujer que dedicó toda su vida a leer romántica y que, a veces, se pierde lejos de nuestra realidad, solo porque está disfrutando de sus propias aventuras. ¡Lo que yo daría por saber de qué tratan!

Te i loviiuuu, Isabel María, y os dedico a ti y a tu mami, esta emocionante historia que espero os haya hecho vibrar.

A mi familia, ellos siempre están a mi lado.

Gracias a mis lectoras ceros, Rocío, Setzy y Hellen, mi camino es mucho más especial por vuestro cariño incondicional. A mis compis de letras, siempre apoyándome.

A Sandra, mi correctora, disponible a cualquier hora para atender mis fruslerías... Tenía ganas de usar esa palabra, me hace reír como ella ;p

Tampoco me olvido de los que me apoyan cada día para que me mantenga firme y con la confianza plena de que venimos para dar y recibir a voluntad. Es difícil, y creo en ello, es solo que me queda mucho que aprender, algo que me encanta. Por eso, quizás, si no tuviera ese aliciente, sería menos emocionante. Mi sed de conocimiento es inagotable y me hace sentir viva, soy insaciable.

A las personas que me inspiran, en especial a la Señora; ella sabe quién es ^ _ ^.

A la libertad que disfruto para crear: antes dibujando, y ahora escribiendo.

Gracias a mis fieles seguidores, siempre atentos a mis noticias y animándome con sus corazoncitos y cariñosos comentarios en mis publis de redes. Cada uno de esos detalles los siento como un abrazo.

A los que me reseñan mis libros y me regalan un minuto más de su tiempo para valorar mi trabajo, que no es poco ni fácil, por cierto.

Os animo a descubrir mi mundo romántico si no lo conocéis, que comenzó en La Flor Dorada y ya vamos por siete en las Tierras Altas.

Muy feliz, Mary.

Si quieres conocerme un poco más y estar al día de todas mis novedades literarias, sígueme en mis redes sociales.



 **maryfort_autora** 

 **Maryfort Autora**

 **@meriamm100** 

 **maryfortautora@hotmail.com**



BIBLIOGRAFÍA



LA FLOR DORADA (Highland Hearts)
MI QUERIDO DEMONIO (Highland Hearts II)
SOLO TÚ PUEDES SALVARME (Highland Hearts III)
MUCHO MÁS QUE AMOR (Highland Hearts IV)
BAILANDO EN TU SONRISA (Highlander Heart I)
EN LA BRUMA DE TU TORMENTA (Highlander Heart II)
LA RENDICIÓN DEL CANALLA (Highlander Heart III)
BLUE MOON. PARTE I: EL COMIENZO

[DISPONIBLES EN AMAZON](#)